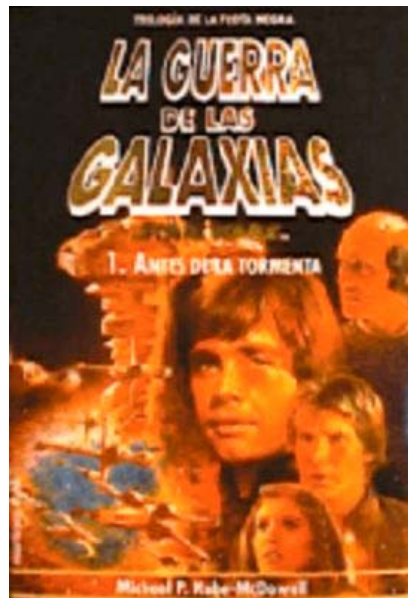


ANTES DE LA TORMENTA



Trilogía de la flota negra/1

Michael P. Kube-McDowell



Michael P. Kube-McDowell

Título Original: Before the Storm

Traducción: Albert Solé

© 1996 By Michael P. Kube-McDowell

© 1997 Ediciones Martinez Roca

Gran vía 774 - Barcelona

Edición Digital: Pincho

R6 08/02

*A la memoria de mi abuelo,
Dayton Percival Dreich, 1896-1975,
quien creyó en un universo de maravillas
más allá de esta Tierra.*

*Y para mis hijos,
Matthew Tyndall, nacido en 1983,
y Amanda Kathryn, nacida en 1995.
Que sus vidas sean viajes llenos de felicidad
a través de sus propios universos de maravillas.*

Prólogo

Ocho meses después de la batalla de Endor

El astillero orbital de reparaciones que el Imperio había construido en N'zoth, conocido en código con el nombre de Negro 15, era del diseño imperial estándar, con nueve grandes diques dispuestos formando un cuadrado. La mañana de la retirada de N'zoth, los nueve estaban ocupados por navíos de guerra imperiales.

Normalmente, la visión de nueve Destruidores Estelares juntos habría dejado aterrado a cualquier espectador que pudiera llegar a encontrarse delante de sus cañones.

Pero la mañana de la retirada de N'zoth, sólo uno de esos nueve Destruidores Estelares estaba preparado para hacerse al espacio.

Ésa era la triste realidad que ocupaba la mente de Jian Paret, comandante de la guarnición imperial de N'zoth, mientras contemplaba el astillero desde su centro de mando. Las órdenes que había recibido hacía unas horas todavía parecían flotar delante de sus ojos.

Se le ordena evacuar la guarnición planetaria hasta el último hombre, a la máxima velocidad posible, utilizando cualesquiera y todas las naves que estén en condiciones de navegar. Destruya el astillero y cualesquiera y todas las instalaciones restantes antes de retirarse del sistema.

Esa triste realidad también era conocida por Nil Spaar, el líder de la resistencia yevethana, y ocupaba un lugar muy importante en sus pensamientos mientras viajaba a bordo de la lanzadera de inspección que había despegado de la superficie con el primer grupo de comandos a bordo. Las órdenes que había dado hacía unas horas todavía resonaban en sus oídos.

«Notifiquen a todos los grupos que se ha ordenado una evacuación imperial. Ejecuten inmediatamente el plan primario. Hoy es el gran día de la venganza. Hemos comprado esos navíos con nuestra sangre, y ahora por fin serán nuestros. Que cada uno de nosotros pueda honrar el nombre de Yevetha en este día.»

Nueve naves.

Nueve grandes trofeos de los que apoderarse.

El Destructor Estelar más gravemente dañado, el Temible, había padecido un castigo terrible durante la retirada de Endor. En cuanto a las otras naves, había desde viejos cruceros de tamaño mediano que estaban siendo modernizados para volver a entrar en servicio hasta el EX-F, un soporte de armamento y propulsión experimental que había sido instalado en el casco de un Destructor.

La clave de todo era el gigantesco Destructor Estelar Intimidador, que estaba atracado en uno de los diques abiertos al espacio. Capaz de navegar, pero todavía no utilizado en ninguna batalla, el Intimidador había sido enviado a Negro 15 desde el Núcleo para la finalización de su puesta a punto, lo cual había permitido que se pudiera desocupar un dique de la clase Súper en el astillero del complejo central.

A bordo había espacio más que suficiente para toda la guarnición, y el Intimidador tenía potencia de fuego sobrada para destruir el astillero y todas las naves que había dentro de él. Paret se había trasladado al puente del Intimidador una hora después de haber recibido sus órdenes.

Pero el Intimidador no podía abandonar el astillero tan deprisa como le hubiese gustado a Paret. Sólo disponía de un tercio de una tripulación estándar, lo que equivalía a un solo turno de guardia, y eso significaba que una dotación tan reducida tardaría bastante tiempo en preparar la nave para su salida del astillero.

Además, nueve de cada diez trabajadores de Negro 15 eran yevethanos. Paret despreciaba a aquellos esqueletos de rostros multicolores. Le habría gustado poder sellar todas las compuertas de la nave en beneficio de la seguridad, o reclutar trabajadores

adicionales para poder acelerar el proceso. Pero cualquiera de esos dos actos habría alertado prematuramente a los yevethanos de que la fuerza de ocupación estaba a punto de abandonar N'zoth, y eso habría supuesto un grave peligro para la retirada desde la superficie.

Lo único que podía hacer era ordenar una partida por sorpresa y esperar mientras se iban desarrollando las largas comprobaciones y procesos de cuenta atrás, y permitir que los trabajos normales siguieran adelante hasta que los transportes de tropas y la lanzadera del gobernador hubieran despegado y estuvieran en camino. Entonces, y sólo entonces, podría ordenar a su tripulación que cerrara las compuertas, cortara las amarras y diera la espalda a N'zoth.

Nil Spaar estaba al corriente del dilema al que se enfrentaba el comandante Paret. Sabía todo lo que sabía Paret, y muchas cosas más. Llevaba más de cinco años haciendo cuanto podía para introducir aliados de la resistencia en el contingente laboral reclutado a la fuerza. Nada importante ocurría sin que Nil Spaar se enterase rápidamente de ello, y Spaar había utilizado toda la información que había ido reuniendo para tramar un plan muy elegante con ella.

Había puesto fin a la racha de pequeños «errores» y «accidentes», y había exigido que quienes trabajaban para el Imperio mostraran diligencia y trataran de hacerlo todo lo mejor posible..., al mismo tiempo que se iban enterando de cuanto podían acerca de las naves y de su funcionamiento. Se había asegurado de que los yevethanos se ganaran la confianza de sus superiores y acabaran siendo indispensables para los jefes de cuadrilla del astillero de la Flota Negra.

Era esa confianza la que había permitido que el ritmo de los trabajos se fuera frenando poco a poco durante los meses transcurridos desde la batalla de Endor sin que nadie se diera cuenta de lo que ocurría. Era esa confianza la que había puesto en manos de sus yevethanos tanto el control del astillero como las naves atracadas en los diques.

Y era la paciente y calculada utilización de esa confianza la que había llevado a Nil Spaar y a quienes le seguían hasta aquel instante.

Spaar sabía que ya no debía temer al Acoso, el Destructor Estelar de la clase Victoria que había estado protegiendo el astillero y patrullando el sistema. El Acoso había recibido la orden de partir con rumbo al frente hacía tres semanas, y se había unido a la fuerza imperial que estaba siendo lentamente derrotada en una acción de retaguardia en Notak.

También sabía que Paret no podría impedir que sus hombres subieran al Intimidador ni siquiera ordenando un bloqueo general de los puestos de combate. Técnicos yevethanos habían manipulado los circuitos de más de una docena de escotillas externas de las Secciones 17 a la 21 para que transmitieran la información de que tenían activados sus sistemas de bloqueo cuando en realidad éstos se hallaban desconectados, y para que asegurasen que estaban cerradas cuando no lo estaban.

Sabía que incluso en el caso de que el Intimidador lograra salir del dique en el que estaba atracado, no tendría ninguna posibilidad de escapar o volver sus cañones hacia los navíos abandonados. Los paquetes de explosivos ocultos dentro del casco del Intimidador lo harían pedazos con tanta facilidad como si fuese una cáscara de huevo en cuanto los escudos de la nave entraran en acción y bloquearan la señal continua que mantenía inactivas las bombas.

Mientras la lanzadera se iba aproximando al muelle de atraque, Nil Spaar no sentía ni la más mínima sombra de miedo o aprensión. Todo lo que podía hacerse había sido hecho, y había una especie de alegre inevitabilidad en el combate que no tardarían en librar. No albergaba ninguna duda de cómo terminaría.

Nil Spaar y el primer grupo de comandos yevethanos entraron en el Intimidador a través de las escotillas de la Sección 17, mientras que Dar Bille, su primer oficial, y el grupo de apoyo, entraban por la Sección 21.

No se dijo ni una sola palabra. No era necesario. Cada miembro de los dos grupos conocía la estructura de la nave tan bien como cualquier tripulante imperial. Los yevethanos avanzaron por ella como si fueran fantasmas, corriendo por pasillos cerrados o que habían sido despejados por amigos de las cuadrillas de trabajadores, deslizándose por conductos de acceso y subiendo por escalerillas que no aparecían en ningún plano de construcción. Unos pocos minutos bastaron para que llegaran al puente..., sin que nadie hubiera tratado de detenerles, y sin que se hubiera desenfundado una sola arma o se hubiese hecho un solo disparo.

Pero los yevethanos entraron en el puente con las armas desenfundadas, sabiendo con toda exactitud qué puestos estarían ocupados, dónde estaba el centro de guardia y quién podía hacer sonar la alarma general. Nil Spaar no gritó ninguna advertencia, no hizo ningún anuncio melodramático y no exigió ninguna rendición. Se limitó a cruzar el puente con paso rápido y decidido hacia donde estaba el oficial ejecutivo, y después alzó su desintegrador y le calcinó la cara.

Mientras lo hacía, el resto del grupo de comandos se desplegó detrás de él, con cada yevethano apuntando al objetivo que se le había asignado. Seis miembros de la dotación del puente del Intimidador fueron eliminados durante los primeros segundos, sentados en sus puestos, debido al poder que podía ser convocado por las yemas de sus dedos. Los demás, el comandante Paret incluido, se encontraron rápidamente tumbados de bruces en el suelo, con las manos atadas a la espalda.

Adueñarse de la nave no era difícil. El gran desafío siempre había estado en saber elegir el momento de la incursión para evitar una represalia.

—Estamos recibiendo una señal de la lanzadera del gobernador —anunció un comando yevethano mientras se sentaba en el sillón del centro de comunicaciones—. Los transportes están despegando de la superficie. No se ha informado de ningún problema.

Nil Spaar asintió, satisfecho de que todo estuviera yendo tan bien.

—Acuse recibo de la señal —dijo—. Avise a la tripulación de que nos disponemos a recoger a la guarnición. Notifiquen al astillero que el Intimidador va a salir al espacio.

La flota de transportes imperiales despegó de N'zoth y, como un enjambre de insectos que volviera a la colmena, puso rumbo hacia el gigantesca Destructor Estelar en forma de daga. Más de veinte mil ciudadanos del Imperio, entre soldados, burócratas, técnicos y sus familias, habían ocupado hasta el último centímetro de espacio disponible a bordo de la flota de insectos.

—Abran todos los hangares —dijo Nil Spaar.

Con su destino a la vista, los transportes fueron reduciendo la velocidad y empezaron a seguir los distintos vectores de aproximación.

—Activen todas las baterías dotadas de miras automáticas —dijo Nil Spaar.

Un jadeo colectivo brotó de los prisioneros inmóviles en el puente, que estaban contemplando las imágenes de las mismas pantallas observadas por los comandos yevethanos que habían pasado a ocupar sus puestos.

—¡Sois unos cobardes! —les gritó el comandante Paret a los invasores, con la voz enronquecida por el desprecio y la ira—. Un verdadero soldado nunca haría esto. No hay ningún honor en matar a quienes están indefensos.

Nil Spaar le ignoró.

—Fijen los blancos.

—¡Maldito loco asesino! Ya has vencido. ¿Cómo puedes justificar esto?

—Fuego —dijo Nil Spaar.

Las planchas de la cubierta temblaron con un estremecimiento casi imperceptible cuando las baterías entraron en acción, y los transportes que se estaban aproximando al Destructor Estelar desaparecieron entre un estallido de bolas de fuego y fragmentos metálicos. No se necesitó mucho tiempo. Ninguno escapó. Unos instantes después el centro de comunicaciones empezó a vibrar con las preguntas llenas de terror y perplejidad procedentes de todos los niveles de la nave. La carnicería había sido presenciada por muchos testigos.

Nil Spaar dio la espalda a la pantalla de los sistemas de puntería y cruzó el puente hasta el lugar en que el comandante Paret yacía sobre la cubierta. Agarrando al oficial imperial por los cabellos, sacó a Paret de la fila de cuerpos y le dio la vuelta con un brusco empujón de su bota. Después Nil Spaar agarró la pechera de la chaqueta de Paret con una mano y tiró de ella, alzándolo en vilo. El yevethano se alzó sobre el oficial durante un momento interminable, una silueta alta y delgada a la que los fríos ojos negros —bastante más separados de lo que hubiese sido normal en un humano—, la franja blanca que corría a lo largo de su promontorio nasal y los surcos carmesíes que cubrían sus mejillas y su mentón daban el aspecto de un demonio enloquecido por el deseo de venganza.

Después, con un siseo, el yevethano tensó su mano libre hasta convertirla en un puño y la echó hacia atrás. Una afilada garra curva emergió de la protuberancia carnosa de su muñeca.

—Sois alimañas —dijo Nil Spaar con voz gélida, y deslizó la garra sobre la garganta del oficial imperial.

Nil Spaar mantuvo el brazo inmóvil hasta que los espasmos de la agonía del comandante hubieron terminado, y luego permitió que el cuerpo cayera al suelo. Después giró sobre sus talones y bajó la mirada hacia el pozo del centro de comunicaciones y el comando que estaba manejando sus sistemas.

—Dígale a la tripulación que son prisioneros del Protectorado Yevethano y de Su Gloria el virrey —dijo Nil Spaar, limpiándose la garra en una de las perneras del pantalón de su víctima—. Dígales que a partir de hoy sus vidas dependen de que nos sean útiles. Y después deseo hablar con el virrey, y contarle nuestro triunfo.

1

Doce años después

El Quinto Grupo de Combate de la Flota de Defensa de la Nueva República apareció de repente sobre el planeta Bessimir, desplegándose en el silencio absoluto del espacio como una hermosa y mortífera flor.

La formación de gigantescos navíos de combate erizados de armas surgió de la nada con una sorprendente brusquedad, dejando tras de sí las estelas de fuego blanquecino del espacio deformado. Las siluetas angulosas de los Destruidores Estelares protegían los transportes de tropas de enormes cascos redondos, mientras que los cruceros de asalto, con sus gruesos blindajes reluciendo igual que espejos, ocupaban la punta de la formación.

Un halo de naves más pequeñas apareció al mismo tiempo. Los cazas esparcidos entre ellas se desplegaron para formar una pantalla defensiva esférica. Mientras los Destruidores Estelares terminaban de consolidar su formación, sus cubiertas de vuelo iniciaron una veloz actividad y lanzaron decenas de cazas adicionales al espacio.

Al mismo tiempo, los transportes y cruceros empezaron a expulsar por sus compuertas los bombarderos, cañoneras y vehículos de carga que habían transportado hasta el lugar de la batalla. No había ninguna razón para correr el riesgo de perder un navío con los hangares llenos, y la Nueva República había aprendido muy bien esa dolorosa lección. En

Orinda, el comandante del transporte Resistencia había mantenido a sus pilotos esperando en el hangar de lanzamiento, para así proteger a las naves más pequeñas del fuego imperial durante el mayor tiempo posible. Aún seguían allí cuando el Resistencia tuvo que enfrentarse al terrible ataque de un Súper Destructor Estelar y desapareció entre una bola de fuego y trozos de metal.

Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, más de doscientas naves de guerra, grandes y pequeñas, estaban descendiendo sobre Bessimir y sus lunas gemelas. Pero el terrible e implacable poder de la flota sólo podía ser oído y percibido por las tripulaciones de las naves. El silencio de su aproximación sólo era roto en los canales de comunicaciones de la flota, que habían cobrado una vida chisporroteante desde los primeros instantes para intercambiar repentinos estallidos codificados de ruido y el críptico parloteo que iba y venía entre las naves.

El centro de la formación de gigantescas naves de combate estaba ocupado por el navío insignia del Quinto Grupo de Combate, el transporte de tropas Intrépido. La nave había salido de los astilleros de Hakassi hacía tan poco tiempo que los corredores todavía apestaban a pasta selladora y disolvente limpiador. Los colosales motores que le permitían moverse por el espacio real todavía emitían el estridente gemido que los ingenieros llamaban «el grito del bebé».

Haría falta más de un año para que la mezcla de olores corporales de la tripulación eliminara los olores químicos de las primeras impresiones recibidas por los visitantes. Pero después de cien horas de viaje más, las vibraciones de sus motores bajarían dos octavas para convertirse en el tranquilizador zumbido suave y regular de un grupo de propulsión que había dejado atrás la fase de rodaje y se hallaba en perfectas condiciones.

Un dorneano alto y delgado que llevaba uniforme de general iba y venía por el puente del Intrépido, paseándose lentamente a lo largo de un arco de centros de mando equipados con grandes pantallas. Sus pliegues oculares habían sido hinchados y desplegados por un viejo reflejo defensivo dorneano, y su rostro de gruesa piel coriácea estaba teñido por el púrpura de la preocupación. Todavía no había transcurrido un minuto desde el comienzo del despliegue, y Etahn Ábaht ya había perdido a su primer comandante.

El navío de apoyo Ahazi había calculado mal su salto, y había salido del hiperespacio demasiado cerca de Bessimir. La tripulación no había tenido tiempo de enmendar su error. Etahn Ábaht contempló el potente destello de luz en las capas superiores de la atmósfera desde el centro visor delantero del Intrépido, sabiendo que el fogonazo significaba que seis jóvenes acababan de morir.

Pero no había tiempo para entristecerse por la pérdida. Los monitores estaban ofreciendo una frenética sucesión de imágenes procedentes de docenas de sensores instalados en los navíos y de satélites espías. Los informes del control estratégico cambiaban de un momento a otro, casi tan rápidamente como el cronómetro del plan general de combate iba contando las décimas y centésimas de segundo.

El plan de ataque era demasiado complicado y estaba demasiado rígidamente calculado para que pudiera ser detenido por unas cuantas muertes. El centro de control asignó rápidamente una flotilla de reserva a la sección inicialmente confiada al Ahazi. «Que vuestros espíritus puedan volar hacia el cenit y que vuestros cuerpos descansen en la paz de las profundidades», pensó el general Ábaht, recordando una vieja bendición para los muertos de los marineros dorneanos. Después giró sobre sus talones y estudió el orden de batalla y el plan táctico. Ya habría tiempo para llorar después.

—Fase de penetración completada —canturreó un teniente sentado delante de una de las consolas—. Despliegue completado. El líder del ataque se está aproximando al punto de entrada y solicita la autorización final.

—Penetración completada, recibido —respondió Ábaht—. Despliegue completado, recibido. Solicite confirmación de todos los sistemas.

- Control general, preparado.
- Inteligencia de combate, preparada.
- Sistemas tácticos, preparados.
- Comunicaciones, preparados.
- Operaciones de la flota, preparados.
- Operaciones de vuelo, preparados.
- Operaciones de superficie, preparados.

—Todos los sistemas en estado de alerta y listos para entrar en acción —dijo el general Ábaht con voz firme y tranquila—. Autorización de entrada concedida, reglas de combate en verde... Repito, pasen al verde.

—Autorización para pasar al verde concedida y recibida —dijo el teniente, haciendo girar una llave en su consola—. Líder del ataque, el mando ha concedido la autorización solicitada: puede seguir adelante. Todos los sistemas de armamento están activados, y el blanco puede ser atacado.

Casi de inmediato, un trío de cruceros de asalto y su dotación de bombarderos ala-K se apartó de la formación primaria y aceleró rápidamente. Su nuevo curso los llevaría por debajo del polo sur del planeta en un veloz arco que terminaría justo encima de sus objetivos, la base principal de cazas espaciales y las baterías de defensa planetarias instaladas en la luna alfa, que todavía se encontraba por encima del horizonte en relación al punto de salto de la flota.

Parejas de veloces cazas ala-A salieron de la formación y se desplegaron para interceptar y destruir los satélites sensores y de comunicaciones del planeta, que sólo contaban con armamento ligero. Los alas-A hicieron los primeros disparos del ataque contra Bessimir, actuando con una impecable precisión que transformó sus objetivos en nubes resplandecientes de metal y plástiacero.

Los alas-A también atrajeron las primeras andanadas de respuesta del enemigo. Varias baterías de cañones iónicos de la superficie abrieron fuego en un vano intento de proteger a sus ojos instalados en órbitas planetarias de gran altura. Unos momentos después de que las baterías de superficie hubieran revelado sus posiciones, los artilleros de los cruceros de ataque de la Nueva República que encabezaban el ataque ya habían centrado sus miras sobre ellas.

Los cañones láser de alta potencia de los cruceros deslizaron sus pinceles de luz mortífera sobre las baterías, cegando los sensores de superficie y buscando atraer el fuego de represalia de las instalaciones secundarias. Cuando éste no se produjo, los colosales cañones de los Destruidores Estelares fueron convirtiendo metódicamente las baterías de superficie en negros cráteres humeantes. La única baja sufrida por la Nueva República fue un ala-A del Escuadrón Fuego Negro, que perdió el ala derecha al chocar con una mina robotizada mientras estaba haciendo una pasada sobre un satélite de reconocimiento.

Al otro lado de Bessimir, el destacamento de cruceros se estaba aproximando a la luna alfa desde un vector de colisión de alta velocidad. Los cazas robotizados surgieron de las escotillas de lanzamiento ocultas en la superficie, y los enormes navíos de combate adoptaron una formación de tres en fondo y empezaron a lanzar racimos de bombas de penetración.

De la altura de un hombre y terminadas en un grueso pincho reforzado, las siluetas negras de las bombas descendieron vertiginosamente hacia la base de cazas mientras los cruceros alteraban su trayectoria para alejarse a toda velocidad. Los cazas robotizados que habían estado despegando de la luna también alteraron sus trayectorias. Unos instantes después, una docena de baterías antinaves instaladas en la superficie desactivaron su camuflaje y abrieron fuego sobre las bombas que caían hacia ellas.

Pero las bombas de penetración —impulsadas únicamente por la inercia, y con sus blindajes tan oscuros y casi tan fríos como el espacio— apenas si ofrecían un blanco detectable. La mayoría atravesaron la barrera de fuego defensivo sin sufrir ningún daño. Dos segundos antes del impacto, unas pequeñas toberas instaladas en la cola de cada bomba entraron en acción, lanzándolas hacia la superficie a una velocidad todavía más grande y hundiéndolas hasta dos veces su longitud en el suelo desnudo.

Un momento después, con el polvo del impacto todavía levantándose en el aire, todas las bombas estallaron al unísono. El fogonazo y las llamas fueron engullidas por la cara de la luna. Pero la terrible onda expansiva se propagó hacia abajo y hacia el exterior a través de la roca. Destruyó muros reforzados con tanta facilidad como si fuesen cerillas, y aplastó las cámaras subterráneas como si fueran cáscaras de huevo. Enormes chorros de humo grisáceo salieron despedidos de los pozos de lanzamiento, y el suelo de la luna se fue aposentando lentamente sobre lo que había sido el hangar principal.

En el momento en que las bombas estallaron, Esege Tuketu encabezaba una formación de dieciocho naves que estaba siguiendo a los cruceros que se dirigían hacia la luna alfa.

—Santa madre del caos —murmuró, impresionado por el espectáculo.

Tuketu apartó las manos de los controles de su ala-K durante una fracción de segundo y apoyó la frente en sus muñecas cruzadas, ejecutando el gesto narvathiano de sometimiento al fuego que lo consume todo.

Un «¡Caramba!» igualmente sincero y lleno de respeto surgió del segundo asiento del bombardero de Tuketu, que estaba ocupado por su técnico de armamento.

—Y no me importa lo que digan —añadió—. He notado esa onda expansiva.

—Me parece que yo también la he notado, Skids —dijo Tuketu.

—Nadie tenía una butaca mejor que nosotros para asistir al espectáculo, eso es indudable.

Siguieron vigilando atentamente la luna, empleando tanto los ojos como los sensores pasivos. Ningún nuevo enjambre de cazas emergió de la base escondida. Las baterías antinaves guardaron silencio.

Pero los cazas robotizados que ya habían sido lanzados al espacio siguieron luchando, a pesar de que habían quedado privados de sus controladores de vuelo. Siguiendo los protocolos de combate internos, los cazas robotizados se lanzaron contra los objetivos más grandes, los cruceros. Eran unas naves muy maniobrables, pero sólo contaban con armamento ligero, y no duraron demasiado. Los cruceros acabaron con ellos como si fueran otros tantos insectos.

—¡Lo estáis haciendo estupendamente! —exclamó Tuketu.

Ninguna de las otras tripulaciones de la formación oyó sus palabras. La fuerza de ataque estaba observando todos los protocolos reglamentarios para evitar ser detectada, y eso incluía el más estricto silencio de comunicaciones, a pesar de lo cerrado de la formación y la necesidad de ir siguiendo el plan de ataque segundo por segundo.

—Esto va a salir bien, ¿verdad? —preguntó el técnico de armamento con voz esperanzada.

—Tiene que salir bien —respondió Tuketu, pensando en el objetivo que les aguardaba.

De todas las amenazas que habían estado esperando a la flota en Bessimir, ya sólo quedaba una que pudiera causarles daños realmente serios: el gran cañón de hipervelocidad instalado en el otro lado de la luna impulsada por las fuerzas gravitatorias. Como un centinela que hiciera su ronda con paso rápido y decidido, la luna alfa no tardaría en girar alrededor de Bessimir hasta llegar a un punto en el que el cañón de hipervelocidad podría elegir a placer sus blancos entre las naves de la flota.

Según los androides de vigilancia de la Nueva República, el emplazamiento del cañón estaba protegido por un escudo de rayos y por otro de partículas. Además, y dado que las plantas suministradoras de energía del arma y el generador del escudo estaban

enterrados a gran profundidad en la roca, el cañón podría sobrevivir sin excesivas dificultades a la clase de ataque que había destruido la base de cazas. Si los navíos de combate de Etahn Ábaht acababan viéndose obligados a destruir el gran cañón de la luna alfa mediante un enfrentamiento abierto, podían estar seguros de que el Quinto Grupo de Combate perdería varias naves durante el proceso. Los dieciocho bombarderos de Tuketu eran la clave para evitar que eso llegara a ocurrir.

—Nos aproximamos al punto límite de la trayectoria —dijo Skids, echando un vistazo al cronómetro de la misión y alzando luego la vista hacia la escarpada superficie de la luna alfa, que venía a toda velocidad hacia ellos.

—Todo está controlado —dijo Tuketu.

—Más vale que así sea —fue la nerviosa réplica que le llegó por los auriculares—. Mi mamá confía en que mi vida servirá para algo más que para crear un agujero en el suelo de un sitio donde ya tienen suficientes agujeros en el suelo.

—Diez para el punto límite —dijo Tuketu—. Avisa a los demás. Cinco para el punto límite. —Una alarma de colisión empezó a sonar en la carlinga. La superficie de la luna parecía estar terriblemente próxima—. ¡Hemos llegado!

Toda la nave tembló cuando las toberas de frenado de emergencia rugieron y el morro del ala-K se alzó bruscamente hacia el horizonte. Tuketu y Skids quedaron incrustados en los respaldos de sus sillones de vuelo mientras la luna giraba vertiginosamente debajo de ellos. Los dos tuvieron que hacer un gran esfuerzo para seguir respirando durante los largos momentos de la maniobra de frenado y alteración del curso.

Cuando la nave dejó de estremecerse y fue posible volver a respirar normalmente, el bombardero de Tuketu ya había iniciado un velocísimo vuelo rasante sobre la superficie de la luna alfa, con sólo dos bombarderos más siguiéndole. Los alas-K se habían dispersado en seis grupos, y cada uno seguiría un vector distinto hacia el objetivo. Con un poco de suerte, volverían a encontrarse encima de la abertura del cañón electromagnético.

—Disculpe, señor, pero me estaba preguntando si alguien ha visto mis ojos —dijo Skids con voz temblorosa—. Hace un momento estaban dentro de mis órbitas, pero ahora...

Tuketu se echó a reír.

—Ha sido divertido, ¿verdad?

—¿Divertido? —Skids meneó la cabeza—. Ha sido tan divertido como que un Rancor se te siente en el regazo. Señor, me temo que debo relevarle del mando por obvia locura aguda, y con efecto inmediato. Tenga la bondad de pasarme los controles y acompáñeme sin ofrecer resistencia.

Tuketu, que aún estaba sonriendo, se inclinó hacia adelante e hizo un pequeño ajuste en los controles de las toberas.

—Llevamos un poco de retraso, y no quiero llegar tarde a la primera comprobación de trayectoria —dijo—. Voy a aumentar la velocidad un par de puntos. Echa un vistazo por ahí atrás y asegúrate de que los demás siguen con nosotros.

—Recibido, Tuke —respondió Skids, volviendo la cabeza primero hacia la izquierda y luego la derecha—. ¡Oh, por la joya de Haarkan! Esos motores nuevos que han instalado en los K son todavía mejores de lo que nos habían dicho: este bombardero se ha convertido en un gatito estelar con muy mal genio y muchas ganas de pelea. —Esperemos que no nos haga falta emplear toda esa potencia motriz —dijo Tuketu, en un tono de voz tan bajo que casi parecía estar hablando consigo mismo.

Según los informes que Inteligencia de la Flota había proporcionado a los planificadores del Quinto Grupo, el cañón de hipervelocidad de Bessimir disparaba ciento veinte proyectiles por minuto, aunque raramente lo hacía durante más de diez segundos seguidos. El escudo de partículas que protegía el cañón estaba sincronizado con el

control de disparo, pues de lo contrario el mismo sistema de protección habría desviado los proyectiles superacelerados. El escudo se abriría para dejar pasar a cada proyectil cuando el cañón fuera disparado, mientras que el blindaje de rayos permanecería en posición y protegería el emplazamiento de cualquier fuego de represalia procedente de las baterías de largo alcance enemigas.

Abrir, cerrar, abrir, cerrar, como el iris de una compuerta-ojo circular, como una tentadora atracción de feria: adivina cuál va ser el momento de la apertura, y ganarás el premio. Ésa era la razón por la que dos de los tres alas-K que formaban cada grupo de ataque habían sido configurados como penetradores. Los aparatos no poseían ningún arma de energía, y sólo contaban con un cañón de proyectiles corriente y un número extraordinario de proyectiles del tipo flecha. Si un solo proyectil, una astilla explosiva, conseguía infiltrarse y encontrar su objetivo...

Pero si querían disponer aunque sólo fuese de esa pequeña probabilidad, tendrían que acercarse mucho..., y además algo tendría que convencer a los artilleros de que debían disparar.

Ese algo era el Destructor Estelar de la Nueva República Decisión. Especialmente equipado con escudos múltiples alimentados por toda la energía que podían llegar a generar sus motores, el Destructor Estelar surgió del hiperespacio prácticamente en el centro exacto de la zona de fuego del cañón. Los alas-K se estaban aproximando al perímetro del área protegida por el escudo, escondiéndose entre la confusión de ecos y señales y pegándose a cada accidente de la superficie a medida que se iban acercando.

Ábaht, con las espinas de sus hombros totalmente erizadas en una clara señal de nerviosismo, estaba contemplando la maniobra en sus pantallas. Unos instantes más y los bombarderos serían detectados, y la amenaza que suponían sería analizada inmediatamente.

—Disparad —murmuró—. Vamos, vamos... Morded el anzuelo.

Esege Tuketu, que estaba observando cómo sus penetradores avanzaban hacia la línea roja de su diagrama de combate, se preparó para la maniobra de frenado a muchas gravedades que esperaba tendrían que ejecutar.

El tiempo necesario para que su corazón latiera una sola vez se estiró hasta convertirse en toda una vida.

Tuketu se dejó llevar por un impulso repentino y movió el interruptor de su comunicador, rompiendo el silencio de comunicaciones.

—Líder Rojo a Rojo Dos y Rojo Tres: ¡seguid avanzando hacia la torre, y no alteréis la trayectoria!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Skids.

Tuketu meneó la cabeza.

—Tenemos que capturar a nuestra presa antes de que empiece a llover.

Rojo Tres se desvió repentinamente hacia la derecha, alejándose de su objetivo en un intento de escapar al muro invisible que se extendía delante de él. Pero Rojo Dos rebasó el punto de alejamiento y abrió fuego. Chorros de proyectiles plateados salieron despedidos desde debajo de sus alas y avanzaron velozmente hacia la rechoncha torre del escudo centrada en sus miras.

—Lo siento, Tuke —dijo Rojo Tres—. Demasiado tarde. Voy a virar.

El gran cañón rugió en ese mismo instante, escupiendo un torrente de proyectiles sobre el Decisión.

Rojo Dos se desvió hacia la izquierda y empezó a subir, con su cañón resiguiendo los contornos de la torre del escudo y sin dejar de disparar ni un solo instante.

—Vamos, vamos, vamos... —jadeó Tuketu—. Haz un agujero para nosotros.

Los primeros proyectiles de la andanada lanzada por Rojo Dos llegaron a la periferia del escudo cuando el cañón todavía estaba disparando. La mayoría se hicieron añicos sin estallar, quedando tan aplastados como insectos que hubieran sido arrojados contra el

blindaje de un caza. Unos cuantos estallaron contra la nada cuando sus detonadores sucumbieron a una potente corriente de inducción provocada por el ciclo de conexión y desconexión del escudo. Pero dos de las minúsculas flechas lograron pasar. La cúpula hemisférica de la torre del escudo desapareció en una pequeña pero deslumbrante explosión que dejó los restos metálicos envueltos en llamas.

—¿Cómo has sabido que lo conseguirían? —preguntó Skids.

Tuketu meneó la cabeza.

—No lo sabía —dijo, dando plena potencia a los motores.

La apertura del gran cañón estaba justo delante de ellos.

Como un animal enfurecido que luchara desesperadamente por su vida, el hipercañón siguió disparando incesantemente contra el Decisión después de que el escudo de partículas se hubiera desvanecido. El gran crucero no era lo suficientemente maniobrable como para que pudiera esquivar el diluvio de proyectiles que estaban siendo lanzados contra él desde la luna alfa, y el comandante Syub Snunb se preguntó si su estructura sería lo bastante sólida para poder aguantar los impactos que estaban recibiendo. Los proyectiles chocaban contra sus escudos invisibles con tanta fuerza que toda la nave vibraba y se estremecía.

—El Ala Roja está dentro del perímetro —anunció un teniente.

Snunb, que había tenido que apoyarse en un mamparo para no perder el equilibrio, asintió para indicar que había recibido el informe.

—Entonces hemos hecho nuestro trabajo —dijo—. Que todos los sensores sigan centrados en la trayectoria de las ráfagas del cañón. Navegante, dé la vuelta y enséñeles nuestra popa. Manténganos en un curso de huida. Si nos dan algún respiro, por pequeño que sea, desconecten los escudos auxiliares y sáquenlos de aquí con la propulsión hiperespacial.

—Sí, comandante.

Y en ese mismo instante el primer escudo cedió bajo una salva de proyectiles cuando los impactos absorbieron la energía de la burbuja protectora más deprisa de lo que ésta podía ser restaurada por los generadores del escudo. Las vibraciones empeoraron de repente, y una alarma empezó a sonar en el puente.

—El escudo D ha caído. ¡Los generadores se están sobrecargando!

Snunb meneó la cabeza.

—He de acordarme de decirle al general Ábaht que no me gusta nada ser el cebo atado delante de la guarida del depredador. ¿Cuánto falta para que podamos salir de aquí?

Su primer oficial señaló la pantalla táctica.

—Tuketu debería estar encima del objetivo dentro de unos segundos.

Otra alarma empezó a sonar en el puente del Decisión.

—Espero que podamos proporcionarle esos segundos.

La apertura del hipercañón brillaba con un potente resplandor en la imagen infrarroja del ordenador de puntería de Tuketu.

—Terminemos con este trabajo en la primera pasada.

—Armando la Número Uno —canturreó Skids—. Armando la Número Dos. Asumo el control de dirección.

Tuketu levantó las manos de la palanca de vuelo.

—Es todo tuyo.

El morro del ala-K subió hacia el cielo, y el bombardero empezó a ascender.

—Distancia de lanzamiento... comprobada y aceptada. Número Uno fuera. Número Dos fuera. Sería preferible que no nos quedáramos mucho rato por aquí, Tuke.

Mientras las bombas empezaban a describir un limpio y elegante arco balístico que las haría pasar sobre la cima de una colina gravitacional, Tuketu alzó el morro del bombardero y lo desvió hacia la izquierda con tanta brusquedad que durante unos momentos se sintió un poco mareado. La parte inferior del casco acababa de quedar encarada hacia el objetivo cuando de repente hubo una especie de rugido ahogado y un destello muy brillante que proyectó largas sombras sobre la superficie de la luna alfa, a las que siguió una traducción vertical de la explosión lo bastante potente para hacer que les crujiera el cuello, como si la mano de un coloso invisible hubiera empujado al ala-K desde abajo.

—¡Demasiado pronto, demasiado pronto! —gritó Skids, muy alarmado—. No han sido nuestras bombas.

Negro Uno pasó como una exhalación por encima de ellos en ese momento, y el altavoz del comunicador cobró vida con un chisporroteo de alegres exclamaciones.

—El universo acaba de perder un arma de gran calibre —dijo el Líder Negro—. Todavía estaba disparando cuando atacamos, y debemos de haberle metido un par de bombas justo dentro del cañón. ¿Lo has visto, Líder Rojo?

—Negativo, Líder Negro. —Un doble fogonazo que era un pálido eco del primero volvió a iluminar el paisaje—. Parece que no has dejado gran cosa para nosotros, Hodo —dijo Tuketu, y sonrió.

—Así aprenderán ustedes a no entretenerse por el camino la próxima vez..., señor.

—Aquí Líder Verde —dijo una nueva voz—. He hecho una pasada de verificación, y confirmo que el objetivo ha sido destruido.

—Aquí el Decisión. Estamos de acuerdo con el Líder Verde: el objetivo ha sido destruido. Gracias, chicos.

—Recibido, Líder Verde. Recibido, Decisión —dijo Tuketu, dirigiendo el morro de su nave hacia el sector del cielo en el que les estaban esperando los cruceros—. Que todas las naves se reúnan conmigo y adopten la formación habitual. Tenemos que acudir a una cita.

Inmóvil encima de un estrado y llevando el uniforme de la Fuerza de Operaciones Defensivas Conjunta en vez del traje de combate de Mon Calamari con el que se había ganado su fama, el almirante Ackbar extendió una gran mano-aleta para señalar la pantalla que había a su derecha.

—La Flota ya controla el espacio local, por lo que las cañoneras pueden empezar a abrir un pasillo hacia la superficie sin correr excesivo peligro —dijo Ackbar, contemplando a su reducida y selecta audiencia—. La táctica que emplearemos a continuación es idéntica a la que hemos utilizado contra el hipercañón: expondremos al fuego enemigo vehículos sólidamente protegidos para así localizar y destruir los emplazamientos defensivos del sector. En este caso, como pueden ver, el fuego de represalia procede de las baterías pesadas de los navíos en órbita.

Los monitores de la sala de conferencias de los cuarteles generales de la Fuerza de Defensa de la Nueva República en Coruscant estaban mostrando las mismas imágenes que aparecían en los del puente del Intrépido, aunque con algunos segundos de retraso.

Las señales estaban siendo transmitidas a través de quince pársecs mediante un transductor hiperespacial, y luego eran examinadas por sensores militares para asegurarse de que los monitores no mostraban ninguna imagen cuyo nivel de secreto militar estuviera por encima del que podía ser conocido por quienes las verían en la sala. Aquella tarde, apenas hacía falta ninguna labor de censura. La audiencia estaba formada por los ocho miembros del Consejo para la Defensa Común del Senado, media docena de altos oficiales de la Flota y la princesa Leia Organa Solo, presidenta de la Nueva República y comandante en jefe de sus fuerzas defensivas.

Ackbar siguió hablando.

—La curvatura de un cuerpo planetario limita la efectividad de los emplazamientos fijos porque impone una línea de tiro a su armamento. Basta con destruir algunos de esos emplazamientos para crear una brecha en las defensas planetarias, y un corredor desde el espacio hasta la superficie. En estas imágenes pueden ver que la Flota se encuentra a punto de abrir un corredor de esas características. La amenaza a la que podríamos tener que enfrentarnos en esta fase vendría de cazas atmosféricos o de cohetes superficie-aire lanzados desde encima del horizonte, pero Bessimir carece de ese tipo de defensas. Cuando la brecha haya quedado totalmente abierta, iniciaremos la invasión.

—Tengo una pregunta que hacer, almirante Ackbar —dijo el senador Tolik Yar—. ¿Hasta qué punto puede considerarse realista esta prueba a la que se enfrenta la Flota? ¿Es esto algo más que una simple puesta en escena de un guión escrito previamente?

—Es todo lo realista que puede llegar a ser —respondió Ackbar—. Se trata de un ejercicio de verificación de la capacidad operativa, no de una simulación. Es cierto que la Flota sólo se enfrenta a robots de combate y simulaciones de ordenador, pero puedo asegurarles que el equipo defensivo siempre intenta ofrecer un problema lo más difícil posible a los tácticos de la Flota y que se enorgullece de crear el máximo de dificultades..., y que disfruta haciéndolo.

—Hasta el momento la demostración ha sido realmente impresionante, almirante Ackbar —dijo el senador Cion Marook, levantándose de su asiento y permitiendo que los enormes sacos de aire recubiertos de gruesas venas de su espalda se hincharan hasta el máximo de su capacidad—. Pero en beneficio de mis colegas, y de aquellos a los que represento, debo preguntarme por qué se ha confiado el mando de la nueva fuerza de ataque a un recién llegado.

—Senador, el general Etahn Ábaht no es ningún novato. Tiene dos veces mi edad, y sospecho que también es más viejo que usted.

Marook reaccionó con visible irritación.

—No he dicho que fuera joven, senador. He dicho que era un recién llegado. Todos los comandantes de las otras flotas son veteranos de la Rebelión..., líderes que, como usted mismo, lucharon honrosamente en las grandes batallas de Yavin, Hoth y Endor.

Ackbar aceptó el elogio con una inclinación de cabeza.

—Pero este dorneano lleva menos de dos años vistiendo nuestro uniforme. La autorización para crear la Quinta Flota fue concedida, en gran parte, gracias a su testimonio personal y sus garantías, y su construcción ha costado mucho dinero a la Nueva República. Me sentiría mucho más tranquilo si usted estuviera en el puente del Intrépido y fuera el general Ábaht quien estuviera aquí, moviendo un puntero delante de nosotros.

—Pues no debería ser así, senador —replicó Ackbar en un tono bastante seco—. Aunque no formó parte de la Alianza Rebelde, Dornea tiene sus propios héroes de la lucha contra el Imperio. El general Ábaht lleva mucho tiempo sirviendo de manera ejemplar como comandante de flota en la Armada de Dornea. Debemos considerarnos muy afortunados por poder contar con sus servicios.

—Y todos los efectivos de la Armada de Dornea apenas ascienden a ochenta naves —dijo el senador Marook con un ampuloso gesto de desprecio.

La princesa Leia, que estaba de pie junto a la pared del fondo de la sala de conferencias, puso los ojos en blanco y meneó la cabeza. Que las quejas procedieran de Marook era algo totalmente previsible. La sociedad hrasskisiana había sido construida alrededor de un concepto de sucesión por la antigüedad muy estricto, y el valor social más apreciado era saber esperar a que te llegara el turno. Después de cinco años en el Senado, Marook seguía resistiéndose ferozmente a la idea de basar los nombramientos en el mérito.

—Y sin embargo, la Armada dorneana defendió con éxito la independencia de Dornea durante el reinado de Palpatine a pesar de que tuvo que enfrentarse a fuerzas que

doblaban o triplicaban las suyas —dijo la princesa Leia, esperando poder poner fin a la discusión antes de que se prolongara demasiado—. Vamos, senador Marook... No creo que éste sea el momento más adecuado para discutir los nombramientos militares, ¿verdad? Pasemos a otro tema.

El almirante Ackbar alzó su gran mano-aleta.

—Princesa Leia, por favor... En realidad éste es el mejor momento para aclarar de una vez por todas este asunto. Hace semanas que vengo oyendo rumores sobre cierto descontento existente en el seno del Consejo, pero ésta es la primera vez que alguien expresa en voz alta tales opiniones delante de mí. Me gustaría tener ocasión de explicarle al senador Marook por qué está tan terriblemente equivocado.

A pesar de que había sido emitido en un tono tranquilo y mesurado, un reproche tan directo no resultaba nada propio del almirante Ackbar, y eso indicó a Leia hasta dónde llegaba la irritación de su amigo calamariano.

—Muy bien, almirante —dijo, asintiendo y sentándose en uno de los asientos para escuchar.

Después de que se le hubiera concedido el uso de la palabra, Ackbar procedió a ignorar por completo al senador Marook, y se dirigió al resto de la audiencia.

—Deben comprender que los problemas implícitos en la invasión de un cuerpo planetario desde el espacio, o en la organización de sus defensas contra una invasión, son muy distintos a los problemas que plantea la destrucción de un planeta, o su bloqueo o asedio.

Ackbar dio un par de pasos hacia adelante.

—Y se trata de unos problemas sobre los que no hemos tenido ocasión de acumular mucha experiencia. Dirigir una fuerza de combate formada por insurgentes es una faceta del arte de la guerra que no tiene secretos para los veteranos de la Alianza, a los que el senador Marook ha elogiado tan amablemente: esos líderes saben todo lo que hay que saber sobre la importancia de la cautela, la movilidad, las tácticas de ataque por sorpresa y el hostigamiento de las líneas de aprovisionamiento y comunicaciones del enemigo.

»Pero una fuerza de comandos no puede defender un mundo, un sistema o un sector. Una fuerza de comandos no puede inmovilizar sus efectivos mientras espera a ser atacada. Una fuerza de comandos no puede llevar a cabo una invasión. Deberían recordar que no ha habido ni un solo momento de su historia en el que la Alianza dispusiera de los recursos necesarios para librar una guerra convencional. Y la única vez en que las circunstancias nos obligaron a hacerlo, en Hoth, sufrimos una terrible derrota.

»Ésa es la razón por la que Etahn Ábaht fue elegido para mandar la Quinta Flota. Ha aportado a ese puente toda la experiencia que los dorneanos han ido adquiriendo a un precio tan terrible, y se trata de una experiencia que yo no puedo igualar. Y el plan táctico que estamos poniendo a prueba en Bessimir ha sido concebido por Etahn Ábaht —añadió Ackbar, señalando las pantallas que había detrás de él.

—A diferencia de mi colega de Hrasskis, no intento cuestionar las cualificaciones del general Ábaht. Estoy más preocupado por la punta del cuchillo que por quién lo empuña —dijo el senador Tig Peramis, levantándose del asiento que ocupaba cerca de la puerta—. Almirante Ackbar, me gustaría hacerle algunas preguntas concernientes a las condiciones de la prueba.

Leia, que había estado un poco distraída hasta aquel momento, se irguió rápidamente y volvió a concentrar toda su atención en la reunión. El senador Peramis era el miembro más reciente del Consejo para la Defensa Común, y representaba a los mundos de la Séptima Zona de Seguridad, incluido el suyo, Walalla. Hasta el momento había sido un miembro muy callado y se había dedicado a aprovechar el que su nuevo nivel de seguridad le permitiera acceder a los registros del Consejo para estudiarlos diligentemente, haciendo muchas preguntas cuidadosamente meditadas y expresando muy pocas opiniones propias.

—Adelante —dijo el almirante Ackbar, invitándole a hablar con un gesto de la mano.

—Han decidido enviar a la Quinta Flota contra un objetivo que no posee un escudo planetario. ¿Por qué?

—Senador, nadie puede atacar un planeta que goza de la protección de un escudo planetario hasta que dicho escudo haya dejado de funcionar. Ese tipo de ejercicio no nos proporcionaría ninguna información sobre nuestras nuevas tácticas. Además, tampoco debemos olvidar que el número de mundos con características similares a las de Bessimir es muy superior al de los planetas que poseen un nivel de riqueza y tecnología lo suficientemente elevado para poder permitirse el lujo de disponer de un escudo planetario.

—Pero, almirante, ¿acaso no advirtió al Consejo de que las posibles amenazas futuras procederían precisamente de esos mundos bien armados, ya que la Nueva República no estaba en condiciones de enfrentarse a ellos? ¿Y no prometió al Consejo que si construíamos la Quinta Flota, entonces ni siquiera el más poderoso de los antiguos mundos imperiales sería capaz de amenazarnos con impunidad?

Ackbar asintió solemnemente.

—Creo que estamos manteniendo esa promesa, senador Peramis. La defensa de Bessimir fue concebida y planeada según los perfiles de amenaza actuales. La Operación Golpe de Martillo representa un escenario probable para el uso de la Quinta Flota.

—¿Y ese uso va a consistir en aplastar a un mundo prácticamente desprovisto de defensas?

—Senador, yo no he dicho que...

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Un ejército lucha de la manera en que ha aprendido a hacerlo durante su adiestramiento —dijo el senador Peramis—. ¿Han creado la Quinta Flota para protegernos contra una amenaza estratégica, o para reforzar Coruscant? Y ese peligro que han detectado, ¿dónde se encuentra exactamente? ¿Está fuera de nuestras fronteras, o dentro de ellas? —Se volvió y señaló a Leia con un dedo acusador—. ¿A quién se están preparando para invadir exactamente?

Ackbar parpadeó, enmudecido por la sorpresa. Los otros altos oficiales presentes en la sala de conferencias fruncieron el ceño y se envararon visiblemente en sus asientos. Los otros miembros del Consejo parecían perplejos, ya fuese por las acusaciones de Peramis o, como el senador Marook, por su temeridad al hablar cuando no le correspondía el uso de la palabra.

—Lo único que puedo pensar después de haberle oído, senador Peramis, es que si hubiese estado presente cuando se celebró la votación ahora no estaría haciendo tales preguntas —dijo secamente Leia, dirigiéndose hacia el estrado con paso firme y decidido y un revoloteo de pliegues de su gran capa—. Sus palabras suponen un ataque terriblemente injusto y malicioso contra el honor del almirante Ackbar.

—En absoluto. Estoy seguro de que el almirante Ackbar cumple su deber con la máxima fidelidad posible y de que es totalmente leal a sus superiores —dijo Peramis, clavando la mirada en Leia.

—¡Cómo se atreve...! —aulló el senador Tolik Yar, levantándose de un salto—. Si no retira sus palabras, yo mismo le obligaré a hacerlo con mis puños.

Leia dirigió una tensa sonrisa a su campeón, pero rechazó su ayuda con un gesto de la mano.

—Senador Peramis, la Quinta Flota ha sido construida únicamente para proteger a la Nueva República, y por ninguna otra razón. No tenemos aspiraciones territoriales y no sentimos ningún apetito de conquistas. ¿Cómo podríamos albergar tales pretensiones, cuando cada día nos llegan diez nuevas solicitudes de mundos que quieren unirse a la Nueva República? Por el honor de la Casa de Organa, le doy mi palabra de que la Quinta Flota nunca será utilizada para invadir un mundo que forme parte de la Nueva República, o para forzarle a hacer algo en contra de su voluntad o reprimir sus legítimas ambiciones.

Antes de que volviera a hablar, ya estaba muy claro que Peramis no se había dejado impresionar por las palabras de Leia.

—¿Qué peso he de dar a un juramento que se basa en el honor de una familia extinguida..., y de una familia a la que no le une ningún vínculo de sangre?

El rostro de Tolik Yar se volvió de color escarlata, y su mano fue hacia la daga ceremonial que llevaba encima del peto. Pero la mano del alto oficial sentado junto a él reprimió su impulso.

—Espere —dijo el general Antilles en voz baja y suave—. Déle un poco más de cuerda para que se ahorque a sí mismo con ella.

La mirada del senador Peramis recorrió la sala y vio que todos los rostros estaban vueltos hacia él.

—Lamento estropearles este momento de celebración, y echar a perder los carísimos juegos artificiales tan amablemente organizados para nosotros por el almirante Ackbar y el general Ábaht. Lamento haberle hecho subir la tensión al senador Yar, y haber ofendido el impecable sentido de la corrección del senador Marook. Pero no puedo permanecer en silencio.

»Lo que he llegado a saber durante los meses transcurridos desde que pronuncié el juramento del Consejo, y lo que he visto y oído hoy, me alarman profundamente. Si pudiera, hablaría de esto en el pozo del Senado, delante de los ojos de toda la República. Esto no tiene nada que ver con nuestra seguridad o con la protección contra las amenazas exteriores: ustedes han construido una maquinaria de opresión, y ahora se disponen a entregársela a la progenie del opresor más brutal que recuerda la historia.

»Mantengo una rotunda e inalterable oposición a armar a la Nueva República contra sus propios miembros...

—Se equivoca si... —empezó a decir el almirante Ackbar.

—¡Pero eso es exactamente lo que han hecho! —exclamó el senador Peramis con irritación—. La Quinta Flota es nada más y nada menos que un arma de conquista y tiranía. Y en cuanto un arma ha sido forjada, fascina, tienta y obsesiona, y no deja de hacerlo hasta que alguien encuentra una razón para utilizarla. Han puesto en manos del hijo de Darth Vader una deslumbrante tentación para que siga el camino de su padre. Han entregado a la hija de Darth Vader una invitación envuelta en papel de regalo para que consolide su poder mediante la fuerza de las armas.

»Y a pesar de todo ello, ahora están sentados aquí, sonriendo y asintiendo y tragándose la mentira de que todo eso es por su propio bien y para su protección. Me avergüenzo de ustedes... Sí, me avergüenzo.

El senador Peramis meneó vigorosamente la cabeza, como si quisiera expulsar de ella unos pensamientos muy desagradables, y después salió de la sala de conferencias caminando a grandes zancadas.

Leia desvió rápidamente la mirada, haciendo un gran esfuerzo para tratar de controlar su expresión y ocultar lo mucho que le costaba. El silencio de perplejidad duró unos instantes, y después fue roto por toses nerviosas y los crujidos y suaves roces producidos por los altos oficiales y miembros del Consejo al removerse incómodos en sus asientos.

—¡Presidente! ¡Presidente Behn-kihl-nahm! —exclamó el senador Tolik Yar, recuperando la voz por fin—. ¡Exijo que ese hombre sea sometido a un proceso de reprimenda oficial! ¡Exijo que comparezca delante del Comité de Investigación! Esto es intolerable. La Séptima Zona debe enviar a otra persona para que se encargue de representarla. Es intolerable, ¿me ha oído?

—Todos le hemos oído, senador Yar —dijo Behn-kihl-nahm con su tono de voz más sedoso y tranquilizador mientras iba hacia Leia—. Presidenta Organa, permítame pedirle disculpas por la lamentable equivocación del senador Peramis cuando afirmó que...

Tolik Yar soltó un bufido.

—Ya puestos, ¿por qué no pedir disculpas también por las lamentables equivocaciones del Emperador? Sería aproximadamente igual de efectivo.

Behn-kihl-nahm ignoró el comentario.

—Princesa Leia, tal vez recuerde que Walalla estuvo a punto de perecer bajo el peso aplastante de la mano del Imperio —siguió diciendo—. Tig Peramis recuerda demasiado bien todo eso. Sólo era un muchacho cuando tuvo que presenciar la conquista de su mundo y cómo el espíritu de su pueblo era destruido. Los recuerdos le llenan de una pasión que inspira su diligencia, pero que nubla su sentido común. Hablaré con él. Estoy seguro de que ya lamenta esas palabras tan poco meditadas.

La salida de Behn-kihl-nahm fue la señal para que la sala se vaciara. Los otros miembros del Consejo estuvieron a punto de tropezar unos con otros en su prisa por marcharse, y la etiqueta ritual de saludos, felicitaciones y buenos deseos fue despachada con tal rapidez que adquirió el sabor de una farsa. Leia apenas tuvo tiempo de verlos marchar antes de quedarse a solas con el almirante Ackbar.

Alzó su rostro cansado y tenso hacia la mirada llena de simpatía de Ackbar, e intentó curvar los labios en una sonrisa melancólica.

—Bueno, creo que todo ha ido estupendamente... ¿No opina lo mismo?

Una imagen del general Ábaht llenó la pantalla principal en ese mismo instante.

—Etahn Ábaht informando a Operaciones de la Flota, Coruscant, con comunicación adicional a la presidencia del Senado —dijo la imagen—. El ejercicio Golpe de Martillo con fuego real ha concluido satisfactoriamente. Remitiré a la mayor brevedad posible un informe detallado sobre las bajas, deficiencias y comportamiento de los distintos mandos. Recomiendo que la Quinta Flota de las Fuerzas de Defensa pase a ser considerada como plenamente operativa a partir de esta fecha.

La pantalla se oscureció.

Ackbar asintió, y apretó suavemente el hombro de Leia con una de sus manos-aleta en un amistoso gesto de consuelo.

—No ha ido tan mal, señora presidenta —dijo—. Tener que enfrentarse a unas acusaciones injustas siempre es preferible a enfrentarse con la perspectiva de nuevos combates y más muertes. Creo que todos hemos tenido combates y muertes más que suficientes para toda nuestra vida.

Leia clavó los ojos en la puerta por la que había salido Peramis.

—¿Cómo ha podido ser tan estúpido? —preguntó con voz quejumbrosa—. Después de Palpatine, Hethrir, Durga, Daala, Thrawn; después de que cada uno llegara prácticamente pisándole los talones al anterior, casi sin darnos tiempo a curar las heridas y remendar los cascos de las naves... ¿Cómo ha podido pensar que nos gusta tanto hacer la guerra?

—He descubierto que la mayoría de las estupideces tienen su origen en el miedo —dijo Ackbar.

—No estoy acostumbrada a que me teman. —Leia meneó la cabeza—. Y especialmente sin que haya ninguna razón para ello... Eso me enfurece.

Ackbar, que la entendía muy bien, emitió un gruñido de asentimiento.

—Bien, ahora tengo intención de ir a mis habitaciones, y una vez allí le arrancaré la cabeza de un mordisco a un ormachek congelado.

Le sugiero que vuelva a casa y encuentre algo lo más horrendo posible que pueda hacer pedazos.

Leia dejó escapar una risita llena de cansancio y le dio unas palmaditas en la mano.

—Tal vez lo haga —dijo—. Verá, creo que todavía conservo esa olla de bendición calamariana que nos regaló a Han y a mí cuando nos casamos...

Una brisa caliente y húmeda soplaba sobre la cima del Templo de Atun, el más alto de los templos medio en ruinas que los massassi habían construido en Yavin 4. Luke Skywalker volvió la cara hacia el viento y contempló la jungla llena de vida que se extendía ante él sin ninguna interrupción hasta confundirse en el horizonte. El enorme disco anaranjado de Yavin, el gigante gaseoso, dominaba el cielo, suspendido justo encima del límite del mundo mientras su cuarta luna iba girando hacia la noche.

Incluso después de cinco años, Luke seguía pensando que aquel panorama era tan imponente que casi resultaba abrumador. Había crecido en Tatooine, donde las únicas estrellas de la noche eran pálidos puntitos blancos esparcidos sobre un lienzo negro, y donde el terrible calor diurno procedía de dos discos que podía hacer desaparecer con sólo levantar su mano. «Echaré de menos todo esto», pensó.

Luke llevaba meses utilizando el Templo de Atún como su santuario. A diferencia del Gran Templo, que había adquirido una nueva vida como hogar del praxeum Jedi, el Templo de Atún había permanecido tal como se hallaba cuando fue descubierto, con sus mecanismos inertes y sus pasadizos sumidos en la oscuridad. Sus cámaras exteriores habían sido saqueadas, pero una trampa formada por dos enormes piedras deslizantes había sellado las cámaras de los niveles superiores hacía ya mucho tiempo. La trampa seguía aprisionando los cuerpos aplastados de los infortunados ladrones que la habían hecho funcionar.

Algo rozó con un suave cosquilleo la consciencia de Luke y se agitó en los nebulosos confines de su percepción. Cerró los ojos y bajó sus escudos interiores durante el tiempo suficiente para registrar el templo, leyendo las corrientes de la Fuerza a medida que fluían a su alrededor y por debajo de él.

Había vida por todas partes, pues ya hacía mucho tiempo que las criaturas de Yavin 4 habían reclamado lo que abandonaron los massassi. Las escaleras derrumbadas mantenían confinadas a la mayoría de las alimañas en los niveles inferiores. Pero los murciélagos de las rocas habían anidado en los diminutos conductos de ventilación de toda la fachada del templo, y Luke compartía la cima con los halcones-corneta de alas purpúreas, que remontaban el vuelo cada noche para inspeccionar las capas más altas del dosel selvático en busca de presas.

También detectó una presencia que nunca había estado allí antes..., pero no era una presencia inesperada. Streen se estaba aproximando, tal como le había pedido Luke.

Luke no le había dado ninguna instrucción salvo la de que se reuniera con él en la cima del Templo de Atún, con lo que había convertido el que Streen asistiera a la cita en una última prueba, y al templo en un enigma a descifrar y una casa de los horrores en potencia. Luke, que estaba ocultándose a sí mismo al no ejercer ni el más mínimo influjo sobre las corrientes de la Fuerza con su voluntad, fue siguiendo el avance de su protegido. Streen se había distinguido por su madurez incluso cuando era un simple aprendiz, y esa cualidad resultaba evidente en la decisión con que ascendía por la torre. Avanzaba con veloz agilidad a lo largo de las cornisas, y se movía por los oscuros pasajes sin ninguna vacilación.

Los últimos cincuenta metros del trayecto hasta la cima exigían llevar a cabo un vertiginoso ascenso mediante las puntas de las manos y los pies a lo largo de la empinada pendiente formada por las piedras a medio desmoronar de la cara del Templo de Atún que daba a poniente. Mientras Streen se iba aproximando a la cima, Luke empujó a los halcones-corneta con el pensamiento e hizo que se lanzaran al vacío. Los halcones-corneta pasaron por encima de la cabeza de Streen como sombras dotadas de garras, chillando y agitando el aire con sus alas. Pero Streen no se sobresaltó. Se mantuvo totalmente inmóvil y pegó el cuerpo a la vieja piedra, volviéndose invisible hasta que los halcones-corneta se hubieron alejado, y después completó su ascensión.

—Me alegra mucho verte aquí —dijo Luke, abriendo los ojos mientras Streen se reunía con él—. Acabas de confirmarme la elección que había hecho. Ven, siéntate y ponte de cara al este conmigo.

Streen obedeció sin decir palabra. La curva de Yavin estaba empezando a rozar la línea del horizonte, formando la geometría del símbolo encontrado por doquier en las ruinas massassi.

—¿Has hecho nuevos progresos en tu lectura de los Libros de los massassi? —preguntó Luke en voz baja.

Se estaba refiriendo a una colección de tabletas sacadas de una cámara subterránea derrumbada que había sido descubierta dos años antes en la jungla, cerca del templo. Las tabletas estaban cubiertas con la compleja y arcana simbología del Sith, pero los signos no habían sido trazados por una consciencia Sith. Los Libros guardaban silencio sobre su autoría, pero Luke creía que eran la creación de un solo massassi, y que contenían la obra de toda una vida dedicada a escribir ensayos sobre la historia y la fe. Una opinión minoritaria sostenía que eran los textos sagrados originales de los massassi, una antigua tradición oral que había sido consignada allí por esclavos que aprendieron a leer y escribir.

—Pensaba que a estas alturas ya habría terminado, pero sólo he llegado al decimosexto Libro —dijo Streen—. Leerlos es más agotador de lo que nunca hubiese imaginado. Es como si fuera un proceso que ha de seguir su propio ritmo, y que no puede ser acelerado.

—¿Y qué has descubierto sobre lo que el panorama que se extiende ante nosotros significaba para los que construyeron este lugar?

—He descubierto que para los massassi Yavin era un dios hermoso y terrible al mismo tiempo —respondió Streen—. Alzaba sus ojos hacia el cielo, pero encogía sus corazones y los llenaba de miedo.

—Continúa.

Streen señaló el horizonte con un gesto de la mano.

—Si he comprendido bien lo que he leído, los massassi se midieron a sí mismos usando esta presencia que lo domina todo como patrón de medida y se sintieron espantosamente diminutos e insignificantes. Se hallaban sobre el pináculo de la vida en un mundo fecundo, y sin embargo les parecía que ellos y sus logros no eran nada..., y esa paradoja acabó oscureciendo toda su historia.

—Sí —dijo Luke—. No consiguieron aprender la lección de la humildad. Cuanto más grandes eran sus obras, más anhelaban ese poder que seguía pareciendo estar tan lejos de su alcance. Erigieron estas piedras para el Sith en un vano esfuerzo que pretendía tocar el rostro de su dios, y persiguieron el poder oscuro del Sith en un vano esfuerzo para llegar a ser como dioses.

—Fue una especie de locura.

—Un atisbo de la verdad puede bastar para provocar la locura —murmuró Luke.

—¿Qué verdad es ésta?

—Mira a nuestro alrededor —dijo Luke, extendiendo las manos—. Los massassi han desaparecido y sus obras se están desmoronando, heridas por la guerra y violadas por los intrusos. Pero Yavin sigue gobernando su mundo.

—Sí. Sí, comprendo.

—Me iré por la mañana, Streen —dijo Luke en voz baja y suave—. Mi presencia aquí ya no es necesaria. Va siendo hora de que otro asuma la dirección de la Academia Jedi. Te he elegido a ti.

Aquellas palabras consiguieron lo que no habían logrado los halcones-corneta, pues Streen se sobresaltó visiblemente.

—¿Te marcharás mañana? No lo entiendo —dijo, volviéndose hacia Luke.

—Hubo un tiempo en el que la Fuerza era para mí como una voz que susurraba en el viento —dijo Luke, levantándose y volviendo la mirada hacia el Gran Templo—. Obi-Wan me enseñó a oírla, y Yoda me enseñó a entenderla. Después fui mi propio maestro, y aprendí a escucharla estuviera donde estuviese y, a mi vez, he enseñado a otros a oírla y entenderla. Pero últimamente no he estado oyendo muy bien esa voz, a pesar de que mi oído es más agudo que nunca. Hay demasiado ruido. Hay demasiadas interferencias que he de filtrar y eliminar. Hay demasiadas preguntas, demasiadas exigencias. Todos parecen estar gritándome. Es insoportable, y me agota.

Se volvió hacia Streen.

—No puedo seguir haciendo este trabajo. Y lo que he de hacer no puede hacerse aquí.

—Entonces ha llegado el momento de que te vayas —dijo Streen, poniéndose en pie—. Ahora que comprendo por qué te has estado alejando poco a poco de nosotros, incluso me parece que deberías haberte marchado hace tiempo. Y no te preguntaré adonde vas.

—Gracias —dijo Luke—. ¿Aceptas la carga que te he ofrecido?

—Sí —dijo Streen, ofreciéndole su mano extendida—. La acepto. Te libero de tus deberes sin imponerte ninguna condición a cambio. Yo cargaré con este peso a partir de ahora. —Los dos hombres unieron sus manos en un firme apretón lleno de sinceridad. Después Streen sonrió—. Aunque no me siento preparado para ello.

—Estupendo —dijo Luke, respondiendo a la sonrisa de Streen y soltándole la mano—. El que no te sientas preparado te ayudará a esforzarte todavía más.

—¿Se lo dirás a los aprendices, o se lo diré yo?

—Yo se lo diré. Es lo que esperan, y además quiero que sepan que cuentas con toda mi confianza. Ahora ven, y hagamos lo que debe hacerse.

Dando dos largas y rápidas zancadas, Luke se lanzó al vacío del viento caliente desde la cima del Templo de Atún, tal como hacían los halcones-corneta. Cayó dando tumbos por el aire durante unos momentos, y después extendió los miembros como si los pliegues de su túnica fueran unas alas. Mientras caía, meditó en el miedo durante largos segundos, y después imaginó que era una criatura del aire. Haciendo que su cuerpo fuese tan ligero como su corazón, se posó sobre el suelo cerca de la base del templo con tanta suavidad que los tallos de hierba apenas protestaron. Streen tardó un poco más en llegar, descendiendo a lo largo de la fachada del templo bronceada por el sol como si estuviera dejándose caer mediante una cuerda invisible.

—Espero que ésta no haya sido mi última prueba —jadeó Streen mientras se reunía con Luke.

—No —respondió Luke—. Sólo era algo que quería hacer una vez más antes de irme.

Un rato más tarde, después de que hubiera anochecido, un caza ala-E creó una flecha de luz a través del cielo y subió como una exhalación hacia las estrellas desde la isla de ruinas perdida en el mar oscuro de la jungla. Sólo un par de ojos lo vio marchar. Los ojos pertenecían a Streen, que se hallaba sentado en la cima del Gran Templo. Había estado meditando, y la luz y el sonido hicieron que levantase la mirada.

—Adiós, maestro mío —murmuró mientras la estela iónica se iba desvaneciendo—. Que la Fuerza te acompañe en tu viaje.

En algunos aspectos, Jacen Solo era como cualquier niño de siete años de edad. Le gustaba construir castillos con una baraja de cartas de sabacc, conducir deslizadores de juguete a través de charcos de barro y jugar con modelos de naves espaciales. El único problema, desde el punto de vista de Han, era que Jacen quería hacer todas esas cosas con su mente, en vez de con sus manos.

Hasta el momento, la capacidad para levitar objetos, incluso los más pequeños, seguía estando fuera del alcance de Jacen. El ala-E y el caza TIE que libraban un feroz duelo en el aire encima de su cama estaban suspendidos de un par de hilos, y no de sus pensamientos. Pero saber que era posible levitar objetos constituía una motivación más

que suficiente para el hijo mayor de Han. Al igual que el padre que soporta el primer año de lecciones de clarinete de su hijo, Han había aprendido a ignorar el estrépito de las pequeñas catástrofes y los experimentos fracasados, y los ocasionales estallidos de impaciencia que tenían lugar en la habitación contigua y que, de otro modo, habrían hecho subir vertiginosamente su presión sanguínea. Además, y a diferencia de Leia, el ruido y el caos que acompañan a los juegos de un niño no le molestaban lo más mínimo.

Pero a Han le costaba bastante más digerir la innegable realidad de que Jacen se estaba volviendo un poco..., bueno, un poco regordete. Han recordaba la infancia como largos días de juegos movidos y enérgicos, como una época en la que poseía un cuerpo esbelto y fuerte que nunca estaba cansado durante demasiado tiempo. En el caso de Jacen, la infancia era algo muy distinto. Aunque los niños podían ir y venir libremente por todo el recinto, Han nunca veía entrar en el patio a su hijo mayor después de haber corrido hasta acabar en un estado de agotamiento sudoroso, o salir de los jardines tan sucio y feliz como un gusano. Y eso preocupaba considerablemente a Han.

Había algo que todavía le resultaba más difícil de aceptar, y era el ver a Jacen jugando siempre solo, sin amigos fuera de la familia y estando cada vez menos interesado en jugar con Jaina y Anakin. Han culpaba de la falta de amigos de Jacen a sí mismo y a Leia. Los niños habían sido trasladados continuamente de un lugar a otro, enviados lejos con guardaespaldas y escondidos con niñeras, todo con la idea de «protegerlos». Como resultado, el proceso había «protegido» a sus hijos de tener nada remotamente parecido a una infancia normal. Y a pesar de todo eso, aun así habían sido secuestrados por Hethrir, y habían estado a punto de perderlos.

Ya no se podía hacer nada al respecto salvo tratar de no agravar todavía más las consecuencias del error. La primera noche en que la familia estuvo reunida, con Leia derramando lágrimas de alivio mientras se abrazaban los unos a los otros, Han se había jurado en silencio que nunca volvería a permitir que los niños quedaran sin el cuidado y la protección de su padre o su madre.

Leia estaba irremediablemente atrapada por los asuntos gubernamentales, pero Han estaba convencido de que su posición era muy distinta a la de ella. Cuando volvieron a Coruscant, había intentado presentar su dimisión. Como respuesta, el almirante Ackbar había observado que Han perdería sus autorizaciones y accesos de alta seguridad y su pase de Primera Clase, y que Leia perdería su consejo en las cuestiones más delicadas y el poder compartirlas con él.

—Considerándole indispensable para la defensa de la Nueva República, debo rechazar su dimisión —había dicho Ackbar.

—Eh, un momento, maldita sea...

—Sin embargo, también soy de la opinión de que las funciones que desempeña actualmente no están aprovechando al máximo su experiencia y capacidades —siguió diciendo Ackbar—. Con efectividad inmediata, ordeno la excedencia indefinida de su rango actual y que se le adscriba al servicio personal de la presidenta en calidad de agregado encargado de la defensa doméstica. Tendrá que prestarle su ayuda de la manera que ella considere más adecuada. ¿Lo ha entendido?

Si los enormes ojos del calamariano hubieran sido capaces de producir un guiño, Ackbar habría obsequiado a Han con un ejemplar soberbiamente malicioso en ese mismo momento.

Como consecuencia, y desde aquel momento, Han pasaba los días en la residencia presidencial, que compartía con Leia, e intentaba recuperar todo el tiempo perdido. Pero estaba descubriendo que los niños hacían que los hiperimpulsores del Halcón Milenario pareciesen altamente fiables y predecibles en comparación con ellos. El pequeño Anakin era el leal aliado de Han, pero los gemelos solían ponerle a prueba. Jacen y Jaina tenían sus propias ideas sobre cuál era el orden más adecuado para el universo, y sobre el lugar que debían ocupar en él.

—Pero papá, Winter nos deja...
—Pero papá, Chewie siempre...
—Pero papá, Cetrespeó nunca...

Las frases que empezaban con ese tipo de construcciones gramaticales quedaron totalmente prohibidas en la casa a finales del primer mes. «¡No es justo!» siguió el mismo camino poco tiempo después. Con Leia respaldando los edictos al final de la cadena de mando (y negociando discretamente sus discrepancias con Han en privado), los tres niños acabaron reconociendo a papá como el jefe de la casa.

Pero a Han le preocupaba mucho ese día, que creía debía llegar inevitablemente, en el que un desacuerdo terminaría convirtiéndose en una discusión que no lograría ganar. Han había llegado a la conclusión de que criar niños Jedi era algo muy parecido a criar tigres de Ralltiir: por monísimos que pudieran ser de pequeños y por mucho que pudieran quererte, aun así acababan creciéndoles unas garras tan largas como mortíferas. Han nunca olvidaría la tarde en la que Anakin tuvo una rabieta ayudada y alimentada por la Fuerza que había durado una hora entera. Todos los objetos de la habitación fueron empujados o lanzados contra la pared, dejando al pequeño solo en el centro de un suelo totalmente vacío para que lo golpeará con los puños y los talones.

Por suerte, los tres niños eran, básicamente y en el fondo, muy buenos. Que el jugar con la Fuerza pareciese hacer que durmieran más rato y más profundamente también era algo por lo que podían dar gracias. Por desgracia, tanto Anakin como Jacen habían heredado la tozudez de su madre: obligar a cualquiera de los dos a que hiciese algo que no quería hacer exigía considerables esfuerzos. Y tanto Jacen como Jaina tenían una veta oculta de traviesa e incontenible picardía, de la que Leia culpaba a Han, y que hacía que se pudiese tener la seguridad de que tarde o temprano acabarían haciendo justo lo que no querías que hicieran.

Habían establecido un nuevo ritual familiar que parecía gustar mucho a todo el mundo: cuando Leia llegaba a casa, todos se metían en la piscina de vórtices del jardín y pasaban media hora o más dejándose llevar de un lado a otro por sus corrientes. Los niños podían jugar —de repente Anakin había empezado a sentir un amor tan intenso por el agua que Ackbar le llamaba orgullosamente «mi pececito»—, o limitarse a permanecer pegados a mamá y papá, mientras que para Leia y Han era como una terapia, un suspiro de alivio al final de un largo día.

Después, cuando los niños se iban con el androide mayordomo que los vestiría para la cena, Han y Leia se retiraban a su dormitorio para intercambiar lo que llamaban jocosamente «el parte diario». Aquello era tan parte del ritual como la piscina: les daba una ocasión de quejarse, gritar o, sencillamente, distraerse un rato mientras cada uno le contaba al otro cómo le había ido el día.

Esa noche Leia se dejó caer sobre la cama, cogió una almohada y la estrujó contra su pecho.

—¿Cuáles son las últimas noticias del frente de batalla, general?
—preguntó.

Han se instaló en un sillón kesslerita colocado delante de los pies de la cama. El sillón se ablandó y se adaptó rápidamente a los contornos de su cuerpo, dejándole en una postura tan cómoda que le hizo tener la sensación de que todavía estaba flotando en la piscina de vórtices.

—No sé qué hacer con Jacen —dijo—. Esta mañana intenté persuadirle de que jugara un pequeño torneo amistoso de bolo-pelota conmigo. Rechazó la idea.

—Bueno... No es un deporte que se le dé demasiado bien, y los chicos quieren que sus padres estén orgullosos de ellos —dijo Leia, dándose la vuelta y clavando la mirada en el techo—. Quizá no se atreve a jugar contigo porque tú eres mucho mejor jugador que él y teme quedar en ridículo.

—No juega demasiado bien porque nunca lo practica. No hay ninguna razón por la que no pueda llegar a ser un buen jugador. Pero dijo que era un juego estúpido.

Leia mantuvo un diplomático silencio.

—Así que le dije que de acuerdo, que escogiera él —siguió explicando Han—. «¿Quieres ir a patinar en el velódromo, quieres jugar a pelota mural en el patio, qué quieres hacer?» «No, papá, gracias», me dice él. Le dije que tenía que empezar a hacer algún tipo de esfuerzo físico, que tenía que robustecer su cuerpo..., o de lo contrario, tendría que obligarle a hacer unos cuantos circuitos diarios de la valla interior corriendo al lado del androide centinela.

—¿Y qué respondió a eso?

—«¿Por qué he de ser fuerte? Algún día seré capaz de ir adonde quiera, o de conseguir todo lo que quiera, sólo pensando en ello..., como el tío Luke.» Eso es lo que me respondió. —Han meneó la cabeza—. No parece haberse dado cuenta de que su tío Luke no se parece en nada a Jabba el Hutt.

—¡Y Jacen tampoco! —exclamó Leia, poniéndose a la defensiva.

—Dale tiempo.

—Estás exagerando.

—Eso espero —dijo Han, aunque empleó un tono bastante escéptico—. Pero me alegraría ver cómo Luke le recuerda a Jacen que el adiestramiento Jedi también tiene una faceta física... Ya sabes, todos esos rollos de que el cuerpo es el instrumento de la mente, y no sólo su recipiente, con los que solía matarnos de aburrimiento.

Leia volvió a rodar sobre la cama y se incorporó, apoyándose en los codos y con el rostro repentinamente tenso.

—¿Has tenido noticias de Luke, Han?

—¿Qué? No, hace algún tiempo que no sé nada de él. —Han frunció el ceño mientras pensaba—. La verdad es que hace mucho tiempo que no sé nada de él. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tionne ha llamado hoy desde Yavin 4. Luke ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido?

—Se ha ido a algún sitio. Dejó la Academia Jedi en manos de Streen.

—Ya ha hecho eso antes.

—Pero a juzgar por lo que me dijo Tionne, esta vez es distinto... Daba la impresión de que no iba a volver nunca.

—Hmmm. Altamente misterioso, estoy de acuerdo —convino Han—. No se me ocurre ni una sola razón por la que no pueda apetecerle pasar su vida en una isla desierta en el centro de la gran Nada rodeado por una pandilla de adeptos a la Fuerza.

Leia le arrojó una almohada, que fue diestramente interceptada por Han.

—Ojalá supiera dónde está —dijo—. Ninguno de los dos ha sabido nada de él desde hace meses, y ahora se ha ido de repente sin dejar ninguna clase de mensaje...

—¿Estás preocupada por Luke?

—Un poco. Y si no va a estar en la Academia Jedi, no cabe duda de que no nos irá nada mal que viniera aquí a echarnos una mano. He intentado enviar un mensaje al comunicador hiperespacial de su caza, pero no está recibiendo transmisiones. Si es que ese comunicador todavía existe, claro.

—¿Cuándo se fue?

—Ya hace varios días. ¿Podemos hacer algo desde aquí para localizarle?

Han soltó un bufido.

—¿Localizar a un Maestro Jedi que sabe todo lo que hay que saber sobre la geografía y tecnología de la Nueva República? No a menos que él quiera ser encontrado. Tienes más probabilidades de dar con Luke tú solita, empleando tu no-sé-qué latente y ese no-sé-cuántos de gemelos que los dos parecéis poseer.

Leia pareció sentirse vagamente incómoda.

—Me he estado preguntando si podría pedirle al almirante Ackbar que incluyera el ala-E de Luke en la lista de naves desaparecidas... discretamente, ya sabes.

—Podrías hacerlo —replicó Han—, pero no discretamente. ¡Sólo harían falta unas dos horas para que toda la flota estuviera comentando la desaparición de Luke Skywalker! Vamos, Leia... No intentes engañarte a ti misma: todo lo relacionado con Luke es noticia. Y, en realidad, ésa podría ser la razón por la que se ha escabullido por la puerta trasera. ¿Qué dice Streen?

—Streen dice que no tiene nada que contarnos. Pero tuve la impresión de que estaba protegiendo a Luke.

—¿Protegiendo la intimidad de Luke, tal vez?

—Tal vez —dijo Leia—. Supongo que ahora vas a decirme que debería respetar su intimidad, y dejar de preocuparme por este asunto.

—Es una idea —replicó Han—. Luke es un Maestro Jedi..., y se ha ido en el mejor caza de que disponemos, gracias al almirante Ackbar. Si hay alguien que pueda cuidar de sí mismo, seguro que ese alguien ha de ser mi viejo amigo Luke.

Leia se dejó caer de espaldas sobre la cama.

—Qué curioso... Cada vez que pienso en ese tema, lo que me acaba viniendo a la cabeza es que nadie tiene tanta habilidad para meterse en líos como Luke.

—Ésa es la gran diferencia existente entre un amigo y una hermana.

—Sí, supongo que sí —dijo Leia, y suspiró—. Hablando de hermanas... ¿Ha ocurrido algo más hoy?

—Bueno, veamos —dijo Han, cruzando los brazos encima del pecho y alzando la mirada hacia el techo—. Después del almuerzo, Jaina se hartó de que Jacen volviera a empezar con su viejo numerito de ignorarla y se dedicó a sabotear sus ejercicios Jedi. Acabaron teniendo una discusión tan larga que al final consiguieron que les sentara mal el almuerzo a los dos, y entonces...

Apenas hubo desconectado los motores, Luke pudo oír el aullido del viento que soplaba en el exterior. Las ráfagas hicieron que el ala-E oscilara sobre sus soportes de descenso y rociaron su superficie con la gélida espuma salada arrancada a las crestas de las olas que rompían cerca de la playa.

—No apagues los estabilizadores —le dijo Luke a R7-T1 mientras se quitaba el arnés de seguridad.

El androide astromecánico emitió un trino de respuesta, y las palabras SE RECOMIENDA USAR LOS SISTEMAS ANTIHIELO DE LAS ALAS aparecieron en el monitor de la carlinga.

—De acuerdo, entonces deja conectados también los sistemas antihielo.

R7-T1 respondió con un ronroneo. RUEGO CONFIRME RESPUESTA

NEGATIVA A CONTROL DE TRÁFICO DE CORUSCANT.

—Sí, estoy seguro de que no quiero que notifiques nuestra llegada al control de tráfico. No quiero que sueltes ni un pitido..., ni siquiera para comprobar si el cronómetro atrasa, ¿entendido?

Se inclinó hacia adelante para abrir el cierre de la carlinga, y la burbuja se deslizó sobre unas bisagras ocultas hasta quedar en posición vertical con respecto al fuselaje. Un chorro de aire húmedo y muy frío entró en la carlinga junto con el sonido del oleaje.

—Volveré cuando haya encontrado el hangar.

La playa, de apenas treinta metros de anchura, era una pequeña franja arenosa incrustada entre un mar verdoso de aspecto enfurecido y un acantilado rocoso que tendría unos quince metros de altura. Más allá de los rompientes se alzaban varios pináculos retorcidos de la misma roca negro rojiza que sobresalían del agua. Rocas más pequeñas estaban esparcidas por entre las olas y a lo largo de toda la playa, medio enterradas en la

gruesa arena marrón. Una espesa capa de nubes grisáceas parecía hervir en las alturas, agitándose bajo la presión incesante del viento.

Luke avanzó lentamente por la playa rocosa, yendo en dirección sur sin prestar atención al viento y el frío. Mantenía una mano extendida delante de él con la palma vuelta hacia abajo y la iba moviendo metódicamente de un lado a otro a través del aire, con lo que casi parecía un ciego que estuviera moviéndose a tientas por una habitación con la que no estuviera familiarizado.

Luke no había ido muy lejos cuando se detuvo y alzó la mirada hacia la cima del acantilado. La estuvo contemplando durante unos momentos, y acabó volviendo la vista hacia dos columnas de roca gemelas. Después bajó el mentón hasta pegarlo al pecho, cerró los ojos y dio dos lentas vueltas completas sobre sí mismo antes de volver a alzar la mirada hacia la cima del acantilado.

—Sí —dijo, y el viento le robó la palabra de los labios—. Sí, es aquí.

Se sentó en la arena, con las piernas cruzadas y la espalda recta, y juntó las manos sobre su regazo, uniendo las yemas de los dedos de cada una con los de la otra. Luke se concentró en una imagen mental y permitió que su consciencia se fuera hundiendo en las profundidades del flujo de la Fuerza que discurría por debajo de él. Con ojos que miraban hacia el interior, encontró lo que buscaba y detectó su presencia, de la misma forma en que habría percibido las pequeñas taras de un cristal casi perfecto. Luke desplegó su voluntad.

La arena se removió a su alrededor. Las rocas temblaron y oscilaron lentamente de un lado a otro, y después empezaron a elevarse sobre el mar y la arena como si estuvieran siendo separadas de ellos por una pantalla invisible. Girando por los aires mientras buscaban su lugar, las piedras fueron adquiriendo la forma de un muro derruido y unos cimientos desmoronados primero, y de un arco, una puerta y una cúpula después, revelando las ruinas de la fortaleza secreta de Darth Vader. La vieja estructura quedó suspendida en el aire por encima de Luke y a su alrededor, de la misma manera que en tiempos lejanos se había alzado sobre el acantilado, coronándolo con la oscura masa de un edificio imponente y amenazador.

No había nada en los archivos de la Ciudad Imperial que pudiera decir si su padre había llegado a ocupar la fortaleza, aunque estaba claro que había sido construida para él de acuerdo con sus instrucciones. Cuando fue destruida por los desintegradores de un alaB, algunos días después de que la Nueva República reconquistara Coruscant, la fortaleza se hallaba vacía.

¿Era allí donde Darth Vader había planeado sus conquistas mientras servía al Emperador? ¿Era allí adonde iba para rejuvenecerse después de una batalla? ¿Habría acogido aquel lugar sus celebraciones, sus desenfrenados placeres o sus crueldades? Luke aguzó el oído para tratar de captar los ecos de las viejas fuerzas malignas, y no pudo estar seguro. Pero eso no tenía ninguna importancia para sus planes. Tal como había redimido y reclamado a su padre, así redimiría y reclamaría la casa de su padre.

Las piedras volvieron a girar en el aire, y otros peñascos extraídos del mar y arrancados a la cara del acantilado se unieron a ellas. Un borde afilado e irregular se fusionó con otro, y las oscuras superficies de las rocas se fueron volviendo más y más claras a medida que su estructura mineral iba siendo alterada. Los gruesos muros y suelos de piedra se fueron volviendo más delgados y adquirieron una grácil elegancia, como si fueran arcilla bajo las manos de un alfarero. Una torre se fue estirando hacia el cielo, prolongándose esbeltamente hasta que se alzó por encima del final del acantilado.

Cuando hubo terminado —con la última brecha cerrada, la última roca transformada y la estructura que sobresalía de la arena firmemente instalada sobre pilares de piedra que se extendían hacia abajo hasta llegar al lecho rocoso—, Luke levitó el ala-E a lo largo de la playa y lo metió en la cámara que había creado para el caza. Pero lo que usó para

cerrar la abertura no era una puerta, sino un grueso muro que impediría el paso no sólo del viento y del frío, sino también de cuanto había en el mundo.

—Desconecta todos los sistemas —le dijo a R7-T1—. No te necesitaré durante algún tiempo, así que cuando hayas terminado puedes pasar a la modalidad de espera.

Lo último que debía hacer era inspeccionar su refugio desde la perspectiva de cualquier visitante traído hasta allí por el azar cuya mirada pudiera posarse sobre él. Todo estaba tal como lo había planeado. Desde el cielo, el refugio parecía formar parte de la playa. Desde el mar, parecía formar parte de los acantilados. Desde la playa, parecía formar parte del cielo. Desde los acantilados, parecía formar parte del mar. No era un truco de camuflaje, sino una simple cuestión de permitir que las esencias de su sustancia fueran vistas. El refugio formaba parte del mar, de la roca, de la arena y del cielo, y bastaba con permitir que estuviera en armonía con todas esas cosas en vez de imponerles su presencia.

La última prueba fue subir a la torre e inspeccionar el panorama. Pero cuando miró hacia el este, descubrió que las capas de nubes bajas le impedían ver nada. Luke esperó, evitando percibir el transcurso del tiempo con tanta facilidad como evitaba notar el frío. Esperó hasta que el viento acabó llevándose la tormenta y hasta que pudo ver las cimas cubiertas de nieve de las montañas Menarai elevándose majestuosamente sobre la joya del Núcleo, ribeteada contra el cielo por la luz amarillenta que despedía la luna interior.

—Que esta visión me recuerde siempre que las pocas piedras que he erigido acabarán derrumbándose —murmuró—. Y que el recuerdo de Anakin Skywalker me impida olvidar que la rendición es más poderosa que la voluntad.

Después bajó por fin a su refugio, y selló la entrada detrás de él.

Leia despertó de repente y se irguió en la oscuridad.

—Está aquí —dijo.

—¿Eh? —preguntó Han con voz soñolienta.

—Está aquí..., en Coruscant.

—¿Quién está aquí?

—Luke. He sentido cómo su mente rozaba la mía.

—Estupendo. Invítale a cenar —dijo Han con un bostezo.

—No lo entiendes —dijo Leia, empezando a impacientarse—. Estaba dormida, o creía estarlo. Estaba soñando que Luke se inclinaba sobre mí y me miraba. Entonces comprendí que estaba despierta. Nos miramos el uno al otro durante un momento, y después Luke desapareció..., como si hubiera corrido una cortina.

—Eso me suena a estar soñando.

—No —dijo Leia, y meneó la cabeza—. Tenías razón, Han... Luke se está escondiendo. No quiere ser encontrado.

Han se tapó la cabeza con una almohada.

—Pues entonces deja que se esconda —replicó—. Es de noche, y quiero dormir.

—Pero es que yo quiero saber por qué se esconde. No entiendo qué está ocurriendo.

«Y además necesito saber que Luke está ahí en caso de que le necesite», pensó.

—Ya nos lo contará cuando esté preparado —dijo Han, atrayendo a Leia hacia el cálido y reconfortante círculo de sus brazos—. Duerme, princesa mía. Las mañanas siempre llegan demasiado pronto.

Los enormes ventanales curvados de la sala de conferencias, que se encontraba a gran altura en los restos restaurados del Palacio Imperial, daban al más antiguo y

concurrido de los tres espaciopuertos que canalizaban el numeroso tráfico de la Ciudad Imperial.

Por razones de seguridad, las coordenadas de los descensos y los despegues siempre eran calculadas de tal manera que ninguna nave tuviera que acercarse al complejo administrativo reconstruido. Pero aun así seguía siendo posible contemplar sus idas y venidas, e identificar —quien tuviera buena vista— modelos familiares e incluso una nave determinada. Leia había ido a la sala de conferencias en más de una ocasión para ver cómo el Halcón Milenario partía en alguna misión o para esperar impacientemente su regreso.

Pero el que las actividades del espaciopuerto llegaran a exigir la atención de quienes se hallaban en la sala de conferencias era algo que no ocurría muchas veces. Sólo las naves más grandes, un ocasional descenso de emergencia seguido por una explosión, o la interrupción inesperada de un lanzamiento a plena potencia podían ser oídos a través del transpariacero. Por eso cuando los paneles empezaron a vibrar en simpatía con las oleadas de sonido que caían sobre ellos desde el exterior, tanto Leia como Ackbar levantaron la vista de su trabajo para averiguar a qué podía deberse.

Vieron cómo una luminosa silueta esférica que tenía tres veces el tamaño de un transporte corriente descendía hacia el espaciopuerto. Tres naves de escolta mucho más pequeñas trazaban círculos en torno a ella, como planetas moviéndose alrededor de una estrella. Las ondas de distorsión atmosférica brotaban de las depresiones que cubrían la parte inferior del casco de la nave esférica.

—Me parece que esa nave está utilizando impulsores de pulso aradianos sin ninguna clase de amortiguación —dijo Ackbar—. Notable, realmente notable... Fíjese en lo lento y estable que es el descenso. Tendré que echarle un vistazo desde más cerca.

—Bien, parece ser que la delegación de Duskhan ha llegado por fin —dijo Leia—. Supongo que los espaciopuertos del Cúmulo de Koornacht estarán bastante alejados de los barrios residenciales.

—¿No va a ir a dar la bienvenida al embajador Spaar?

—El Primer Administrador Engh ya está allí con un androide de protocolo —respondió Leia.

—Ya veo —dijo Ackbar—. ¿Les ha enviado algún mensaje?

—Oh, poca cosa: sólo que deben comprender que «Presidenta» no es un título honorífico —dijo Leia—. Pero eso no quiere decir que obre así porque le tenga manía a Duskhan, desde luego. A partir de ahora, voy a ser bastante grosera con todo el mundo. El problema es que cada semana llegan sencillamente demasiadas delegaciones diplomáticas... Últimamente me pasaba la mitad del día esperando en las salas de llegada. —Leia frunció el rostro en una mueca de irritación—. Especialmente cuando alguien retrasa su llegada tres veces, y siempre en el último momento.

Mientras hablaba, Leia volvió a doblar el triángulo azul de pergamino walallano que un mensajero había colocado delante de ella hacía unos momentos, y lo dejó a un lado.

El acto no le pasó desapercibido a Ackbar, dado que sólo uno de sus ojos estaba dirigido hacia la ventana.

—¿Es la carta del senador Peramis?

Leia asintió.

—¿Y...?

—El tono general es bastante humilde —dijo Leia.

—Excelente.

Leia volvió a asentir.

—Ojalá tuviera ese don tan peculiar que posee Behn-kihl-nahm. Casi nunca deja señales de pulgares en las gargantas de sus vícti..., de las personas a las que persuade.

—Tendrá que averiguar dónde compra sus guantes —dijo Ackbar. El transporte duskhaniano ya se había posado sobre la pista, y las naves de escolta estaban

desapareciendo una detrás de otra en un hangar de la parte superior de la esfera—. ¿Tiene programada alguna reunión con Nil Spaar?

—Nos veremos dentro de diez días.

—¿Tanto tiempo? Debería permitir que el Primer Administrador se ocupara de algunos de los mundos menos importantes de su programa de actividades. Y no me refiero meramente a recibir sus delegaciones, sino a todo el proceso de admisión.

—¿Para dejarles claro desde el primer momento que van a ser miembros de segunda clase de la Nueva República? No me parece que sea muy buena idea.

—Tiene que haber alguna manera de transferir a otras personas una parte del peso que lleva sobre los hombros.

—Aceptaré sugerencias —dijo Leia—. Pero Nil Spaar solicitó el retraso. Nunca ha estado en Coruscant. Dijo que quería explorar un poco el planeta antes de que las negociaciones ocuparan todo su tiempo.

—Comprendo —dijo Ackbar—. Quizá el mensaje venga de él.

—No estoy segura —dijo Leia. Alargó la mano y cogió un cuaderno de datos, deslizándolo hacia ella por encima del tablero de la mesa—. Bien, almirante... Y ahora que ya está en condiciones de operar, ¿qué vamos a hacer con la Quinta Flota?

—Responder a esa pregunta va a resultar un poco más complicado de lo que me había imaginado en un principio —admitió Ackbar—. Tig Peramis nos ha demostrado lo que podemos esperar que ocurra si existe aunque sea la más mínima apariencia de que vamos a emplear la diplomacia de las cañoneras.

Leia frunció el ceño.

—No quiero que tengamos miedo de enseñar la bandera, siempre que eso pueda ayudar a que acaben prevaleciendo los puntos de vista más racionales.

—Pues entonces me gustaría enviar la Quinta Flota a la Séptima Zona de Seguridad —dijo Ackbar—. Sé de varios mundos que acogerían con entusiasmo aunque sólo fuese una corta visita de una nave de la Nueva República. Y se me ocurren por lo menos cinco alfileres en el mapa de los problemas donde un gobierno legalmente establecido ha solicitado nuestra ayuda, y en todos los casos se trata de asuntos de tal naturaleza que ni siquiera el senador Peramis podrá protestar si intervenimos.

—Déme un ejemplo.

—Esta mañana acaba de producirse uno nuevo —dijo Ackbar, juntando las manos sobre la mesa—. El Conde Justo y Legítimo de Qalita Uno pide ayuda para enfrentarse a las incursiones de unos piratas. Han atacado seis naves en sólo un mes, y a cuatro de ellas con éxito. Los sindicatos de carga están amenazando con interrumpir sus envíos de suministros al planeta.

—Bien. ¡Muy bien! Empiece a trabajar y organice un itinerario de patrulla para la Quinta Flota —dijo Leia—. Asegúrese de que incluye una buena dosis de invitaciones a tomar el té y rescates de niños perdidos. Si hay alguien más en la Séptima Zona de Seguridad que piense como el senador Peramis, quiero que sus temores sean disipados de una vez por todas.

—Puedo tener preparado un itinerario antes de que anochezca.

Siguieron hablando durante varios minutos más, y discutieron el despliegue del resto de las fuerzas espaciales de la Nueva República. La Segunda Flota era la que llevaba más tiempo patrullando sin permisos y sin haber podido contar con los servicios de un astillero, mientras que la Primera Flota había pasado casi todo ese tiempo disfrutando de las ventajas que suponía actuar como fuerza defensiva de Coruscant. Después de haber escuchado las recomendaciones de Ackbar, Leia accedió a ordenar el regreso de la Segunda Flota y el envío de la Primera para que la sustituyera a lo largo de las vitales rutas de patrulla por la frontera que las tripulaciones conocían con el nombre de Callejón del Trueno.

—Tendría que haberse hecho antes —dijo Ackbar—, pero disponíamos de muy pocas piezas que mover por el tablero. Hasta ahora me he limitado a establecer un turno de rotación entre los navíos para que pudieran volver a los astilleros, por miedo a que algún enemigo pudiera aprovechar su ausencia. Pero si mantenemos a la Quinta Flota en Coruscant durante unos días más, entonces podremos llevar a cabo el intercambio sin que ni la capital ni la frontera queden desprotegidas.

—¿Cree que sigue habiendo un enemigo al acecho ahí fuera? —preguntó Leia—. Me refiero a alguien que disponga tanto de los medios como del atrevimiento necesarios para enfrentarse a la totalidad de la Nueva República, naturalmente... La verdad es que últimamente me siento mucho más preocupada por nuestra estabilidad que por nuestra seguridad.

—Usted puede permitirse ese lujo, pero yo no —replicó Ackbar—. Y recuerde que la almirante Daala no ha muerto, y que puede disponer de todos los recursos de centenares, quizá millares, de mundos del Núcleo para emplearlos como desee. Daala se irá volviendo más y más fuerte a medida que transcurra el tiempo, y tal vez tenga espías en la Ciudad Imperial.

El comunicador de Leia emitió un suave pitido en ese momento.

—¿Leia? —Era Tolik Yar—. Te necesitan en el Senado. Hay un problema con la solicitud de ingreso de Y'taa.

Leia se puso en pie.

—Voy para allá —dijo, y se volvió hacia Ackbar—. Podemos ocuparnos del resto de asuntos pendientes esta tarde, cuando tenga un itinerario listo para someterlo a mi aprobación. —Después sonrió—. Tal vez descubra que una parte de la información que necesita puede obtenerse en Puerto del Este.

—Estoy casi seguro de ello —respondió Ackbar con solemne seriedad.

La guardia personal de Leia se colocó detrás de ella apenas salió de la sala y la siguió. La guardia era cambiada cuatro veces al día, pero eso no parecía afectar a su aspecto general: sus dos protectores siempre eran altos y robustos, y siempre se mantenían en un continuo estado de alerta silenciosa. Leia se había inventado un par de apodos para sus guardias, y siempre pensaba en ellos como el Sabueso y el Tirador.

El primero cargaba con una mochila repleta de sensores químicos y electrónicos conectados a su cabeza. Su misión consistía en asegurarse de que ninguna bomba, veneno, agente patógeno, radiación o microandroide pudiera dañar a Leia. La precedía al doblar las esquinas y al cruzar las puertas, y al entrar en un espacio cerrado.

El segundo llevaba armadura de combate y un escudo personal, y empuñaba un rifle desintegrador SoroSuub alimentado por un generador de mochila. Dado que Leia se negaba a usar un escudo personal, el trabajo del segundo guardia consistía en interponerse entre ella y cualquier intento de asesinato para servirle de escudo y eliminar a sus atacantes.

Han había conseguido que el jefe de seguridad ordenara la protección, y después había hablado con Leia y le había arrancado la promesa de que la aceptaría.

Pero Leia nunca había conseguido acostumbrarse a la presencia de los guardias, que iba pareciendo cada vez más innecesaria. Y, paradójicamente, había descubierto que la presencia de sus guardias personales no hacía que se sintiera más segura sino justamente todo lo contrario, ya que eran un recordatorio constante de que alguien podía querer asesinarla.

Como consecuencia de todo eso, Leia había aprendido a fingir que no estaban allí incluso cuando compartían un ascensor, la cabina de un deslizador o una acera móvil con ella. No quería llegar a saber sus verdaderos nombres o mantener el más mínimo trato amistoso con ellos: su promesa no llegaba tan lejos, y Leia quería que sus guardias no pasaran de ser un par de muebles.

El único momento en el que se daba por enterada de su presencia era cuando el Sabueso daba la alarma con un gesto y sin abrir la boca. Entonces Leia permitía que el Tirador la guiara hasta cualquier refugio que hubiera elegido en ese momento, y esperaba allí hasta que el Sabueso se había convencido de que no había ninguna amenaza. Eso ocurría con la frecuencia suficiente para que ya no la sobresaltara, pero no era un acontecimiento lo bastante raro para que Leia pudiera considerarlo como una simple molestia.

Aun así, Leia nunca se había imaginado que ocurriría cuando estaba caminando por el Pasillo Conmemorativo, justo delante de los muros de la cámara del Senado.

En un momento dado estaba pasando rápidamente junto al holograma del conjunto estatuario de los héroes de la Rebelión, con los pliegues de su túnica ondulando a su alrededor y la mente funcionando a toda velocidad en un vertiginoso repaso de todo lo que sabía sobre Y'taa. Entonces, en una fracción de segundo, el Sabueso levantó bruscamente las manos y el Tirador empujó a Leia hacia un lado para meterla en uno de los nichos del pasillo, allí donde la columna que se alzaba entre aquel hueco y el siguiente ofrecía una pequeña protección.

El pulso de Leia se desbocó de repente, y sus pensamientos se desbocaron con él. Un miedo irracional trajo a su mente el recuerdo de Tig Peramis, con el rostro lívido de ira y viéndola como la hija de Vader en vez de como una descendiente de la familia real de Alderaan. ¿Estaría Peramis lo bastante enfurecido como para matar? ¿Habrían engañado a Tolik Yar para que la traicionase? Qué horrible era que la obligasen a tener miedo precisamente allí, en el umbral del símbolo de libertad más famoso de toda la Nueva República, la primera estructura que había sido reconstruida después de que las distintas facciones imperiales hubieran convertido la Ciudad Imperial en un campo de batalla.

Y un instante después, todo terminó, tan repentinamente como había empezado.

—Todo despejado —dijo el Tirador con su voz impasible y totalmente vacía de emociones, haciéndose a un lado para permitir que Leia pudiera salir del nicho.

Leia se apresuró a seguir al Sabueso y, con el ceño amenazadoramente fruncido, preguntó qué había causado la alarma.

—He detectado un nuevo campo de energía en la entrada de la Sala del Senado —dijo el Sabueso, señalando con un dedo—. Se ha activado al acercarnos a él.

Leia, todavía con el ceño fruncido, dio unos cuantos pasos más por el pasillo y después se quedó inmóvil..., y no pudo contener la risa. Alguien había colgado un enorme cartel holográfico encima de los paneles recubiertos de tallas y molduras de la doble puerta de la cámara del Senado. Por sí solo su aspecto ya bastaba para dejar muy claro que el cartel estaba bastante fuera de lugar allí —Leia pensó que hubiese debido estar en una fábrica, encima de la entrada a las naves de montaje—, y lo que se Leia en él reforzaba esa impresión inicial. Leia leyó el texto:

882 DÍAS SIN UN SOLO DISPARO Recuerda que la paz es cosa de todos

Leia, con los labios curvados en una sonrisa lo suficientemente grande para que iluminara sus ojos, volvió la cabeza a un lado y a otro en busca de los autores de la broma.

—¡De acuerdo, confesad! —gritó—. ¿Quién es el responsable de esto?

Tolik Yar, muy satisfecho de sí mismo, emergió de la sombra de una columna a la izquierda de Leia y la obsequió con una radiante sonrisa llena de dientes.

—Si funciona con los dedos rotos, los chichones en la cabeza y las pequeñas quemaduras, ¿por qué no va a funcionar para temas mucho más serios?

—Me gusta —confesó Leia—. Pero... Bueno, quizá es un poquito demasiado aparatoso, ¿no? Behn-kihl-nahm te obligará a quitarlo. Dirá que va en contra de la solemne dignidad del Senado.

—Behn-kihl-nahm ha colaborado activamente en su instalación —dijo Tolik Yar—. Y en cuanto a la solemne dignidad del Senado... Bueno, cualquier senador al que le preocupe más eso que los resultados, necesita que alguien le recuerde urgentemente por qué estamos aquí. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Eres una joya, Tolik Yar —dijo Leia, sorprendiéndole con un abrazo. Después giró sobre sus talones y volvió a contemplar el holocartel—. Estoy de acuerdo. Y creo que cuando esos números lleguen al millar deberíamos celebrarlo con una pequeña fiesta.

—Haré correr la voz. Mientras tanto, buenas noticias: el problema con la delegación de Y'taa se ha resuelto inesperadamente. Te pido disculpas por haber interrumpido tu jornada laboral.

Tolik Yar se inclinó ante Leia y retrocedió.

—¡Fuera de mi vista! —dijo Leia.

Pero no dejó de sonreír hasta que hubo vuelto a sentarse detrás de su escritorio.

El director del astillero estaba sonriendo de oreja a oreja mientras acompañaba a Han Solo y Chewbacca al interior del hangar en el que un reluciente Halcón Milenario reposaba sobre sus soportes de descenso.

—Estoy seguro de que quedarán muy satisfechos —dijo, restregándose las palmas—. Sólo he permitido que fuera tocada por mis mejores mecánicos.

—Nada de androides —dijo Han en un tono de advertencia mientras examinaba el exterior de la nave—. Espero que no haya utilizado ningún androide. Los androides son incapaces de entender las sutilezas de la ingeniería creativa.

—Nada de androides —dijo el director del astillero, apresurándose a tranquilizarle—. Todo se ha hecho a mano..., y ésa es la razón por la que hemos tardado tanto en reconstruir la nave, por supuesto. El jefe de mecánicos solía ocuparse de los cargueros corellianos cuando estaba en Toprawa. Estoy hablando de cargueros que no habían sido alterados desde que salieron de la fábrica, claro está, nada parecido a lo que tiene usted... Pero por lo menos conoce el modelo lo suficientemente bien como para poder detectar las modificaciones que han introducido en él.

Chewbacca se detuvo debajo de una de las dos púas delanteras de la nave y alzó la mirada hacia las planchas erizadas de equipo. El wookiee señaló uno de los emisores del campo deflector de proa, y después volvió la cabeza hacia Han y dejó escapar un aullido quejumbroso.

—¿Qué ocurre? —preguntó el director del astillero, y su mirada se posó rápidamente en el punto que había provocado la preocupación del wookiee—. Oh, sí, hemos realineado todos los emisores. Estaban produciendo nódulos de interferencia a babor y estribor, y eso hacía que la nave fuese vulnerable a un ataque lateral.

—Me prometió que no cambiaría nada —dijo Han en un tono repentinamente amenazador.

—Le prometí que dejaríamos su nave en las mejores condiciones posibles, y eso es lo que hemos hecho —replicó el director del astillero, precediéndoles hacia la rampa de abordaje—. Lo primero que hicimos fue desmontar toda la nave hasta poner al descubierto la estructura básica, y luego desmontamos la estructura... Tenemos grabaciones holográficas del proceso, y tendría que ver lo torcidas que estaban algunas cuadernas y viguetas. Estructuralmente hablando, ahora el Halcón Milenario tiene un quince por ciento de piezas nuevas.

Han pasó de largo por delante de la rampa de abordaje y siguió moviéndose en un lento círculo alrededor de la nave, como si estuviera haciendo una última comprobación antes de despegar.

—Sí, bueno, la verdad es que ha recibido unos cuantos golpes... Pero aun así, el Halcón nunca me ha dejado tirado en los momentos decisivos.

Chewbacca soltó un desafiante gruñido gutural para indicar que estaba totalmente de acuerdo con Han.

El director del astillero bajó por la rampa con el ceño fruncido y se detuvo detrás de ellos.

—Bueno, teniendo en cuenta lo que descubrimos debajo del panel de acceso cuando lo abrimos, eso es un pequeño milagro. Después de haber visto cómo estaba aquello, le confieso que no entiendo cómo conseguía reparar los sistemas si se producía alguna avería. Cuando reconstruimos la nave, nos aseguramos de que todos los cables estuvieran adecuadamente identificados y reunidos en los haces correspondientes y de que todos los mecanismos quedaran protegidos de las vibraciones y sacudidas, y además pusimos tomas de tierra y escudos antirradiaciones en todo el cableado eléctrico, y...

—Ah, ya veo que he cometido un grave error dejando que actuara por su cuenta —dijo Han—. Probablemente han conseguido añadir un par de toneladas a...

—Su nave pesa trescientos kilos menos que antes.

—Lo hubiese hecho todo yo mismo, ya sabe, pero ahora sencillamente no tengo tiempo de nada.

Chewie emitió un gruñido muy expresivo.

—Sí, y yo tampoco hubiera podido soportar verla convertida en un montón de piezas sueltas —convino Han—. No quería ver las manos de otra persona metidas en sus tripas. Cuanto más lejos puedas estar de las autopsias y de las reconstrucciones, tanto mejor para ti. —Hizo una pausa, y alzó la mirada hacia la matriz impulsora—. Oiga, ¿eso de ahí es un aumentador de Sistemas Seinar?

—Lo es.

—Bueno, que me... —La expresión de Han se suavizó y el asombro se adueñó de sus facciones—. Estuvimos intentando conseguir uno en el mercado negro durante un montón de años. ¿Te acuerdas, Chewie? Pero cada vez que alguien nos daba un soplo, luego nos encontrábamos con que se trataba de un montón de chatarra pre-imperial, o de un trasto inservible extraído de los restos de un caza TIE al que le habían tapado las quemaduras con pintura. ¿Cómo se las ha arreglado para...?

El director del astillero sonrió.

—No me lo pregunte, general.

Chewbacca bostezó un comentario casi inaudible, y los labios de Han se curvaron en una sonrisa torcida.

—Sí, supongo que el llevar galones tiene unas cuantas ventajas. —Después se volvió hacia el director del astillero y le miró fijamente mientras inclinaba la cabeza hacia un lado—. ¿Hay alguna sorpresa más?

—Unas cuantas —respondió el director del astillero, adoptando el papel de guía turístico—. Hemos sustituido los módulos de escape de emergencia que habían perdido por otros nuevos. También hemos quitado el viejo generador del rayo tractor y lo hemos sustituido por un Mark Siete, y hemos instalado un motivador de hiperimpulsión de la Serie Cuatro Cero Uno para...

—Santa madre de los meteoros.

—Hemos sustituido las lentes de todos los sensores. También hemos construido un regulador de baterías YT-1300 partiendo de cero a partir de los planos corellianos...

—Eso probablemente ha sido un error.

—Hemos cambiado la moqueta de los compartimentos y los camarotes. Hemos reparado ese pestillo del módulo de almacenamiento del Número Dos que siempre se estaba atascando. Hemos puesto una pastilla acondicionadora nueva en el sistema de aireación del cubículo sanitario. —Sonrió—. ¿Le apetece ir a dar una vuelta?

Chewbacca votó levantando una mano peluda.

—Sí, todos esos años de historia han desaparecido... Sin los crujidos y las sacudidas, ya nunca volverá a ser el viejo Halcón de siempre —dijo Han.

—No, no lo será —dijo el director del astillero—. Será un veinte por ciento más rápido, un diez por ciento más eficiente y un ciento por ciento más fiable.

—Y supongo que habrán dejado las llaves puestas en el panel de encendido, ¿no?

El director del astillero asintió.

—El sistema de seguridad ha sido reinicializado y está esperando sus órdenes. Ahora lo único que ha de hacer es introducir los nuevos códigos de autorización.

Han miró a Chewbacca.

—Creo que Leia podrá sobrevivir un ratito más sin nosotros. Vamos a ver qué tal se porta el Halcón.

—Que se diviertan —dijo el director del astillero, con su sonrisa de satisfacción brillando nuevamente a máxima potencia—. Ya tienen permiso para entrar en órbita.

Han y Chewbacca agitaron sus tarjetas de identificación delante de los sensores y entraron en el recinto de la residencia presidencial, caminando a grandes zancadas y con toda su atención concentrada en el momento culminante de una entusiástica discusión.

—Lo sé, lo sé: todo funciona a las mil maravillas —dijo Han—. Y también sé que nosotros no podríamos haberla dejado en tan buenas condiciones ni aunque hubiéramos invertido un año entero de fines de semana en ella. ¿Y qué? Odio la perfección.

Chewbacca meneó la cabeza y emitió un largo y gimoteante aullido que expresaba toda la frustración que estaba sintiendo.

—¿A qué viene eso de que no estoy siendo razonable? ¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Han, alzando las manos en un aparatoso gesto de disgusto—. ¿Es que no te diste cuenta? No sé, a lo mejor te pasaste todo el descenso con las orejas tapadas y por eso no te has enterado de nada...

Chewbacca echó la cabeza había atrás y respondió con un seco gruñido.

—Exacto. Apenas hizo ningún ruido. Tan reluciente y perfecta como una bota nueva, ¿eh? —dijo Han, deteniéndose y volviéndose hacia su amigo—. Oye, chico, odio las botas nuevas. Me gusta que mis botas estén llenas de arañazos y señales, y haberlas desgastado lo suficiente como para que estén a punto de romperse, porque así mis dedos tienen espacio para moverse y mis talones pueden girar con más libertad. Todos esos ruidos que han hecho desaparecer, por ejemplo... Bueno, pues esos ruidos me permitían saber cuándo estaba forzando los sistemas. ¿Cómo voy a saber si nos han dado de lleno o no cuando volvamos a meternos en líos?

Chewbacca meneó la cabeza y dejó escapar un prolongado gruñido de disgusto.

—Pensaba que tú lo entenderías —dijo Han con voz quejumbrosa—. ¡Chewie, han cambiado los almohadones de las literas de aceleración! —exclamó, cada vez más indignado—. ¿Es que no pueden entender por qué la gente tiene muebles viejos en su casa? Esa nave no es mi Halcón. Tengo la sensación de estar volando en la nave de otra persona. Oye, te juro que estoy pensando en dedicar un día entero a ir de un lado a otro del Halcón con una llave hidráulica y empezar a aflojar cosas...

Chewbacca había dejado de escucharle en algún momento del discurso de Han. El wookie se irguió yladeó la cabeza mientras prestaba atención a un sonido que parecía venir de lejos. Chewbacca acabó agarrando a Han por el hombro y le sacudió suavemente para interrumpirle.

—Arrrrrr... —dijo el wookie en un tono de reprimenda.

—¿Qué? —exclamó Han, retorciéndose para volver la mirada hacia los jardines—. No la había oído.

Fueron corriendo por el camino hasta el lugar del que había llegado la voz de Leia. La encontraron en el patio de atrás, sentada sobre la hierba con un cuaderno de datos encima de su regazo. Los tres niños estaban acostados sobre la hierba junto a ella y yacían inmóviles el uno al lado del otro, con los ojos cerrados o mirando hacia arriba sin que parecieran ver nada.

—Pensaba que volveríais más pronto —dijo Leia, con una sombra de impaciencia en la voz—. He tenido que retrasar una entrevista con el senador Noimm.

Han bajó los ojos, sintiéndose un poco avergonzado.

—Lo siento, cariño —dijo, sentándose junto a Leia y alargando el brazo para cogerle la mano—. Ha habido algunos problemas en el astillero.

—Y apuesto a que tú causaste la mayoría de ellos —dijo Leia, inclinándose sobre Han para darle un beso en la mejilla—. ¿No es así, Chewie?

El wookiee de pelaje color bronce desvió la mirada, cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y se rascó la cabeza, no sabiendo qué debía responder.

—No te preocupes, Chewie —dijo Han—. Seré mi propio chivato, y así no tendrás que delatarme. —Después dirigió una inclinación de cabeza a los niños, que no se habían movido y no habían producido el más mínimo sonido desde que él y Han habían aparecido—. ¿Qué les has hecho, matarlos?

Sus palabras hicieron que Jaina soltara una risita, con lo que estropeó el efecto general.

—Es un ejercicio —dijo Leia.

—¿Y para qué sirve? ¿Quieres averiguar quién aguanta más tiempo levitando?

—Muérdete la lengua —replicó Leia en un tono bastante seco—. Están aprendiendo a percibir cómo la Fuerza fluye a través de la hierba y de cada planta sin interferir con su flujo. Es una de las disciplinas Jedi que te enseñan a moverte sin dejar ningún rastro.

Chewbacca gruñó.

—Eh, Chewie, yo no tengo nada que ver con todo esto —dijo Han, acostándose sobre la hierba—. La mejor arma disciplinaria que conozco es la frase «Espera a que tu madre vuelva a casa».

Leia sonrió y le hundió el índice en las costillas.

—A veces tengo la sensación de que no me conozco lo suficientemente bien a mí misma como para ser su maestra —dijo con un suspiro—, pero he de hacer todo lo que pueda. De acuerdo, niños —añadió, levantando la voz—, ya es suficiente.

Jacen, Jaina y Anakin se fueron incorporando uno detrás de otro. Jacen arrancó un tallo de hierba del suelo y empezó a tratar de silbar a través de él, con lo que consiguió ganarse una mirada asesina de su hermana, a la que acompañó una expresión de sorpresa dolida de su hermano menor.

—Decidme qué habéis aprendido gracias al ejercicio —dijo Leia.

Jaina miró a sus padres.

—A la hierba no le importa que caminemos sobre ella, pero lo nota.

—Todo lo que está vivo puede sentir lo que le ocurre —dijo Leia—. Es una verdad de gran importancia que debéis recordar. ¿Anakin? ¿Jacen? Bien, ¿cuáles han sido vuestras experiencias?

Anakin entrelazó los dedos detrás de su cuello para que le sirvieran de almohada.

—No sé si realmente lo he sentido o si ha sido cosa de mi imaginación.

—Venga, cuéntanoslo.

—Bueno... Estaba mirando las nubes. Y entonces me pareció que podía sentir cómo la hierba también las miraba. Era como si estuviera preguntándose si iba a llover.

—Estoy segura de que la hierba es consciente del tiempo que hace —dijo Leia—. Pero el preguntarse es una bendición que sólo ha sido otorgada a los seres conscientes.

—O una maldición —dijo Han.

—Pues yo he descubierto que la hierba opina que Jaina huele mal —dijo Jacen con una sonrisa maliciosa, propinando un empujón a su hermana gemela y rodando sobre sí mismo para alejarse de ella—. ¿Podernos ir a la piscina, madre?

—De acuerdo —dijo Leia, aceptando que el ejercicio había terminado.

Tres cuerpecitos se levantaron de la hierba y corrieron velozmente hacia el patio y la piscina de vórtices.

—Puedo ir a vigilarles —dijo Han, empezando a incorporarse.

—Quédate. No les pasará nada —dijo Leia, protegiéndose los ojos con una mano—. Visto desde aquí abajo pareces todavía más alto que de costumbre, Chewie. Espero que tu compañera sea más grande que yo. ¿Permitir que otras manos tocaran tu amado cacharro espacial ha sido tan duro para ti como para mi querido esposo, o lo has soportado mejor?

Chewbacca se acuclilló sobre la hierba, sentándose encima de sus talones con un grácil equilibrio que recordó a Han que su amigo procedía de un planeta arbóreo. El wookiee alzó el rostro hacia el cielo y dejó escapar un gruñido lleno de orgullo.

—Oh, vale, perfecto, estupendo —dijo Han—. Tú eres el tipo práctico, y yo soy el que siempre se está enfadando por cualquier tontería insignificante. Esto es difamación pura y simple, y de la clase más vil.

—No te preocupes, querido —dijo Leia, dándole palmaditas en la mano—. Nunca permitiré que lo que pueda decir Chewie cambie lo que siento por ti.

El primer gruñido del wookiee fue una réplica, y el segundo una pregunta.

—Por supuesto que puedes hablar —dijo Leia—. Adelante, Chewie.

Chewbacca movió la cabeza de un lado a otro con una fluida ondulación de su cuello mientras dejaba escapar un largo y muy bien modulado gruñido. Antes de que el sonido se hubiera desvanecido, Han ya se había incorporado y estaba mirando fijamente a Chewbacca.

—¿Quieres volver a tu casa? —preguntó—. ¿Quieres irte?

—Pues claro que sí —dijo Leia, mirando a Chewbacca—. Tienes tu propia familia, tu compañera y tu hijo... Tus responsabilidades para con ellos son tan importantes como las obligaciones hacia nosotros que decidiste asumir. Díselo, Han.

—¿Eh? Oye, ¿y quién va a ayudarme a conseguir que el Halcón funcione tan mal como antes?

Leia le asestó un codazo en las costillas.

—¡Ay!

—Haz otro intento, querido —dijo Leia.

—Bueno, viejo amigo, supongo que llevas mucho tiempo lejos de casa —dijo Han con expresión compungida—. Si no regresas allí pronto y pasas más tiempo cerca del árbol del hogar, tu familia no te reconocerá.

La cabeza de Chewbacca subió y bajó en un vigoroso asentimiento mientras respondía.

—Por supuesto que lo entendemos —dijo Leia—. Has estado aquí cuidando de nuestros hijos en vez de estar en Kashyyyk cuidando de tu familia. Sí, creo que realmente deberías estar allí cuando Lumpawaroo celebre su mayoría de edad... Insistimos en que te vayas. Lamento muchísimo que hayamos sido tan egoístas.

El wookiee respondió con un gruñido vacilante que no resultaba nada propio de él.

—Todo irá estupendamente, Chewie —dijo Leia—. Los chicos están a salvo aquí, y nuestros planes inmediatos no incluyen ningún recorrido de la galaxia. Y Luke está en Coruscant...

—Leia...

—... y nos echará una mano con los chicos. No, te aseguro que no tienes por qué preocuparte. Deberías irte apenas hayas podido hacer el equipaje. Díselo, Han.

Han asintió.

—Leia tiene razón, viejo amigo. Es el momento ideal para que te vayas. Todo está muy tranquilo. Te echaremos de menos, pero ya llevas demasiado tiempo montando guardia en el puente.

Los sutiles movimientos que agitaron sus músculos por debajo del pelaje del wookiee indicaron el alivio y la gratitud que sentía Chewbacca.

—¿Rrargrarg? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Dispara, viejo amigo —respondió Han, sonriendo afablemente. Pero su rostro palideció y sus ojos se desorbitaron en cuanto Chewbacca pidió su segundo favor—. Oh, no... Oh, no. No puedes pedirme eso. Acabo de recuperarlo después de ciento sesenta y siete días sin verlo.

El gruñido de réplica de Chewbacca fue tan tenso como despectivo.

—Me da igual lo que haya podido decir antes sobre las botas nuevas y lo mucho que las odio —contestó Han—. Ver los pies de otra persona metidos en mis botas sería todavía más horrible. La amistad tiene sus límites.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Leia.

—Oh, de nada importante... Chewie está intentando utilizar mis propias palabras para tenderme una trampa. Puede que lo dijera, de acuerdo, pero tengo derecho a cambiar de parecer.

Chewbacca dejó escapar un gruñido de irritación, y después se levantó y empezó a girar sobre sus talones para irse.

—No te muevas, Chewie —dijo Leia, empleando un tono que no admitía réplica—. Vamos, Han... Deberías prestarle el Halcón.

—Bueno, pues no quiero prestárselo —dijo Han, levantándose y empezando a pasearse nerviosamente de un lado a otro—. No quiero que esa nave vaya dando tumbos por el hiperespacio sin mí. Quiero que esté en un sitio donde sepa que lo peor que puede ocurrirle es que algún mecánico demasiado entusiasta aparezca de repente con una llave hidráulica en la mano y se dedique a ajustar todos los conectores hasta dejarlos impecables. Y ya sabes cómo pilotan los wookies... Chewbacca haría el trayecto de ida y vuelta con los indicadores de todos los sistemas clavados en la zona de peligro.

Leia meneó la cabeza.

—Y tú te preguntas por qué Jacen nos crea tantos problemas.

—Arrarraroerrr —gruñó quejumbrosamente Chewbacca, volviéndose hacia Leia.

—¿Has oído eso? —preguntó Leia—. Han, querido... ¿Cuántos años de su vida le has robado a Chewie? ¿Cuánto tiempo hace que no le permites volver a Kashyyyk?

—¿Yo? Oye, yo no he hecho nada. Es esa condenada deuda de vida wookie que nunca he conseguido entender demasiado bien, y me encantará poder liberarle de ella aunque sólo sea durante una temporada.

—Lo mínimo que puedes hacer por él es permitir que regrese como un héroe, a bordo de la nave que os ha hecho famosos a los dos. Piensa en lo que eso podría significar para el hijo de Chewie y para su compañera... Saber que Chewie estaba haciendo algo importante y ver los honores que ha ganado con ello quizá serviría para que le perdonaran su ausencia con más facilidad.

—Supongo que sí —dijo Han, no muy convencido.

—Y es tu amigo. No querrás que crea que estabas dispuesto a prestarle el Halcón Milenario a Lando, y que en cambio ahora...

Han la interrumpió meneando un dedo en un gesto de advertencia.

—Eso es distinto. Estábamos en guerra. Y sigue sin gustarme.

—... no quieres prestárselo a él. No querrás que crea que estabas dispuesto a perder el Halcón en una partida de sabacc con Lando, y que en cambio ahora...

—De acuerdo, pero eso no tiene nada que ver con...

—... no quieres prestárselo a Chewbacca para que vuelva a su hogar. Supongo que no querrás herir sus sentimientos de una manera tan cruel y despiadada, ¿verdad, Han?

Han se sostuvo la cabeza entre las manos como si estuviera intentando eliminar una jaqueca con un desesperado masaje, y su mirada fue de Leia a Chewbacca y volvió nuevamente a Leia. Después entrecerró los ojos, frunció el ceño, se mordisqueó el labio inferior y meneó la cabeza. Su boca se movió sin emitir ningún sonido, y acabó produciendo lo que quizá fuera un «No es justo» pronunciado en un tono que rozaba la desesperación.

—¿Cómo dices? —preguntó Leia—. ¿Qué has dicho?

Han carraspeó para aclararse la garganta y después alzó la cabeza y miró a Chewbacca.

—He dicho que supongo que si necesitamos que nos lleven a algún sitio mientras estás fuera, probablemente o la presidenta o la princesa podrán echarnos una mano.

Chewbacca expresó su deleite con un potente rugido y se lanzó sobre Han para rodearle con sus peludos brazos.

—¡Pero será mejor que lo cuides bien! —se apresuró a añadir Han, removiéndose nerviosamente bajo el aplastante abrazo del wookie—. Quiero recuperarlo sin un solo arañazo, ¿me has entendido? Ni un solo arañazo, ¿de acuerdo? Y llena los depósitos antes de salir de Kashyyyk. No pienso correr con los gastos de tus visitas conyugales.

Como única respuesta, Chewbacca se limitó a revolverle los cabellos mientras le obsequiaba con una enorme sonrisa repleta de dientes.

Cuando Chewbacca se hubo marchado, Leia envolvió a Han en un abrazo mucho más delicado y agradable.

—Estoy orgullosa de ti —dijo—. Nunca nos lo dirá, pero sigue sintiendo terribles remordimientos de conciencia por lo que ocurrió cuando secuestraron a los chicos.

Han no necesitaba preguntar a Leia cómo se había enterado del dolor secreto de Chewbacca.

—Él no tuvo la culpa de que los secuestraran.

—Nunca le convencerás de eso. Se siente culpable por habernos fallado, y además se siente culpable por haber descuidado a los suyos. Necesita volver a casa para recuperar la confianza en sí mismo. —Leia se inclinó hacia atrás, alzó la mirada hacia su esposo y le sonrió—. Y por lo que he oído comentar, cuidar de un pequeño wookie es un buen ejercicio de precalentamiento para aprender a cuidar de tres niños Jedi.

—Quizá debería ir con él.

—No hay ninguna necesidad de que lo hagas —dijo Leia, y le besó.

—Bien, de acuerdo —murmuró Han—. Pero te diré una cosa: espero que Luke sea capaz de enseñar a los niños qué deben hacer para volar agitando los brazos, porque te aseguro que mientras yo viva, Jacen nunca tendrá acceso a los códigos del Halcón.

—¿Por qué? ¿Acaso tú no empezaste a pilotar cualquier cosa que pudiera volar tan pronto como pudiste hacerlo?

—Por supuesto que sí —replicó Han con indignación—. ¿Por qué crees que estoy tan preocupado?

El despacho particular del almirante Drayson estaba rodeado por cinco perímetros de seguridad y se hallaba escondido detrás de un telón de informaciones cuidadosamente deformadas y negativas de alta plausibilidad.

El departamento que dirigía no tenía ningún nombre conocido públicamente. El nombre privado —Alfa Azul— era conocido únicamente por la docena de altos oficiales que gozaban del nivel de acceso más elevado, y no aparecía en ninguna de las bases de datos del gobierno o del mando militar. Los hombres y mujeres que Drayson tenía bajo su mando no llevaban ninguna tarjeta de identificación de Alfa Azul y no pasaban por debajo de ninguna insignia de Alfa Azul cuando iban a trabajar. Lucían la insignia de un gran número de unidades o —como el mismo Drayson— no llevaban ninguna insignia y, oficialmente, cobraban su sueldo en concepto de contramaestres, sargentos de artillería, mecánicos de sistemas iónicos y funcionarios civiles.

Dado todo ese contexto, Drayson se quedó un poco sorprendido aquella mañana cuando entró en su despacho y se encontró con que ya había alguien allí, un alguien que no había sido invitado ni anunciado y que no trabajaba para él y que, sin embargo, era lo bastante osado como para sentarse en el sillón de Drayson y apoyar los pies en una esquina del escritorio de Drayson.

—Vaya, vaya —dijo Drayson—. Lando Calrissian... Tienes suerte de que no te haya pegado un tiro.

Lando sonrió.

—Confiaba en su curiosidad natural. Pensé que verme aquí le dejaría tan sorprendido que reprimiría su primer impulso de matarme.

—He dicho pegarte un tiro, no matarte. Dejarte sin una rodilla habría sido suficiente —dijo Drayson—. Y ahora, ten la bondad de levantarte de mi sillón.

—Oh, si insiste... —dijo Lando, y se levantó del sillón con un elegante movimiento que lo dejó girando lentamente sobre su eje—. Me he limitado a seguir el consejo de mi querida madre.

—¿Te refieres a cómo forzar cerraduras y ese tipo de cosas?

—Me refiero a evitar las tensiones innecesarias. «Nunca estés de pie cuando puedas sentarte, y nunca estés sentado cuando puedas estar tumbado.»

—Comprendo —dijo Drayson, deteniendo la rotación de su sillón con una mano y dejándose caer en él—. Hacía tiempo que no sabía nada de ti...

—Lo dudo.

—Pues la verdad es que no he sabido nada de ti desde que Mará Jade mostró esa resistencia tan sorprendente a tus encantos.

—Es muy amable al recordármelo.

Drayson formó un puente con los dedos.

—Mi teoría es que has intentado digerir esa gran desilusión gastando la recompensa de la duquesa de Mistal en las mesas de sabacc y los divanes de placer. ¿Aún te queda algo de dinero, o ya te lo has gastado todo?

Lando sonrió y se sentó en el borde del escritorio.

—Estoy seguro de que podría decirme cuánto dinero tengo sin equivocarse en más de medio crédito. Nunca me ha perdonado el que usted y sus matones chandrilanos no pudieran atraparme cuando me escapé a bordo del Halcón, ¿verdad? Y tampoco me ha perdonado el que yo consiguiera ganar una fortuna con esos pequeños negocios que hice en Chandrila mientras usted tenía que conformarse con capturar a los contrabandistas más torpes y tontos. Realmente tendría que haberle dado una parte de los beneficios.

—Nunca conseguirás quitarte de la cabeza esa loca idea de que el contrabando es una profesión respetable, ¿verdad? —replicó Drayson, recostándose en su sillón—. ¿Qué te hace pensar que habría aceptado el dinero que habías ganado haciendo tus sucios negocios de contrabandista?

—El hecho de que sabía qué beneficios obtenía el almirante de la Flota de Defensa de Chandrila de esos negocios sucios —dijo Lando—. Todo buen contrabandista sabe que los sobornos le permitirán llegar a sitios hasta los que nunca podría llegar fanfarroneando y pegando tiros.

Drayson sonrió por primera vez.

—Ah, mi querido barón Calrissian... No puedo evitar que me caigas bien, y no soporto que me caigas bien.

—Lo sé —dijo Lando—. Yo tengo el mismo problema. Nunca pensé que podría llegar a ser amigo de alguien a quien le gustan tanto las reglas.

—Bueno, la vida está llena de sorpresas. No es que el verte sea una de ellas, desde luego. Si quieres que te diga la verdad...

—Oh, ¿por qué empezar ahora?

—...he estado esperando verte aparecer desde que me enteré de que el Dama Afortunada estaba atracado en una de las pistas de arriba. Aunque debo confesar que no pensaba encontrarte con los pies encima de mi escritorio, como si estuvieras tomando posesión de todo el lugar. —Drayson cruzó los brazos sobre su pecho—. Bien, bien... ¿Qué puedo hacer por ti?

—Pregunta equivocada, almirante —dijo Lando—. La pregunta que debe formularme es qué puedo hacer yo por usted.

—¿Cómo dices?

—Me aburro —se limitó a decir Lando—. Empiezo a hacer negocios, gano un poco de dinero, pierdo un poco de dinero... El juego ha dejado de interesarme. Alguien me arroja un título de propiedad a la cara, y me dedico a recoger los trocitos de algo que otra persona dejó caer al suelo..., hasta que llega el día en que me doy cuenta de que estoy sentado detrás de un escritorio y de que me estoy convirtiendo en todo un Drayson. El contrabando ya no encierra ningún desafío, a no ser que quieras ir al Núcleo..., y soy demasiado listo para cometer semejante estupidez. Y en veinte pársecs a la redonda no hay prácticamente nada que merezca la molestia que supondría el agacharse para recogerlo. Por eso estoy aquí.

—Te aburres —dijo Drayson.

—Exactamente. Encuentre algo interesante que pueda mantenerme ocupado y yo le diré cómo he logrado abrirme paso a través de sus perímetros de vigilancia. —Una expresión de pena ensombreció su rostro durante unos momentos—. Pero me temo que en el futuro debería prescindir de los servicios de algunos de sus expertos en seguridad.

—Comprendo —dijo Drayson—. ¿Y existe alguna razón en particular para que te hayas encontrado tan repentinamente atacado por el aburrimiento en este preciso momento?

—¿Por qué me lo pregunta?

Drayson frunció los labios.

—No puedo decirte nada más a menos que vuelvas a trabajar con nosotros.

—Y si lo hago... Bueno, ¿cree que lo lamentaré?

—¿Acaso no acabas siempre lamentando lo que haces, Lando?

El general Lando Calrissian y el almirante Drayson, el jefe de Alfa Azul, estaban inmóviles delante de una enorme pantalla visora y estudiaban una imagen holográfica que mostraba un navío espacial bastante extraño. Los cinco cascos cilíndricos de la nave, que habían sido colocados en paralelo el uno al otro como si fueran un haz de troncos, eran de un color tan oscuro que resultaba difícil ver muchos detalles. Pero las indicaciones registradas por los sistemas sensores esparcidas a lo largo del marco de la pantalla revelaban su verdadero tamaño.

—Me rindo —dijo Lando por fin—. Por un momento he estado a punto de decir que había sido construido en Mon Calamari, pero creo que sus astilleros nunca han construido nada tan enorme. ¿Qué es, almirante?

—Es el Vagabundo de Teljkon. —El rostro de Lando no mostró ninguna señal de reconocimiento, y Drayson siguió hablando—. ¿Estás familiarizado con la leyenda del Otra Oportunidad'?

Lando enarcó una ceja y le lanzó una mirada interrogativa.

—¿El navío arsenal de Alderaan? Por supuesto. Cada contrabandista del sector tiene una historia que contar acerca de él y del día en que lo avistó, lo cual significa que todos los contrabandistas del sector son unos malditos mentirosos.

—¿Entonces no crees en la leyenda?

—Es un caso clarísimo de revisionismo histórico —dijo Lando, y meneó la cabeza.

—Explícate.

—Es muy sencillo. No puedo creer que después de que los pacifistas lograron controlar el Consejo de Ancianos de Alderaan pudieran llegar a ser lo suficientemente cínicos como para meter todas las armas en una nave espacial y enviarla a dar saltos por el hiperespacio. Cuando el Imperio llamó a su puerta unos años después, eso les dio una buena razón para que desearan haberlo hecho. —Lando dejó escapar un largo suspiro—. Créame, me encantaría que la leyenda fuera verdad... Ojalá hubieran hecho volver al Otra

Oportunidad antes de que la Estrella de la Muerte llegase a Alderaan. Pero no es más que otra típica historia de nave fantasma.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Drayson, extendiendo el brazo y golpeando suavemente la pantalla con las yemas de los dedos—. Pero esto es una auténtica nave fantasma..., y probablemente es la que ha estado manteniendo viva la leyenda del Otra Oportunidad. Estas imágenes holográficas fueron grabadas por la fragata de la Nueva República Corazón Valiente, hace cinco años, justo en el momento más difícil de todos aquellos problemas que tuvimos con la almirante Daala.

Lando sonrió sarcásticamente, y recordó lo cerca que «aquellos problemas» habían estado de significar el fin de la Nueva República.

—El Corazón Valiente disparó una andanada de advertencia por delante de la proa del Vagabundo justo después de haber grabado estas imágenes —siguió diciendo Drayson—. El Vagabundo devolvió el fuego mediante unas armas que seguimos sin entender, y dejó al Corazón Valiente sin propulsión con un solo disparo. Después saltó al hiperespacio. No volvió a ser visto durante casi dos años. ¿Todavía no estás aburrido?

—No. Siga.

El almirante Drayson dio la espalda a la pantalla y fue hasta un sillón de la mesa de conferencias.

—En realidad, ése fue el segundo avistamiento documentado. El primero se produjo cuando un navío de exploración de Hrasskis estaba recorriendo el sistema de Teljkon.

—De ahí el nombre.

—Exacto. El navío de exploración pensó que se habían tropezado con un pecio a la deriva, e intentó interceptarlo. Debo decirte que se habían pasado horas y horas enviando toda clase de transmisiones, y que no habían obtenido ni un solo pitido de réplica..., y de repente el Vagabundo emite una modulación en todas las bandas del espectro que dura cinco segundos y que quema prácticamente todos los circuitos de comunicaciones del navío de exploración. Existe una grabación, pero está tan distorsionada que en realidad nos sirve de nada. Bien, el caso es que treinta segundos después de que el Vagabundo enviara la señal...

—A ver si lo adivino: desapareció en el hiperespacio.

—Has dado en el centro de la diana.

—¿Y qué hay del tercer avistamiento?

—Ése podemos apuntárnoslo. Pensamos que íbamos a actuar con astucia, ¿entiendes? Un navío de vigilancia del Servicio de Inteligencia intentó adherir una lapa de localización al casco del Vagabundo. Ni siquiera consiguieron acercarse a él.

—¿Y el cuarto?

Drayson se recostó en su asiento y tabaleó con los dedos sobre el acolchado del brazo.

—Ha tenido lugar ahora mismo, en el espacio profundo cerca de Gmar Askilon. Tenemos otro navío de vigilancia siguiéndole...

—Espero que se estén manteniendo lo bastante lejos para no correr peligro.

—Oh, no corren ningún riesgo. Pero queremos seguirle la pista —dijo Drayson—. Inteligencia está organizando una flotilla en estos mismos instantes. Quieren capturar al Vagabundo, abordarlo y disipar de una vez para siempre todos esos enigmas. El coronel Pakkpekatt del Servicio de Inteligencia estará al mando de la misión. Si hubieras tardado aunque sólo fuese una semana en venir a verme, ya habría sido demasiado tarde: ya habrían partido.

—¿De veras? —preguntó Lando, con el rostro tan indescifrable como si estuviera jugando una partida de sabacc—. Parece que he sabido escoger el momento, ¿eh?

—Desde luego que sí. Bien... ¿Te parece lo suficientemente interesante?

—Es una historia muy interesante —dijo Lando, poniendo un énfasis un tanto malicioso en la palabra «historia»—. Pero de momento todavía no veo ningún papel interesante para mí en ella.

Drayson adoptó una expresión de solemne seriedad.

—Me gustaría que fueras en la nave de Pakkpekatt..., nominalmente en calidad de enlace de la Flota, por supuesto. Después de todo, el Corazón Valiente era un navío de la Flota. Los de Inteligencia no pueden negarles el derecho a sentir un cierto interés por todo este asunto.

—Pero eso sólo sería una tapadera, porque en realidad yo estaría allí en calidad de agente suyo, ¿no?

—No —dijo Drayson—. Podría haber introducido a cualquier agente de Alfa Azul en la tripulación de una de esas naves. De hecho, tú no puedes estar seguro de que no lo haya hecho. No, no quiero que me informes.

—¿Y entonces por qué quiere que forme parte de la misión?

—Porque piensas como un contrabandista, y porque Pakkpekatt piensa como un coronel. Porque tienes una habilidad especial para llegar a los sitios en los que la gente no quiere que metas las narices, superando trampas que otros no ven hasta que ya es demasiado tarde. Porque pienso que la misión tiene más probabilidades de éxito si estás allí que si no estás.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Ése es mi trabajo, ¿entiendes? —dijo Drayson—. Debo asegurarme de que ocurran algunas cosas, y de que otras no lleguen a ocurrir jamás. ¿Te interesa? ¿Quieres unirme a la cacería del Vagabundo de Teljkon?

Lando se limitó a sonreír.

4

El comunicador de Han aprovechó el primer momento de tranquilidad del día para atraer su atención con un pitido.

—Han, aquí Luke —dijo una voz familiar—. ¿Puedes venir a verme?

—¿Qué? ¿Luke? Oye, chico, tu hermana te ha estado buscando por todas partes...

—Lo sé —dijo Luke—. ¿Vendrás a verme, y solo?

—Ah... Eh... Bien, de acuerdo. ¿Dónde estás? ¿Estás realmente en Coruscant, como afirma Leia?

Luke no le dio una respuesta directa.

—Sube a tu deslizador y sigue un rumbo oeste con relación a la Ciudad Imperial. Cuando llegues a la costa, desconecta tu sistema de navegación y suelta los controles. Te llevaré hasta el sitio en el que estoy.

—Bueno... Está bien. No parece muy complicado. Pero tendrá que ser más tarde —dijo Han—. Esta noche, ¿eh? Alguien tiene que vigilar a los chicos.

—Por supuesto. Te veré esta noche.

—Espera un momento —se apresuró a decir Han antes de que Luke pudiera cortar la comunicación—. ¿Se supone que esto es un secreto? ¿Puedo decirle a Leia adonde voy?

—Si no tienes más remedio que hacerlo, sí. No quiero que le mientas.

—¿Estás seguro de que no quieres llamarla y hablar con ella?

—Estoy seguro —replicó Luke—. Dile lo que necesites decirle. Pero ven solo, por favor.

Antes de que la tempestad de la Fuerza desencadenada por el clon de Palpatine devastase Coruscant, la costa del mar occidental había sido un soberbio parque de atracciones, un mundo alegre y lleno de maravillas que nunca dormía. La zona todavía no se había recuperado por completo. Sólo las luces de unos cuantos complejos para turistas dispersos en la oscuridad indicaban la situación del sinuoso perfil de la costa mientras el deslizador de Han pasaba como una exhalación sobre ella para abrirse paso por el manto negro del cielo que se extendía encima del mar occidental.

Han esperó durante varios segundos que le parecieran muy largos hasta que comprendió que no tenía ni idea de qué estaba esperando que ocurriera.

—De acuerdo, Luke. Espero que me estés escuchando, dondequiera que estés. Esta noche no me apetece nadar, ¿sabes?

Se inclinó hacia adelante, alargó el brazo y desconectó el sistema de navegación, un proceso que exigió tres confirmaciones y dos anulaciones manuales. Una tercera parte de los controles de la cabina del deslizador se apagaron de repente, y unas brillantes letras color naranja aparecieron en la parte inferior del parabrisas para advertir a Han de que había pasado a la MODALIDAD DE VUELO MANUAL.

—Pues allá vamos —dijo Han con un suspiro, recostándose en su asiento y cruzando los brazos encima del pecho.

El deslizador se desvió bruscamente hacia la derecha casi al instante y emprendió un veloz picado hacia el agua. Han tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no volver a empuñar los controles.

Pero el deslizador no tardó en volver a nivelarse, aunque lo hizo a una altitud alarmantemente reducida. La luna aún estaba bastante por debajo del horizonte, pero Han podía ver la ondulante superficie del mar gracias a la pálida luz fosforescente de millones de diminutas criaturas que cabalgaban sobre las olas y las corrientes. El espectáculo era fantasmagórico y maravilloso, pero también se encontraba a un brazo escaso de distancia por debajo de la quilla del deslizador, y desfilaba a una velocidad vertiginosa.

—Eh, Luke... ¿Estás ahí? —preguntó Han, poniéndose tan cómodo como se lo podían permitir el asiento del deslizador y sus largas piernas—. ¿Va a ser un vuelo muy largo? ¿Tengo tiempo de echar una siesta? Por cierto, chico, puedes empezar a servir la cena cuando quieras.

No hubo ninguna respuesta.

—Condenadas líneas espaciales —masculló Han, cerrando los ojos—. Son todo sonrisas hasta que se han quedado con tu dinero y te han metido a bordo para encerrarte con el resto del rebaño. Entonces intenta conseguir aunque sólo sea un vaso de agua, y ya verás cómo...

Un albatros de largas alas surgió de las rocas para volar en formación con el deslizador de Han cuando éste redujo la velocidad y fue directamente hacia la playa. Despertado por el repentino cambio que eso produjo en el suave zumbido que brotaba de las toberas del deslizador, Han intentó ver hacia dónde podía estar yendo.

Y entonces un agujero se abrió en el cielo delante de él, un óvalo brillantemente iluminado que quedó suspendido sobre la playa como una puerta a la mañana. El albatros viró bruscamente y el deslizador siguió avanzando hacia el óvalo de luz, y se posó sobre el suelo de una cámara de techo muy alto y totalmente vacía. Han se retorció en su asiento para echar un vistazo al incomprensible acceso por el que había entrado, y volvió la cabeza justo a tiempo de ver cómo la abertura se sellaba detrás de él.

«Hola, Han —dijo una voz dentro de su mente—. Sube.»

—¿Que suba? —murmuró Han, saliendo del deslizador—. Pero si no hay...

Apenas había empezado a protestar cuando la pared más próxima se deformó para crear una escalerilla, y una abertura apareció en el techo por encima de ella.

—Oh, ya veo —dijo Han—. Supongo que fabricar una escalera de verdad debe de ser mucho más complicado, ¿eh?

Pero alargó los brazos hacia la escalerilla y trepó por los peldaños, subiéndolos de dos en dos por una simple cuestión de orgullo. Aun así, no le hizo ninguna gracia oír los gruñidos que se le escaparon en el comienzo de la escalerilla o sentir cómo su corazón latía a toda velocidad cuando hubo llegado al final de ella.

Han se encontró en el fondo de una gran sala esférica que no contenía mobiliario ni tecnología alguna..., o por lo menos, ningún mobiliario o tecnología que él pudiera detectar.

—¿Y ahora qué?

«Sigue adelante —dijo la voz que hablaba dentro de su cabeza—. Sube por la pared.»

—Sí, claro, a ti te resulta muy fácil decirlo —murmuró Han, empezando a sentirse un poco irritado.

Pero la abertura por la que acababa de pasar ya había desaparecido, por lo que no tenía mucho donde elegir. Han alzó la mirada hacia la curvatura del muro y se llevó una gran sorpresa al descubrir que, fuera cual fuese el sitio en el que se encontrara, éste siempre parecía ser el fondo de la esfera.

No había forma alguna de saber si se trataba de un truco realizado mediante campos gravitatorios, si Luke estaba empleando alguna clase de habilidad Jedi o si era la misma sala la que estaba girando debajo de él. Han intentó no pensar en esa posibilidad, aunque empezó a moverse bastante más cautelosamente mientras sus pies rebasaban lo que antes había sido el centro de la pared..., o, al menos, lo que debería haber parecido el centro de la pared.

Después de que hubiera avanzado una docena de vacilantes y un tanto temblorosos pasos más, una sección del suelo —¿techo? ¿pared?— descendió de repente delante de él para formar una rampa que le ofrecía una salida de la esfera. Han pensó que su cuerpo tenía que haber quedado cabeza abajo en relación al resto de la estructura, pero de repente se encontró, y aparentemente en la misma posición vertical de siempre, entrando en una gran habitación piramidal por uno de sus tres lados. Aquel recinto estaba tan desnudo como todos los que había visto hasta ese momento y se hallaba iluminado por la misma claridad curiosamente uniforme, que parecía surgir de detrás de los muros sin que los ojos pudieran detectar ninguna luminosidad en sus superficies. La luz era tan fría como el aire.

—Bueno, tu pequeña casita en lo alto del árbol no está nada mal... —dijo Han, avanzando lentamente hacia el centro de la habitación mientras alzaba la vista hacia la punta en que terminaba el techo—. Y has hecho un trabajo de simplificación realmente magnífico. Creo que has conseguido llevar la idea de los armarios ocultos hasta un nivel totalmente nuevo. Tendrás que darle el nombre de tu decorador a Leia.

—Gracias por haber venido, Han —dijo una voz a su espalda—. Me alegro mucho de verte.

Han giró sobre sus talones y se encontró con que Luke estaba inmóvil a un metro de distancia de él, casi como si hubiera estado siguiéndole. Una sonrisa torcida de muchacho travieso iluminó las facciones de Han.

—Bueno... Eh, quería salir de la casa, y dado que estaba en el barrio... Ya sabes que tú también podrías haber venido a vernos, ¿no?

—No, no podía hacerlo —dijo Luke. Llevaba una túnica que le llegaba hasta los tobillos y que parecía haber sido confeccionada con trozos de varias prendas, un uniforme de piloto y una capa para las arenas de Tatooine entre ellas. Su expresión era tranquila y relajada pero un tanto distante, y eso hizo que el impulso de envolverle en un abrazo de oso y darle palmadas en la espalda que había sentido Han al verle se disipara casi enseguida—. Espero que cuando te vayas de aquí habrás entendido por qué no podía.

—Bueno... Tendrás que empezar por el principio, porque no entiendo absolutamente nada de lo que está ocurriendo —dijo Han—. ¿Qué clase de sitio es éste? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué te estás escondiendo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no has querido que Leia viniera conmigo?

—Leia quiere algo de mí —respondió Luke—, y tú no. En cuanto al resto de tus preguntas, necesitaré un poco más de tiempo para responder a ellas.

Han frunció el ceño y miró a su alrededor.

—Si esta conversación va a ser larga... Oye, supongo que no tendrás nada parecido a una silla escondido por algún sitio, ¿verdad?

—Lo siento —dijo Luke, inclinándose en un solo y fluido movimiento para sentarse en el suelo y adoptar una postura de meditación con las piernas cruzadas—. Siéntate donde quieras, y pondré un cojín de aire debajo de ti. —Después esperó hasta que Han estuvo cómodamente instalado antes de seguir hablando—. Como puedes ver, soy capaz de esconderme bastante bien incluso de Leia. Pero preferiría estar a solas y que nadie intentara dar conmigo. Espero que volverás y le pedirás a Leia que lo acepte. Si no lo hace... Bueno, no va a conseguir lo que quiere. Lo único que logrará con eso será obligarme a abandonar Coruscant.

—No lo entiendo —dijo Han—. ¿Por qué? Los dos siempre habéis estado muy cerca el uno del otro. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —dijo Luke—. Lo único que ocurre es que en estos momentos no puedo tener a nadie cerca de mí.

—Continúa. Te estoy escuchando.

Luke asintió, pero bajó la mirada hacia su regazo antes de seguir hablando.

—No sé si podrás entenderlo o si te resultará imposible. Cuando conocí a Obi-Wan, ya llevaba diez o más años viviendo como un ermitaño en Tatooine. Cuando conocí a Yoda, ya llevaba cien o más años viviendo como un ermitaño en Dagobah. Nunca se me ocurrió preguntarles por qué.

—Ahora ya es un poco tarde para eso —dijo Han con una sonrisa melancólica.

—Al principio me limité a dar por sentado que se estaban escondiendo. Pensé que se escondían del Emperador, de mi padre... Pero eso no tiene ningún sentido.

—¿No? Oye, no es nada personal, pero esconderse de ese par de tipos me parece muy buena idea y creo que tiene mucho sentido. Se me ocurren un par de ocasiones en las que me habría encantado esconderme si hubiera podido hacerlo.

—Pero ¿por qué esconderse en un desierto, o en una jungla?

—En... ¿No resulta obvio?

—No —dijo Luke, meneando la cabeza—. Incluso teniendo su cabeza puesta a precio, Han Solo puede esconderse mucho más fácilmente de lo que puede hacerlo un Jedi realmente poderoso, tanto si es un Caballero Jedi como si es un Señor Oscuro. La presencia física de un Jedi sólo es una pequeña parte de su vínculo con el universo. Cambia su rostro, ocúltale en un lugar donde nadie pueda verle..., y aun así yo seguiré percibiendo su presencia cuando recurra a la Fuerza. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a Endor en aquella lanzadera robada para destruir el escudo de la segunda Estrella de la Muerte?

—Sí —dijo Han—. Estabas bastante nervioso. Dijiste que Vader podía percibir tu presencia.

—Y la percibió —replicó Luke—. Por aquel entonces yo aún no poseía las capacidades que necesitas haber llegado a dominar para no agitar las aguas. Pero Obi-Wan y Yoda eran Maestros Jedi. Si podían esconderse del Emperador, y debes creerme cuando te digo que podían hacerlo, entonces... Bueno, entonces podrían haberse escondido en la Ciudad Imperial, o en el mismísimo Destructor Estelar de Vader, o en cualquier sitio. Y si sus capacidades no eran tan grandes como las de Palpatine, entonces ni la distancia ni el aislamiento hubieran podido evitar que fueran descubiertos.

—Quizá se escondieron en esos lugares tan remotos para que nadie más sufriera daños si Vader aparecía de repente —sugirió Han—. Tienes que admitir que cuando un par de Jedi se enfrentan el uno con el otro, las cosas siempre acaban poniéndose un poquito feas para todo el mundo. En la Ciudad Imperial tenemos unos cuantos monumentos conmemorativos que lo demuestran.

Luke meneó la cabeza.

—No. Descubrí la verdadera razón mientras estaba en Yavin 4, y ahora sé cuál es el gran dilema al que todo Jedi acaba teniendo que enfrentarse más tarde o más temprano. Descubrí una verdad muy importante y muy difícil de comprender, Han, y se trata de una verdad muy frustrante. Cuanto mayor sea tu dominio de la Fuerza, cuanto más puedas hacer y cuanto más se espere de ti..., menos te pertenecerá tu vida.

—¿Es ésta la respuesta, entonces? —preguntó Han, señalando la sala con un gesto de la mano—. ¿Crees que la respuesta es salir huyendo?

—Si no encuentras una palabra más adecuada, siempre puedes llamarlo huir. Es una respuesta. Hay otra, y es todavía menos atractiva —replicó Luke—. Han, estoy convencido de que a cada Jedi acaba llegándole un momento en el que debe elegir. Cuando el mundo ejerce tal presión sobre ti que amenaza con volverte loco, sólo hay dos maneras de que puedas encontrar la paz. Una es imponer tu voluntad a todas las cosas y personas que te rodean. La otra es renunciar a tu voluntad y a lo que te hace ser tú mismo, y alejarte de aquellos que siempre están queriendo que les «arregles» la vida.

—No lo entiendo —dijo Han, que estaba tozudamente decidido a no dejarse convencer con tanta facilidad.

Luke sonrió.

—Imagínate que estás en casa. Uno de tus hijos está gritando, y los otros dos están tirando de tus codos, y cada uno te exige que castigues al otro por alguna pequeña...

—Eso es pura rutina —dijo Han.

—Chewbacca está tocando sus tambores de tronco de árbol con tanto entusiasmo que su música wookie te va a hacer estallar los tímpanos de un momento a otro. Cetrespeó tiene un montón de tonterías sin importancia de las que quejarse. Erredós está detrás de tu sillón, discutiendo en básico con los androides de la casa. El hipercomunicador tiene conectados dos canales a la vez, y los dos están puestos a un volumen demasiado alto. Tu comunicador portátil está emitiendo pitidos dentro de tu bolsillo. Tienes tres mensajes de personas que quieren que vayas a hacerles un gran favor, y Leia insiste en que le prestes atención. Lando ha organizado una partida de sabacc francamente ruidosa en la habitación de al lado, hay alguien en la puerta principal, y una escuadrilla de deslizadores lleva un buen rato sobrevolando tu casa.

—De acuerdo, todo eso sería un poquito peor que la rutina habitual —admitió Han—. Pero sólo un poquito.

—Ahora imagínate que todo eso sigue y sigue durante un día, diez días, un mes, medio año, un año..., y no sólo ininterrumpidamente, sino que va empeorando a cada momento que pasa. La cosa sigue y sigue hasta que llegas al límite de tu resistencia, sea cual sea ese límite. ¿Cuáles son tus opciones? Controlar tu entorno, o salir de él.

—O enloquecer y destruirlo —dijo Han—. Lo cual difícilmente puede considerarse una opción. Sí, creo que estoy empezando a hacerme una idea de la situación.

—¿Ves lo delgada que es la línea que separa a Palpatine de Yoda? —insistió Luke—. Palpatine buscaba alcanzar el poder sobre los demás. Yoda buscaba el poder que surge del interior. Palpatine quería controlarlo todo, con la esperanza de que así podría construir lo que pensaba sería un universo perfecto. Yoda renunció a la idea de controlar o perfeccionar el universo, con la esperanza de que así podría entenderlo.

—¿Sabes una cosa, Luke? —dijo Han, hablando muy despacio y con voz pensativa—. Siempre me he preguntado por qué fuiste tú el que sacó la pajita más corta, por qué Yoda y Obi-Wan no unieron sus fuerzas y se enfrentaron al Emperador...

—¡Sí! —exclamó Luke, repentinamente más entusiasmado de lo que Han le había visto en ningún otro momento desde su llegada—. Creo que por eso tuve que ser yo, Han. Ésa es la razón por la que era yo quien tenía que enfrentarse a Vader. Yo aún poseía esa pasión que necesitas para cambiar las cosas, mientras que Obi-Wan y Yoda habían progresado tanto que ya la habían dejado muy atrás. Entregarse a la Fuerza te deja sin armas.

La expresión de Han mostró el disgusto que sentía.

—Pues entonces la Fuerza no sirve de mucho, ¿verdad? Caballeros Jedi que no quieren luchar... ¿De qué nos sirven?

—Intenta entenderlo, Han. La esencia del lado oscuro consiste en utilizar la Fuerza para controlar a los demás. Yo conozco muy bien esa tentación, porque la he sentido. Si te conviertes en el campeón de esa idea, entonces estás pensando de la misma manera en que pensaban Palpatine y mi padre: «Tengo el poder, y es mío para utilizarlo como desee». ¿Quieres que ése sea el código que rija nuestras existencias? ¿Crees que los Jedi deberían gobernar la galaxia meramente porque pueden hacerlo?

—Bueno... Ya que lo planteas de esa manera...

—Me alegro de que puedas entenderlo —dijo Luke—. Pero también debes entender que hay que pagar un precio. Cuando un Jedi renuncia a ese camino, ser un guerrero y dirigir una cruzada se vuelve terriblemente difícil. Obi-Wan y Yoda no temían luchar, o morir. Percibían todo el sufrimiento que estaba causando el Imperio de una manera tan aguda como cualquiera de nosotros..., o probablemente todavía más aguda. Yo no era más fuerte que ellos, ni más sabio. Era un joven tozudo y temerario, un estudiante al que todavía le quedaba mucho por aprender. Pero tenía que ser yo el que desafiara al Emperador..., ¡por la sencilla razón de que todavía podía hacerlo!

Han frunció el ceño yladeó la cabeza.

—Y todo eso pertenece al pasado, ¿no? ¿Qué pasaría si tuvieras que hacerlo ahora?

—¿Ahora? No lo sé —respondió Luke, y meneó la cabeza—. No sé si ahora podría hacerlo. No sé si sería capaz de volver a sentir la furia y el desprecio que te impulsan a actuar. Tengo la sensación de que estoy de pie encima de una línea divisoria, encima de una montaña de la que nacen dos caminos muy distintos el uno del otro. No sé qué debería estar haciendo con estos dones..., con esta carga. Es la gran pregunta a la que he de responder, y he venido aquí para tratar de encontrar la respuesta.

—Y quieres estar a solas mientras la buscas.

—Necesito estar solo, Han. ¿Ayudarás a Leia a entenderlo?

—Puedo intentarlo —dijo Han, en un tono algo dubitativo.

—No puedo pedirte más que eso.

—Eh... Oye, después de haberte oído decir todo lo que has dicho hasta ahora, ya sé cuál va a ser tu respuesta. Pero he de plantearte la cuestión, para luego poder decirle a Leia que al menos lo intenté. Leia quiere que la ayudes en algo.

—Lo sé.

—Quiere que vengas a vivir con nosotros durante una temporada. Necesita ayuda con los chicos.

—Leia piensa que necesita ayuda —replicó Luke—. Lo siento, Han. He de responderte que no.

—De acuerdo —dijo Han, y se encogió de hombros—. Tenía que exponértelo. Supongo que ella pensaba... Bueno, ya sabes, la familia y todo eso. Quizá podrías dejar lo de convertirte en un ermitaño para el mes que viene en vez de empezar este mes...

Luke se levantó.

—Leia me importa mucho, al igual que los niños y que tú. Ya lo sabes, Han.

—Claro...

—Y ésa es la razón por la que te respondo con una negativa. No tiene nada que ver con este otro asunto.

—¿No? —preguntó Han, intentando levantarse.

—Mi hermana Leia posee todo el talento y la sabiduría necesarios para ser no sólo la madre, sino el modelo que los niños necesitan —dijo Luke—. Lo único que ha de hacer es creer en ella misma, y entonces descubrirá que no hay nada que se encuentre fuera de su alcance. Ésa es la razón por la que lo peor que podría hacer por tu familia en estos momentos sería acudir en ayuda de Leia, y animarla a que recurriese a mí para resolver

sus problemas. Lo único que conseguiría Leia con eso sería minar su autoridad sobre los niños..., y de paso también minaría la tuya. Los niños deben aprender sus primeras y más importantes lecciones de vosotros. En eso, no son distintos de cualquier otro niño.

Han frunció los labios mientras reflexionaba en la respuesta de Luke.

—Muy bien —dijo por fin, y le ofreció la mano—. Buena suerte, Luke. Espero que ésta no será la última vez que te vea. Pero... En fin, nosotros no te llamaremos, así que llámanos tú. ¿De acuerdo, viejo amigo?

Luke aceptó la mano que le ofrecía y clavó la mirada en los ojos de su visitante.

—Gracias —dijo, con una sonrisa casi imperceptible pero aun así llena de afecto—. Ningún hombre ha tenido un amigo mejor que tú, Han.

Como le ocurría siempre, aquella repentina exhibición de emociones hizo que Han se sintiera un poco incómodo.

—Sí, y supongo que habrás hecho alguna clase de trampa, porque no me mereces —replicó jovialmente, dándole unas palmaditas en el brazo y retrocediendo un par de pasos. Después pasó junto a Luke y fue hacia la abertura que había usado para entrar en la cámara—. Y ahora, pon manos a la obra y empieza a mover ese mobiliario mental de un lado a otro, o lo que sea que hacéis vosotros los ermitaños. Yo volveré a casa y le diré a Leia que te has hartado de salvar el mundo y que necesitas unas vacaciones..., eso será mucho más sencillo. No, no te molestes. Puedo encontrar la salida yo solito. Nunca he visto un laberinto que no pudiera ser simplificado considerablemente mediante un buen desintegrador...

El resplandor dorado de la piel metálica del androide creaba un brillante contraste con la exuberante confusión de enormes hojas verdes y lianas suspendidas de los troncos a través de la que se estaba abriendo paso en un ruidoso avance.

—¡Oh, esto es inaguantable! ¡Qué arrogancia! —exclamó el androide mientras luchaba con la espesura, aunque todavía no sabía que sus discursos estaban siendo escuchados por un observador al cual no podía ver—. Teniendo en cuenta el poco caso que me hace, cualquiera diría que él es el androide de protocolo y yo la unidad astromecánica.

El androide dorado agitó frenéticamente los brazos, intentando apartar una masa de ramas que le impedían seguir avanzando, y después se detuvo y volvió la cabeza hacia la dirección por la que había venido.

—¡Espero que los murciélagos de las rocas te arranquen los circuitos y aniden en tus compartimentos de equipo! —le gritó a la jungla—. ¡Espero que un halcón-corneta te confunda con su presa favorita y te lleve a los templos colgado de sus garras para alimentar a sus crías! Te estaría bien empleado.

Pero cuando se dio la vuelta para examinar su apurada situación, el androide descubrió que su camino estaba bloqueado no sólo por la flora de Yavin 4, sino también por un hombre alto y robusto que vestía un traje de vuelo militar.

—¡Oh! —exclamó Cetrespeó, y dio un paso hacia atrás—. ¡General Calrissian! Me ha dado un buen susto, señor. ¿De dónde ha salido?

Lando sonrió.

—Estabais haciendo tanto ruido que un pelotón entero de soldados de las tropas de asalto podría haberse acercado sigilosamente y daros un buen susto. No me digas que sigues peleándote con Erredós después de todo este tiempo... Sois peor que un par de hermanos.

—Puedo asegurarle que ese tozudo e insufrible montón de circuitos y yo no compartimos ningún vínculo familiar —replicó Cetrespeó con envarado orgullo—. Si me hubieran construido tan pésimamente mal como a él, me devolvería yo mismo a mi fabricante para que me desmontara y echara mis piezas al depósito de chatarra. En todos mis años de funcionamiento jamás he conocido a una unidad R tan errática y egoísta como Erredós. ¡Nos encargan un simple trabajo de remodelación de la parrilla de energía

secundaria, y Erredós lo convierte en un proyecto de primera categoría! Podría darle una lista de sus anomalías operacionales tan larga que...

—Eso tendrá que esperar —dijo Lando—. Ahora lo que debes hacer es recoger tus circuitos de repuesto y tu lata de abrillantador para metales. Vais a acompañarme en un viajecito que estoy a punto de emprender.

—Me encantaría ir con usted, señor. Por lo que a mí respecta, Erredós puede caerse dentro de un lago de barro y oxidarse durante toda la eternidad —replicó Cetrespeó, logrando salir por fin del amasijo de lianas y contorneando un árbol para reunirse con Lando—. Pero el amo Luke me trajo aquí para que me ocupara de los aspectos administrativos del funcionamiento de la Academia Jedi, y no alteré esas instrucciones antes de irse.

—¿Qué dijo Luke cuando se fue?

—No nos dijo ni una palabra, general Calrissian. Se limitó a desaparecer en la noche. No he recibido ningún mensaje suyo, y no he sabido nada de él desde hace diecinueve días locales. ¿Tiene noticias del amo Luke, señor? ¿Se encuentra bien? ¿Ha venido a traernos nuevas instrucciones suyas?

Lando frunció los labios y reflexionó durante unos momentos antes de responder.

—Sí, Cetrespeó, traigo instrucciones nuevas para los dos —acabó diciendo—. Luke está perfectamente, pero ha decidido que necesitaba estar algún tiempo a solas para poder meditar y os ha asignado al Alto Mando de la Flota hasta que vuelva..., y el Alto Mando de la Flota os ha puesto a mis órdenes.

«Si pudiera haber localizado a Luke para hablar con él, estoy seguro de que el resultado final habría acabado siendo el mismo», se dijo Lando.

—Me alegra mucho saber que el amo Luke se encuentra bien, general Calrissian. Nadie ha sido capaz de decirme nada sobre él. Y no echaré de menos Yavin 4. Este lugar es tan húmedo que mis circuitos siempre se están oxidando. Míreme: cada vez que entro en esa jungla acabo cubierto de suciedad. Pero ¿está seguro de que debemos llevarnos a Erredós con nosotros?

—Me temo que sí, muchacho —dijo Lando, dándole unas palmaditas al androide en un hombro metálico—. Pero intenta verlo desde este punto de vista: tú sólo tienes que cargar con Erredós, pero yo he de cargar contigo y con Erredós. Si yo puedo hacerlo, tú también puedes.

Cetrespeó echó la cabeza hacia atrás y sus ojos emitieron un fugaz parpadeo luminoso.

—Señor, no entiendo...

—Ya te lo explicaré más tarde —dijo Lando, echando un vistazo a su cronómetro—. Y ahora, llama a Erredós. Andamos muy escasos de tiempo, y ésta no es nuestra última parada.

—Tendré que informar al amo Streen de nuestra marcha.

—Ya me he ocupado de eso —dijo Lando. Se acordó de las primeras mentiras, totalmente distintas a las que estaba empleando con Cetrespeó, que se había inventado para convencer a Streen de que dejara marchar a los androides. «Sigo sin ser capaz de acostumbrarme a que confíen en mí. Bueno, he de reconocer que como camuflaje resulta todavía más eficiente de lo que me había imaginado...»—. Venga, hombre de hojalata. El Dama Afortunada nos está esperando.

Nubes de color cobre saturadas por los óxidos del gas tibanna se agitaban al otro lado de los ventanales de lo que en tiempos ya lejanos había sido el despacho de Lando Calrissian en la Ciudad de las Nubes de Bepin. En el interior, al igual que en el exterior, nada había cambiado desde que lo había visto por última vez. Las paredes y las estanterías a duras penas conseguían acoger la ecléctica colección de objetos que sólo

un hombre muy rico o un contrabandista que hubiese recorrido toda la galaxia habrían podido llegar a acumular.

—Has hecho auténticas maravillas con este sitio —le dijo Lando al ciborg sentado detrás del que había sido su escritorio—. Bueno, supongo que nunca encontré el momento de hacer que me enviaran mis cosas, ¿eh?

—No me molestan —dijo Lobot. Las luces de actividad de la banda conectora que cubría su frente yendo de una oreja a otra estaban parpadeando velozmente—. Tu capacidad para enjuiciar las cuestiones subjetivas es superior a la mía. Todavía no he conseguido dominar los complicados cálculos de la decoración de interiores.

—Bueno, por lo menos tu buen gusto está lo suficientemente desarrollado como para reconocer que yo tengo muy buen gusto —dijo Lando con una sonrisa—. Aun así, y por muy espléndido que sea lo que le rodea, un hombre puede hartarse de ver lo mismo día tras día. ¿Cuándo saliste de aquí por última vez?

—Voy a dar paseos de inspección dos veces al día —respondió Lobot—. Para hacer un recorrido de inspección completo se requieren noventa y siete días.

—Permíteme que te plantee la pregunta de otra manera, Lobot. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez en que interrumpiste tu conexión con los sistemas de la Ciudad de las Nubes?

Una expresión de perplejidad apareció en el rostro del ciborg y se desvaneció casi al instante.

—Nunca he interrumpido mi conexión con los sistemas administrativos.

—Tal como sospechaba —dijo Lando—, y ésa es la razón por la que estoy aquí. Trabajas demasiado, Lobot. Te mereces un cambio de paisaje..., unas vacaciones.

—¿Cómo puedo dejar sin administrador a la Ciudad de las Nubes?

—Tengo un secreto que contarte, Lobot: a la gente que trabaja para ti le encantará poder disfrutar de esa pequeña novedad.

Lobot frunció el ceño.

—Pero los sistemas necesitan ser supervisados y controlados continuamente, ya que de lo contrario entrarían en un ciclo de aleatoriedad.

—Pues entonces piensa en lo bien que te lo pasarás volviendo a dejarlos en condiciones cuando vuelvas —replicó Lando—. Y el viaje te sentará estupendamente. Si quieres que te sea sincero, Lobot, creo que no te iría nada mal hacer algunas prácticas de conversación. ¿Sigo siendo la única persona que sabe que puedes hablar?

—La obtención de datos a través de las conexiones directas resulta mucho más eficiente.

—La eficiencia está muy sobrevalorada, mi querido amigo —dijo Lando, recostándose en su sillón y cruzando las piernas hasta quedar cómodamente instalado con el tobillo sobre la rodilla—. Venga, venga... ¿Qué me contestas? Sabiendo lo mucho que te gusta trabajar, te he preparado unas vacaciones en las que tendrás montones de trabajo.

—¿De qué clase de trabajo se trata?

—No puedo decírtelo a menos que accedas a venir conmigo —replicó Lando, golpeando suavemente la insignia de su uniforme con las puntas de los dedos—. Tengo un nombramiento temporal en mi bolsillo, y también dispongo de todas las autorizaciones de seguridad necesarias. Lo único que puedo prometerte es que tendrás problemas mucho más interesantes que aquellos en los que estás trabajando ahora. Y la verdad es que tu ayuda me vendría muy bien, Lobot... Será como en los viejos tiempos.

Lobot se levantó y su mirada recorrió lentamente el despacho.

—Haremos un trato: mi ayuda a cambio de tus «cosas» —dijo por fin—. Quiero que se queden aquí en recuerdo de los viejos tiempos.

—Vaya, vaya... Estás hecho todo un negociante, ¿verdad?

¿Quién te ha estado enseñando el sutil arte del regateo?

—Tú —dijo Lobot. Cerró los ojos y bajó el mentón hasta dejarlo apoyado en el pecho. Todas las luces de su barra de conexión pasaron al verde, y después emitieron un fugaz destello rojo antes de apagarse. Lobot alzó la cabeza, abrió los ojos y miró a Lando—. Demasiado silencio.

—Pues entonces deja abiertos unos cuantos canales —dijo Lando, poniéndose en pie—. Llévate todo lo que necesites para sentirte a gusto.

Unas cuantas luces dispersas volvieron a encenderse en la barra de conexión de Lobot.

—Así está mejor —dijo—. Podemos irnos. ¿Cuál es mi rango? ¿Qué problemas necesitan soluciones?

—Te lo explicaré por el camino.

Los siete navíos que formaban la flotilla a la que se había asignado la misión de localizar al Vagabundo de Teljkon estaban en órbita alrededor del sexto planeta del sistema de Coruscant, donde les resultaría más fácil pasar desapercibidos. El Dama Afortunada fue el último en unirse a la formación y también era el más pequeño de ellos, salvo por un hurón automatizado que no necesitaba piloto enviado por Inteligencia. El yate de Lando parecía una mota de polvo comparado con la enorme mole del crucero Glorioso, desde el que Pakkpekatt dirigiría la misión.

—Veo montones de artillería de gran calibre, y eso no me gusta nada —dijo Lando, examinando la situación desde la cabina del Dama Afortunada—. Creía que nos enviaban para ser más listos que nuestra presa, no para derrotarla a cañonazos.

—El hecho de que el Vagabundo dejara incapacitada a una fragata con tan aparente facilidad puede haber dictado la elección de un crucero —dijo Lobot.

—Estoy seguro de que así ha sido —asintió Lando—. Pero esto empieza a tener bastante mal aspecto. —Alargó la mano hacia el comunicador—. Glorioso, aquí el general Lando Calrissian a bordo del Dama Afortunada. Solicito permiso para subir a bordo.

—Aquí el Glorioso, general Calrissian —dijo una voz que sonaba bastante juvenil—. Soy el teniente Harona, el oficial de servicio. Le estábamos esperando, señor. ¿Desea que le enviemos la lanzadera personal del capitán?

—Me temo que alguien ha cometido un pequeño error a la hora de interpretar las órdenes, teniente. No necesito un medio de transporte. Lo que necesito es una plaza de aparcamiento en su cubierta de vuelo.

Hubo una pausa llena de estática, que terminó cuando Harona carraspeó para aclararse la garganta.

—Me temo que tiene razón, general Calrissian. Ha habido una pequeña confusión. Nuestras cubiertas de vuelo están ocupadas por el equipo necesario para la misión y por nuestras dotaciones de cazas. No disponemos de espacio para el Dama Afortunada a bordo.

—Pues entonces hágale un hueco, teniente. A menos que quiera que nuestra velocidad máxima sea la que puede alcanzar un convoy de naves, que no es precisamente muy elevada. —Lando movió el interruptor de cierre del circuito y se volvió hacia Lobot—. Ahora averiguaremos si saben lo rápida que puede llegar a ser mi pequeña nave.

La segunda pausa fue más larga.

—Señor, el coronel Pakkpekatt sugiere que suba al Glorioso y permita que una tripulación enviada por el coronel lleve su yate de regreso a Coruscant.

—Aja —murmuró Lando—. Eso me indica que se les ha metido en la cabeza la idea de que soy un observador. —Volvió a mover el interruptor—. Teniente Harona, tenemos nuestro propio equipo para la misión a bordo. ¿Debo entender que me está diciendo que al coronel Pakkpekatt no le importa perder un día o dos más mientras usted se encarga de todos los arreglos necesarios para hacer el inventario del equipo y proporcionarnos el

espacio de almacenamiento adecuado? En ese caso, póngame con su contramaestre y empezaremos a explicarle cuáles son nuestras necesidades...

—Eh... No, señor. El coronel preferiría no tener que esperar todo ese tiempo.

Lando volvió la cabeza hacia Lobot y le guiñó un ojo. «Ahora sí que los he pillado», pensó.

—Teniente, tal vez debería hablar directamente con el coronel Pakkpekatt.

Casi pudieron oír cómo el oficial de servicio se removía nerviosamente en su asiento.

—Señor, en estos momentos el coronel está muy ocupado preparando la partida y...

—Estoy seguro de ello. Le diré lo que vamos a hacer, teniente: puedo resolver su pequeño problema sin necesidad de molestar al coronel. Veo que la escotilla de su hangar Número Cinco está abierta. Avise de que vamos para allá y nos meteremos en ese hangar.

—General Calrissian, lo siento muchísimo, pero no puedo autorizarle a...

—¿Y entonces por qué me está haciendo perder el tiempo, teniente? —preguntó secamente Lando—. Vaya a buscar a su oficial superior y siéntelo delante de su comunicador. Quiero hablar con alguien que pueda tomar una decisión. Y cuando su oficial superior y yo hayamos acabado de resolver nuestro pequeño problema, cosa que deberíamos poder hacer en un par de minutos, voy a pedirle que lleve a cabo una revisión completa de sus procedimientos operativos y del personal de su puente. Quiero que averigüe cuál ha sido la razón por la que un general y la delegación que Operaciones de la Flota ha enviado a esta misión tuvieron que esperar mientras un oficial de servicio hojeaba el manual buscando una regla que seguir.

El silencio subsiguiente fue el más largo de cuantos se habían producido hasta aquel momento.

—Dama Afortunada, el Hangar Externo Número Cinco estará preparado para recibirles dentro de unos instantes. Prepárense para iniciar la secuencia de ataque automático.

—Gracias, teniente —dijo Lando—. Fin de la transmisión desde el Dama Afortunada.

—¡Le felicito, señor! —exclamó Cetrespeó con entusiasmo—. Parece un compromiso realmente excelente.

—No es un compromiso. He conseguido lo que quería —dijo Lando, iniciando la secuencia del ataque automático y levantándose del sillón de pilotaje—. No estaba dispuesto a renunciar a mi nave, y no quería que estuviera atracada en un hangar interior donde habría necesitado su permiso para poder utilizarla.

—Entonces has alcanzado todos tus objetivos —dijo Lobot.

—Oh, no. Sólo estamos empezando. Ahora tenemos que someter a esos chicos a un pequeño proceso de reeducación para que comprendan cuál es nuestro verdadero papel en esta misión —dijo Lando—. Preparaos para desembarcar. Voy a necesitaros a todos.

—Coronel Pakkpekatt, el general Calrissian desea hablar con usted. El tono un tanto estridente de su voz indicaba con toda claridad el nerviosismo que sentía el alférez. Lando supuso que nunca habría estado en el puente de combate anteriormente, o que nunca había tenido razones para dirigirse al comandante de la misión..., eso suponiendo que le hubiera visto alguna vez.

El alférez fue el primer miembro de la tripulación con el que Lando se encontró después de haber pasado por la escotilla interior del Hangar Número Cinco, y había ordenado al joven técnico que los escoltara hasta donde estaba el coronel Pakkpekatt. Lando estaba bastante familiarizado con la estructura interna de los cruceros estelares de la clase Belarus, y tenía una cierta idea de dónde podía encontrar a Pakkpekatt. Pero ser escoltado y llevar a todo su séquito pisándole los talones le permitió hacer una entrada espectacular.

El anuncio del alférez hizo que varias cabezas se volvieran hacia ellos, pero la mayoría volvieron a concentrarse nuevamente en su quehacer después de haber echado un rápido vistazo a los recién llegados.

La excepción corrió a cargo de un hortek de dos metros de altura cuya coraza de placas óseas relucía con leves destellos de un rojo amarronado bajo la iluminación de combate del puente. El largo cuello del coronel Pakkpekatt giró para dirigir su cabeza hacia las siluetas que acababan de aparecer por la compuerta blindada posterior del puente, y la penetrante mirada de aquellos ojos que nunca parpadeaban se clavó en ellas con una intensidad casi hipnótica.

«Maldito seas, Drayson... Podrías haberme dicho que tendría que vérmelas con un hortek», pensó Lando. Pero después de haberse permitido esa reflexión, enseguida intentó rodear sus pensamientos con una muralla mental lo más sólida posible. Además de ser una de las pocas especies de depredadores que habían solicitado su admisión en la Nueva República, los horteks tenían la reputación de poseer poderes telepáticos que podían ser usados no sólo entre su especie sino, hasta un grado desconocido, sobre otras especies. La combinación resultaba bastante impresionante.

—General... —dijo Pakkpekatt, reconociendo lacónicamente la presencia de Lando. Sus ojos se posaron en Lobot y los andróides—. ¿Quiénes son estas... personas?

Cetrespeó, siempre dispuesto a mostrarse servicial, dio un paso hacia adelante.

—Me llamo Cetrespeó, señor, y soy especialista en toda clase de relaciones cibernético-humanas. Domino con fluidez más de seis millones de...

—Cállate —dijo secamente Pakkpekatt.

—Sí, señor —dijo Cetrespeó, apresurándose a colocarse detrás de Lobot.

Lando avanzó un par de pasos.

—Este es mi personal, coronel Pakkpekatt. Me encantaría hacer las presentaciones necesarias, pero se me han dado algunas instrucciones de última hora que quizá debería conocer antes de que siguiéramos hablando. ¿Está disponible su sala de conferencias?

Pakkpekatt mantuvo la cabeza alta y estudió a Lando sin decir ni una palabra.

«¿Estás leyendo mis pensamientos? Bien, pues tú y yo tenemos que hablar, y lo que digamos debería quedar estrictamente entre nosotros.»

Pakkpekatt alzó una mano y señaló la puerta de la sala de conferencias.

—Continúe con los preparativos para la partida, capitán —dijo.

Apenas la puerta de la sala de conferencias se hubo cerrado, Pakkpekatt se plantó delante de Lando y se inclinó sobre él de una manera bastante amenazadora.

—Así que usted es el hombre que ha amenazado a mi oficial de servicio con no sé qué represalias para salirse con la suya, ¿eh? No crea que podrá usar el mismo método conmigo.

Lando sonrió, y después volvió a aumentar un poco la distancia existente entre ambos dejándose caer en una silla.

—Ni se me ocurriría intentarlo, coronel —dijo, adoptando una postura lo más relajada posible—. Y, francamente, no espero que sea necesario hacerlo. Estamos aquí para alcanzar la misma meta y trabajamos para las mismas personas: la princesa Leia, el Senado, la Nueva República...

Pakkpekatt emitió un seco ladrido gutural, el equivalente hortek a un gruñido.

—Se me dijo que esperara a un observador enviado por el Alto Mando de la Flota. No se me dijo nada acerca de su personal.

—¿Y qué necesidad había de decir nada al respecto? ¿Es que usted va a algún sitio sin sus ayudantes y suboficiales? —preguntó Lando, agitando las manos—. Mi personal posee ciertas capacidades y recursos que es muy posible puedan significar la diferencia entre el éxito y el fracaso para esta misión.

—Tenemos cinco andróides de protocolo a bordo, y todos son de la serie E o de modelos aún más modernos —dijo Pakkpekatt—. Sus andróides son superfluos.

—Pues siento tener que llevarle la contraria, pero yo considero que mi personal es indispensable —replicó Lando—. Y espero que sea tratado con la misma clase de consideración a la que tengo derecho en mi calidad de agente operativo de campaña enviado por Operaciones de la Flota.

Pakkpekatt se acercó un poco más, y su imponente mole se alzó sobre Lando como una torre a punto de desplomarse.

—Agente operativo... Qué términos tan curiosos, general. ¿Se le ha dado a entender que interpretaría un papel activo en la dirección de la misión?

—¿Y qué le dieron a entender a usted?

—Se me ha encomendado la misión de recuperar el Vagabundo de Teljkon —dijo Pakkpekatt—. No he recibido instrucción alguna acerca de compartir mi mando o esa responsabilidad con usted.

—No quiero que compartamos el mando, coronel —replicó Lando—. Lo único que quiero es un poco de cooperación mutua. Después de todo, los intereses de la Flota en este asunto son como mínimo igual de legítimos que los del Servicio de Inteligencia. Le recuerdo que fuimos nosotros los que estuvimos a punto de perder una fragata por culpa del Vagabundo.

—Pues entonces debería entender que se trata de un asunto extremadamente delicado. No tenemos ni idea de qué podemos encontrar ahí fuera.

—Coronel, si encontramos algo de valor ahí fuera, ni usted ni yo podremos quedarnos con ese algo —dijo Lando, obsequiando a Pakkpekatt con su mejor sonrisa conciliadora—. A menos que usted no confíe en la Flota, sencillamente no hay ninguna razón por la que no podamos colaborar para alcanzar un objetivo común.

Pakkpekatt dejó escapar una especie de chillido metálico, y el extraño sonido hizo que un escalofrío subiera y bajara velozmente por la espalda de Lando.

—¿Qué me está pidiendo? —preguntó el coronel en cuanto se hubo calmado un poco.

—No más de lo que pediría usted si estuviera en mis circunstancias. Libertad para movernos por toda la nave. Pleno acceso a los datos tácticos en todo momento. Ser consultados acerca de la estrategia a seguir. Y si subimos a bordo del Vagabundo, formar parte del grupo de abordaje.

—¿Sólo eso?

—Eso es todo. El resto de las prerrogativas del mando siguen siendo tuyas.

—Comprendo —dijo Pakkpekatt—. Lo único que debemos hacer para mantenerle feliz y satisfecho es cargar con ustedes durante la parte más delicada de la misión, sin olvidar que se trata de una parte para la que están total y absolutamente faltos de preparación.

—Vamos, coronel...

—¿Acaso me toma por una presa herida? —preguntó el hortek, enseñándole los dientes—. Nosotros estamos preparados para organizar un equipo de asalto que se hallará en condiciones de enfrentarse a cualquier desafío que pueda presentar el Vagabundo. Sin embargo, no estoy preparado para organizar un grupo de asalto basado en el criterio de alguien que pueda llegar a pensar que resultará divertido formar parte de él.

—¿Tiene una ganzúa?

—¿Cómo ha dicho?

—Acaba de decir que están preparados para enfrentarse a cualquier cosa —dijo Lando—. Pero ciertas experiencias del pasado me han enseñado que cuando alguien que lleva uniforme dice estar preparado, lo que está diciendo en realidad es lo siguiente: «Tenemos cañones pequeños, tenemos cañones enormes y tenemos bombas de todos los tamaños». Hay otras formas de superar el obstáculo que supone una puerta cerrada. ¿Está tan preparado para abrir una cerradura mediante una ganzúa como lo está para volarla? ¿Está tan preparado para negociar y regatear como lo está para dar órdenes? ¿Está tan preparado para convencer como lo está para capturar? Si su respuesta a esas

tres preguntas es no, entonces será mejor que revise sus ideas sobre cuál es su verdadero grado de preparación.

—Mi equipo técnico ha acumulado más de cincuenta años de experiencia en operaciones de inteligencia de todo...

—Oiga, coronel —dijo Lando, levantándose y colocando su rostro a escasos centímetros del pecho del hortek—. Estoy seguro de que su equipo está formado por excelentes veteranos en los que se puede confiar. Pero el mío tampoco es despreciable. Tengo a un humano equipado con una conexión cibernética directa, a un androide equipado con una conexión lingüística universal y a otro equipado con una conexión mecánica igualmente universal...

—No veo que haya nada de especial en las capacidades de su personal.

—A primera vista tal vez no —dijo Lando—. Pero saben cómo trabajar en equipo, y también saben cómo ganar. Vencimos a Darth Vader y vencimos al Emperador, y lo hicimos en su terreno y luchando según sus reglas...

—Eso es historia antigua. Y tuvieron mucha suerte.

Lando sonrió.

—Todos los jugadores saben que no debes apostar contra un tipo con suerte. Si impide que mis jugadores tomen parte en la partida, y acaba perdiendo, después lo pasará francamente mal cuando tenga que explicar por qué tomó esa decisión a la gente que nos ha enviado aquí.

—El mando lleva implícita una responsabilidad con la que hay que cargar.

—Pues yo no querría tener que cargar con la que le ha tocado a usted en este momento —dijo Lando—. Mire, coronel: no sé con quién o con qué podemos encontrarnos dentro del Vagabundo, pero lo que realmente importa es que debemos ser más listos que esa nave fantasma. Porque si no lo somos, entonces... Bueno, entonces sólo habrá dos finales posibles para esta misión: puede que tengamos que destruir esa nave o puede que ella tenga que destruirnos a nosotros, pero en ambos casos la misión habrá sido un fracaso.

—Soy muy consciente de ello.

Lando señaló la puerta.

—Bueno, ahí fuera tengo a Erredós y Cetrespeó, los androides personales de Luke Skywalker. Y Lobot y yo nos ganábamos la vida dejando en ridículo a los departamentos de Inteligencia y Seguridad en un sistema detrás de otro. Hemos utilizado trucos que su gente todavía no ha sido capaz ni de soñar. ¿Realmente está seguro de que no quiere tenernos en su equipo?

Las fosas nasales de Pakkpekatt se dilataron durante unos momentos. Después dobló el cuello hacia abajo en el equivalente hortek a un asentimiento.

—Muy bien. Trabajaremos juntos.

—Excelente. Eso es todo lo que quiero —dijo Lando.

—No lo creo. Sé quién es usted —dijo Pakkpekatt en un tono amenazadoramente seco—. No piense ni por un momento que no sé quién es usted... Le estaré vigilando.

Lando mantuvo la calma.

—Vamos a llevarnos estupendamente, coronel. Ya lo verá.

5

La mañana del día en que vería por primera vez a Nil Spaar, Leia se levantó de la cama con un hombro dolorido, los ojos irritados y una manta de fatiga sobre sus miembros cuyo peso invisible hizo que tuviera la sensación de que estaba a punto de enfermar.

Anakin había despertado de una pesadilla aterradora a altas horas de la madrugada, y Leia había permitido que el pequeño se acostara entre ella y Han con la esperanza de que eso le ayudaría a conciliar el sueño. Pero Leia no estaba acostumbrada a que hubiera tres personas en la cama, y la presencia de aquel cuerpecito la había obligado a adoptar posturas bastante extrañas para dormir. Además, y eso había sido todavía peor, el sueño de Anakin había sido bastante inquieto, y Leia acabó encontrándose pendiente de cada uno de sus movimientos, y se había despertado una y otra vez cuando Anakin se daba la vuelta y se removía junto a ella.

Han —y el descubrirlo irritó considerablemente a Leia— había dormido profundamente sin que pareciese afectarle nada de lo ocurrido, sus propios ronquidos incluidos.

Su cansancio persistió durante todo el desayuno. Mientras se vestía para su entrevista con el virrey de la Liga de Duskhan, Leia sólo se sentía capaz de pensar en tumbarse sobre la cama, por fin vacía, para echar una siesta. Era la clase de mañana en la que todo parecía tentarla para que infringiera la regla, fijada por ella misma, que prohibía el uso de estimulantes y se permitiera tomar una taza de té de brotes de naris o masticar una barrita de chicle tonificante.

La tentación se fue volviendo más y más fuerte a medida que se iba aproximando el momento de la entrevista. La sala de conferencias parecía estar llena de cuerpos, y todo el mundo parecía estar hablándole a la vez.

Habría que tratar de conseguir derechos de tránsito y permisos de descenso para casos de emergencia como base provisional, y eso tendría que ser un primer paso para acabar consiguiendo plenos derechos de navegación. Joruna y Widek forman parte de la Nueva República, y los cargueros tienen que dar un rodeo enorme.

—Casi todos los datos sobre el Cúmulo de Koornacht de que disponemos actualmente son de hace treinta años. Estuvo en manos del Imperio desde las Guerras Clónicas hasta poco después de la batalla de Endor. El Imperio no dejaba entrar a nadie, y, por lo menos hasta ahora, a los yevethanos no parecía interesarles salir del cúmulo.

—Por lo que hemos podido averiguar, la Liga de Duskhan sólo incluye a los once mundos habitados por los yevethanos. Creemos que en el Cúmulo de Koornacht hay un mínimo de diecisiete planetas habitados por otras especies, y que no forman parte de la Liga de Duskhan. Pero hasta el momento no hemos podido enviar misiones de exploración ni ponernos en contacto con ellos.

—¿Hay alguna clase de recursos minerales disponibles para el comercio? ¿Qué pasa con esa información? ¿Es que no figura en el expediente de solicitud de admisión presentado por Duskhan? Se suponía que debía estar incluida.

—No hay ninguna solicitud de admisión. Los yevethanos no han pedido ser admitidos en la Nueva República. Esto más bien es un examen..., y somos nosotros quienes debemos superarlo. Nil Spaar parece pensar que esto es una especie de reunión en la cumbre. Tampoco quiere que le llamen «embajador».

—Me pregunto por qué Inteligencia no nos ha proporcionado más información. ¿Qué posición ocupa un virrey en la estructura de poder de la Liga de Duskhan?

—No creo que pueda haber ninguna duda de que Nil Spaar representa a más mundos, más población, más riquezas materiales y a una base tecnológico-industrial más avanzada que cualquier otro visitante llegado a la Ciudad Imperial durante los últimos doce años. Y probablemente él también lo sabe.

—Desde un punto de vista estratégico, Leia, es indudable que sería estupendo tener a un amigo tan robusto interponiéndose entre nosotros y las fuerzas que Daala haya podido reunir en el Núcleo, sean cuales sean. En estos momentos Koornacht es uno de los puntos más débiles del Perímetro Interior.

—¿Hay alguien que disponga de información realmente fiable sobre lo que quiere Spaar?

—El segundo día se estableció una conexión entre la red de hiperonda de la Nueva República y el sistema de información de Coruscant, pero el personal de Spaar se encargó de todas las operaciones. Por lo menos sabemos que no podían limitarse a escuchar las transmisiones por su cuenta.

—¿Dónde está el análisis técnico sobre la nave que ha traído hasta aquí a la embajada de Duskhan?

—¿Puedo saber si alguien más piensa que los yevethanos podrían ser parientes lejanos de los twileks?

—¿Has tenido ocasión de repasar los resultados de la búsqueda de datos llevada a cabo en la biblioteca de Obra-skai?

—Leia, ¿te encuentras bien?

—¿Princesa Leia?

Meneando la cabeza, Leia apartó su asiento de la mesa, se levantó y fue hacia la puerta. Un mareo repentino hizo que tuviera que detenerse cuando ya había cruzado media sala de conferencias. Leia se tambaleó y el almirante Ackbar, viendo que Leia estaba a punto de perder el equilibrio, fue corriendo hasta ella y la cogió del brazo.

—Ayúdeme a llegar a mi despacho —murmuró Leia.

Ackbar ayudó a Leia a tumbarse sobre un sofá en la intimidad de la suite presidencial, que se encontraba un piso por encima de la sala de conferencias.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Ackbar—. Quizá debería llamar al androide médico.

La sección ejecutiva tenía asignado permanentemente un AM-7, un androide médico móvil especializado en casos de emergencia.

—No. Enseguida estaré bien. Sólo quiero acostarme durante unos momentos.

—No tiene buen aspecto. ¿Quiere retrasar la entrevista?

Leia meneó la cabeza en una negativa casi imperceptible.

—No... No, eso sólo serviría para complicar todavía más la situación. Ya ha habido excesivos retrasos. Me he levantado demasiado deprimida, eso es todo.

—Quizá otra persona debería dirigir la sesión de hoy...

—Nadie más puede hacerlo —replicó secamente Leia.

—Pues entonces no debería estar sola durante la entrevista.

—Nil Spaar espera tener la ocasión de hablar en privado con la Jefe de Estado de la Nueva República. Insistió en ello, y acordamos que así sería. No podemos introducir ningún cambio repentino una hora antes de la entrevista..., no sin ofenderle gravemente —dijo Leia, y cerró los ojos—. Ahora váyase y déjeme a solas durante unos minutos para que pueda descansar. Estaré preparada cuando llegue el momento. Esto no es una crisis. Todo irá estupendamente.

Gracias a un sutil ejercicio de coreografía organizado por los enlaces de protocolo de ambas partes, la princesa Leia Organa Solo, presidenta de la Nueva República, y Nil Spaar, virrey de la Liga de Duskhan, hicieron su entrada en la Gran Sala desde extremos opuestos exactamente en el mismo instante.

Leia avanzó con paso firme y mesurado. Había pasado un buen rato a solas sumida en una profunda meditación, abriendo su conexión con la Fuerza y estableciendo contacto con sus corrientes más profundas y poderosas, permitiendo que su eterno fluir limpiara su cuerpo y su mente y les infundiese nuevas energías. El hacerlo había supuesto una pequeña herida para su orgullo, de la misma manera en que lo habría sido permitirse tomar una taza de té de brotes de naris, porque significaba admitir que necesitaba una muleta. Pero la había dejado más preparada para enfrentarse a la responsabilidad que la aguardaba.

Nil Spaar avanzó al unísono con ella, dando un paso por cada uno de los suyos. El virrey no era una figura excesivamente imponente: no era más alto que Leia, y quizá

incluso fuese un poco más bajo y consiguiera disimularlo gracias a sus botas de sólidos tacones cuadrados y gruesas suelas. Sus ojos eran sorprendentemente humanos, y al principio impidieron que Leia se fijara en la cresta de placas óseas que recubría la parte de atrás de su cuello con una rígida coraza y en las franjas de vivos colores faciales que desaparecían bajo el delicado remolino de tela que envolvía su cabeza. La mirada de Nil Spaar era afable y abierta, y su sonrisa resultaba encantadora.

El yevethano llevaba las mismas prendas que Leia le había visto vestir por la calle en todas las grabaciones de vigilancia que habían sido tomadas de él: una chaqueta de manga larga, bastante ceñida al cuerpo y de un color marrón que se volvía un poco más claro en los hombros, pantalones más oscuros con las perneras metidas en las botas, y guantes de color beige que desaparecían dentro de las mangas de su chaqueta. No había ni rastro de joyas o insignias visibles, salvo por el diminuto alfiler que sujetaba el turbante con el que envolvía su cabeza. Tampoco había ninguna indicación de su rango o posición, como las que Leia habría podido esperar en un uniforme o atuendo ceremonial.

Por un acuerdo tácito, los dos se detuvieron cuando el otro se encontraba todavía a un paso de distancia.

—Virrey —dijo Leia, y se inclinó.

—Princesa Leia —dijo Nil Spaar, inclinándose a su vez—. Me complace muchísimo estar aquí con usted. Así es como debía ser. Usted, que está al frente de una confederación de mundos fuertes, orgullosos y prósperos..., y yo, que estoy al frente de una confederación de mundos fuertes, orgullosos y prósperos. Me ha dado la bienvenida como a un igual, y yo le correspondo de la misma manera.

—Gracias, virrey. ¿Desea sentarse? —preguntó Leia, señalando los dos sillones, cada uno con una mesita lateral, que habían sido colocados en el centro de la habitación de tal manera que quedaran el uno de cara al otro.

—Desde luego —dijo Nil Spaar. El sillón del virrey, proporcionado y meticulosamente ajustado por su mayordomo, consistía en una S de rejilla metálica. Encima de la mesa colocada junto a él había dos cilindros negros provistos de tubos de alimentación—. Deberíamos poder sentarnos y hablar sincera y honradamente, como estadistas y como patriotas. Usted misma luchó en la gran rebelión contra esa bestia abominable llamada Palpatine, ¿verdad?

—Me ensucié las rodillas y los codos en unas cuantas ocasiones —respondió Leia—. Pero hubo muchos otros que hicieron mucho más que yo.

—¡Cuánta modestia! —exclamó Nil Spaar—. Pero, y vuelvo a insistir en ello, me parece que estamos condenados a entendernos. Yo también interpreté un pequeño papel cuando llegó el momento de arrebatar Koornacht a los repugnantes esbirros del Emperador. En consecuencia, los dos sabemos lo que significa empuñar las armas en defensa de una causa a la que hemos consagrado nuestras vidas y nuestro honor. De hecho, y mientras estamos sentados aquí en este mismo instante, estoy seguro de que los dos seguimos respondiendo a la llamada de un deber que nos ha sido impuesto por nuestro sentido del honor... ¿No es así?

Leia no quería dejarse llevar a un terreno tan personal.

—La vida es lo que te ocurre mientras estás muy ocupado haciendo planes prudentes y cuidadosamente meditados..., o eso es lo que he oído decir —respondió con una sonrisa—. Hago cuanto puedo para preservar aquello que amo. Que yo sepa, eso no me hace diferente de la inmensa mayoría de las personas con las que trato cada día.

—Ah, veo que su sabiduría es mucho más grande de lo que se podría esperar dada su edad —dijo Nil Spaar—. Pero, naturalmente, usted sabe que lo que ama es precisamente lo que la distingue de los demás. ¿Qué es lo que le importa? Usted misma, por supuesto, y sus hijos, y sus compañeros... Pero, más allá de eso, existe un círculo de amigos, una comunidad basada en el parentesco, y un conjunto de ideales. Y ocurre exactamente lo mismo conmigo. Me sentiría enormemente complacido si aquí, lejos de las interferencias y

las distracciones, fuéramos capaces de forjar una alianza que beneficiara a quienes amamos.

—Ése es el propósito de la Nueva República —dijo Leia, esquivando la palabra «alianza» tan cautelosamente como si fuera una extensión de arenas movedizas—. Me parece que si habla con los líderes de algunos de los cien mundos que se han convertido en miembros de la Nueva República durante los últimos veintiocho días, descubrirá que los beneficios son tan considerables como inmediatos.

—No lo dudo —dijo Nil Spaar—. Basta con contemplar el milagro de Coruscant. ¿Acaso no han transcurrido tan sólo media docena de años desde los días en que este mundo fue devastado por el clon de Palpatine en persona?

—Sí...

—Y ahora lo encuentro reconstruido a partir de sus propias cenizas y elevado a una nueva gloria que puede rivalizar con todo cuanto se contaba de su pasado —dijo Nil Spaar en un tono lleno de admiración—. He recorrido su ciudad durante horas y horas, y me he maravillado ante la capacidad de trabajo de su gente, la astucia de sus invenciones y la grandeza de sus visiones. ¡Qué edificios tan orgullosos han erigido usando la esperanza y el barro como cimientos, y qué sueños tan osados han sabido construir sobre las ruinas de los fracasos del pasado!

—Hacemos lo que podemos..., y lo que debemos hacer —dijo Leia—. Me gusta pensar en Coruscant como un símbolo de lo que es posible, un espejo en el que podemos contemplar el mejor de nuestros semblantes. La vitalidad que ha visto aquí es un reflejo de la vitalidad de toda la Nueva República. Quiero que Coruscant represente la idea de que existe una alternativa a la guerra y la tiranía. Cooperación y tolerancia..., lo mejor de todos nosotros, disponible para todos nosotros.

—¡Y son ustedes tan numerosos! —dijo Nil Spaar—. Estoy seguro de que durante mi primera hora de estancia aquí he visto más especies distintas que durante toda mi vida anterior. Docenas, si es que no un centenar... ¿Cómo funciona todo este sistema? ¿En qué basan la condición de miembro, en la política o en la genética?

—La Nueva República es un pacto de autoprotección mutua entre más de cuatrocientas especies inteligentes, y una sociedad económica entre más de once mil planetas habitados —respondió Leia—. Pero descubrirá que la autonomía de los mundos que la forman apenas se resiente de...

—Siempre que estén dispuestos a cooperar y a ser tolerantes —la interrumpió Nil Spaar.

—Eso apenas hace falta decirlo.

—Quizá deberían dejarlo bien claro desde el principio —dijo Nil Spaar—. El no hacerlo podría conducir a errores de interpretación, y a presuposiciones equivocadas.

Leia, perpleja, sintió como si el suelo hubiera temblado de repente bajo sus pies.

—No creo que ninguna delegación haya venido jamás a Coruscant esperando encontrarse con otra cosa.

—Usted debe de saberlo mejor que yo. Pero si se dedica a pensar en ello, tal vez descubra que algunos han venido aquí más bien para conseguir que Coruscant librara sus combates por ellos que para abrazar los ideales de Leia Organa. Los débiles siempre están buscando campeones. ¿Está segura de que no tiene a nadie de esas características escondiéndose debajo de sus faldas?

—Si los débiles no pueden contar con la protección de Coruscant, entonces la Nueva República no existe..., y sólo hay anarquía. Y la anarquía sólo puede conducir a más tiranía.

—Una buena respuesta.

—Gracias —dijo Leia—. Pero, y dado que acaba de sacar a relucir el tema, ¿le importaría explicarme por qué están aquí usted y su delegación?

—En absoluto —dijo Nil Spaar—. Quiero que nos entendamos claramente desde el primer momento. A pesar de lo mucho que me han impresionado sus ideas, su capital y su confederación, la Liga de Duskhan no desea entrar a formar parte de la Nueva República ni colectivamente ni en calidad de mundos individuales.

—Pienso que la Liga de Duskhan sería un miembro muy valioso de la Nueva República —dijo Leia—. No quería descartar la posibilidad sin haber hablado con usted antes.

Nil Spaar respondió con una sonrisa de amable tolerancia.

—Ahora ya puede descartarla..., y le ruego que lo haga.

—Bien, en ese caso... ¿Qué ha venido a buscar aquí?

—Una alianza, como ya le he dicho. Deseamos un acuerdo entre iguales que redunde en beneficio de ambas partes.

Leia frunció el ceño.

—Virrey, ¿no le preocupa la posibilidad de que los que usted llama «los miembros débiles» de la Nueva República vayan a ser una carga excesiva para ustedes?

—No. Eso no supondrá ningún problema.

—Muy bien —dijo Leia—. Pero creo que debería saber que nos resultará muy difícil llegar a un «acuerdo entre iguales» que nos permita responder militarmente cuando ustedes se vean amenazados. El pacto que rige el funcionamiento de la Nueva República estipula muy claramente el contenido del acuerdo general sobre la defensa mutua y la forma de hacer respetar los artículos que regulan la condición de miembro..., y prácticamente no hay nada más que decir sobre el pacto.

—Veo que sigue sin entenderlo —dijo Nil Spaar—. Ni queremos su protección ni la necesitamos. Hemos disfrutado de la «protección» del Imperio durante la mitad de mi existencia, y estamos decididos a evitar ese tipo de bendiciones en el futuro. Lo que queremos por encima de todo es que nos dejen en paz. Grábese eso en la mente, y entonces tal vez por fin será posible que empecemos a hablar en el mismo lenguaje.

La diplomática y delicada insistencia de Leia acabó consiguiendo que Nil Spaar compartiera con ella algunas de las experiencias padecidas por los yevethanos bajo el implacable gobierno de los generales y los soldados de las tropas de asalto de Palpatine. Las historias eran lo suficientemente familiares en su contenido general, aunque no lo fuesen en los detalles.

El gobernador imperial de Koornacht tenía que someter a los yevethanos y se le había dado permiso para que empleara cualquier medio que le pareciese adecuado. El gobernador había ordenado a sus tropas que raptaran a un considerable número de yevethanas, que fueron esclavizadas para satisfacer los deseos eróticos de sus altos oficiales, y había usado a muchos yevethanos como blancos vivos para sus soldados. Los cuerpos destrozados fueron exhibidos en las escuelas, los lugares sagrados y los canales de información pública, que todos los yevethanos estaban obligados a sintonizar dos veces al día.

Cuando eso no produjo el grado de cooperación deseado, el gobernador imperial empezó a capturar niños. La oposición se desmoronó, pero el terror de los secuestros ejecutados al azar persistió. Cuando el ejército de ocupación imperial fue expulsado por fin de Koornacht, los liberadores encontraron a siete mil rehenes yevethanos en la guarnición del gobernador..., y también encontraron los huesos de más de quince mil muertos.

—Ya es suficiente —dijo Leia—. Basta, por favor... Todo eso son pesadillas que debemos olvidar, y me temo que ya hemos dedicado demasiado tiempo a hablar de ellas.

—Quería que comprendiese la profundidad de nuestros sentimientos en esta cuestión.

—La comprendo —dijo Leia, y pensó que después de lo que había oído, quizá ella misma también podría comprender mejor la profundidad de algunos de los sentimientos que habían impulsado a los rebeldes a luchar por la Nueva República.

—Pues entonces centremos nuestra atención en el futuro —dijo Nil Spaar.

Durante la hora siguiente, los dos hicieron grandes esfuerzos para decidir cuál podía ser el lenguaje de la alianza. A pesar de la aparente buena fe, se encontraron tropezando continuamente con serios conflictos de ideas que hicieron que resultase bastante difícil evaluar los progresos que pudieran estar haciendo. Pero al mediodía, cuando el virrey se levantó de su sillón, parecía sentirse bastante satisfecho.

—Ha sido una reunión de trabajo muy valiosa y agradable —dijo—. ¿Qué le parece si la reanudamos dentro de una hora?

—Me encantaría seguir trabajando mientras almorzamos —respondió Leia—. Podríamos hacer que nos trajeran algo de comer.

Su propuesta pareció escandalizar a Nil Spaar.

—Debo disculparme, pero eso es imposible —dijo cuando hubo recuperado la compostura—. Mi pueblo considera que comer delante de otra persona es una grave incorrección que debe ser evitada a toda costa. Y, personalmente, considero una estupidez diluir la devota atención que debemos dedicar a la comida con la distracción que supone mantener una conversación mientras se come.

—Le pido disculpas —dijo Leia, poniéndose en pie—. Hasta dentro de una hora, pues.

—Aguardaré con impaciencia ese momento.

El comité de discusión y análisis estaba formado por Leia, el almirante Ackbar en representación de la Flota, el almirante Drayson en representación del general Rieekan, director del Servicio de Inteligencia, Behn-kihl-nahm por el Senado, el Primer Administrador Engh, dos androides de registro, y media docena de secretarios y ayudantes.

Todos escucharon atentamente a Leia sin interrumpirla en ningún momento mientras repetía rápidamente su conversación con Nil Spaar hasta allí donde se lo permitía su memoria. Después todos tuvieron ocasión de hacerle preguntas o de ofrecer sus comentarios.

Casi todos los comentarios fueron bastante predecibles, por supuesto. Al almirante Ackbar, que siempre estaba pensando en los problemas estratégicos, le preocupaba que todavía no hubieran abordado el tema de los derechos de navegación, y quería que esa cuestión gozara de prioridad en la reunión de la tarde. Drayson, que siempre estaba buscando nuevos canales de inteligencia, se preguntó cómo reaccionaría el virrey ante la propuesta de revivir el Sistema de Intercambio de Bibliotecas, en el que algunos de los mundos de los yevethanos habían participado anteriormente.

Behn-kihl-nahm, que siempre era muy consciente del flujo incesante y eternamente variable de las corrientes del poder, preguntó si Leia poseía la autoridad necesaria para negociar todos aquellos asuntos sin que existiera una solicitud de unión a la Nueva República. Y Engh, que siempre era muy consciente del gran poder del dinero a la hora de reforzar los vínculos políticos, apremió a Leia a que agitara todo el catálogo de mercancías delante de los ojos de Nil Spaar en un intento de inducirle a cambiar de parecer sobre las ventajas de unirse a la Nueva República.

—Después de haber oído su informe, supongo que insistirán en que todas las mercancías que entren y salgan de Koornacht deberán ser transportadas por naves yevethanas —dijo Engh—. Eso es magnífico para sus comerciantes, pero no es el tipo de situación al que están acostumbrados los nuestros.

—No estoy segura de que los yevethanos sientan mucho interés por el comercio —respondió Leia.

—Eso es interesante —dijo Drayson—. Si no quieren convertirse en miembros de pleno derecho de la Nueva República y no les interesa el comercio, ¿por qué están aquí?

—Creo que están aquí porque la Nueva República ha llegado a ser lo suficientemente grande y poderosa como para empezar a preocuparles —dijo Leia—. No quieren unirse a nosotros, pero tampoco quieren que acabemos aplastándoles. —¿Cuál es su poderío militar? —preguntó Behn-kihl-nahm.

—No creo que lo sepamos —respondió Drayson.

—Antes de la ocupación imperial, había dos sistemas con un índice militar de Clase Dos en el Cúmulo de Koornacht —dijo Ackbar—. Pero ya hace mucho tiempo de eso, claro... El Imperio pudo confiscar o destruir muchas de esas naves.

—Según el virrey, han transcurrido nueve años desde el final de la ocupación —dijo Drayson—. En estos momentos, creo que no podemos formarnos ninguna idea razonable de hasta qué punto han llegado en su proceso de rearme. No cabe duda de que la nave que transportó a la delegación hasta Puerto del Este es un buen testimonio de sus progresos en el campo de la ingeniería.

—No me parece que eso tenga ninguna importancia —dijo Leia—. Estoy totalmente convencida de que los yevethanos se sienten amenazados por nosotros. Creo que es vital que no les proporcionemos ninguna razón tangible que pueda justificar esos temores.

—Si se sienten amenazados, eso debería proporcionarle un medio de presión bastante útil —dijo Behn-kihl-nahm.

—No estoy buscando una manera de ejercer presión sobre ellos —replicó Leia—. Ése es el peor lenguaje que podríamos llegar a emplear en estas conversaciones. Los yevethanos tienen muy buenas razones para recelar de nosotros, y se trata de razones con las que todos los presentes en esta sala deberían poder identificarse sin ninguna dificultad. No quiero retorcerles el brazo. Quiero ganarme su confianza. No va a resultar fácil, y hará falta mucho tiempo. Pero creo que Nil Spaar y yo tenemos una posibilidad de llegar a desarrollar la clase de relación personal que puede permitirnos superar los momentos más difíciles. No sé si vamos a acabar obteniendo una alianza o una solicitud para entrar en la Nueva República, pero no voy a preocuparme por eso en estos momentos.

—Cinco minutos —anunció un secretario.

—Gracias, Alóle.

—Le ruego que tenga mucho cuidado con las promesas que haga, Leia —dijo Behn-kihl-nahm mientras todos se ponían en pie—. La idea de que todos somos iguales ante los ojos de Coruscant es muy importante para la estabilidad y la fortaleza de la Nueva República.

—Soy consciente de ello, Behn-kihl-nahm.

—Entonces también debe ser consciente de que si los yevethanos llegan a obtener los beneficios que conlleva el ser miembro de la Nueva República sin tener que cargar con las obligaciones correspondientes, habrá una gran conmoción en el Senado, así como en miles de capitales. Y si se les conceden privilegios que no se hallan al alcance de nuestros miembros, entonces verá cómo centenares de mundos deciden dejar de formar parte de la Nueva República.

—Eso no ocurrirá —replicó Leia—. Mi postura en este asunto es que cualquier tratado con los yevethanos les proporcionará únicamente una pequeña parte de los derechos contenidos en los artículos del pacto de confederación, y que muchas cosas quedarán totalmente excluidas de él: no habrá mercados abiertos, control monetario, resolución de disputas, voz en el Senado, paraguas militar...

—La ausencia del lobo suele hacer que no se dé mucho valor a la presencia del pastor —dijo Behn-kihl-nahm.

—Tal vez sea así —dijo Leia—. Pero hay muchas cosas a ganar forjando un primer vínculo con los yevethanos, sea cual sea la clase de vínculo de que se trate. El Senado lo comprenderá.

—Muchas ideas totalmente estúpidas han obtenido un considerable apoyo dentro de ese organismo político —replicó Behn-kihl-nahm—, y son muchas las falsedades que han circulado por esa sala. Princesa, por mucho que todos queramos contar con ese aliado en el Perímetro Interior, o por mucho que deseemos tener acceso a los metales y la tecnología de los yevethanos, siempre debemos ser conscientes del precio a pagar por

ello. Nosotros somos la novia, y son ellos quienes deben ganarse nuestra mano..., y no al revés.

—Le agradezco sus consejos, Behn-kihl-nahm.

—Recuerde que Cortina y Jandur también se presentaron aquí envueltos en una aparatosa aureola de orgullo y fanfarronadas, y que esos dos planetas acabaron firmando los artículos del pacto de la confederación. Y eso ocurrió hace mucho tiempo, cuando ser miembro de la Nueva República significaba bastante menos de lo que significa hoy.

—¡Es la hora! —anunció el secretario.

Leia vació su vaso de un par de rápidos sorbos.

—Si me disculpa...

Behn-kihl-nahm asintió y se fue, dejándola a solas con el almirante Drayson y un androide de registro.

—Fin de la grabación —dijo Drayson. La cajita negra del sistema de control del androide quedaba casi totalmente escondida por su mano—. ¿Podemos hablar un momento, princesa?

—Un momento, pero no mucho más.

—Este proceso de negociaciones me preocupa bastante, y el hecho de que todos sus asesores deban confiar en información de segunda mano es algo que me preocupa muy especialmente. Eso hace que les resulte bastante difícil proporcionarle los consejos bien meditados y libres de prejuicios que usted espera de ellos.

—¿Qué me sugiere?

—Que me permita introducir más ojos y oídos en la habitación para que asistan a la reunión con usted. Podría proporcionarle un comunicador de pulsos codificados tan pequeño que incluso el general Solo tendría muchas dificultades para descubrirlo.

—No espero que el virrey vaya a cachearme —dijo Leia—. Y usted no puede prometerme que el comunicador resultaría totalmente indetectable para los yevethanos, ¿verdad? Si nosotros podemos escuchar lo que se diga dentro de esa habitación, en teoría ellos también pueden hacerlo.

—Cierto —dijo Drayson—. Los recursos técnicos siempre pueden ser descubiertos, desde luego. Naturalmente, si ellos estuvieran espiando discretamente sus reuniones con el virrey, entonces probablemente no se atreverían a...

—¿Tiene alguna prueba de que lo estén haciendo?

—No. Pero a veces me parece más prudente dar por supuesto lo que no salta a la vista que el creer que lo que no puedo ver no está allí.

—Me temo que no entiendo esa forma de pensar, almirante Drayson..., especialmente en este caso.

—¡Es la hora, princesa Leia! —dijo Alóle, asomando la cabeza por el hueco de la puerta desde el pasillo.

—¡Ya voy! —replicó Leia—. Nada de «recursos técnicos» en la Gran Sala, general. Tendremos que conformarnos con mis ojos y mis oídos. No correré el riesgo de confirmar los peores temores de los yevethanos permitiendo que me sorprendan espiándoles. ¿Lo ha entendido?

—Por supuesto, princesa.

El deslizador de superficie yevethano que había ido a recoger a Nil Spaar en las entrañas del complejo administrativo de la Ciudad Imperial depositó a su pasajero en las entrañas del navío embajada Aramadia después de unos minutos de viaje.

Allí no había nadie para darle la bienvenida, pero eso no era ninguna sorpresa. Tampoco lo era el hecho de que el conductor esperase dentro del deslizador a que Nil Spaar saliera sin ayuda del compartimiento de pasajeros y recorriera con unos cuantos pasos la corta distancia que lo separaba de la compuerta de salida incrustada en la pared delantera. Apenas la compuerta se hubo cerrado detrás de él, una espesa nube de gas amarillo empezó a llenar la cámara en la que se había posado el deslizador. Poco

después, un diluvio abrasador brotó de millares de diminutas toberas y cayó sobre el deslizador, disipando la neblina amarilla y empujándola hacia las rejillas y los agujeros del sistema de desagüe.

Al otro lado de la compuerta, Nil Spaar se encontró con una estación de acceso sanitaria. El procedimiento ya le resultaba muy familiar, pero aquel día había una nueva y nerviosa premura en sus movimientos. Se quitó rápidamente la ropa y la dejó caer dentro de un incinerador estéril. Su mano cerró el conducto de carga, y la acción produjo un tranquilizador chasquido seguido por un siseo. La parte delantera del incinerador se calentó lo suficiente para que Nil Spaar pudiera percibir el calor en sus dedos.

Después Nil Spaar entró en la cámara de limpieza. Con los ojos cerrados, sus manos invocaron el rociado de gotitas tan finas que parecían agujas: primero llegó la suave lluvia del líquido fumigante, y después el doloroso mordisco de los chorros de frotado. Mientras el agua golpeaba su cuerpo, su expresión se fue suavizando poco a poco hasta rozar el éxtasis. Nil Spaar permaneció largo rato dentro de la cámara, y soportó de buena gana un segundo ciclo de limpieza. Después cruzó el umbral de la salida, donde las manos que habían estado aguardando su llegada envolvieron su cuerpo en una túnica azul fuego.

—Virrey... —dijo el secretario, inclinándose ante Nil Spaar.

—Gracias, Eri —dijo Nil Spaar, aceptando el pesado collar protector de plata que simbolizaba el poder del virrey y cerrándolo alrededor de su cuello—. Tendré que acostumbrarme a soportarlo, ¿verdad? La pestilencia que desprenden sus cuerpos sigue impregnando mis fosas nasales sea cual sea el tiempo que pase dentro de la cámara de limpieza.

—Mis sentidos no perciben ninguna contaminación —dijo Erin.

—Confiaré en que esa afirmación sea algo más que una muestra de cortesía —replicó Nil Spaar—. ¿Y Vor Duull? ¿Me está esperando?

—Sí, virrey.

—Excelente. Haz que preparen resúmenes de los informes y exámenes de la sesión de hoy, y asegúrate de que me estén esperando en mis aposentos cuando llegue allí. No tardaré mucho.

Nil Spaar entró en una cabina magnética que ascendió velozmente a lo largo de los once niveles de cubiertas que separaban el acceso por el que había vuelto a la nave de los dominios de Vor Duull, guardián de información y ciencias del Aramadia. Cuando entró en ellos, fue saludado con una rápida reverencia.

—Me alegra enormemente que volváis a estar entre nosotros, virrey.

—Nadie se alegra de ello más que yo —dijo Nil Spaar—. ¿Habéis podido recibir la señal?

—Sin ninguna interrupción —dijo Vor Duull—. Siguiendo vuestras instrucciones, hemos obtenido una grabación completa y la hemos introducido en vuestra biblioteca.

—¿Has visto la grabación?

—Sólo lo suficiente para asegurarme de que los decodificadores y estabilizadores funcionaban correctamente.

Nil Spaar asintió.

—¿Qué opinas de esas criaturas? —El virrey vio que Vor Duull titubeaba, y le animó a responder—. Vamos, vamos... Tienes mi permiso para hablar.

—Me parecen débiles y tremendamente crédulas... Están dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de complacernos. Esa mujer no es una adversaria digna de nuestro virrey.

—Ya lo veremos —dijo Nil Spaar—. Gracias, guardián. Sigue cumpliendo con tus deberes tan bien como lo has hecho hasta este momento.

Después la cabina magnética, moviéndose tan deprisa como antes, recorrió la espiral central de la nave hasta llevarle a la tercera cubierta, donde empezaba la zona de acceso restringido a los niveles superiores de la jerarquía yevethana. Nil Spaar aceptó los

saludos de la guardia de honor y un beso de su dama, y luego desapareció detrás de las puertas de sus aposentos.

Nil Spaar se sentó delante de un criptocomunicador en la intimidad de su sala privada. Su breve mensaje fue enviado a N'zoth, capital de la Liga de Duskhan, bajo la forma de una sarta aleatoria de bits introducida en la incesante sucesión de los despachos abiertos normales.

—He mantenido mi primera reunión con las alimañas —dijo Nil Spaar—. Todo está yendo muy bien.

A primera vista, la tarjeta de datos que el almirante Hiram Drayson introdujo en el cuaderno de datos que había encima de su escritorio no se diferenciaba en nada de las tarjetas estándar del sistema de Intercambio Universal de Datos.

Pero las tarjetas que Alfa Azul utilizaba para almacenar los datos concernientes a los asuntos de alta seguridad empleaban un proceso de codificación distinto al habitual, que hacía que la tarjeta pareciese estar en blanco cuando era introducida en un cuaderno de datos estándar. El pequeño rectángulo de plástico incluso podía ser borrado y reformateado sin que eso destruyera la información que contenía..., que, en el caso de aquella tarjeta, consistía en extractos de una grabación obtenida hacía algunas horas mediante un diminuto audioteléfono escondido en las complejas molduras que recubrían el techo de la Gran Sala. Los extractos habían sido seleccionados por un androide analizador de Alfa Azul, el cual había utilizado sofisticados protocolos de procesamiento basados en el contexto para decidir qué fragmentos merecían la atención de Drayson.

Drayson se recostó en su sillón y juntó las manos encima del abdomen, y empezó a escuchar aquella grabación que ningún otro ser inteligente había oído..., u oiría, a menos que Drayson decidiera compartir los datos con él.

Primero escuchó la voz de la princesa Leia.

—Quiero que Coruscant represente la idea de que existe una alternativa a la guerra y la tiranía. Cooperación y tolerancia..., lo mejor de todos nosotros, disponible para todos nosotros.

Después escuchó la voz del virrey Nil Spaar.

—Ni queremos su protección ni la necesitamos. Hemos disfrutado de la «protección» del Imperio durante la mitad de mi existencia, y estamos decididos a evitar ese tipo de bendiciones en el futuro.

«Ojalá nos hubiera permitido entrar en esa habitación con usted, princesa —pensó Drayson mientras escuchaba la grabación—. Pero haré cuanto pueda para asegurarme de que en el futuro no tenga que llegar a lamentar haber tomado esa decisión.»

6

El tiempo carecía de significado dentro del refugio secreto de Luke Skywalker.

El ciclo elemental del día y la noche seguía teniendo su eco en el ir y venir de la Fuerza, naturalmente, y se iba reflejando en su flujo a medida que la red viviente de Coruscant se agitaba y dormía, luchaba y buscaba sus alimentos. La sucesión de las estaciones creaba un ritmo más lento y prolongado, un casi imperceptible crescendo y declive de vitalidad y adormilamiento, fecundidad y muerte.

Más allá de eso, como un simple murmullo, se extendía el eco casi inimaginablemente profundo y sutil del nacimiento de las estrellas, la creación y la extinción de la vida y el florecimiento de la inteligencia. Sumido en su meditación, unido a los misterios de la Fuerza por un vínculo de insondable profundidad, Luke podía ver cómo el universo se

conocía a sí mismo a través de las manifestaciones de la vida, y cómo contemplaba sus propios prodigios en ellas.

Pero salvar tales distancias y llegar a ese grado de unión exigía un terrible esfuerzo, y Luke descubrió que para poder llevarlo a cabo necesitaba renunciar a sus sentidos cotidianos hasta un grado que le habría parecido imposible de alcanzar en el pasado.

Sellado detrás de muros opacos, Luke vivía en la oscuridad, prescindiendo de la luz durante varios días seguidos y sin apenas ser consciente del hambre, la sed u otras exigencias corporales. Llevaba ropas únicamente por la fuerza de la costumbre, pero la costumbre se fue debilitando poco a poco. Los vientos aullaban fuera del refugio, pero Luke no los oía. No prestaba ninguna atención al curso del sol y las lunas, ni al incesante subir y bajar de la marea o al cielo siempre cambiante sobre el que se extendían las pinceladas de la luz y las nubes.

El mar empezó a helarse a medida que el hemisferio norte se iba adentrando en el corto Winter de Coruscant. Durante un período de muchos días, las rocas y la playa quedaron recubiertas por una gruesa corteza de hielo esculpido. El espectáculo habría sorprendido considerablemente a Luke..., en el caso de que le hubiera importado lo suficiente como para salir de su refugio e ir a contemplarlo.

Leía ya no intentaba establecer contacto con él, aunque eso se debía más a la ira que a la comprensión de lo que Luke quería obtener con su alejamiento del mundo. Eso no preocupaba a Luke porque le importaba más el resultado que la razón oculta detrás de él. Su soledad era completa, intemporal y libre de toda perturbación.

Y entonces llegó una visitante, y todo cambió.

Fueron sus sentidos corrientes, que habían despertado de repente, los que informaron a Luke de su presencia. Primero hubo un sonido, que pasado algún tiempo Luke comprendió era su propio nombre.

En aquel momento, habían transcurrido muchos días desde la última vez en que había hablado o, incluso, pensado utilizando palabras.

Luke se concentró.

—Luces, intensidad media.

La cámara de meditación reapareció a su alrededor. La vista le informó de que había una mujer en la cámara, y de que estaba inmóvil a media docena de pasos de él. Llevaba los hombros desnudos, y su garganta estaba cubierta por un largo chal que desaparecía por su espalda. Tenía los cabellos largos y recogidos en una trenza, y llevaba unas hermosas prendas de tela muy delicada que realzaban su silueta. Sus ojos eran oscuros y penetrantes, y estaban llenos de sabiduría.

Al principio Luke la tomó por una proyección, pues era impensable que alguien pudiera haber atravesado los muros y sus pantallas sin que él se hubiera dado cuenta. Pero después rozó su brazo desnudo, y el contacto le dijo que su piel era real, y agradablemente cálida. Luke describió un lento círculo alrededor de la mujer, y el sentido del olfato le habló de aire salado, de hierba espinosa muerta aplastada por unos pies, de un cuerpo bañado en flores, y de una débil sombra de los aceites rancios y los persistentes vapores que se mantienen adheridos a una persona después de un largo vuelo.

—Explícame quién eres y qué haces aquí —dijo cuando volvió a estar de cara a ella.

—Eres tú... Eres Luke, hijo de Anakin. —Una sonrisa llena de deleite iluminó su rostro—. Perdóname. Pensé que nunca te encontraría. Lo que percibí debía de ser el reflejo de tu actividad mental cuando construiste este lugar. Eso fue lo que me ha guiado hasta aquí.

—¿Percibiste lo que hice? ¿Desde dónde?

—Desde Carratos —respondió ella, nombrando un planeta que se encontraba en un sistema situado a cuarenta pársecs de distancia de Coruscant.

Luke invadió de repente la mente de su visitante, entrando en ella con tanta descortesía como aquella mujer había entrado en su refugio, y exploró el lugar secreto donde residía la sensibilidad a la Fuerza. Si poseía la clase de talento que le atribuían sus palabras, entonces Luke saldría despedido a través de la cámara cuando el antiguo reflejo repeliera su roce mental. Así había ocurrido con todos los Jedi a los que había sondeado, y con todos los candidatos a convertirse en Jedi que había llevado a Yavin para adiestrarlos.

El sondeo de Luke no encontró ninguna resistencia. No sintió la presencia de ningún escudo que detuviera o desviara su examen. La mente de la mujer estaba abierta ante él..., y sin embargo no hubo ninguna respuesta refleja. Luke estaba tan seguro de que aquella prueba era infalible que nunca se le habría ocurrido tomar en consideración a su misteriosa visitante como posible candidata para el ingreso en su Academia Jedi.

Pero, aun así, aquella mujer había logrado dar con él. Además, y de alguna manera inexplicable, se las había arreglado para entrar en un espacio en el que no hubiera debido poder entrar a menos que sus capacidades para utilizar la Fuerza igualaran las de Luke.

—¿Quién eres? —le preguntó Luke, cada vez más sorprendido.

La mujer se rió.

—Perdóname. Soy Akanah, de los fallanassis, y soy una adepta de la Corriente Blanca.

—Me temo que no conozco ni a tu gente ni ese camino —dijo Luke.

—Lo sé —replicó ella—. No nos encontrarás en vuestro censo, ni en el del Emperador o el de la Antigua República. Nada más alejado de la naturaleza de nuestro pueblo que el reclamar tierras y alzar banderas, o el hacer cola para que nos cuenten. Pero deberías conocernos. Eso forma parte de la razón por la que he venido.

El enarcamiento de cejas de Luke indicó de una manera muy clara la perplejidad que sentía.

—Si tu pueblo realmente es tan misterioso y enigmático, ¿por qué debería conocerlos?

—Porque tu madre es una de nosotros, Luke Skywalker. Porque estás unido a nosotros a través de ella.

Luke la contempló en silencio durante unos momentos antes de responder.

—¿Mi madre? Cómo puedes...? ¿Acaso tú...? ¿Qué quieres decir con que mi madre es «una de nosotros»? Leia me dijo que mi madre había muerto.

—Sí, lo sé. De la misma manera en que Obi-Wan te dijo que tu padre había muerto.

—¿Me estás diciendo que mi madre tal vez esté viva?

—No lo sé —dijo Akanah, y la tristeza invadió sus ojos de repente—. ¿Quién la vio caer? ¿Dónde está su tumba? Ah, ojalá pudiera responder a tu pregunta... Pero ni siquiera conozco el destino de mi madre. Llevo demasiados años separada del cuerpo de mi pueblo.

—¿Separada? ¿Por qué?

—Yo me encontraba muy lejos cuando el Imperio llegó al mundo al que llamábamos hogar por aquel entonces. Los fallanassis tuvieron que huir, porque no podían permitir que sus personas y sus dones fueran utilizados para la violencia y el mal. No les culpo. Sé que me esperaron tanto tiempo como pudieron. Ya hace diecinueve años de eso. Yo tenía doce años, y todavía era una niña.

—¿Y nunca has vuelto a saber nada de tu pueblo? —Había una sombra de sospecha en la voz de Luke—. Después de todo, has conseguido dar conmigo...

—Los fallanassis tienen mucha más experiencia en el arte de esconderse que tú, Luke Skywalker —replicó Akanah con una sonrisa llena de tolerancia—. Y no hay gran cosa que una niña abandonada pueda hacer, en plena guerra, para encontrar a una familia que no quiere ser encontrada.

—Supongo que no —replicó Luke, hablando muy despacio.

—No pude empezar a pensar en esta búsqueda hasta que el Emperador fue derrocado, porque antes temía revelar su existencia si trataba de dar con ellos. E incluso

después, no creas que a una joven que vive en Carratos le resulta tan fácil llegar a ser lo suficientemente rica como para poder irse del planeta. Especialmente si quiere marcharse en una nave de su propiedad, sin tener que rendir cuentas a nadie de lo que hace...

—Así que ahora estás intentando encontrarles, y dices que mi madre podría estar con ellos. —Luke meneó la cabeza—. Mi madre... Ha sido un misterio tan grande para mí durante toda mi vida que me siento incapaz de creer que puedas saber algo sobre ella. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Tal vez tenga otros nombres —dijo Akanah—. Muchos de nosotros tenemos varios nombres, ¿sabes? Pero en el cuerpo es conocida como Nashira. Es un nombre-estrella, y está considerado como un gran honor para la persona a la que se le otorga.

—Nashira... —repitió Luke en voz baja.

—Sí —dijo Akanah—. Luke, sé que dentro de ti hay un vacío en el lugar que debería estar ocupado por los recuerdos de tu madre, y sé que también hay una debilidad oculta allí donde sus enseñanzas te habrían hecho más fuerte.

—Sí...

—En mi vida también hay un vacío, y por la misma causa. He venido aquí para pedirte que me acompañes en mi búsqueda y me ayudes a encontrar a nuestra gente, para que así los dos podamos recuperar por fin lo que nos falta.

—Creo que siempre he sentido que me faltaba algo —dijo Luke, volviendo la cabeza para no mirarla a la cara—. Los fragmentos de mi vida fueron dispersados por una tormenta antes de que hubiera tenido ocasión de enfrentarme al rompecabezas. Y cada fragmento desaparecido que consigo recuperar cambia toda la imagen. Estaba solo, y entonces de repente apareció Leia..., mi hermana. Era un huérfano, y de repente apareció Anakin..., Vader..., mi padre.

Se rió.

—Quería ir a la escuela por la única razón de que quería salir de la granja, y entonces el mentor de mi padre se presentó ante mí y me enseñó los secretos de un poder que yo ignoraba poseer. Era el hijo adoptado de un granjero de humedad que vivía en el centro de la nada, y de repente vi surgir de esa misma nada una espada de luz, y enemigos, los hombres más poderosos de la galaxia, que querían verme muerto.

Luke se volvió hacia Akanah y la miró fijamente.

—No sé si estoy preparado para alterar toda esa imagen y volver a dibujarla. Quizá eso es lo que me impide creerte. Quiero conocer a mi madre. Sí, en eso tienes razón... Pero tal vez la idea también me asusta un poco, y el miedo es una sensación que llevaba mucho tiempo sin experimentar.

—Cuando vine aquí ya sabía que esto iba a ser muy difícil para ti —dijo ella—. Pero aun así, debes reclamar ese fragmento de lo que eres.

—No sé quién eres —dijo Luke, no queriendo dejarse convencer con tanta facilidad—. No sé si hay algo de verdad en cuanto me has dicho.

—Pues entonces te diré algunas cosas que sabes son ciertas —replicó Akanah—. Tu padre sucumbió ante el poder del lado oscuro, y tú te viste obligado a tratar de matarle. Estuviste a punto de caer en el abismo de la oscuridad. Preguntarte si llevas dentro de ti esa debilidad debe de ser una carga terrible.

—Ya me he enfrentado a esa prueba —dijo Luke, poniéndose a la defensiva.

—¿Y habrías sobrevivido a ella sin Leia?

Luke Skywalker no tenía respuesta para esa pregunta.

—Quizá ésa sea la razón por la que no te has permitido amar sin sentir miedo —dijo Akanah en voz baja y suave—. Quizá ésa sea la razón por la que no has tenido hijos. Temes que puedas llegar a repetir la tragedia de tu familia en otra generación. Temes que algún día te encuentres dispuesto a matar a tu hijo, y que él esté dispuesto a matarte a ti.

—No...

—Tienes miedo de ti mismo. ¿Cómo podrías no tenerlo? ¿Quién no tendría miedo de sí mismo, si hubiera recorrido tu camino? El vínculo que te une a todos los horrores del reinado de Darth Vader es un peso terrible. ¿Acaso no es ésa la razón por la que estás aquí? —le preguntó de repente—. ¿Acaso no es ése el significado de esta estructura? Tú tal vez hayas perdonado a Anakin Skywalker..., pero sabes que la Nueva República nunca podrá perdonar a Vader los crímenes que cometió al servicio de Palpatine.

Luke no podía negarlo.

—¿Cómo has podido llegar a saber todo eso? —preguntó con voz enronquecida.

—Te he estudiado... Antes de venir, y desde hace tiempo. Héroe de la Rebelión, Maestro Jedi, defensor de la Nueva República —dijo Akanah—. Carratos está muy lejos, pero las historias llegan incluso hasta allí. Y vi en ellas todas las cosas que te he dicho.

Luke empezó a girar sobre sus talones, como si quisiera darle la espalda, y meneó la cabeza.

—No. Eso es imposible. No le he hablado de esos miedos a nadie. A nadie..

Akanah se le acercó un poco más.

—Están escritos en tus ojos, y oprimen tu espíritu con un peso terrible —dijo—. Tú también podrías verlos de no ser por la ceguera que todos padecemos cuando nos miramos al espejo. Pero recuerda esto, Luke: tu capacidad para usar la Fuerza no procede únicamente de tu padre. El don de la Luz llegó a ti a través de tu madre..., y tu madre era una fallanassi. Ésa es la razón por la que tu corazón te está diciendo que debes venir conmigo.

Sus ojos se encontraron. Luke tuvo la sensación de que la mirada de Akanah era como un poderoso reflector que iluminaba los rincones más oscuros de su mente. Su voz era un arma maravillosa contra la que no tenía ninguna defensa. Sus palabras desgarraban los velos con los que intentaba envolverse. Aquella joven había derribado todos sus escudos, y Luke se hallaba indefenso ante ella y su mente se encontraba totalmente abierta al escrutinio de Akanah. Pero la sensación resultaba extrañamente reconfortante y tranquilizadora, y no había amenaza alguna oculta en ella. Akanah ya conocía sus pensamientos más inconcebibles, y continuaba ofreciéndole la mano a pesar de ello.

—Ponme a prueba, si debes hacerlo —dijo Akanah.

—No —replicó Luke—. No es necesario.

—Si quieres volver a Yavin para recoger tus detectores y tus sondas, yo te esperaré aquí —dijo Akanah—. Pero ya puedo decirte lo que verías: nada. La Corriente Blanca es algo más que meramente otro nombre para la Fuerza que tú conoces. Es algo distinto, pero también es una manifestación del Todo. Te enseñaré cuanto me sea posible sobre ella.

—Das por supuestas muchas cosas.

—Hablo así impulsada por la esperanza, y únicamente por ella. ¿Vendrás conmigo, Luke Skywalker?

—No lo sé —dijo Luke—. Hay algo que debo hacer antes... He de contarle todo esto a una persona.

—Leia.

—Sí. ¿Existe alguna razón por la que no debería hacerlo?

—No, ninguna —dijo Akanah, y sonrió—. Dijiste que no era necesario ponerme a prueba. Pero esa pregunta...

—Tienes razón —dijo Luke—. Si me hubieras respondido con un sí y me hubieras dicho que esto tenía que ser nuestro secreto, habría dudado de ti. Pero hay otra razón por la que he de hacerlo. No tengo ningún recuerdo de mi madre. Leia sólo tiene unos cuantos, apenas meros atisbos impregnados de emoción.

—Hay más recuerdos allí. Nashira estaba protegida, de la misma manera en que lo estabas tú.

—Sí, puedo creerlo. Pero lo que ya me has contado tal vez baste para abrir cualquier puerta oculta que no haya sabido ver hasta ahora, y tal vez me permita sondear la mente de Leia con más éxito del que he tenido en el pasado. Y encontrar unos cuantos atisbos más de ella aquí dentro... —Luke se rozó la sien con las yemas de los dedos— significaría mucho. Si pudieras decirme más cosas...

—Lo siento. —La sonrisa que apareció de repente en los labios de Akanah contenía un destello de humor—. Hace quince años no eras importante, ¿sabes? No eras más que un tema de conversación entre algunos fallanassis. Si hubiera sabido lo que ocurriría en el futuro, les habría prestado más atención.

Luke se rió.

—¿Esperarás aquí mientras voy a ver a Leia?

—Por supuesto —dijo ella—. He esperado durante mucho tiempo la llegada de esta noche. Puedo esperar un poquito más antes de que nuestro viaje empiece por fin.

Volver a llevar puesto el traje de vuelo hizo que Luke se sintiera bastante raro, como si la prenda fuese demasiado holgada y demasiado estrecha a la vez. El ala-E parecía una escultura inerte en su hangar, y estaba cubierto por una fina capa de polvillo que se había ido acumulando poco a poco sobre él debido a la absoluta inmovilidad de la atmósfera.

—Sal de la modalidad de espera, Erreté —dijo Luke.

Varias luces de distintos colores se encendieron casi al instante en la cúpula y las planchas delanteras del androide astromecánico. Un instante después, Erreté emitió un trino de respuesta.

—Prepara la nave para el despegue —dijo Luke mientras iniciaba su propia inspección, rápida pero concienzuda.

El androide respondió con un silbido, y Luke bajó la mirada hacia la barra sensora de su traje de vuelo.

—Sí, puedes cortar tu conexión con los sistemas de la casa —dijo.

La respuesta de R7-T1 estuvo impregnada por la estridencia de una alarma.

—Sí, ya sé que hay alguien en la casa —dijo Luke, agachándose para pasar por debajo del ala izquierda—. Deja unas cuantas luces encendidas y mantén abiertos los pasadizos superiores. No te preocupes por ella.

El ala-E superó las comprobaciones de Erreté y Luke sin ninguna dificultad y con la máxima nota posible. Tanto el diseño como el ejemplo de él que Luke tenía delante de los ojos eran relativamente nuevos, y también eran mucho más eficientes y robustos que el ala-X T65 que Luke había pilotado contra la primera Estrella de la Muerte en Yavin. Aparte de todo eso, y después de que hubiera entrado en combate por primera vez, el ala-E al que se disponía a subir había sido minuciosamente repasado hasta dejarlo tan impecablemente a punto como si acabara de salir de la fábrica.

Aun así, Luke titubeó durante unos momentos.

Técnicamente hablando, el ala-E había sido prestado a la Academia Jedi para propósitos de adiestramiento, pero únicamente debido a que los reglamentos de los contramaestres no contemplaban la posibilidad de prestar un caza espacial de primera categoría a un civil. Ackbar le había persuadido de que, dada la impredecibilidad de la vida, era mucho más sensato que Luke tuviera a su disposición un ala-E con todos sus sistemas de armamento en condiciones de operar que un deslizador, chalupa o bote espacial desprovisto de armas.

—Piensa que eres un miembro de la milicia de la Nueva República —le había dicho Ackbar—. Y un miliciano siempre debería tener su arma en casa y al alcance de la mano, por si se da la eventualidad de que sus superiores vuelvan a llamarle.

Luke, no muy convencido, había acabado aceptando aquel argumento de bastante mala gana. Pero durante los meses anteriores a su regreso a Coruscant, se había ido sintiendo cada vez más y más incómodo en la carlinga del ala-E. Aquel caza era un

asesino poderosamente armado, un intimidador, una amenaza muda allí donde apareciese. Como tal, representaba aquella parte de su vida que Luke estaba intentando dejar atrás.

Su ala-X se había adaptado a él tan perfectamente como si fuera una segunda piel, y casi había llegado a ser una extensión de su personalidad. Luke había disfrutado enormemente pilotándolo, incluso en combate. Pero ése había sido otro Luke, un Luke mucho más joven. El ala-E era distinto. Era como una incómoda imposición, un feo traje que se veía obligado a llevar cada vez que aparecía en público. Y echaba de menos la familiar presencia de Erredós, que sencillamente no encajaba —ni física ni electrónicamente— en la conexión astromecánica del R7 con que estaba equipado el ala-E.

«Una última vez —pensó—. Después tal vez permitirán que se lo devuelva.»

—Abre la carlinga, Erreté —dijo.

Después Luke dirigió su concentración hacia el muro delantero del hangar. Unas delgadas hendiduras aparecieron en lo que hasta aquel instante había sido una lámina ininterrumpida de silicio y cristal de cuarzo y el muro se abrió, girando sobre unos goznes que no habían existido hacía unos momentos. Ráfagas de aire helado invadieron el hangar cuando el viento entró aullando por la abertura.

A falta de una escalerilla de acceso, Luke dio un ágil salto hasta el borde de la carlinga abierta y se metió en el hueco. Mientras la carlinga se cerraba sobre él, su cerebro formó una imagen mental del ala-E flotando en el aire a un par de metros por encima de la puerta del hangar y saliendo de él en un silencioso deslizamiento para perderse en la noche. Tal como se lo había imaginado, así ocurrió..., con la única diferencia de que el silencio fue roto por los insistentes graznidos de Erreté. No había ninguna forma de explicar a la rígida mentalidad del androide astromecánico que flotar por el aire sin que los motores estuvieran funcionando no tenía por qué ser necesariamente una situación de emergencia.

—Conecta los motores —dijo Luke.

Erreté dejó escapar un gemido de alivio y obedeció.

Luke salió de su refugio en una espiral que se fue haciendo cada vez más grande, y examinó el suelo en busca de más pistas sobre su misteriosa visitante. Mientras pasaba sobre el acantilado por segunda vez, vio su nave —una Aventurera Verpine de un modelo bastante antiguo— posada a cien metros del precipicio.

«No puedo creer que no haya oído llegar a ese cacharro —pensó—. Pre-imperial, diseño de elevación general del fuselaje, toberas para el vuelo en modalidad atmosférica...»

Los recuerdos se agitaron, se unieron y se entrelazaron. «¿Has venido hasta aquí en ese trasto? —preguntó la voz de Leia, resonando con traviesa diversión dentro de su mente—. Eres más valiente de lo que pensaba.» Luke había oído esas palabras a bordo de la Estrella de la Muerte, cuando él y Leia se encontraron por primera vez..., cuando Luke imaginaba estar rescatando a una princesa, no a una hermana largamente perdida. Ya hacía mucho tiempo de eso.

Luke tiró de la palanca de control, y el ala-E salió disparado hacia la Ciudad Imperial. Un pensamiento enviado por delante de él bastó para que Luke advirtiera a Leia de que iba a verla. En cuanto a la razón de su visita, Luke decidió que por el momento sería mejor que se la callara.

No vio cómo Akanah le contemplaba desde la torre, y cómo su mirada llena de esperanza iba siguiendo la estela iónica de los motores mientras el ala-E desaparecía en la noche.

Leia se irguió de repente en la cama, rompiendo el abrazo de Han.

—Oh, ¿qué demonios pasa ahora? —preguntó Han con voz quejumbrosa.

—Va a venir aquí esta noche.

—¿Quién?

—Luke. —Leia apartó la suave sábana color cobre y salió de la cama—. Viene a vernos.

—¿Cómo lo sabes?

—He oído su voz. Ya sabes, gracias a ese misterioso don al que tú describes tan afectuosamente como... esa tontería semi-mística de gemelos que tenemos.

—Bueno... Todavía no ha llamado al timbre —dijo Han, con una tenue sombra de esperanza en la voz—. Tardará un buen rato en llegar.

Leia no pareció oírle.

—Ya iba siendo hora. Lo único que he de hacer es explicarle cómo se han portado hoy los chicos... Eso le permitirá hacerse una idea de todo el catálogo de problemas.

—¿Estás segura de que ésa es la razón por la que Luke viene a vernos?

—Dijo que necesitaba hablar conmigo sobre algunos asuntos familiares.

Han recibió aquella noticia con una expresión bastante dubitativa.

—No sé, Leia... Los chicos no son vuestra única familia —dijo, intentando minar la firme certeza de Leia sin revelar el sitio en el que había estado viviendo Luke—. ¿No te parece más probable que se trate de algo relacionado con vuestro padre?

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque me parece que Luke sigue teniendo problemas Para digerir ese asunto.

—¿Qué? No, eso es una tontería —replicó Leia, empleando un tono bastante seco que descartaba toda posibilidad de que se tratara de eso—. ¿Por qué debería sentirse culpable por lo que hizo nuestro padre cuando se encontraba bajo el control del Emperador y del lado oscuro? Luke perdonó a nuestro padre en Endor. Tú estabas allí... Lo viste.

Han frunció el ceño.

—Bueno... Puede que para Luke no resultara tan simple. Después de todo, en la galaxia hay unos cuantos miles de millones de personas que siguen teniendo un concepto pésimo de vuestro viejo y querido padre.

—No hace falta que me lo recuerdes —dijo Leia, poniéndose una bata blanca y atando el cinturón con un rápido lazo—. Pero soy yo quien tiene que enfrentarse a eso, no Luke. Soy yo quien soporta las acusaciones y los gritos y las amenazas, y no Luke. Y lo estoy llevando bastante bien.

Mientras hablaba, Leia fue hacia la puerta del dormitorio. Cuando llegó a ella, se detuvo y se volvió hacia Han, que seguía sentado en la cama con el pecho desnudo entre un amasijo de sábanas arrugadas.

—No, estoy segura de que te equivocas —dijo—. Ésa no es la razón por la que Luke ha decidido venir aquí. Parecía... bastante excitado, casi feliz.

Han se rindió.

—Muy bien. Lo que tú digas, Leia. ¿Adonde vas?

—He estado tomando algunas notas sobre el comportamiento de los chicos. Quiero ponerlas al día antes de que llegue Luke.

Le dirigió una rápida sonrisa y desapareció por el umbral.

—Bueno, supongo que entonces se acabó el dormir por ahora —murmuró Han, suspirando y levantándose de la cama—. Esto me huele mal. Oh, sí, esto me huele muy mal...

Luke Skywalker no podía hacer una discreta visita particular a la jefe de Estado de la Nueva República ni siquiera a unas horas tan avanzadas de la noche. Todos los alrededores de la residencia presidencial estaban considerados como espacio aéreo de alta seguridad, y se hallaban protegidos por sus propios generadores de escudo locales. Eso descartaba la solución más cómoda de descender directamente en la residencia, o incluso cerca de ella.

En vez de eso, Luke recibió instrucciones de dirigir su ala-E hacia una pista militar de Puerto del Este. Antes de que hubiera podido salir de la cabina, ya había una multitud de técnicos de superficie y demás trabajadores del puerto congregada alrededor de la pista. Pero era distinta de la clase de multitudes que atraía Han. Todo el mundo permanecía alejado de la pista, y siguieron inmóviles incluso después de que Luke hubiera bajado de un salto desde la carlinga hasta la superficie de duracreto.

Era como si no pudiesen pasar por alto una oportunidad de ver a Luke Skywalker pero, al mismo tiempo, se sintieran demasiado intimidados por su elevada posición dentro de la Nueva República para atreverse a correr el riesgo de tratar de estrechar su mano, darle una palmada en la espalda o, meramente, dirigirle la palabra. Luke no se sentía tanto una celebridad como una curiosidad, y a veces tenía la sensación de que en lugar de ser un héroe vivo era una leyenda muerta.

Lo único que deseaba era que le dejaran en paz. Ser una celebridad o una curiosidad, una leyenda o un héroe, era algo que no le interesaba en lo más mínimo.

—Protocolo de Seguridad Uno, Erreté —dijo.

La carlinga y los protectores de las tomas motrices del ala-E quedaron cerrados y bloqueados, y Luke fue hacia el aerodeslizador que le estaba aguardando al lado del círculo de descenso. La multitud se abrió en silencio delante de él para dejarle pasar. Pero su excitación cayó sobre él con la violenta intensidad física de una bofetada, y la ambivalencia de sus sentimientos le desgarró el corazón. Luke podía oír cómo hablaban en susurros entre ellos y podía leer en sus rostros, y su imaginación no necesitó esforzarse mucho para acabar de llenar los huecos de lo que no podía percibir con los sentidos.

Niños, nunca adivinaréis a quién he visto en el espacioporto esta noche...

¿Está aquí? ¿Qué dijo? ¿Qué aspecto tenía? ¿Adonde se fue? Me pregunto qué significa todo esto.

El aerodeslizador era un modelo estándar del gobierno, y estaba provisto de un regulador de velocidad, un limitador de altitud y un androide de pilotaje en los controles. Para Luke, era una visión tan maravillosa como la de un módulo de escape en una nave condenada a la destrucción.

—Residencia presidencial, entrada norte —dijo Luke.

Estaba tan serio...

Tenía una expresión tan misteriosa en la cara...

Flotó hacia el suelo como si fuera una hoja...

Estaba tan cerca de mí como yo lo estoy de vosotros...

Me sonrió...

Nunca pensé que tendría ocasión de llegar a conocerle...

Basta con mirarle para saber que es un Jedi...

Oh, sólo con mirarle ya puedes darte cuenta de todas las pruebas terribles que ha...

Luke cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio cuando el aerodeslizador remontó el vuelo.

Mientras esperaban a Luke, Han se había quedado en la sala, pensando que tal vez podría ser el primero en ver a su amigo para advertirle de lo que su hermana esperaba obtener de aquella visita. Pero cuando la señal de la puerta norte llegó por fin, Leia pasó junto a Han y salió por la puerta antes de que éste pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Déjele entrar —le dijo Han al guardia de la puerta poniendo cara de resignación, y se apresuró a seguir a su esposa.

Logró alcanzarla justo en el instante en que Leia y Luke se encontraban en el camino del jardín norte.

—Leia —dijo Luke con una cálida sonrisa, y los dos hermanos se abrazaron.

—Sabía que vendrías —dijo Leia, besándole en la mejilla y cogiéndole del brazo—. Sabía que cambiarías de parecer. Oh, no sé cómo decirte lo mucho que me alegro de verte... ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Tú y yo tenemos trabajo que hacer —respondió Luke—, y no sé cuánto tiempo necesitaremos. Y después he de contarte algunas cosas. Hola, Han. —Luke le dio una palmada en la espalda con su mano libre—. Me alegra volver a verte.

—Lo mismo digo, chico, lo mismo digo —replicó Han en un tono un poco sarcástico.

—Venga, vayamos dentro —dijo Leia—. ¿Te hicieron dejar tu bolsa de viaje en la entrada? Qué idiotez por su parte...

—No he traído una bolsa de viaje —dijo Luke—. No planeaba quedarme. Pero si es demasiado tarde para vosotros, puedo pasar la noche aquí fuera, y luego podemos trabajar por la mañana. Siempre me han gustado estos jardines.

Leia se detuvo, se volvió hacia Luke y frunció el ceño.

—Me parece que aquí hay algo que se me escapa —dijo—. Los niños están dormidos por fin, así que de todas maneras no podremos empezar a trabajar hasta mañana. Pero estoy segura de que harán falta días, y más probablemente semanas, para que podamos hacer algún progreso.

—No he venido a dar clases a los niños, Leia. ¿Es que Han no te ha dicho cuál es mi opinión sobre este asunto?

—Se lo dije, pero... —empezó a explicar Han.

—Han me dijo que tú habías dicho que eso era mi problema —le interrumpió Leia—. Y eso me pareció una respuesta tan poco propia de ti que estuve segura de que no te había entendido bien.

Luke meneó la cabeza.

—La condensación no le ha sentado demasiado bien, pero supongo que en realidad es más o menos eso —dijo—. Leia, en estos momentos cualquier cosa que yo pudiera hacer sólo serviría para que vuestras vidas y las de los chicos estuvieran todavía más llenas de problemas en el futuro. He dedicado mucho tiempo a meditar sobre este asunto. Estoy seguro de que es la decisión más acertada.

—Entonces... ¿Has venido aquí porque quieres algo, y no porque necesitamos ayuda?

—Estoy aquí porque tengo cierta información nueva sobre nuestra madre.

Las palabras de Luke dejaron bastante sorprendido a Han pero, por lo que pudo ver, la expresión de Leia no se alteró ni se suavizó en lo más mínimo.

—¿De qué información me estás hablando? —preguntó—. ¿De dónde procede?

—Todavía no quiero decírtelo —respondió Luke—. Esperaba que antes me permitirías sondear tu mente. Ahora ya tengo cierta idea de qué he de buscar.

El lenguaje corporal de Leia anunció cuál iba a ser su respuesta antes de que saliera de sus labios. Leia retrocedió un par de pasos, rodeándose el cuerpo con los brazos mientras sus labios se tensaban y sus ojos, repentinamente llenos de ira, se movían de un lado a otro.

—No —dijo—. Vuelve al sitio del que has venido, sea cual sea.

Después giró bruscamente sobre sus talones y echó a andar hacia la residencia.

—Leia... —dijo Han, alargando el brazo hacia ella mientras su esposa se le aproximaba.

Leia esquivó sus dedos con un giro de la cintura y un rápido paso lateral.

—Y si te pones de su lado, tú también puedes irte con él.

—Leia...

El tono de Han había pasado a ser claramente quejumbroso, pero no surtió ningún efecto. Unos instantes después, los dos hombres se habían quedado solos en el camino.

—Bueno, creía que el volar era la única actividad en la que estaba un poco desentrenado —dijo Luke con un suspiro.

—Por si te sirve de algo, chico, Leia ha tenido un día muy duro —dijo Han—. Ya lleva un mes entero negociando con el mismo tipo, y eso está empezando a sacarla de sus casillas. Y no sé cómo se las arreglan, pero los gemelos parecen saber que su madre no se encuentra en condiciones de vérselas con ellos, y se están poniendo realmente insoportables.

—Si hubiera recurrido a la Fuerza... —dijo Luke, meneando la cabeza—. La Fuerza es inagotable.

—Bien, pues Leia no es la Fuerza y puede agotarse con bastante facilidad. Por la razón que sea, ¿entiendes? Será mejor que te vayas y vuelvas en otro momento.

—No —dijo Luke—. Voy a hablar con ella. Tiene que comprender lo importante que es esto para los dos.

—Chico, no te lo recomiendo...

—No te preocupes —dijo Luke, echando a andar por el camino—. Todo irá bien.

El androide mayordomo, siempre dispuesto a ayudar, le dijo a Luke que Leia estaba en la cocina. Luke la encontró sentada en un taburete delante del bar, sosteniendo un vaso alto con las dos manos y contemplando la ventana sin verla.

—Estoy bien, no te preocupes —dijo Leia cuando Luke entró en la cocina—. Estaba intentando recordar si alguna vez has hecho algo que yo te hubiera pedido que hicieses.

—Una o dos veces, por casualidad —replicó jovialmente Luke, esperando arrancarle una sonrisa—. Pero siempre hemos logrado salir adelante.

Leia no dijo nada, y se limitó a tomar un sorbo de su vaso.

—Esto es muy importante para los dos, Leia. Y también es importante para los niños —dijo Luke. Después volvió la mirada hacia Han, que le había seguido hasta el umbral y se había apoyado en él, cruzando los brazos encima del pecho—. Creo que realmente puede haber una posibilidad de que consigamos disipar el misterio y descubrir a nuestra madre como una persona real.

—Por qué? —Leia le miró a la cara por primera vez desde que había entrado en la cocina, y Luke pudo ver el cansancio que había en sus ojos—. Has sondeado mi mente más veces de las que puedo recordar. Hiciste que Erredós y Cetrespeó pasaran varios meses en Obra-skai, registrando las bibliotecas en busca de cualquier dato.

—Leia vació su vaso y lo dejó en el bar—. Nos pasamos horas y más horas sentados en un círculo de meditación Jedi, noche tras noche, llamando a Obi-Wan, Anakin y Yoda, a Owen y Beru, a mis padres adoptivos, a cualquier persona que conociamos que pudiera haberla conocido. También la llamamos a ella... ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Y cuando hubimos terminado, sabíamos exactamente lo mismo que sabíamos antes de empezar. Una conspiración de silencio, así es como lo llamaste.

—Parecía ser precisamente eso —dijo Luke—. Pero creo que el silencio acaba de romperse. Me parece que ahora sé por qué nunca hemos conseguido encontrar ni rastro de ella.

—Estás obsesionado con el pasado —dijo Leia con repentina sequedad—. Yo no puedo permitirme el lujo de que el pasado me importe tanto. Nuestros padres están muertos, y nada de cuanto hagas puede alterar ese hecho. Mis hijos son el futuro.

—¿Cómo sabemos que nuestra madre está muerta? —preguntó Luke, dejándose caer sobre un taburete al otro lado del bar—. ¿Dónde está su tumba? ¿Quién la vio morir? ¿La viste morir?

—No...

—¿Cómo sabemos que no se fue de Alderaan, dejándote a ti allí, para esconderse de nuestro padre? ¿Cómo sabemos que no tuvo éxito en lo que pretendía?

—Hay una respuesta muy sencilla para todas esas preguntas —dijo Leia, levantando la cabeza—. Nuestra madre está muerta, Luke. Si todavía viviera, entonces nada podría impedirle volver aquí para reunirse con nosotros.

—Puede que todavía sea relativamente joven. Tal vez sólo tenga cincuenta años —dijo Luke—. Todavía podría ocurrir.

—Han transcurrido doce años, Luke —dijo Leia—. Y no somos dos personas a las que cueste mucho localizar..., por lo menos yo no lo soy.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Luke.

—Voy a decirte algo que te había ocultado hasta este momento y te lo había ocultado precisamente por la manera en que siempre te has tomado todo este asunto —replicó Leia, hablando muy despacio y con voz pensativa—. Desde que terminó la guerra... Bueno, desde que he elegido Coruscant como hogar y he centrado toda mi vida en la consolidación y el desarrollo de la Nueva República, ha habido una sucesión ininterrumpida de mujeres que se presentan aquí y afirman que son la madre a la que perdimos hace tanto tiempo. —Volvió la mirada hacia Han—. ¿Cuántas llevamos ya, cariño?

—Más de doscientas —dijo Han, asintiendo con la cabeza—. Últimamente ha habido más que de costumbre, no sé por qué razón... En lo que llevamos de año, una casi cada semana.

—El personal de seguridad las llama «abuelitas locas» —dijo Leia—. Algunas no tienen ni la mitad de los años que debería tener nuestra madre, y algunas ni siquiera son humanas. Pero todas están firmemente enamoradas de la idea de que se casaron con el monstruo y dieron a luz a los héroes de la Rebelión.

—Pero tal vez haya razones que no conocemos y que le impiden venir —se apresuró a decir Luke—. Tal vez necesite proteger a quienes la protegieron. Tal vez no quiera enfrentarse a nuestras preguntas. Por lo que ella sabe, ahora podemos estar maldiciendo su memoria. Ésa es la razón por la que tal vez tengamos que ser nosotros quienes demos con ella y no al revés. Por favor, Leia... Déjame mirar dentro de tu mente una vez más. Ahora tengo un cartel indicador..., tengo un nombre.

—¿Y qué ocurrirá si encuentras lo que andas buscando?

—Entonces me iré con la mujer que me ha revelado ese nombre, para averiguar el resto.

Leia alzó las manos en un gesto de exasperación.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Esto no terminará nunca... Nunca podrás librarte de esta obsesión.

—He de saber la verdad —dijo Luke—. No entiendo por qué no sientes lo mismo que yo...

—Escúchame, Luke: nosotros dos nunca tendremos un hermoso árbol genealógico pulcramente podado —replicó secamente Leia—. ¿Por qué no puedes entenderlo? Nunca vamos a conocer mejor a nuestros padres de lo que los conocemos ahora. Nunca tendremos historias sobre nuestros abuelos que podremos recordar con ternura y contar a nuestros hijos. Todo nos irá mucho mejor si nos conformamos con hablarles de Owen y Beru, de Bail..., de las personas que nos cuidaron, nos protegieron y nos quisieron como si fuéramos hijos suyos. Das demasiada importancia al vínculo de la sangre.

—Es algo más que la sangre... —empezó a decir Luke.

—Me da igual —dijo Leia, golpeando el bar con la palma de la mano derecha. El ruido fue tan repentino y potente que Han se sobresaltó—. Por muchas cosas que averigües sobre nuestros padres, nunca podrás inventar una infancia normal para nosotros. Y si descubres la verdad, como tú la llamas, tal vez acabes dándote cuenta de que no te gusta demasiado. Tal vez acabes deseando haber permitido que siguieran muertos.

—¿Acaso puede haber algo peor que lo que ya sabemos?

—Preferiría no conocer la respuesta a esa pregunta —dijo Leia, apartándose del bar con un empujón tan violento que su taburete cayó al suelo mientras se levantaba de él—. Tú y yo somos huérfanos, Luke. Tanto si te gusta como si no, ésa es la realidad. Nuestro árbol genealógico empieza aquí..., con esta familia, y con estos niños. Y ellos van a conocer a sus padres, y a su tío, y a todos nuestros maravillosos amigos.

Una furia cada vez más intensa se fue adueñando del rostro y de la voz de Leia mientras hablaba, una furia dirigida contra el mundo, contra Luke y contra todos los que, como otros tantos obstáculos, se interponían entre ella y su visión de lo que debía ser.

—Mis hijos van a tener historias de una familia normal que contar a sus hijos, tonterías graciosas e insignificantes sobre las naderías cotidianas, historias en las que nadie muere demasiado joven o tiene que cargar con el peso invisible de la vergüenza durante toda su vida. Yo me aseguraré de que así sea, con tu ayuda o sin ella.

Han cruzó el umbral y fue hacia ella.

—Leia...

—No hay nada que me importe más, ¿lo entiendes? —preguntó Leia, agitando un dedo delante del rostro de Luke—. ¡Nada! Así pues, querido hermano, haz lo que creas que debes hacer: vete con quien te dé la gana adonde tengas que irte, para perseguir cualquier sombra del atisbo de una promesa de una pista que te apetezca perseguir. Todo eso no me importa ni lo más mínimo. No vuelvas a Pedirme ayuda. Y no traigas el pasado a esta casa, ¿de acuerdo? El Pasado sólo es dolor y muerte. Tú puedes revolearte en él si quieres, pero yo, por mi parte, ya he tenido pasado más que suficiente para diez vidas seguidas.

Aturridos por la vehemencia de su estallido emocional, los dos hombres guardaron silencio mientras Leia salía de la cocina.

—Lo siento —dijo Luke por fin—. Tenías razón. Me he engañado a mí mismo pensando que la conocía mejor que tú.

—No sé quién tiene razón y quién se equivoca, chico. Lo único que sé es que los dos sois más tozudos que un tauntaun —dijo Han—. Y también sé que probablemente éste es un buen momento para que te vayas.

Luke no intentó discutirse.

Como la inmensa mayoría de las naves espaciales deportivas bautizadas con nombres impresionantes, la Aventurera Verpine de Akanah no tenía gran cosa que ofrecer ni en el aspecto técnico ni en el de la comodidad personal.

No tenía armas, escudos de combate o androide astromecánico, y su índice de velocidad sublumínica era de un modesto 2'5. El deflector navigacional había sido modernizado hasta dejarlo en las pautas estándar del Bloque 3 durante algún momento de su historia, pero su motivador de hiperimpulsión seguía estando en el nivel del Bloque 1. Sólo había un compartimiento presurizado individual, que compartía la parte central de la nave con una litera en la que sólo cabía una persona y un diminuto cubículo sanitario protegido por un mamparo. Akanah, casi pidiendo disculpas por ello, le explicó que la consola del servicio de comidas sólo podía ofrecer tres tipos de bebidas, ya que no había podido permitirse reparar los dispensadores de alimentos.

Pero el compartimiento de pilotaje era lo suficientemente grande para que Luke pudiera prescindir de su traje de vuelo en favor de unas prendas más holgadas y cómodas, y la pequeña bodega de carga disponía de espacio más que sobrado para acoger la modesta bolsa de viaje de Luke junto al equipaje y los suministros de Akanah.

—¿Eso es todo? —preguntó Akanah, gritando para hacerse oír por encima del viento.

—Eso es todo —replicó Luke, sacando un comunicador de un bolsillo—. Anda, entra de una vez... Estás temblando. ¿Puedes oírme, Erreté?

El comunicador emitió un estridente trino electrónico.

Luke ayudó a Akanah a introducirse por el angosto orificio de acceso, y después se apartó un par de pasos de la Aventurera.

—Voy a estar fuera durante algún tiempo, Erreté —dijo, sosteniendo el comunicador en el hueco de la palma de su mano—. Mantén el Protocolo de Seguridad Cinco. Si alguien cruza el perímetro de seguridad, envía el Código Alfa-cinco-cero-alfa por el Canal de Control Uno. Acusa recibo del mensaje.

R7-T1 respondió obedientemente con un pitido afirmativo. El androide ignoraba que el código que se le había comunicado haría que el refugio cayera al mar, donde se haría pedazos al chocar con los pináculos rocosos y sumergiría el ala-E bajo las olas.

—Fin de la conexión —dijo Luke.

Apagó el comunicador y después giró sobre sus talones, volvió a la Aventurera y trepó por la escalerilla de acceso, subiendo los peldaños de dos en dos.

—¿Va todo bien? —preguntó Akanah cuando se reunió con ella.

—Todo va estupendamente —dijo Luke, empujando la palanca que recogería la escalerilla y sellaría la compuerta detrás de él—. ¿Quieres tomar los controles?

—No es necesario —dijo Akanah, instalándose en el segundo asiento.

—Pues entonces, y si no te importa, procuraré ser útil —dijo Luke mientras se ponía el arnés de seguridad—. Pero antes tendrás que decirme hacia dónde he de dirigir el extremo más pequeño de esta nave.

—Nuestro destino es Lucazec —dijo Akanah—. Ése fue nuestro último hogar. Daremos comienzo a nuestra búsqueda allí.

7

Silencioso e inerte, el Vagabundo de Teljkon estaba suspendido en el espacio profundo lejos de cualquier estrella y flotaba en la oscuridad. Gmar Askilon, la más cercana de las frías luces incrustadas en el telón eterno de la noche, se encontraba demasiado lejos para que sus rayos pudieran crear ningún reflejo superior al más débil de los destellos sobre la piel de metal gris del Vagabundo.

A gran distancia por detrás de él flotaba el negro casco del hurón de Inteligencia IX-44F, un espectro que perseguía a otro espectro. El hurón estaba casi tan inerte como su objetivo. Anunciaba su presencia únicamente con emisiones periódicas que iban comunicando su posición a Coruscant mediante la hiperonda, y con un láser óptico enfilado directamente hacia el vector de la popa.

La emisión del láser indicaba el punto de cita en el que debía presentarse la armada de Pakkpekatt, que había salido del hiperespacio de puntillas, una nave detrás de otra, a centenares de miles de kilómetros por detrás del Vagabundo. La flota había seguido la señal de la baliza del hurón, y había necesitado días para ir reduciendo la distancia que la separaba de él, moviéndose con la lenta y silenciosa aproximación de un depredador infinitamente paciente.

Durante la mayor parte del trayecto, la flota había adoptado una formación de hilera y había seguido un vector de ruta que permitía que el casco del diminuto hurón escondiera a las naves del Vagabundo. La armada había mantenido aquella formación hasta hacía dos días y sólo entonces, y utilizando únicamente las toberas, había empezado a desplegarse para adoptar la pauta de intercepción.

Los tres patrulleros que generarían la pantalla de interdicción se adelantaron al resto de la formación. Habían recibido órdenes de flanquear al Vagabundo por tres lados y colocarse delante de él.

Cuando el resto de la flota alcanzara al hurón, los tres patrulleros ya deberían haber ocupado las posiciones meticulosamente calculadas para impedir la huida por el hiperespacio.

El segundo despliegue, casi tan amplio como el de los patrulleros, estaba formado por los tres navíos de detección —dos escoltas y el Rayo, un patrullero hiperrápido de Prinawe modernizado y reconvertido—, a los que se les había asignado la misión de obtener grabaciones visuales completas y de espectro total del intento de intercepción. Si el Vagabundo trataba de echar a correr por el espacio real, el Rayo tendría que correr con él.

El Glorioso, la cañonera Merodeadora y el D-89, un hurón sin piloto, siguieron avanzando por el vector de intercepción inicial, aproximándose al hurón de Inteligencia con tal lentitud que había momentos en los que el cada vez más impaciente Lando pensaba que nunca llegarían al punto de cita.

—Pakkpekatt es tan cauteloso que comparado con él tú casi pareces un prodigio de ímpetu y temeridad, Cetrespeó —se quejó Lando en la intimidad del camarote principal del Dama Afortunada.

—Estoy de acuerdo con su táctica —dijo Lobot.

—Ya me lo suponía —replicó sarcásticamente Lando.

—¿Acaso no es prudente adoptar todas las precauciones posibles para no alertar a tu presa?

—Hemos ido mucho más allá de la prudencia —gruñó Lando—. Estoy empezando a sospechar que los hortek cazan a sus presas matándolas de aburrimiento.

Pero por fin llegó el momento en el que las diez naves estuvieron en posición, y el IX-44F y sus tres tripulantes fueron relevados de aquella misión que había durado noventa días.

—Puede volver a la base con nuestro agradecimiento, capitán —dijo Pakkpekatt por el comunicador sintonizado con el canal del hurón—. Pero me temo que deberá salir de la zona del objetivo de la manera más discreta posible.

—Gracias, coronel —respondió el capitán del navío de vigilancia—. A estas alturas, un par de días más o menos dentro de este armario ya no significarán mucho para nosotros. Buena suerte y buena caza.

El IX-44F se fue desviando lentamente de la trayectoria de intercepción y acabó quedando detrás de la formación, y el crucero Glorioso ocupó la posición que se le había asignado.

—¿Qué cree que hay dentro, general Calrissian? —preguntó

Pakkpekatt mientras los dos estaban inmóviles delante del visor principal del puente—. ¿Por qué está aquí? ¿Adonde va? Dígame qué opina.

—Vaya adonde vaya, coronel, no tiene ninguna prisa por llegar allí —replicó Lando con jovialidad—. Igual que nosotros, ¿eh? ¿Ha decidido ya cuándo enviará a su hurón?

—Tengo intención de establecer una base de observación lo más sólida posible antes de emprender cualquier tipo de acción —dijo Pakkpekatt—. ¿Qué tal les han ido las cosas a usted y a su personal? ¿Han hecho algún progreso con ese fragmento de señal del contacto anterior?

—Ya sabe que sus órdenes de cortar todos los contactos con el exterior nos han dejado atados de manos, coronel. No tenemos prácticamente ninguna banda disponible en la Holored. El Dama Afortunada no dispone de la clase de capacidad de datos con la que ustedes cuentan a bordo del Glorioso. Nosotros dependemos mucho más que ustedes del acceso a los datos almacenados en otros lugares.

—Consideraré esa respuesta como un informe de que no ha habido progresos —dijo Pakkpekatt. Un suave roce sobre los controles del visor principal bastó para que el sistema de observación incrementara el nivel de activación de los fotoamplificadores hasta que el perfil del Vagabundo se volvió más nítido y el cuerpo del navío quedó lo suficientemente iluminado para mostrar los detalles principales—. Mírelo, general —siguió diciendo Pakkpekatt—. Por lo que sabemos, puede tener quinientos años o cinco mil. Puede haber estado recorriendo el espacio desde que nuestras dos especies eran

demasiado jóvenes para poder alzar los ojos hacia las estrellas. Quizá la única razón por la que ahora podemos acercarnos tanto sea que la obra de algún antiguo ingeniero por fin ha empezado a fallar.

—Las probabilidades se inclinan por una historia más corta —dijo Lando, un poco sorprendido ante el repentino sentimentalismo del hortek—. El espacio está lleno de peligros.

—Sí —dijo Pakkpekatt—, y para el Vagabundo, nosotros somos uno de ellos. ¿Sabe que no hemos podido encontrar ni un solo dato sobre esta nave en ningún registro de ningún mundo de la Nueva República, general? No hay planos, y no hay diseños. Ningún constructor de naves se ha atribuido su creación, aunque todos parecen admirar la gran capacidad tecnológica evidente en ella. Si el Vagabundo fue construido por alguna de las especies que conocemos, nunca se llegó a construir una segunda nave.

—Nuestro catálogo de todo lo que ha existido dista mucho de estar completo —observó Lando—. Me parece más probable que su historia sea mucho menos exótica.

—Las probabilidades... Usted es un jugador, ¿verdad? Bien, ¿cómo puede decidir cuáles son las probabilidades sin conocer el juego? —replicó secamente Pakkpekatt—. Esta nave que tenemos delante quizá sea el hogar de una especie que no tiene ningún otro hogar. Quizá es un nuevo visitante lleno de curiosidad que ha llegado a esta parte del universo y que viene de lugares para los cuales no tenemos nombres. O quizá ha llegado hasta aquí desde las profundidades del Núcleo, donde tenemos poquísimos amigos. Todo es posible..., dado que existe un universo entero de posibilidades que se encuentra más allá de los límites actuales de nuestra imaginación.

—Todo es posible, cierto —admitió Lando—. Pero sus hipótesis me parecen bastante improbables.

—Pero ¿no está de acuerdo en que eso ya es razón suficiente para que seamos cautelosos? —preguntó Pakkpekatt—. Es razón más que suficiente para tener paciencia, y para tenerla hasta el punto de que la paciencia se convierta en una molestia..., e incluso hasta el punto del aburrimiento. Observaremos al Vagabundo durante un tiempo, general, y mientras lo hacemos permitiremos que el Vagabundo también nos observe a nosotros. Y cuando llegue el momento en que estemos listos para hacer algo más que observar, yo se lo diré. ¿Cree que podrá aguantar la espera, general?

Lando sintió que se le erizaba el vello al oír ecos de las conversaciones que había mantenido consigo mismo en las palabras de Pakkpekatt. Parecía algo más que una coincidencia, y sin embargo, Lando había visto en muchas ocasiones cómo un charlatán llevaba a cabo hazañas de lectura de los pensamientos todavía más convincentes mediante simples trucos.

—De momento sí, coronel —replicó—. Pero espero que lo que sea o quien sea que haya a bordo de esa nave no esté muy ocupado haciendo planes para destruirla y evitar que caiga en nuestras manos. Eso también forma parte de su universo de posibilidades. Espero que no lo olvide.

La expresión de Pakkpekatt era indescifrable.

—Pediré al oficial de comunicaciones que deje utilizar a su personal cualquier hueco que pueda producirse en nuestra cola de solicitudes para la Holored. Quizá eso le permitirá hacer progresos con mayor rapidez.

—Gracias, coronel —replicó Lando, empleando un tono tan envaradamente cortés como si estuviera delante de un rey—. Eso supondría dar un paso en la dirección adecuada.

—Menudo lío —dijo el teniente Norda Proi mientras estudiaba los resultados del examen de la región del espacio que se extendía directamente por delante de ellos que acababan de proporcionarles sus sensores de alta resolución. La imagen en tres dimensiones mostraba más de doce mil objetos, desde centenares que no eran más grandes que la bota del uniforme de un soldado de las tropas de asalto hasta uno que

prometía ser la popa y una buena parte de la estructura central de un Destructor Estelar imperial—. Debió de ser una fiesta realmente salvaje, ¿eh?

El capitán Oolas asintió.

—Tendremos que estar aquí durante un mes como mínimo. ¿Por dónde le gustaría empezar, teniente?

—Por el trozo más grande del pastel, naturalmente —dijo Proi, señalando con un dedo—. Pero podemos lanzar androides mientras nos aproximamos, y luego podemos dejar que empiecen a ocuparse de las migajas.

El transporte pesado Tenacidad llevaba casi un año siguiendo un curso solitario a través de algunas de las regiones más famosas de lo que en el pasado había sido el espacio imperial. Conocido en la jerga de la flota como un chatarrero, el Tenacidad había tomado parte en la batalla de Endor, en la defensa de Coruscant contra la almirante Thrawn y en la persecución del Caballero del Martillo.

Pero con el cese de las hostilidades, los cuatro transportes pesados más viejos de la flota habían sido apartados —a petición de la Sección de Inteligencia— de los grupos de combate en los que servían normalmente. Equipados con docenas de androides especializados y con oficiales de Inteligencia añadidos a la tripulación habitual, los chatarreros habían renacido como carroñeros. Sus órdenes de misión llevaron a los transportes pesados hasta las coordenadas de las grandes batallas libradas entre el Imperio y sus enemigos, donde deberían examinar los restos que flotaban a la deriva en busca de información u objetos que pudieran tener algún valor.

—¿Cree que esta vez hemos sido los primeros en llegar? —preguntó el capitán Oolas.

Norda Proi estudió el examen espectroscópico de los objetos cuyas trayectorias habían estado siguiendo.

—Es posible que sí, capitán. Pero no quiero forjarme demasiadas esperanzas, desde luego... Cuando hayamos abordado esos restos no tardaremos en saber si los ratones han estado aquí antes que nosotros.

La Operación Recogida había sido puesta en marcha cuando un gran número de artefactos militares, tanto rebeldes como imperiales, empezó a aparecer en el mercado del coleccionismo privado. Después de que las investigaciones preliminares demostraran que los artefactos no habían sido robados, sino que habían sido recuperados de las zonas de batalla por contrabandistas, comerciantes y demás particulares, el Senado actuó con una rapidez y unanimidad totalmente desusadas.

El Acta de Protección de los Campos de Batalla Históricos estableció más de dos docenas de áreas de acceso restringido y reclamó la propiedad de todos los restos de combates, estuvieran donde estuviesen, en nombre del Museo de Guerra de la Alianza. Pero la preocupación principal era la seguridad, no la historia. Muchos observadores atribuyeron el repentino temor del Senado a la explosión de un detonador térmico en una elegante zona residencial de Givin y al hecho de que una organización criminal de Rudrig hubiera utilizado un androide interrogador imperial sobre la víctima de un secuestro.

Pero la declaración de propiedad por parte de Coruscant sólo tuvo como efecto declarar ilegal el tráfico de artefactos, y no puso fin a él. Acabar con el tráfico exigiría enviar patrullas a las zonas de acceso restringido, el arresto del notorio contrabandista Hutt Uta, y la confiscación de armas y otros muchos objetos exóticos esparcidos por las colecciones de los clientes de clase alta de un marchante de obras de arte muy conocido en la Ciudad Imperial. A pesar de todo eso, la aparición del Tenacidad ya había hecho huir en dos ocasiones a grupos de cazadores furtivos, y todos los campos de restos a la deriva que habían inspeccionado hasta el momento parecían haber sido concienzudamente saqueados.

—Tengo una identificación positiva de los restos, teniente —anunció un oficial de Inteligencia—. Es el Destructor Estelar de clase-I Gnissal, registrado en nuestros bancos de datos con el número DE-489. Se informó que había sido destruido por una serie de

explosiones internas durante la evacuación imperial de Ihopek y Narth. La información procede fuentes de la Alianza.

—Muy bien —dijo Norda Proi, asintiendo con la cabeza—. Vamos allá.

Los primeros en abordar los restos fueron media docena de androides de observación y registro, que se desplazaron hasta ellos impulsados por sus propios motores mientras el Tenacidad se mantenía a una prudente distancia de seguridad.

Trabajando en parejas, para que de esta manera cualquier cosa que le ocurriese a uno quedara documentada por el otro, los androides se desplegaron siguiendo un plan de búsqueda especialmente concebido para esa clase de navío. Las prioridades eran las armas en condiciones de operar, las trampas y otros posibles riesgos para los equipos de búsqueda formados por seres humanos que ya estaban preparados para seguir los pasos de los androides.

Las amenazas no eran meramente teóricas. El chatarrero Selonía había sufrido graves daños cuando la bomba camuflada de cuaderno de datos de un furtivo estalló en su compartimiento de carga. Un año antes, un navío de exploración irónicamente llamado Previsión había sido destruido por un cañón láser automatizado cuando los equipos de búsqueda activaron una alarma dentro de un crucero imperial abandonado.

Pero los carroñeros también contaban con una regla que nunca les había fallado hasta el momento: si había cadáveres a bordo, entonces no habría bombas. La astucia imperial no llegaba al extremo de usar los cadáveres de sus propios hombres como cebo para sus enemigos, y los furtivos —ya fuese debido a la superstición o por respeto— siempre limpiaban de cadáveres los compartimentos y los pasillos.

Aun así, Norda Proi descubrió que el alegrarse ante la visión de los cadáveres esparcidos a bordo del Gnisnal hacía que se sintiera un poco incómodo.

—¿Se ha enterado del arresto de ese oficial de la Sección de Seguridad en Derra Cuatro el mes pasado? —preguntó Proi, estudiando las imágenes que el OR-6 estaba transmitiendo al Tenacidad—. Tenía once cadáveres de imperiales metidos en tanques criogénicos dentro de un hangar, todos ellos con armadura completa o uniforme de cubierta. Una locura.

—Sí, ya he oído hablar de eso —dijo el capitán Oolas—. Una locura, y algo lamentable... Al parecer había decidido guardarlos dentro de los tanques hasta que su hijo fuera lo bastante mayor para que pudiera contarle lo que le ocurrió a su madre durante la ocupación. Parece ser que entonces había planeado poner en la mano de su hijo el arma que le pidiera y permitir que se vengara.

—Me alegro de haber tenido un padre normal —dijo Proi, moviendo el interruptor para cambiar la señal a la transmisión del OR-1.

El capitán Oolas se recostó en su asiento y juntó las manos sobre su regazo.

—Y yo me alegro de que mi mundo natal nunca fuese ocupado por el Imperio.

En ese momento el OR-1 tropezó con un cuerpo que flotaba en el vacío y el impulso hizo que éste se alejara, girando lentamente sobre sí mismo mientras se movía. Durante una fracción de segundo, el rostro de un suboficial imperial —quemado por las llamas o una explosión y recubierto por las enormes cicatrices y ampollas de la descompresión— pareció quedar suspendido delante del sensor óptico del androide.

—¿Sabe una cosa, teniente? —murmuró Oolas—. Si has tenido la mala suerte de que te ordenen recoger la basura después de la victoria, ni siquiera una guerra justa te parece tan gloriosamente heroica.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Proi—. Me alegro de que todo haya terminado.

La pareja de androides OR-3 y OR-4 encontró lo que quedaba de las cubiertas de propulsión y energía del Gnisnal: una jungla de duracreto quemado y retorcido que se asomaba al espacio por un gran agujero abierto en el casco.

—La explosión fue de origen interno, eso está claro —dijo Proi después de haber estudiado las dos imágenes enviadas por los androides—. Me parece que fue provocada por un fallo en el acoplamiento de transferencia principal del reactor de ionización solar. Curioso, teniendo en cuenta que ese reactor es uno de los componentes más fiables y mejor protegidos que hay a bordo de un Destructor Estelar...

—¿Sabotaje?

—O pura y simple mala suerte —dijo Proi—. Fuera lo que fuese lo que ocurrió, hizo que el motivador hiperespacial se precipitara por el conducto y cayera justo en el centro del núcleo del reactor. La explosión secundaria destrozó los soportes estructurales y acabó con prácticamente todo lo que había por debajo de la cubierta número veintiséis. Esos pobres tipos no debieron tener ninguna advertencia de lo que se les venía encima... Por sí sola, la onda expansiva probablemente ya bastó para matar a casi todos los tripulantes de las cubiertas superiores.

Proi sintonizó las señales del OR-5 y el OR-6, que estaban avanzando lentamente hacia el puente.

—¿Cuál sería la tripulación normal para la parte intacta del Gnisnal, alférez?

—Un momento, señor —dijo el alférez, y se inclinó sobre su consola—. En los puestos de combate, aproximadamente doce mil hombres. En el resto de sistemas y puestos de vigilancia normales, aproximadamente unos siete mil cuatrocientos.

—Demasiados para llevarlos a casa —dijo Oolas.

Norda Proi meneó la cabeza.

—Probablemente la mitad de la tripulación o más estaba formada por pobres desgraciados reclutados a la fuerza, y supongo que la mayoría de ellos fueron reclutados en mundos que ahora forman parte de la Nueva República —dijo—. Enviaré una solicitud para que manden un transporte de la flota que pueda llevárselos.

El operador primario del OR-1 estaba sentado junto al androide de análisis de datos AD-1 en una consola del compartimiento delantero del Tenacidad. Los dos iban examinando en tiempo real el torrente ininterrumpido de imágenes y datos proporcionados por los sensores introducidos en el Gnisnal. El operador del OR-2 y su androide de análisis de datos se encontraban sentados a unos pasos de distancia, y ejecutaban las mismas funciones de manera paralela.

La tarea más importante de todas las asignadas a los androides y sus operadores era la de llevar a cabo un inventario de los hangares, que habían sido localizados delante del reactor, y de sus baterías artilleras, que normalmente sobresalían de cada lado de la estructura principal, la cual tenía forma de cuña. Pero la nave había perdido una parte de su casco lo suficientemente grande para que los trabajos estuvieran bastante más avanzados de lo que habían esperado. Los dos androides ya habían hecho considerables progresos por la popa, y estaban moviéndose por las secciones que se encontraban debajo de la superestructura del Destructor Estelar.

El casco del Gnisnal estaba intacto por aquella zona, y los androides avanzaron por los pasillos exteriores de babor sin tropezarse con ninguna dificultad u obstrucción. Pero cuando se metieron por un pasillo interior que llevaba a los emplazamientos de popa, las alarmas empezaron a sonar en ambas consolas.

—Luz ambiental detectada —anunció el OR-1.

Pero eso ya había resultado obvio para los dos operadores sin necesidad de ninguna interpretación por parte del androide: el tramo de pasillo que se extendía ante él estaba brillantemente iluminado por sus luces superiores.

El operador se puso en contacto con el puente del Tenacidad sin perder ni un instante.

—Aquí Makki en el Número Uno, teniente Proi. Las luces del Corredor R, Nivel Noventa, están encendidas, señor. Sigue habiendo suministro de energía a bordo.

La voz del operador estaba impregnada por una sombra de preocupación.

—Eso es muy interesante —dijo Oolas, echando un vistazo a las indicaciones de distancia de la pantalla de navegación.

—Sistemas redundantes —dijo Proi, frunciendo el ceño y haciendo aparecer un mapa de la nave en su pantalla—. Esa subsección obtiene su energía de la célula Numero Cuatro, con la Número Ocho como reserva. Supongo que una de ellas sigue funcionando. Bueno, hay que reconocer que los imperiales construyeron a estos pequeños para que durasen hasta el fin de los tiempos.

—Quizá debería decirle al timonel que nos alejara un poco más de los restos.

Los tentáculos superiores de Oola se enroscaron alrededor de su delgado cuello mientras hablaba, curvándose en un gesto protector que indicaba el nerviosismo que sentía.

—No —dijo Proi y frunció el ceño, aparentemente absorto en sus pensamientos—. Eso es iluminación de combate, no iluminación de emergencia. Esta nave quedó destruida con tal rapidez, que hay una probabilidad de que no tuvieran tiempo de seguir el procedimiento de desconexión de sistemas habitual. Makki, ¿sigue ahí?

—Sí, señor.

—¿Hay alguna señal de movimiento? ¿Detecta alguna vibración o punto caliente en los mamparos?

—No, señor.

—Entonces quiero que me haga un favor y que compruebe una cosa—dijo Proi—. Envíe el androide al Nivel Noventa y seis, Pasillo Q.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Oolas.

Norda Proi meneó la cabeza.

—Tenga paciencia durante unos momentos. Es una superstición estúpida, pero prefiero no decirlo en voz alta.

Con su gemelo siguiéndole, el OR-1 entró en el pozo de un turboascensor y empezó a subir hacia el Nivel Noventa y seis. Oolas contempló su progresión con nerviosa impaciencia, mientras Proi lo iba siguiendo con silenciosa expectación. Cuando el primer androide hubo salido del pozo, vieron un puesto de guardia abandonado junto a una puerta blindada cuyas dos hojas estaban abiertas. Miles de resplandecientes fragmentos de bordes afilados flotaban en el aire como una pequeña tempestad de nieve.

—Los visores de este nivel debieron de quedar reventados después de la explosión —dijo Oolas.

—No... Los trozos son demasiado delgados. Eso son fragmentos de pantallas de monitores —dijo Proi—. Lo cual me indica que estamos en el sitio correcto. Gire hacia estribor, Makki. Y ahora, adelante. Cruce las puertas blindadas. Busque un pasillo de acceso a la derecha, y avance unos veinte metros.

Las toberas de maniobra del androide hicieron que la nube de fragmentos se agitara en un frenético estallido de movimiento mientras la atravesaba, encontraba el pasillo de acceso y se metía por él. El pasillo no era muy largo, y desembocaba en una gran sala de techo bastante alto.

Más de cuarenta consolas, con todos sus monitores hechos añicos, estaban dispuestas en dos semicírculos. Todas se hallaban encaradas hacia el cilindro metálico de dos metros de altura que se alzaba, como una escultura inacabada, sobre una plataforma pegada a la pared del fondo. Suspendidos de la pared a cada lado del cilindro había paneles digitales tan grandes como compuertas blindadas. Un despliegue de mensajes multicolores en básico y binario que cambiaban incesantemente llenaba la mayor parte de la superficie del panel izquierdo.

—Por las joyas de mi madre... —murmuró Proi, visiblemente impresionado.

—¿Qué es eso?

—Es nuestro billete de vuelta a Coruscan!, y además haremos el viaje sin escalas y en primera clase —dijo el teniente Norda Proi—. Es un núcleo de memoria imperial intacto.

El núcleo de memoria Número Cuatro del Destructor Estelar Gnisnal fue instalado en un laboratorio de la Sección Técnica y conectado a tres androides suministradores de energía de la capacidad máxima dispuestos en una cadena de cascada. Un androide bastaba para evitar que los niveles y canales internos del núcleo se colapsaran, y los otros dos eran una mera póliza de seguros. El contenido del núcleo de memoria era demasiado valioso para que pudieran permitirse correr el riesgo de perderlo.

Pero acceder al contenido exigía saber cuál de los más de cien algoritmos de secuencialización de datos imperiales había sido utilizado para inscribir la información en el núcleo de memoria; y ese conocimiento no estaba almacenado en ningún lugar del núcleo, sino en el sistema de control dual de a bordo..., el cual no había sobrevivido a la destrucción de la nave.

Los expertos de la Sección Técnica sólo conocían realmente bien catorce de esos algoritmos. Durante el primer día que el núcleo del Gnisnal pasó en el laboratorio, probaron suerte con los catorce sin que ninguno diera resultado. Los contenidos del núcleo siempre surgían de él bajo la forma de un parloteo aparentemente indescifrable.

Cinco equipos distintos formados por especialistas en ciencias de la información de primera categoría ayudados por androides analizadores de datos de alta velocidad empezaron a trabajar inmediatamente para tratar de descubrir alguna pauta escondida en aquel parloteo incesante. Utilizando archivos sacados de otros navíos imperiales como guía, examinaron el rompecabezas digital en busca de piezas que encajaran entre sí. Incluso unas cuantas secuencias cortas podían bastar para permitir que los androides recrearan el algoritmo desconocido y les proporcionaran la llave de los secretos que encerraba el núcleo de memoria.

El Equipo 3, dirigido por Jarse Motembe, logró recomponer la primera secuencia aparentemente válida, que estaba formada por los nombres y rangos de dos de los oficiales superiores del Gnisnal. Un día después el Equipo 5 había descubierto una secuencia todavía más larga que contenía un encabezamiento estándar de mensaje de los sistemas de hipercomunicación imperiales.

El último y decisivo progreso volvió a apuntárselo Motembe, y consistió en los quince pasos de la orden de mantenimiento completa para un bombardero TIE. Sus más de cuatrocientos datos secuenciales parecían describir todos los detalles del nuevo algoritmo. La confirmación no tardó en llegar: el primer fichero reconstruido contenía todos los turnos de servicios de la nave. El segundo contenía todo el archivo de comunicaciones del día en que fue destruida.

A partir de ahí, todo fue muy deprisa. Un androide de interconexión fue programado con el nuevo algoritmo y conectado al núcleo del Gnisnal, y esta vez el núcleo respondió con un chorro de decenas de millares de objetos y datos en vez de con un parloteo ininteligible. Cada fichero fue copiado, etiquetado, clasificado y enviado a la Sección de Análisis para su distribución posterior.

Uno de ellos, al que se le adjudicó el número de identificación AK031995 y un código de prioridad de Máxima Urgencia, acabó en manos de Ayddar Nylykerka.

Oficialmente, Ayddar Nylykerka era catalogador, y trabajaba en Seguimiento de Recursos. En la práctica, eso significaba que redactaba listas, solicitaba listas, recopilaba listas, repasaba listas y comparaba listas. Todas las listas giraban alrededor del mismo tema: los navíos de guerra imperiales.

El departamento de Seguimiento de Recursos había sido creado después de un fallo del Servicio de Inteligencia que había estado a punto de provocar un desastre. El Gran

Almirante Thrawn había sido el primero en dar con los más de cien destructores de la Antigua República escondidos conocidos como la flota de Katana, y había conseguido hacerse con la mayoría de ellos antes de que la Nueva República tuviera tiempo de reaccionar. A continuación la flota de Thrawn, vastamente reforzada, había atacado más de veinte sistemas de la Nueva República. Cuando Thrawn por fin fue derrotado, ya se había tenido que pagar un precio enorme en vidas y material.

Seguimiento de Recursos existía para asegurar que ese tipo de sorpresas tan dolorosas no volvería a producirse.

Pero el departamento había sufrido muchos cambios desde que fue creado. Al principio su personal ascendía a quince personas: ocho investigadores, tres catalogadores, dos analistas y dos androides administrativos. Las dimensiones del personal reflejaban la importancia que se daba a esa tarea, y el jefe de analistas siempre gozaba de excelentes conexiones con el Alto Mando de la Flota. Los informes emitidos por el departamento de Seguimiento de Recursos recibían invariablemente la atención de los más altos niveles.

Pero la estrella del departamento fue perdiendo brillo con el tiempo. El trabajo más sencillo ya estaba hecho, y cada nuevo informe contenía menos información nueva y útil. El paso del tiempo hizo que empezaran a surgir dudas sobre la utilidad de las evaluaciones emitidas por Seguimiento de Recursos, ya que su existencia hacía que los enemigos potenciales de la Nueva República tuvieran la posibilidad de construir nuevos navíos y lanzarlos al espacio. Poco a poco, el personal fue siendo trasladado a otros departamentos que se ocupaban de tareas de más alta prioridad, y los puestos que quedaban en Seguimiento de Recursos acabaron siendo considerados como callejones sin salida que significaban el final de una carrera administrativa. Quienes pudieron escapar de aquella trampa, lo hicieron..., salvo Ayddar Nylykerka.

Ayddar Nylykerka no sabía nada sobre la evacuación de Ihopek y NARTH, la destrucción del Gnisnal o los descubrimientos del Tenacidad. Nunca había oído hablar del capitán Oolas, Norda Proi, Jarse Motembe, o de ninguna de las otras personas cuyo trabajo había hecho que el fichero llegase a sus manos. No era consciente de que, fuera de las paredes de su cubículo, estaba considerado como un personaje risiblemente falto de humor e inofensivamente obsesivo.

Pero conocía su trabajo, que no había cambiado desde la creación del departamento, y sabía que su trabajo consistía en inventariar y determinar la situación y estado actual de todos los navíos de guerra conocidos por la Nueva República y que no se hallaban bajo el control de la Nueva República.

Y sabía que en toda la historia del departamento de Seguimiento de Recursos, éste nunca había tenido a su disposición lo que él tenía delante en aquel momento: un listado de batalla imperial completo.

Todo estaba allí: cada navío de guerra, relacionado por nombre, clase, señal de llamada y comandante, asignado a cada flota y líder de combate. Cada caza, interceptor, bombardero y escuadrón de asalto asignado a cada transporte, Destructor Estelar, Súper Destructor Estelar y Acorazado, con los efectivos de cada escuadrón minuciosamente detallados. Cada compañía de soldados de las tropas de asalto y batallón de infantería asignados a cada transporte, fuerza de ocupación, fuerte y puesto de avanzadilla. Cada nave averiada varada en un dique seco y cada nave a medio construir en un astillero, con las reparaciones que debían llevarse a cabo y las fechas en que estarían terminadas. El listado incluía hasta a los navíos de segundo nivel utilizados para el adiestramiento de los oficiales.

El sello de fechado del fichero tenía más de diez años de antigüedad, pero aun así seguía tratándose de un tesoro inapreciable. El listado de batalla contenía información que iba mucho más allá de la que los capitanes de navío corrientes y los comandantes de flotillas habrían tenido a su disposición, pues se trataba de una información que sólo

podía ser conocida por un comandante de sector o por los mismísimos secretarios militares del Emperador.

Y eso hizo que Ayddar Nylykerka empezara a concebir ciertas sospechas, y las sospechas llegaron a ser lo suficientemente serias para que decidiese dedicar las horas siguientes a tratar de demostrar que el fichero era un fraude, un truco concebido por los servicios de contrainteligencia imperial que había salido a la luz cuando ya no podía servirles de nada.

Cuando no pudo hacerlo, llamó a sus esposas y les dijo que no le esperaran aquella noche.

Después concentró toda su atención en la verdadera labor que le aguardaba: encontrar algo en el AK031995 que justificara los últimos siete años de su vida profesional, algo que recordara a todos los peces gordos del Alto Mando de la Flota que el departamento de Seguimiento de Recursos existía por una razón. Después de haber verificado la autenticidad del listado de batalla a través del contacto de inteligencia en el que tenía más confianza, y estando seguro de que nunca volvería a tener semejante oportunidad, siguió trabajando como si no tuviera la más mínima fe en él.

Mientras estudiaba los datos, el lema no oficial de la Sección de Inteligencia pasó a ocupar el centro de sus pensamientos: Si lo que creemos saber no se corresponde con la verdad, entonces es tan peligroso como lo que ignoramos.

Ayddar Nylykerka no se apartó de su escritorio durante tres días. Cuando por fin lo hizo, no fue para ir a casa. Con su cuaderno de datos firmemente sujeto debajo del brazo, pidió a la central de vehículos oficiales que le enviara un aerodeslizador y puso rumbo al lago Victoria.

La residencia que el almirante Ackbar tenía en Coruscant estaba formada por dos gruesos cilindros blancos. Un cilindro, carente de ventanas, brotaba de la hierba que cubría la orilla del lago Victoria. El otro, mitad opaco y mitad de transpariacero, surgía de las tranquilas aguas azules. Las dos estructuras estaban unidas entre sí por un tercer cilindro, una forma alargada y esbelta que contenía un pasillo situado a la altura del segundo nivel. Un deslizador acuático monoplaza calamariano de gráciles líneas estaba amarrado a un pilote en el lago.

La identificación de la Flota de Ayddar bastó para permitirle superar el puesto de vigilancia del perímetro de seguridad, aunque se vio obligado a entregar su cuaderno de datos para que fuera examinado, y después tuvo que dejar el aerodeslizador en un aparcamiento e ir hasta la casa andando. Ya allí, se presentó a sí mismo en la entrada al cilindro que se alzaba junto a la orilla del lago.

—Ayddar Nylykerka, jefe de analistas del departamento de Seguimiento de Recursos, Sección de Inteligencia, Alto Mando de la Flota, para ver al almirante Ackbar.

Unos segundos después, la puerta curva se hizo a un lado con un siseo para revelar a un androide mayordomo de la Flota. Después de cruzar los brazos sobre el pecho, el androide pareció ocupar todo el umbral.

—Cuando el almirante Ackbar está en casa nunca ve a nadie cuyo rango esté por debajo del de comodoro —dijo el androide—. Aun así, el almirante ya tiene que pasar demasiado tiempo fuera del agua. Llame a su despacho por la mañana y pida una cita, analista.

Ayddar le contempló con incredulidad.

—No lo entiende —dijo—. Esto es importante.

—Entonces es lo suficientemente importante como para que antes moleste a sus superiores inmediatos —dijo el androide—. Utilice los canales reglamentarios. El almirante dedicará su atención a este asunto siempre y cuando llegue a su escritorio.

—No —dijo tozudamente Ayddar. Intentó estirar el cuello para ver el interior de la casa más allá del androide, pero lo único que vio fue el panel interior de la compuerta de seguridad—. No es una respuesta aceptable. He de verle personalmente. No puedo correr el riesgo de que esta información no llegue hasta él.

—Señor Nylykerka, el almirante Ackbar está descansando. No puede verle —dijo implacablemente el androide—. Y ahora, ¿tendrá la bondad de irse, o he de llamar al guardia?

Ayddar sostuvo el cuaderno de datos junto a su pecho y fulminó con la mirada al androide.

—Muy bien —dijo por fin—. Me iré.

—Gracias, señor Nylykerka —dijo el androide.

Después se quedó inmóvil en el umbral y esperó hasta que Ayddar hubo girado sobre sus talones y dado los primeros pasos por el sendero antes de cerrar la puerta.

Pero en cuanto la puerta se hubo cerrado, Ayddar se metió por el camino y pasó corriendo junto a la entrada para dirigirse hacia la orilla del lago. Apretando los dientes y encogiéndose temerosamente, se adentró en el agua con una considerable torpeza, chapoteando ruidosamente y creando grandes surtidores. Las alarmas empezaron a sonar, y una hilera de luces de gran potencia disimuladas debajo del pasillo que unía los dos cilindros hizo desaparecer repentinamente el crepúsculo. Ayddar dejó escapar un grito animal y se zambulló en el agua, que le llegaba hasta la cintura, y empezó a avanzar hacia el cilindro del lago en una penosa imitación del nadar francamente lamentable.

Su primer y casi obsesivo impulso, que consistía en golpear los ventanales situados a la altura de la superficie del lago para atraer la atención de Ackbar, no le había permitido trazarse ningún otro plan. Pero cuando estuvo un poco más cerca, Ayddar vio que el cilindro era un habitáculo acuático calamariano y que el agua casi rozaba la pasarela.

Un aerodeslizador del servicio de seguridad voló sobre él en una pasada a baja altura, y una voz amplificada empezó a gritarle órdenes.

—Atención, intruso: ésta será la única advertencia que recibirá. Ha entrado en una propiedad gubernamental sin estar autorizado a ello. Le estamos apuntando con una batería de desintegradores antipersonales. Quédese donde está y no dispararemos contra usted. Si no se rinde, será aniquilado.

Ayddar, aterrorizado, se apresuró a levantar los brazos. Cuando lo hizo, su frágil dominio de la natación se disipó de repente, y su cuerpo se hundió por debajo de la superficie del agua. Antes de que pudiera comprender qué le estaba ocurriendo, Ayddar descubrió que tenía los pies y las manos profundamente hundidos en el fondo cenagoso del lago, y que era incapaz de liberarse para volver a la superficie.

Un anillo de lámparas instaladas alrededor de la base del habitáculo acuático inundó de luz las oscuras aguas. Por primera vez, Ayddar pudo ver que el cilindro estaba provisto de una entrada submarina. Ayddar se debatió desesperadamente, y consiguió avanzar por el fondo hasta llegar a ella. Después alargó el brazo y empujó la palanca de apertura.

No ocurrió nada.

Dominado por la desesperación, y con el sonido de los motores de un bote a reacción rodeándole y volviéndose más potente a cada momento que pasaba, Ayddar estiró los brazos y lanzó el cuaderno de datos contra la escotilla. El cuaderno de datos pareció moverse a cámara lenta, y apenas hizo ruido cuando por fin acabó chocando con la escotilla.

Pero un instante después Ayddar se llevó la sorpresa de su vida al ver abrirse la escotilla. Lo que parecía un remolino del agua le agarró firmemente por la pechera de su camisa y tiró de él, metiendo su cuerpo por la entrada con una despreocupada facilidad que indicaba una fuerza impresionante. Unos instantes después Ayddar se encontró emergiendo de las aguas en la parte superior del habitáculo acuático. Jadeando ruidosamente, empezó a manotear en busca del borde del habitáculo. Ayddar no se dio

cuenta de que ya no tenía su cuaderno de datos hasta que las puntas de sus dedos encontraron un precario punto de apoyo.

Miró frenéticamente a su alrededor y descubrió que el almirante Ackbar le estaba observando. El calamariano se deslizó ágilmente por el agua hasta llegar al otro lado de la piscina, moviéndose a gran velocidad sin que su avance creara prácticamente ninguna ondulación.

—Es usted tammariano, ¿verdad? —preguntó Ackbar.

Ayddar temblaba incontrolablemente mientras se aferraba al borde de la pasarela que rodeaba las aguas del habitáculo.

—Sí, al-almirante.

—He oído decir que Tammar tiene una atmósfera desusadamente tenue para ser un mundo habitado —comentó Ackbar con jovial afabilidad.

—Así es, al-almirante.

—También he oído decir —prosiguió el almirante— que, como consecuencia de ello, su raza ha desarrollado una especie de saco químico dentro del que almacenan oxígeno mientras descansan.

—Sí —logró decir Ayddar, a pesar de que le temblaban los labios y le castañeteaban los dientes—. El chaghisz torm... Nos pe-permite consumir en-en-energía más deprisa, durante..., durante un corto período de tiempo, de lo que nos resultaría po-posible únicamente mediante la re-respiración.

—Me han dicho que ésa es la razón por la que su gente puede sobrevivir en el vacío durante un corto espacio de tiempo —dijo Ackbar.

Ayddar, que estaba empezando a marearse, cerró los ojos y apoyó la cabeza en los brazos.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

—También he oído decir que la superficie de su planeta está totalmente desprovista de agua —prosiguió el calamariano, acercándose un poco más a él—, y que los temores más poderosos de su gente están relacionados con la inmersión en una gran masa de agua.

Ayddar asintió con una inclinación de cabeza casi imperceptible.

—Le confieso que esos temores me son totalmente ajenos —dijo Ackbar—. Sin embargo, usted ha entrado voluntariamente en el lago para verme.

—S-Sí, almirante. Pensé que era mi d-deber.

El corpulento calamariano salió del agua y se subió a la cornisa sin ningún esfuerzo aparente. Ayddar vio que su cuaderno de seguridad estaba firmemente sujeto en una de sus grandes manos-aleta.

—Bien, acabo de descubrir que mi descanso ha terminado —dijo Ackbar, ofreciéndole la mano vacía a Ayddar—. Así pues, tal vez quiera acompañarme a mi estudio y explicarme qué noticia le ha inspirado tan temeraria devoción al deber.

La pista que contorneaba el gimnasio de oficiales de los Cuarteles Generales de la Flota tenía un tramo de aproximadamente un kilómetro de longitud que serpenteaba por entre las laderas boscosas de una colina. Solitario y muy bien protegido por los árboles y las pantallas de interferencias, aquel lugar había sido usado en muchas ocasiones para reuniones discretas..., y el hombre al que el almirante Ackbar esperaba ver llegar de un momento a otro mientras sentía la fría caricia del aire de primeras horas de la mañana lo había utilizado bastantes veces.

Ackbar se había apostado allí donde empezaban los árboles, a unos pocos pasos de la pista, y volvió la mirada hacia el sol naciente en el mismo instante en que un corredor solitario coronaba una pequeña cuesta. Cuando el corredor estuvo un poco más cerca, Ackbar salió de la arboleda.

—Veo que sigue siendo un animal de costumbres, Hiram —dijo con jovial sequedad.

El almirante Hiram Drayson redujo la velocidad de su enérgico paseo hasta convertirlo en un pausado caminar.

—Y yo veo que usted sigue siendo tan perezoso como siempre —replicó—. Ha pasado mucho tiempo desde su última visita al gimnasio.

—No me gusta mucho venir aquí, pero a veces no me queda otra elección —dijo Ackbar, poniéndose a la altura de Drayson—. Y ahora, ¿querrá apiadarse de mí y caminar un ratito conmigo?

—Creo que podré adaptarme a su paso —dijo Drayson—. ¿Hay alguna novedad?

—Anoche recibí la visita del jefe de analistas de Seguimiento de Recursos —dijo Ackbar.

—Cierto.

—¿Ya lo sabía?

—Oí comentar que hubo un pequeño incidente en su residencia, nada más.

—Bueno, por esta vez le creeré —dijo Ackbar—. Ayddar ha sacado a la luz algo que me preocupa, y me gustaría que usted me aconsejara al respecto. Pero no quería que me vieran yendo a su despacho, y tampoco quería permitir que el asunto empezara a circular por la red de la Flota.

—Siga.

Incluso al modesto paso que mantenía, Ackbar ya estaba empezando a jadear.

—Ayddar ha estado estudiando el listado de batalla imperial extraído del núcleo de memoria del Gnisnal hace un mes. Ha encontrado una discrepancia.

—¿Otro caso como el de Katana?

—No tan grande y no tan claro —dijo Ackbar—. Lo que ese joven ha descubierto es lo siguiente: existe un número desusadamente grande de navíos de guerra asignados al Mando Espada Negra del Imperio sobre los que no sabemos absolutamente nada.

—El Mando Espada Negra defendía el centro de los territorios del Borde del Imperio —observó Drayson—. Eso abarca Praxlis, Corridan y la totalidad de los sectores de Kokash y Farlax.

—Sí —dijo Ackbar, que ya se estaba quedando sin aliento y había empezado a boquear desesperadamente. El calamariano puso una mano sobre el hombro de Drayson e hizo que se volviera hacia él—. Por favor... ¿Podemos parar?

—Por supuesto.

—Gracias —dijo Ackbar, intentando controlar los temblores convulsivos de su cuello y de la parte superior de su pecho—. Le pido disculpas. Cuanto más viejo me hago, más difícil me resulta mantener mis pulmones humedecidos mientras estoy fuera del agua.

—No tiene usted ninguna necesidad de disculparse. Me estaba diciendo...

—Sí, claro. —Ackbar volvió la mirada hacia un extremo de la pista primero y hacia el otro después, y a continuación bajó la voz—. Según Ayddar, la sección del listado de batalla referente a Espada Negra incluye cuarenta y cuatro naves de gran tamaño a las que no hemos visto y de las que no hemos sabido nada desde la caída del Emperador. Las más pequeñas son Destruidores Estelares de la clase Victoria, y tres de ellas son de la clase Súper.

Drayson dejó escapar un suave silbido.

—¿Y qué opina usted del análisis de Ayddar?

—Me ha parecido irrefutable.

—Ya sabe que eso supone una potencia de fuego más que suficiente para acabar con cualquier sistema planetario de la Nueva República —dijo Drayson—. Coruscant incluido, desde luego...

—Lo sé —dijo Ackbar—. Si esas naves todavía existen, representarían una amenaza muy seria.

—¿Si?

—Si —repitió Ackbar—. Verá, hay muchos aspectos un tanto dudosos en todo este asunto. De esas cuarenta y cuatro naves, todas salvo cinco acababan de ser construidas pero aún no estaban en condiciones de operar, o se encontraban en algún astillero porque iban a ser remodeladas o habían sufrido serias averías.

—¿En qué astilleros estaban?

—Ayddar no puede responder a esa pregunta. O los nombres nos son desconocidos, o se trata de nombres en un código que no poseemos para lugares que no conocemos.

—O puede que no existan, y con eso me refiero tanto a los astilleros como a las naves —dijo Drayson—. No descarte la posibilidad de que el listado de batalla fuera hinchado con efectivos que sólo existían sobre el papel. Si ni Daala ni Thrawn han podido echar mano a esas naves para usarlas contra nosotros...

—Es una posibilidad.

Drayson frunció el ceño.

—¿Qué posibilidades hay de que a algunas de esas naves, o a todas ellas, sencillamente se les cambiara el nombre y de que las hayamos visto desde entonces? Sabemos que el Alto Mando del Imperio usó ese truco en más de una ocasión.

—Ayddar me ha dicho que como máximo eso nos permitiría eliminar cinco naves de la lista.

—Lo cual todavía dejaría una fuerza muy respetable por localizar —murmuró Drayson con voz pensativa—. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre la destrucción del Gnisnal y el momento en que el Mando Espada Negra retiró a sus efectivos del Borde?

—Menos de un año.

—Tiempo suficiente para que por lo menos algunas de esas naves fueran completadas o reparadas —dijo Drayson.

—Más de la mitad de ellas, si los astilleros cumplieron los plazos de entrega que figuran en el listado de batalla.

—Lo cual significa que el Imperio puede haberse llevado consigo a las profundidades del Núcleo un mínimo de veinte naves más de lo que creíamos hasta este momento.

—Sí. Pero hay otra posibilidad, y ésta me preocupa todavía más que la primera —dijo Ackbar—. El Imperio prefería crear astilleros militares en todos los sectores que controlaba, porque eso evitaba que una instalación determinada tuviera que ser considerada imprescindible para el esfuerzo de guerra, y además así las naves que habían sufrido daños no tenían que ir muy lejos para ser reparadas...

—Lo cual nos sugiere que uno de esos astilleros no identificados se encontraba situado dentro de la zona de patrulla del Mando Espada Negra.

—Lo cual significaría que un mínimo de veinte Destruidores Estelares podrían no estar dentro del Núcleo, sino muchísimo más cerca de nosotros.

Drayson contempló a Ackbar con los ojos entrecerrados y guardó silencio durante unos momentos.

—En circunstancias normales —acabó diciendo— lo lógico sería suponer que el Imperio habría destruido cualquier clase de material de guerra que no pudiera llevarse consigo.

—Me encantaría estar seguro de que eso es lo que hicieron en este caso —replicó Ackbar—. Pero no hemos encontrado los restos de ningún astillero en esa zona. Eso no es una prueba concluyente, por supuesto... Hay grandes áreas de Kokash y Farlax que nunca han sido exploradas lo bastante a fondo, y eso incluye la nebulosa de Morath y el Cúmulo de Koornacht.

—Ah —dijo Drayson—. Me parece que ya veo adonde nos lleva todo esto.

—No quiero enterarme de cómo se las arregla para encontrar las respuestas, Hiram, pero sé que cuenta con recursos que no están disponibles fuera de su departamento. Verá, estoy bastante preocupado por este asunto con Nil Spaar... Las negociaciones llevan semanas atascadas, y Leia sigue pidiéndonos que tengamos paciencia a pesar de

ello. He empezado a preguntarme si... Bueno, ¿y si los yevethanos están escondiendo esas naves para Daala? ¿Es posible que la Liga de Duskhan siga estando aliada con el Núcleo?

—No tengo ninguna información que apoye semejante hipótesis —dijo Drayson después de unos momentos de profunda reflexión—. Tampoco tengo ninguna información que permita descartarla.

—Pues entonces no sé qué he de hacer —dijo Ackbar—. Las negociaciones en curso convierten todo este asunto en un tema muy delicado. No puedo emitir acusaciones sin tener pruebas que las respalden, y tampoco puedo permitirme el lujo de ignorar una amenaza potencial de semejante magnitud.

—¿Qué haría si la decisión estuviera en sus manos?

—Iniciaría una amplia operación de búsqueda de esa Flota Negra, y no pararía hasta que hubiéramos encontrado las naves, o sus restos, y nos hubiésemos asegurado de que no está escondida por ahí esperando el momento más adecuado para irrumpir en nuestra casa. Debemos conocer el destino de esas naves.

Drayson asintió pensativamente.

—Bien, entonces creo que debería comunicar la información de Ayddar a la princesa Leia y presentar esa recomendación. Quizá se dejará persuadir.

—Me temo que no será así —replicó Ackbar—. De todas maneras, lo único que puedo hacer es intentarlo.

—Le deseo éxito. Mientras tanto... ¿Se le ocurre alguna forma de...?

Ackbar introdujo una tarjeta de datos entre los dedos de Drayson.

—La lista de las naves desaparecidas, y la relación de los astilleros misteriosos.

Dos corredores acababan de hacerse visibles y se estaban aproximando por la pista. Drayson hizo desaparecer la tarjeta dentro de un bolsillo con la despreocupada rapidez fruto de una larga práctica.

—Haré lo que pueda —dijo, y obsequió al calamariano con una aparatosa sonrisa—. Ha sido un placer volver a verle, almirante.

Teniendo en cuenta la velocidad con la que Drayson empezó a moverse por la pista unos momentos después, Ackbar dudaba de que ningún otro corredor pudiera alcanzarle.

8

—Permítanme asegurarme de que lo he entendido —dijo la princesa Leia, dando la espalda a los enormes ventanales de la sala de conferencias para encararse con el almirante Ackbar y el general Abaht—. Nadie ha visto a ninguna de esas naves durante diez años..., ¿y ésa es la razón por la que les preocupan tanto?

Ackbar y Abaht intercambiaron una rápida mirada, negociando en silencio quién respondería a la pregunta.

—Sí, básicamente se trata de eso... —dijo Ackbar después de haber sido derrotado en la negociación.

—¿Y por qué no les parece tan ridículo como me lo parece a mí? Creo que se están preocupando por nada.

Ackbar carraspeó para aclararse la garganta.

—Princesa, ya sabe cuál es el precio de las equivocaciones. Subestimar la fortaleza de un enemigo o la seriedad de una amenaza puede suponer un error fatal. Debemos una gran parte de nuestro éxito contra el Imperio al hecho de que el Emperador llegara a cometer ese error.

—Adoptar precauciones que no son necesarias siempre será preferible a no adoptarlas cuando sí lo son —dijo Ábaht, empleando un tono de voz tan bajo que casi parecía estar hablando consigo mismo.

—Nadie va a atacar a la Nueva República —se limitó a replicar Leia.

Tanto Ackbar como Ábaht quedaron bastante sorprendidos por su repentina afirmación.

—Si está tan segura de ello, entonces metamos las naves de la Flota en los depósitos de almacenamiento y licenciemos a las tropas —dijo Ábaht en un tono bastante despectivo—. Tengo la seguridad de que todos podríamos estar ocupando nuestro tiempo en cosas mucho más interesantes.

—General, es precisamente porque contamos con la Quinta Flota por lo que nadie va a atacarnos —dijo Leia—. Ackbar me ha dicho que ahora podemos lanzar al espacio más naves de las que lucharon en ambos bandos durante la batalla más importante de toda la historia de la Rebelión. ¿Le he entendido bien, almirante?

Ackbar asintió en silencio.

—Eso es más que suficiente para dejarle muy hinchada la nariz a cualquiera que cometa el error de atacarnos —dijo Leia—, y todo el mundo lo sabe. Ahora los planetas que todavía no forman parte de la Nueva República tienen más que ganar uniéndose a nosotros que oponiéndose a nosotros. Fíjense en la Liga de Duskhan... Está claro que representan una civilización de primer orden, tanto en el aspecto económico como en el tecnológico. ¿Y qué están haciendo? Están aquí, negociando con nosotros.

Sus palabras no parecieron convencer al general.

—Para seguir empleando su metáfora, princesa, un puñetazo que llegue sin advertencia previa tanto puede dar comienzo a una pelea como ponerle fin —dijo Ábaht.

—¿Es que nos hemos vuelto repentinamente más vulnerables a un ataque por sorpresa de lo que lo éramos hace una semana?

—No, princesa...

—Entonces ¿me está diciendo que siempre hemos sido vulnerables a un ataque por sorpresa?

—Le estoy diciendo que el defenderse a uno mismo exige algo más que apostar centinelas en la frontera —replicó Ábaht, con una sombra de impaciencia en la voz—. Hay que trazar planes y hay que entrenarse concienzudamente para la batalla que no quieres librar, contra el enemigo al que no quieres enfrentarte y en el terreno que no quieres defender. Entonces, y sólo entonces, se puede disponer de un factor disuasorio realmente creíble.

Leia se volvió rápidamente hacia Ackbar.

—¿Y acaso usted no ha hecho precisamente eso, almirante? ¿No se ha asegurado de que nuestras fuerzas hayan sido concienzudamente adiestradas y de que estén desplegadas de la mejor manera posible? Si no lo ha hecho, me temo que tendré que despedirle.

—Sí, princesa, he hecho todas esas cosas...

—Entonces tenga la bondad de explicar al general Ábaht...

—... pero hay otras cuestiones que debemos tomar en consideración —la interrumpió Ackbar—. Si esa Flota Negra existe, y si está en condiciones de operar, entonces representa un arma secreta..., y el desbaratar toda la cuidadosa planificación de tus adversarios quizá sea lo que mejor define la naturaleza de las armas secretas. De hecho, princesa, ése es precisamente su propósito.

Leia bajó la mirada y estudió la lista que le estaba mostrando su cuaderno de datos, y después meneó la cabeza.

—¿Y realmente están convencidos de que esas naves representan una amenaza tan grande?

—Sí —replicó Ábaht con firmeza—. Un Grupo de Sector estándar del Imperio contaba únicamente con veinticuatro Destruyores Estelares. El Emperador podía controlar todo un sistema con un solo navío de la clase Imperial. Los generales de Palpatine fueron capaces de abrirse paso a través de cualquier tipo de defensa planetaria, hasta un máximo del Nivel Cuatro, con sólo un tercio de los efectivos de un Grupo de Sector.

Leia cerró su cuaderno de datos y estudió el de Ábaht.

—Pero se trataba de las mejores tropas del Imperio, y estaban equipadas con el mejor material del Imperio. Cuando un navío de esas características está en un astillero, ¿qué hace normalmente la tripulación? ¿Permanece a bordo de él?

—No, por supuesto que no.

—¿Qué hay de las tropas, de los cazas? ¿Permanecen a bordo de la nave?

—Sospecho que la princesa ya conoce la respuesta a sus preguntas —dijo Ábaht—. Cuando una nave permanece atracada durante cualquier período de tiempo mínimamente significativo, lo normal es que sus dotaciones sean asignadas a otro destino.

—Bien, en ese caso... Supongamos que todas esas naves cayeron en manos de otro poder cuando el Imperio se retiró, ¿de acuerdo? Entonces esas naves no serían más que cascarones vacíos. No tendrían seis escuadrones de cazas TIE a bordo. No dispondrían de una división de soldados de las tropas de asalto. No contarían tampoco con una dotación de cañoneras. No tendrían a su disposición un ejército de caminantes imperiales.

Ábaht no se dejó impresionar por sus argumentos.

—La princesa se está fijando en nimiedades —dijo—. La mayor amenaza que presenta esta situación estriba en el hecho de que esas naves siempre han estado en manos de los imperiales, y de que nunca han salido de esa región del espacio.

—No pueden haber permanecido desplegadas sin interrupción durante diez años —protestó Leia.

—No —dijo Ackbar—. Pero en Hatawa y Farlax hay más de doscientos mundos habitados, y seguimos sin saber gran cosa sobre muchos de ellos. Algunos tal vez sigan manteniendo relaciones de amistad con nuestros enemigos. Y también sigue estando el asunto de los cinco astilleros desconocidos utilizados por el Mando Espada Negra. No tenemos ni idea de quién se ha hecho con ellos, pero me gustaría saber qué es lo que ha salido de esas instalaciones durante los últimos diez años.

Presionada desde ambos lados, por alguien a quien conocía y en quien confiaba y por otra persona a la que no conocía pero a la que respetaba, Leia acabó rindiéndose.

—Oh, si hay algo que no necesito en este momento es todo este nuevo problema —dijo, y suspiró—. Bien... ¿En qué consisten exactamente sus recomendaciones?

—Princesa, la Quinta Flota está a punto de iniciar ese recorrido para agitar la bandera del que habíamos hablado —dijo Ábaht—. Le sugiero que esas naves nos serían mucho más útiles si empezaran a buscar a la Flota Negra.

—¿Quiere usted desplazar la totalidad de la Quinta Flota a Farlax y Hatawa?

—Le aseguro que ése es el mínimo de efectivos de que querría disponer si llegara a tropezarme con la Flota Negra, princesa.

—Los dos saben que el Cúmulo de Koornacht se encuentra dentro del Sector de Farlax, naturalmente...

Ackbar asintió.

—Sí, por supuesto.

—Pues entonces supongo que ya habrán comprendido que deberán excluir a Koornacht de cualquier clase de operación de búsqueda que puedan llegar a emprender —dijo Leia—. Nil Spaar se ha mostrado inflexible en todo lo concerniente a la integridad territorial. Hasta el momento, ni siquiera ha accedido a otorgarnos el derecho de paso o los derechos de descenso en situaciones de emergencia. Sea cual sea la misión que estén llevando a cabo, cualquier intrusión de unos navíos de guerra de la Nueva República sería totalmente inaceptable..., tanto para él como para mí.

Ackbar y Ábaht volvieron a intercambiar una rápida mirada. Esta vez fue Ábaht quien acabó perdiendo.

—Princesa, tal vez pueda explicarme qué lógica tiene iniciar una operación de búsqueda y, al mismo tiempo, anunciar la existencia de un escondite en el que se estará totalmente a salvo de ella.

—Ackbar acaba de decir que hay más de doscientos planetas habitados en esa región del espacio —replicó Leia—. Eso debería bastar para mantenerles ocupados hasta que yo haya conseguido llegar a un acuerdo con los yevethanos.

—Koornacht se encuentra justo en el centro de esa zona, y los yevethanos han hecho considerables progresos tecnológicos —dijo Ábaht—. Koornacht es uno de los sitios donde parece más probable que pudiéramos encontrar por lo menos uno de esos astilleros.

—Le aseguro que por mucho que busque no encontrará a ninguna especie que odie tanto al Imperio como los yevethanos —dijo Leia—. Expulsaron a los imperiales de Koornacht a la primera oportunidad que se les presentó. Puede tener la seguridad de que no hay ningún arma secreta escondida allí.

—Tal vez. Y también es posible que Nil Spaar se alarme mucho más que usted ante la amenaza que suponen los navíos desaparecidos —dijo Ábaht—. ¿Por qué no le pide que nos dé permiso para que mis naves registren esa zona en busca de la Flota Negra? Haga usted que sea él quien tenga que responder con una negativa.

—Resulta obvio que no comprende cuál es la situación actual de las negociaciones con los yevethanos, ya que de lo contrario jamás me haría semejante petición —replicó Leia en un tono muy seco—. Sé que usted sí la comprende, almirante Ackbar.

—Comprendo su reluctancia, y comprendo la preocupación del general Ábaht —dijo Ackbar—. Admito que, tal como usted ha dicho, los yevethanos siempre han odiado al Imperio, pero... Bueno, aun así me gustaría que le formulara esa pregunta al virrey. Nil Spaar tal vez podría sorprenderla.

—No —dijo Leia, meneando la cabeza—. Por sí sola, esa pregunta ya supone una amenaza. La presencia de navíos de guerra equivaldría a una provocación abierta. Nil Spaar nunca lo consentiría.

Ackbar decidió seguir presionándola.

—Deje que sea él quien lo diga. Plantéele la pregunta, tal como sugiere el almirante.

—No —dijo Leia con firmeza—. No vuelvan a pedírmelo. General, puede llevarse a la Quinta Flota a Farlax y Hatawa para buscar a los fantasmas de Nylykerka. Respetará los límites declarados y defendidos por la Liga de Duskhan, y no entrará en el Cúmulo de Koornacht sin un permiso explícito mío. ¿Lo ha entendido?

Ábaht se levantó de su asiento y se irguió cuan alto era.

—Lo he entendido —dijo—. Le ruego que me disculpe, princesa. Tengo muchos asuntos de los que ocuparme.

—Buenos días, general.

Ábaht saludó marcialmente y se fue.

—También quiero su palabra, almirante —dijo Leia, volviéndose hacia Ackbar—. No voy a permitir que una imprudencia por su parte haga que todos mis esfuerzos para llegar a un acuerdo con Nil Spaar no sirvan de nada. He trabajado muy duro para ganarme la confianza del virrey. No tengo intención de perderla sólo porque un analista de inteligencia de segunda clase no ha conseguido que le cuadraran las listas.

—Es usted la jefe de Estado, y mi superiora —dijo Ackbar, poniéndose en pie—. No necesita mi palabra, pero aun así se la doy a pesar de todo: sus órdenes serán obedecidas. Pero no puedo darle mi aprobación. Creo que ha cometido un grave error, y que ha decidido dar preferencia a un asunto de menor importancia colocándolo por encima de otro que es mucho más importante.

—Qué curioso... Eso es justamente lo que me ha pasado por la cabeza mientras le escuchaba a usted y al general Ackbar —dijo Leia—. El mero hecho de que haya accedido a enviar la Quinta Flota a esos sectores ya me ha parecido una concesión muy considerable por mi parte. Quizá debería tratar de agradecérmelo un poquito más en vez de seguir sermoneándome.

—Han... Querido...

El rostro de Han estaba enterrado en una almohada, y su res puesta apenas fue inteligible.

—Eh... ¿Qué pasa?

—Estaba pensando en ciertos asuntos y... Bueno, el caso es que he descubierto que no me gustaba nada lo que estaba pensando.

Han se volvió hacia ella y, a pesar de que estaba medio dormido, intentó mostrar algún interés por lo que le estaba diciendo Leia.

—¿De qué asuntos se trata?

—Esto ya no son unas negociaciones. Me refiero a Nil Spaar, ¿comprendes? Las negociaciones se han convertido en unas meras conversaciones.

—¿Qué quieres decir?

Leia se incorporó en la cama.

—Al principio pensaba que lo único que tenía que hacer era averiguar lo suficiente sobre los yevethanos para descubrir algo que quisieran obtener..., algo que fuese lo suficientemente importante para ellos como para conseguir que reconsiderasen su postura.

—No puedes regatear con un tipo que no quiere comprar nada —dijo Han.

—No —murmuró Leia—. En eso tienes toda la razón. El virrey fue enviado aquí para preservar la situación actual. Nada de comercio, intercambio cultural o acceso a la información científica o técnica y, en cuanto al resto de cuestiones, un mero acuerdo mutuo sobre las fronteras y los territorios y el establecimiento de unos controles fronterizos muy estrictos, y nada más que eso. Para los yevethanos, la única solución aceptable es mantener la situación actual..., y la situación actual es claramente aislacionista.

—Bueno... Es una decisión que les corresponde tomar a ellos y los yevethanos tienen todo el derecho del mundo a optar por el aislacionismo, ¿no?

—Pero es que yo quiero crear un vínculo entre N'zoth y Coruscant. Ésta podría ser la alianza más importante de los últimos diez años..., o de los próximos cincuenta años.

—Siempre hay alguien que no quiere ser miembro del club —dijo Han—. A veces lo hacen sencillamente por llevar la contraria, y a veces obran de esa manera porque no les gusta tener que responder ante nadie y porque no quieren obedecer las reglas de nadie. La independencia tiene un cierto valor, Leia. Cuando hacía las rutas de Praff conocí a un tipo, ¿sabes? Se llamaba... Oh, demonios, ¿cómo se llamaba? Hatirma Havighasu, ahora me acuerdo... Bien, pues Hatirma siempre trabajaba en solitario. Decía que la cooperación era para los cobardes.

—¿Y le iba bien trabajando en solitario?

—Bueno... No podía aceptar encargos de envergadura, claro, y tampoco aquellos en los que necesitas tener a alguien para que te cubra las espaldas. Pero seguía vivo cuando me fui de allí. Era un tipo tan duro que supongo que probablemente todavía vive.

Leia suspiró.

—Quizá se trate de eso —dijo—. Puede que ésa sea la imagen mental de sí mismos que se han formado los yevethanos: tienen que salir adelante utilizando únicamente sus propios recursos, sin deberle nada a nadie. El virrey no me ha dado ni una sola razón concreta que me permita albergar la esperanza de que lleguemos a alguna clase de acuerdo que no sea el que ellos quieren obtener..., salvo por el hecho de que sigue viniendo a verme día tras día.

—¿Y entonces por qué quieres seguir negociando con él? —preguntó Han, irguiéndose sobre los codos para poder ver mejor a Leia en la penumbra del dormitorio—. Este asunto ya lleva dos meses ocupando tu tiempo y consumiendo tus energías.

—Porque Nil Spaar no es ningún fanático —dijo Leia—. Está dispuesto a ser razonable aunque la Liga no esté preparada para serlo. A veces incluso se muestra afable, y eso a

pesar de que la Liga no quiere que lo sea. En estos momentos, nuestra relación personal es el único hilo que une a la Liga y la Nueva República.

—Es un hilo bastante delgado, ¿no?

—No lo creo. El virrey tiene una mentalidad más abierta que quienquiera que haya redactado sus órdenes. Me he dado cuenta de que quiere que yo tenga éxito, y de que está intentando darme tiempo. Espera que consiga encontrar una manera de que lleguemos a un acuerdo.

—¿Estás segura de que todo eso no es meramente un intento de salirte con la tuya, como en tu discusión con Luke?

—¿Qué quieres decir?

—Si los yevethanos quieren esconderse en su lejano rincón perdido del espacio igual que si fueran una raza de ermitaños... Bueno, en ese caso no sé por qué debería importarles lo que nosotros opinemos de esa decisión —dijo Han, encogiéndose de hombros—. A menos que estés pensando en retorcerle el brazo a alguien. Cosa que esta vez probablemente podrías hacer, desde luego.

—No estoy pensando en nada de eso —replicó Leia en un tono bastante seco—. ¿Es que no me has estado escuchando?

—Sólo estoy intentando entender por qué le das tanta importancia a tratar de conseguir que ocurra algo cuando resulta obvio que todo este asunto con el virrey no va a llegar a ninguna parte —dijo Han, poniéndose un poco a la defensiva.

—Quizá ésa sea la razón —dijo Leia, bajando la mirada hacia sus manos—. Quizá sea porque soy la única persona que está en la sala con él. Nadie más puede hacer esto, y sólo yo puedo hacerlo. —Titubeó durante unos instantes antes de seguir hablando—. Puede que una pequeña parte de mí siga intentando demostrar que tengo derecho a estar aquí.

—Nadie lo duda.

—Eres muy amable, Han, pero eso no es verdad. No me costaría nada escribirte una lista con los nombres de cien senadores a los que les encantaría ver cómo abandono el cargo.

—Bueno... No puedes complacer a todo el mundo. Si le gustas a todo el mundo y todos te quieren, entonces probablemente no estás haciendo tu trabajo.

—No se trata de gustar o de que me quieran —dijo Leia, y volvió a titubear—. Supongo que en realidad soy yo quien no está muy segura de si tengo derecho a estar aquí.

Han se volvió hacia ella.

—Eso es pura y simplemente una locura.

—No, no lo es. Nunca fui consciente de cuánto llegó a hacer Mon Mothma, o del terrible esfuerzo que le exigió. Este trabajo es tan abrumador... Todo el mundo quiere un pedazo de ti, y siempre te están pidiendo nuevos pedazos. Se necesita a alguien especial para vérselas con todas esas responsabilidades.

—Tú eres especial, jefa.

—Hay días en los que sencillamente no me siento a la altura de ellas —dijo Leia, y meneó la cabeza—. Behn-kihl-nahm, en cambio... Ah, sería un presidente magnífico. Tiene perspicacia, experiencia, prudencia... Tiene todo lo que hace falta. Lleva más de treinta años aquí, Han. Hay muchos momentos en los que tengo la sensación de ser un mero accidente de la historia. ¿Qué habría ocurrido si a ti y a Luke no se os hubiera metido en la cabeza la idea de rescatarme? Que me habría desvanecido en una nube de humo, eso es lo que habría ocurrido. Adiós, princesa Leia, adiós.

—Me parece recordar a cierta joven princesa llena de recursos que acabó dirigiendo su propio rescate —replicó secamente Han—. De no haber sido por la contribución de todos, no sé si habríamos salido enteros de allí.

—La cuestión es que yo podría haber muerto a bordo de la Estrella de la Muerte —dijo Leia—. Estoy segura de que mi padre habría sido capaz de matarme para obtener lo que quería el Gran Moff Tarkin.

—Nunca has hablado de ese tema.

—Ni siquiera me gusta pensar en él —dijo Leia.

—Vader no sabía que eras su hija.

Los labios de Leia se curvaron en una sonrisa llena de tristeza.

—Eso es bastante significativo, ¿no? Oh, no sé por qué digo estas cosas... Estoy empezando a hablar como Luke, ¿verdad? Ésa es la razón por la que no me gusta recordar el pasado. Volver la vista atrás nunca sirve de nada.

—¿Y por qué lo haces?

—Porque me has preguntado por qué me importan tanto estas negociaciones —respondió Leia, pero se apresuró a corregir su respuesta—. No... Estoy siendo injusta contigo. Llevo una hora acostada en la cama sin atreverme a cerrar los ojos, y sólo puedo pensar en esas condenadas negociaciones.

—Oh —dijo Han—. ¿Has vuelto a soñar con Alderaan?

—Dos veces durante la última semana —murmuró Leia—. Y ésa es otra razón por la que no paro de preguntarme si estoy haciendo lo correcto.

—¿Por qué? ¿Porque has tenido pesadillas? Cualquier persona que hubiera estado allí las tendría.

—Tarkin dijo que era yo quien había determinado la elección de los objetivos que servirían para demostrar el poder de la Estrella de la Muerte —dijo Leia en voz baja y suave—. Sus palabras todavía resuenan en mi mente, y nunca he conseguido dejar de oírlas. Todavía veo la explosión. —Desvió la mirada—. Y hay momentos en los que no puedo evitar tener la sensación de que todas esas personas murieron por mi culpa, y de que yo conseguí sobrevivir porque las traicioné. Y de ser así..., ¿en qué clase de líder o negociadora me convierte eso, Han?

—Tonterías. Sólo hubo un culpable de su muerte, y ese fue Tarkin —replicó Han—. Dijo eso únicamente para manipularte. No soporto ver que su truco todavía sigue surtiendo efecto, Leia.

—Los recuerdos tienen el brazo muy largo —dijo Leia, volviendo a apoyar la cabeza en sus almohadas—. Acabo de darme cuenta de otra cosa, Han. Es algo que tiene que ver con el porqué este asunto me importa tanto... Y como respuesta a tu pregunta, es bastante más válida que todas esas dudas mías sobre si realmente tengo derecho a ocupar la posición que ocupo ahora. —Meneó lentamente la cabeza y cerró los ojos—. Mi padre se esforzó tanto para dividir a la galaxia, que es como si me sintiera obligada a hacer cuanto pueda para unirla.

—No puedes cargar con todo ese peso...

—No puedo negarme a cargar con él —dijo Leia—. Luke no es el único que tiene sus demonios particulares, ¿sabes? Yo también tengo los míos, y ésa es la razón por la que nunca podrás pedirme que me olvide de esas responsabilidades. No sé si soy la persona más adecuada para encargarme de este trabajo, y hay momentos en los que me deja tan agotada que apenas puedo pensar y temo que voy a enloquecer, pero quiero estar aquí. Si estoy aquí, tal vez pueda hacer que el futuro sea un poco mejor. —Se volvió hacia su esposo e intentó distinguir su rostro en la oscuridad—. Eso es lo que intento hacer en esa sala cuando hablo con Nil Spaar, Han... Quiero conseguir que el futuro sea un poco mejor. ¿Hago mal?

Han estiró el brazo y le cogió la mano, apretándosela suavemente en una silenciosa demostración de afecto y perdón.

—No. No hay nada malo en eso. Pero tal vez deberías pensar en permitirte unas pequeñas vacaciones ocasionales. Ya sabes, cuando empiezas a tener la sensación de

que las paredes se te van a caer encima de un momento a otro... Deja que otro se ocupe de la tienda durante una temporada.

—No hay nadie más —dijo Leia, con una sombra de tristeza en la voz—. Vienen aquí a ver a la presidenta, y eso quiere decir que he de ser la presidenta.

—Virrey, antes de que demos por terminada la reunión de hoy... Me estaba preguntando si podría pedirle un favor.

—¿De qué se trata?

—Me pregunto si podría satisfacer mi curiosidad sobre una cuestión histórica.

Nil Spaar inclinó la cabeza.

—Lo haré si puedo, princesa. No soy historiador.

—Es historia reciente —dijo Leia—. Se trata de algo que ocurrió bastantes años después de su nacimiento.

—Eso no supone ninguna garantía de que conozca la respuesta —dijo el virrey con una sonrisa—. Pero formule su pregunta, y veremos qué puedo responderle.

—Cuando el Imperio ocupó los mundos de la Liga, ¿estableció algún astillero en ellos?

—Oh, sí —dijo Nil Spaar— Varios, de hecho. Es una parte de la historia con la que estoy familiarizado. Los yevethanos poseemos grandes habilidades en todo lo concerniente a la mecánica y la ingeniería. Estas manos... —agitó seis largos dedos enguantados delante del rostro de Leia— rara vez se equivocan. Estas mentes... —se dió unos golpecitos en el tórax, justo debajo de su cuello— aprenden muy deprisa. Pero el Imperio convirtió nuestros dones en nuestra maldición. Miles de congéneres míos fueron obligados a trabajar como esclavos reparando las máquinas que eran utilizadas para oprimirnos, y para librar la guerra contra su Rebelión.

—Cuando el Imperio se fue de Koornacht...

—Se llevaron todo lo que pudieron consigo, y destruyeron todo lo que no podían llevarse: destruyeron los astilleros, los espaciopuertos y las centrales generadoras que les suministraban energía, e incluso las pocas naves de que disponíamos..., matando a más de seis mil yevethanos durante el proceso. Fue un último acto de salvajismo con el que pusieron fin a un reinado de crueldad —dijo Nil Spaar—. Pero dígame una cosa, princesa... ¿Por qué me hace esta pregunta? Conozco muy bien las expresiones de su rostro, y esto no es mera curiosidad ociosa.

—No —admitió Leia—. Mis asesores de defensa están preocupados por la posibilidad de que haya viejos navíos imperiales de gran tamaño en la zona de patrulla del Mando Espada Negra..., en Farlax y Hatawa, para ser exactos. Es más una cuestión de hacer cuadrar los libros que otra cosa, pero he tenido que darles permiso para que lleven a cabo algunas investigaciones.

—Sus asesores han dado una encomiable muestra de prudencia al insistir en ello —dijo Nil Spaar—. Le prestan un buen servicio al preocuparse por tales asuntos. Y dígame, ¿cuántas naves están buscando?

—Cuarenta y cuatro, virrey —respondió Leia—. Yo no puedo ofrecerle nada salvo mi buena voluntad, pero usted podría serme de gran ayuda en lo que debería ser una cuestión sin importancia. Si pudiera pedir a sus historiadores que echaran un vistazo a la lista de las naves desaparecidas, y que transmitieran toda la información disponible sobre el destino sufrido por cualquiera de esas naves que pudiera haber estado en Koornacht...

—Nos está pidiendo que revivamos un pasado muy desagradable —dijo Nil Spaar.

—Lo siento. Se lo pido únicamente porque espero que así podré conseguir que la operación de búsqueda se mantenga lo más alejada posible de Koornacht..., y eso quizá incluso pueda hacer innecesaria toda la operación.

—No he dicho que no debiera pedírmelo. De estar en su situación, yo lo habría hecho.

—Le agradezco su comprensión.

—Tampoco he dicho que no vayamos a ayudarles —prosiguió Nil Spaar—. Mi misión es proteger a mi pueblo. Si puedo contribuir a disipar los temores de sus asesores,

entonces estoy sirviendo a ese deber. Déme la lista. La transmitiré al guardián de los archivos y antigüedades, y veremos qué se puede averiguar.

—Almirante, quiero que sepa que no entra en mis planes convertir en una costumbre este tipo de ejercicio inútil —dijo Ackbar, jadeando mientras caminaba por la pista junto a Drayson.

—Pensé que debía saber que Leia le había entregado esa lista.

—¿Cómo?

—Durante la tercera sesión, esta tarde.

—No debería haber hecho eso —dijo Ackbar, visiblemente preocupado—. ¿En qué podía estar pensando?

—Pidió al virrey que le proporcionara un informe sobre lo que saben los yevethanos de las naves desaparecidas —dijo Drayson con voz firme y tranquila—. De hecho, le pidió que se registrara los bolsillos él mismo para que la Quinta Flota no tenga que llegar a inspeccionarlos.

—Qué estúpido por su parte.

—Pero también lógico, desde cierto punto de vista. La princesa confía en él.

—¿Y usted? ¿Confía en él?

—No me pagan para que confíe en la gente —replicó Drayson.

—¿Y si esas naves están en poder de los yevethanos?

—Entonces estas conversaciones con Nil Spaar realmente son todo lo importantes que la princesa cree que son.

—No me gusta nada la forma en que Nil Spaar ha conseguido separarla de sus asesores —dijo Ackbar, moviendo la cabeza en una lenta sacudida—. Tendría que haber hablado con nosotros antes de haberle entregado esa lista.

—Pero no lo hizo —dijo Drayson—. Sin embargo, hay un aspecto en el que su acción puede resultarnos beneficiosa. Cuando Nil Spaar transmita esa lista a su planeta, eso debería permitirnos descifrar de una condenada vez sus claves de codificación. La lista tiene una longitud más que suficiente para ello, e incluye secuencias muy peculiares y fáciles de reconocer.

Las palabras de Drayson no parecieron consolar demasiado a Ackbar.

—Mientras tanto, tal vez hayamos revelado nuestros planes..., y la Quinta Flota zarpará dentro de dos días. ¿Qué voy a decirle al general Ábaht?

—Nada —replicó Drayson con firmeza—. Todavía no hay nada que podamos decirle. Veamos qué tal responde el virrey a la petición de Leia. Su reacción podría proporcionarnos alguna información bastante valiosa.

La lista que Leia había entregado a Nil Spaar se había vuelto amarilla debido a la acción del desinfectante y estaba sellada detrás de una gruesa capa de isófono transparente. Era el primer artefacto de la Nueva República que el virrey había permitido fuese introducido en sus aposentos del Aramadia..., y ello únicamente porque necesitaba reflexionar largamente sobre su significado.

Nil Spaar dedicó más de una hora a repasar meticulosamente el plan que había estado siguiendo y a decidir si la lista que tenía ante él alteraba alguna de las bases sobre las que se sustentaba, y acabó llegando a la conclusión de que no era así. Todo seguiría como antes, con la única diferencia de que quizá hubiera un pequeño cambio en el calendario establecido.

—Lo saben —dijo, inclinándose sobre el comunicador que enviaría su transmisión a su lugarteniente de N'zoth—. Preparaos. Ya no falta mucho.

Después fue hasta el mamparo y abrió el útero nocturno en el que su nido aguardaba con impaciencia el momento en que decidiera volver a él. Nil Spaar se hundió en su reconfortante suavidad y su aroma tranquilizador y permitió que el nido envolviera su cuerpo en un manto de oscuridad, encerrándolo en su refugio y rodeándolo con un

delicado abrazo lleno de amorosa preocupación. El éxtasis no tardó en llegar, y Nil Spaar se entregó a la alegría de la reunión.

—Tengo buenas noticias para usted, princesa —dijo Nil Spaar cuando se encontraron a la mañana siguiente en el centro de la Gran Sala. Mientras hablaba le entregó una copia de la lista que Leia le había dado, y Leia la recorrió rápidamente con la mirada. La mayoría de los cuarenta y cuatro nombres habían sido señalados con marcas de un color, y los restantes habían sido señalados con marcas de otro color—. He consultado con quienes poseen más información sobre este asunto —siguió diciendo Spaar—, y he descubierto que sabían qué había sido de todas las naves que he marcado. La mayoría fueron destruidas en los astilleros de N'zoth, Zhina y Wakiza. En cuanto a las otras, se sabe que tomaron parte en las operaciones de destrucción y en la retirada.

—Estoy abrumada, virrey. Son unas noticias magníficas..., mucho mejores de lo que me había atrevido a esperar. Y el haber podido disponer de una respuesta tan deprisa hace que se lo agradezca todavía más.

Nil Spaar asintió.

—No ha sido muy difícil, princesa. Sencillamente se trataba de un asunto sobre el que poseíamos datos de los que ustedes carecían. ¿Nos sentamos?

—Por supuesto —dijo Leia, y los dos ocuparon sus sitios de costumbre—. Virrey, desearía poder devolverle este favor con otro de la misma clase. ¿No hay ninguna pregunta para la que yo pueda proporcionarle una respuesta? Alguna cuestión científica, histórica.., tal vez incluso de su propia historia. La Nueva República dispone de pleno acceso a todas las bibliotecas de Obra-skai.

—No —dijo Nil Spaar—. Estoy seguro de que me hace esa oferta con la mejor de las intenciones, pero no creo que sus bibliotecas den ninguna importancia a lo que los yevethanos valoramos. Me parece que debo decirle que quienes me proporcionaron la información que usted me solicitó también me pidieron que le entregara una lista con los nombres de los seis mil cuatrocientos cinco yevethanos que murieron ese día. Se me dijo que debía administrarle una reprimenda, tal como hacen los padres con sus hijos, y decirle que les parece lamentable que le interese más el destino de unas máquinas que el de unos seres vivos.

—Pero virrey...

—Yo la conozco, en tanto que ellos no la conocen, y sé que su corazón es capaz de sentir dolor por las pérdidas que sufrimos. Pero, como puede ver, ése es otro aspecto en el que su pueblo es distinto del mío. Y cuando las diferencias son tan profundas, es muy fácil ofender y sentirse ofendido..., quizá incluso inevitable. Es uno de los peligros que encierra el mantener un contacto más estrecho.

—Lo siento muchísimo, virrey —dijo Leia—. No pretendía insultar a quienes murieron durante ese día. Usted sabe que sólo quería asegurarme de que nadie más tendría que morir. Por favor... ¿Querrá aceptar mis disculpas?

—Sus disculpas no son necesarias —dijo Nil Spaar—. Los criterios de enjuiciamiento que aplico a su persona no son los mismos que emplearía con un yevethano. Es suficiente. Hablemos de otra cosa.

—Buenos días, almirante —dijo la voz que surgió del comunicador—. ¿Está solo?

Ackbar tardó unos momentos en ser capaz de reaccionar.

—Yo... Sí, adelante.

—Hay algo que debería saber antes de hablar con el hombre que va a mandar esa flota —dijo Drayson—. Hace un rato Nil Spaar entregó a la princesa Leia la respuesta que le había pedido, y era la clase de respuesta que ella deseaba oír..., que la mayoría de esas naves ya no existen. Pero Nil Spaar no ha transmitido la lista a su planeta.

—¿Está seguro de ello?

—Sí. No sé qué envió, pero era demasiado corto para haber sido la lista. Y no ha habido ninguna contestación.

—¿Significa eso que Nil Spaar está mintiendo..., o que ya sabía qué había sido de esas naves?

—Tal vez sólo signifique que ya tenía a mano todos los registros que necesitaba. No podemos saberlo.

—Pero es a Leia a quien debería estarle diciendo todo esto, no a mí.

—Ya sabe que eso no es posible. La princesa está decidida a jugar según las reglas.

—¿Y qué le digo al general Ábaht? —preguntó Ackbar, sintiéndose tan exasperado que no pudo evitar alzar la voz—. La Quinta Flota zarpará dentro de menos de cuarenta horas.

—Me temo que antes de que eso ocurra usted estará bastante ocupado intentando hacer de arbitro en una pelea, almirante —replicó Drayson—. Pero dígame que tenga muchísimo cuidado.

—... y, como ven, ahora podemos volver a discutir nuestros planes originales para la Quinta Flota —dijo Leia—. Esta misión a Farlax y Hatawa, que habría supuesto una provocación innecesaria, ya no tiene por qué ser llevada a cabo. No hay ninguna Flota Negra escondida allí.

El almirante Ackbar examinó la lista y se la pasó al general Ábaht, que estaba sentado a su derecha en la gran mesa de conferencias.

—No creo que esto cambie nada, princesa —dijo—. Quiero que el general Ábaht lleve a cabo la misión de búsqueda tal como se había planeado en un principio.

—No lo entiendo, almirante —dijo Leia, y su rostro mostró una considerable sorpresa—. Hablé con el virrey y le he conseguido las respuestas que deseaba. ¿Por qué no quiere aceptarlas?

—Esto no significa nada —dijo el general Ábaht, dejando caer la lista sobre la mesa—. No hay ninguna documentación, ninguna prueba... Sólo es su palabra.

—Estoy totalmente convencida de que podemos confiar en la palabra del virrey —dijo Leia.

—¿Por qué? —preguntó Ábaht con voz desafiante—. ¿Porque le cae bien? ¿Acaso ha disfrutado de una existencia tan cómoda y protegida que nunca se ha llevado la decepción de descubrir que una persona que le caía bien le había mentado?

—Creo en la palabra del virrey porque quiere las mismas cosas que yo...

—O es lo suficientemente inteligente para hacérselo creer.

—General... —dijo Ackbar en un claro tono de reprobación—. Princesa, debo recordarle que fue usted quien accedió a reunirse con el virrey a solas. Estamos en desventaja a la hora de evaluar los motivos de Nil Spaar. Pero ése no es el problema.

—¿Cuál es?

—El de si estamos preparados para aceptar que ahora somos un gran poder —dijo Ackbar—. Princesa, una tercera parte de esa región del espacio se ha unido a la Nueva República o está a punto de hacerlo. Otra tercera parte, o quizá un poco más, no ha sido reclamada por nadie, se encuentra deshabitada o es objeto de disputa. Incluso si acepta la hegemonía que la Liga de Duskhan pretende atribuirse sobre todo el territorio de Koornacht, los yevethanos apenas si controlan una décima parte de la región. Tenemos todo el derecho del mundo a estar allí.

—¿Por qué? ¿Sólo porque ningún gobierno de esa región puede impedirnoslo? —preguntó Leia—. ¿Son éstos los criterios de moralidad que cree debería estar siguiendo la Nueva República? Esas palabras me parecen más propias de un consejero del Emperador que de usted, almirante.

—Leia, debemos seguir nuestros principios, o de lo contrario no tendrán ningún significado —replicó Ackbar—. Hemos proclamado el principio de la libertad de navegación, que está recogido en el

Artículo Once del Pacto. El espacio interestelar y el hiperespacio no son propiedad de nadie, y se hallan abiertos a todos. No reconocemos ninguna reclamación territorial que vaya más allá de los límites de un sistema estelar determinado. ¿Cree en el principio de la libertad de navegación?

—Por supuesto que sí.

—Pues entonces no existe ningún precedente que justifique el que la Liga de Duskhan quiera atribuirse derechos territoriales sobre todo un cúmulo estelar entero —dijo Ackbar—. Estoy dispuesto a aceptar que decidamos no entrar en Koornacht en esta ocasión. No estoy dispuesto a aceptar que no tenemos ningún derecho a ir allí.

—Lo que realmente importa en todo este asunto es lo que la Liga de Duskhan está dispuesta a aceptar.

—Eso no es más importante que nuestros principios —dijo Ábaht—, y tampoco es más importante que nuestra propia seguridad. La idea de que deberíamos mantenernos alejados de Farlax meramente porque nuestra presencia allí podría poner nerviosos a los yevethanos es absurda. Si tiene su origen en ellos, es mera paranoia irracional. Si tiene su origen en usted, es mera timidez irracional.

Un oscuro destello de ira ardió en los ojos de Leia.

—General, está empezando a parecerme que la posibilidad de que nuestro comportamiento ofenda a la Liga de Duskhan no le preocupa lo más mínimo.

—Si teme ofender a alguien, entonces ese alguien siempre podrá controlarla —dijo Ábaht—. Y ésa no es forma de gobernar, ni de negociar. Nadie respeta la debilidad.

—¿Debo entender que considera que la amistad no es más que una mera debilidad?

—Los tratados no se basan en la amistad. Se basan en el mutuo interés de ambas partes, porque de lo contrario no son más que una sarta de mentiras cortesas.

—Es usted un auténtico prodigio de cinismo, ¿verdad?

—Me temo que el general tiene razón —dijo Ackbar—. Debemos respetar los tratados tanto en lo referente a los derechos que nos conceden como en lo que concierne a las obligaciones que nos imponen. Pero no podemos sacrificar nuestra libertad de acción meramente para complacer a alguien que podría llegar a ser aliado nuestro. No podemos ponernos grilletes en las manos meramente para tranquilizar a un posible enemigo. Si lo hacemos, les habremos entregado toda nuestra fortaleza. Sería como ponerlos encima de un pedestal y convertirlos en nuestros iguales..., cuando no lo son.

—Creía que la igualdad era otro de nuestros principios.

—Entre los miembros de la Nueva República, sí —dijo Ackbar—. Pero tendrá que admitir que, incluso dentro de ella, algunos son más iguales que otros. Lo primero que debemos hacer es proteger nuestros propios intereses, princesa. Y en este caso, el primero y más importante de nuestros intereses es averiguar qué ha sido de la Flota Negra. Si podemos confirmar lo que le ha dicho el virrey, entonces me llevaré una gran alegría..., pero debemos confirmarlo.

—Por sí solas, las naves sobre las que Nil Spaar no ha podido decir nada ya son un motivo de preocupación más que suficiente —dijo Ábaht.

Leia le ignoró, y concentró su atención en Ackbar.

—¿Realmente da tanta importancia a que la Quinta Flota vaya allí?

—Sí, princesa. Si revoca las órdenes actuales de la Quinta Flota, entonces tendrá que encontrar a alguien para que me sustituya —dijo el calamariano—. No tendré otra elección. Si no gozo de su confianza, no podré seguir en mi puesto.

Leia cerró los ojos e inclinó la cabeza en un movimiento casi imperceptible. ¿Cómo podía considerarse más capacitada para evaluar la situación que Ackbar? Aquellas cuestiones eran su especialidad. Leia no confiaba en sí misma hasta tal extremo.

—Muy bien —dijo por fin—. Las órdenes actuales no serán revocadas.

Han Solo supo que ocurría algo raro apenas vio que Leia volvía a la residencia presidencial a media tarde. Pero nunca podría haber adivinado lo que su esposa iba a pedirle que hiciera cuando fue a reunirse con él en el jardín.

—Han, necesito que vayas con la Quinta Flota en esta misión.

—¿Qué? Pero eso es una locura, Leia. ¿Para qué necesitas que les acompañe?

—Debido a Ábaht —respondió Leia—. No sé si realmente acepta mi autoridad y mi capacidad para tomar las decisiones más acertadas en cada momento.

—Pues entonces pídele al almirante Ackbar que le releve del mando. Tienes derecho a disponer de altos oficiales en los que puedas confiar.

—No puedo darle ningún motivo concreto que lo justifique —dijo Leia—. Ábaht no ha hecho nada que no debiera hacer. Es sólo que... Bueno, no estoy segura de qué hará cuando se encuentre lejos de aquí y pueda actuar por su cuenta.

—Es una razón más que suficiente para relevarle del mando —dijo Han—. Ackbar lo entenderá.

—No —dijo Leia—. No lo entenderá. Han, tengo el presentimiento de que he de estar allí aunque sea a través de un intermediario, de que debo estar al lado del general Ábaht... No puedo explicártelo. La idea de ver zarpar mañana a la Flota sin que haya ningún amigo a bordo me aterroriza.

—¿Y por qué yo?

—Eres la única persona en quien confío sin ninguna clase de reservas —dijo Leia—, y además ya dispones de todas las autorizaciones y accesos de seguridad necesarios.

—¿Qué hay de los chicos?

—Ya he hablado con Winter. Ha accedido a volver a cuidar de ellos mientras tú estés fuera.

Han la fulminó con la mirada.

—Ésa no es la manera en que habíamos decidido que se harían las cosas.

—Todo irá bien. Pasaré más tiempo en casa.

—Ya sabes que esto no le va a gustar nada a Ábaht, ¿verdad? —preguntó Han—. Un militar de alta graduación no soporta tener la sensación de que está siendo vigilado, y Ábaht me tendrá a mano para poder desahogarse cada vez que se enfade.

—Sabrás soportarlo.

—Esperaré que lleve el uniforme completo. Tendré que afeitarme cada mañana...

—Sé que te estoy pidiendo mucho, Han. Lo más probable es que se trate de una misión larga y aburrida. Espero que lo sea.

—Bueno, entonces... Oh, Leia, ¿por qué he de ir?

—Por si las cosas no van tal como yo deseo que vayan.

Han deslizó los dedos de una mano por entre sus cabellos y después se rascó vigorosamente la nuca.

—Demonio de mujer... Nunca entenderé cómo consigues convencerme de que haga estas cosas...

Leia le abrazó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Gracias, querido.

—Sí, así es como consigues convencerme —dijo Han, y suspiró—. Tendré que coger una lanzadera esta misma noche, ¿no?

—A eso de las nueve. Una lanzadera de cuatro plazas de la Flota te está esperando en Puerto del Este.

—Pues entonces será mejor que empiece a hacer el equipaje.

Los brazos de Leia se tensaron a su alrededor.

—Ya he enviado al mayordomo para que lo haga por ti —dijo—. Ahora tienes que quedarte aquí y seguir abrazándome hasta el último segundo.

—De acuerdo —murmuró Han—. Es justo lo que estaba a punto de decir.

La pequeña flota del coronel Pakkpekatt llevaba veintidós días siguiendo al Vagabundo de Teljkon en su trayectoria por el espacio profundo de los alrededores de Gmar Askilon. Durante todo ese tiempo, la nave misteriosa no había hecho nada que permitiera suponer que había detectado su presencia.

El Vagabundo no había alterado su curso, acelerado, decelerado, emitido ninguna radiación, transmitido ninguna energía coherente, alterado su firma calórica o examinado a la flota mediante ninguno de los medios conocidos por la Nueva República. Continuaba flotando en el vacío, aparentemente inerte, siguiendo la misma trayectoria que llevaba cuando fue avistado por el hurón IX-44F hacía ya casi tres meses.

La flota había hecho cuanto estaba en sus manos para preservar el silencio. No habían enviado ningún mensaje al Vagabundo. Ningún sensor activo lo había recubierto con sus pinceladas de energía. Ninguna nave se había aproximado a menos de cincuenta kilómetros, para así respetar los hechos de que el contacto con la nave de Hrasskis se había producido a un radio de trece kilómetros y de que la catástrofe de la fragata Corazón Valiente se había producido cuando se hallaba a diez kilómetros de distancia del Vagabundo.

Los expertos técnicos de Pakkpekatt habían obtenido incontables imágenes de la nave, usando cada banda del espectro. Habían creado modelos tridimensionales de ella para llevar a cabo análisis estructurales. Habían intentado correlacionar la estructura y los mecanismos visibles con las tecnologías conocidas.

Y a pesar de todo eso, seguía sin haber prácticamente ninguna base que permitiera elegir entre las muchas posibilidades. El abanico empezaba con la afirmación de que no había seres inteligentes a bordo, y después se iba extendiendo en una larga serie de variantes: hubo seres inteligentes a bordo en el pasado, pero habían abandonado la nave; hubo seres inteligentes a bordo en el pasado, pero llevaban mucho tiempo muertos; había seres inteligentes a bordo, pero se hallaban en estado de hibernación; había seres inteligentes a bordo, pero los sistemas de su nave habían dejado de funcionar y flotaban a la deriva; había seres inteligentes a bordo, pero no consideraban que la flota fuera digna de merecer su atención; había seres inteligentes a bordo, y estaban esperando a que Pakkpekatt hiciera el primer movimiento; había seres inteligentes a bordo, y estaban esperando a que Pakkpekatt cometiese un error...

Era casi imposible mantener una conversación mínimamente prolongada sin que alguien te preguntara cuál era tu teoría. Apostar por un desenlace u otro se había convertido en una auténtica manía, y Lando tuvo que hacer considerables esfuerzos de voluntad para mantenerse alejado de toda aquella frenética actividad apostadora.

Pero cuando Lobot le interrogó en privado, Lando optó por dar una de las respuestas menos populares.

—Como destino espacial esta zona no me parece gran cosa, pero es un buen sitio para esconderse —dijo—. En los otros avistamientos ocurrió exactamente lo mismo: todos tuvieron lugar en el espacio interestelar. Aquí fuera no hay nada que pueda atraer ni siquiera a las clases más bajas de la sociedad espacial, y te aclaro que al decir eso me estoy refiriendo a los buscadores de minerales, los contrabandistas y los pequeños transportistas.

—Prácticamente todo el tráfico interestelar se lleva a cabo a través del hiperespacio.

—Y la ruta del hiperespacio no pasa por este barrio —dijo Lando—. Nadie viaja por las profundidades del espacio interestelar salvo los piratas, y no muchos de ellos lo hacen. Éste es el sitio más solitario que he visto en toda mi vida. Y hay otra cosa: esta nave no parece tener ninguna prisa por llegar a algún otro sitio. No creo que haya nadie a bordo.

—¿Y entonces cuál sería su propósito?

—Esconder algo —dijo Lando—. Mantener escondido algo en un sitio lo más seguro posible. Algo increíblemente valioso, dado el esfuerzo llevado a cabo... Estoy pensando que lo que tenemos ahí es alguna especie de nave del tesoro.

—Hay veintidós mil cuatrocientas culturas conocidas que entierran toda clase de riquezas junto con sus muertos —dijo Lobot, abriendo una conexión.

—¿Tantas? Verás, esta nave podría ser la tumba de algún gran potentado planetario y estar llena a rebosar de todos los bienes que poseyó en vida... Eso explicaría muchas de las cosas que no entendemos, como son por qué está aquí y por qué está haciendo lo que está haciendo. —Lando frunció los labios mientras reflexionaba—. Esa idea me gusta mucho.

—La información contenida en los bancos de datos indica que los ladrones de tumbas son un problema muy común —dijo Lobot, que todavía estaba procesando la conexión que acababa de abrir—. El diseño de la tumba suele incluir trampas, barreras, pasadizos que no llevan a ninguna parte, entradas falsas y otros tipos de defensas contra las intrusiones.

—Robar tumbas parece una ocupación muy entretenida —dijo Lando, sonriendo jovialmente—. Aunque quizá deberías catalogar todos esos trucos defensivos.

—Lo estoy haciendo —dijo Lobot—. Lando, mi información sugiere que los robos de tumbas son muy comunes inmediatamente después de que la construcción haya sido completada, a menos que los trabajadores que conocen las defensas sean ejecutados. Quizá esta nave ya haya sido abordada.

—Si alguien hubiera entrado en esa nave, se la habrían llevado a casa con ellos —dijo Lando, meneando la cabeza—. Sigue estando herméticamente cerrada y lista para luchar. Mantén los ojos bien abiertos cuando violemos el perímetro mañana. Si la nave no empieza a chillar, te juro que volveré a Coruscant andando.

El hurón automatizado D-89 tenía una cita con un punto imaginario del espacio situado a doce kilómetros exactos de la popa del Vagabundo de Teljkon.

Moviéndose en una veloz trayectoria que cortaría la que estaba siguiendo el Vagabundo en un ángulo recto, el hurón atravesaría la esfera defensiva imaginaria que rodeaba al Vagabundo mediante la maniobra que los marinos llaman cruzar la T. La misión del D-89 consistía en violar el perímetro de una forma muy parecida a como lo había hecho la nave de Hrasskis, pero no de una manera tan agresiva como lo había hecho la Corazón Valiente.

—Quiero una provocación mínima que suponga un riesgo mínimo para nuestros recursos —había ordenado Pakkpekatt.

Según el plan, el hurón permanecería dentro del perímetro defensivo del Vagabundo durante menos de un segundo. Si la nave alienígena intentaba saltar al hiperespacio, las patrulleras que generaban el campo de interdicción estarían directamente delante de ella, listas para detenerla.

—Igual que ponerse a dar palmadas detrás de una rana de las arenas para hacer que salte a tu red —dijo Lando—. Espero que la red aguante, coronel.

—¿Tiene alguna razón para pensar que no lo hará?

Lando se encogió de hombros.

—No sabemos con qué clase de impulsor hiperespacial cuenta esa nave. Un campo de interdicción que ha sido diseñado para nuestros motores podría no dar resultado con ella.

—No se trata de una cuestión de diseño, sino de principios. Ningún sistema de hiperimpulsión puede operar dentro de la sombra de un pozo de gravedad planetario, o eso es lo que me han asegurado mis técnicos. Y confío en su capacidad.

—Apostaría a que el capitán de la Corazón Valiente también confiaba en sus escudos —dijo Lando—. Es una pena que el Servicio de Inteligencia no haya podido echar mano a un Interdictor de máxima potencia para esta misión...

—Ahí viene —dijo Pakkpekatt en voz baja y suave.

—Todos los sistemas de registro han sido activados —canturreó el teniente Harona—. Todos los escudos están a máxima potencia. Todos los puestos de mando han enviado la confirmación positiva. El campo de interdicción está preparado. El capitán del Rayo informa de que está preparado para iniciar la persecución en el caso de que sea necesario.

—Que nadie parpadee —murmuró Lando.

Como preparativo para la intercepción, Pakkpekatt había ordenado que el Glorioso abandonara su posición de seguimiento habitual a quince kilómetros por detrás de la popa del Vagabundo para colocarse a la menos peligrosa distancia de veinticinco kilómetros. A esa distancia, el hurón habría sido visible como un punto que avanzaba rápidamente por la derecha, y el Vagabundo como un óvalo que se interponía en su trayectoria..., si alguna de las dos naves hubiera estado iluminada por los rayos de un sol cercano, tuviera encendidas las luces de navegación o se recortara sobre la distante luminosidad de una nebulosa. Al no darse ninguna de aquellas circunstancias, no había nada que ver.

—Marquen las posiciones —dijo Pakkpekatt.

Un círculo rojo apareció alrededor de la posición de la nave alienígena. Un círculo móvil de color verde indicó el avance del hurón.

—Ampliación centro, derecha —dijo el coronel.

La ya familiar imagen borrosa de la cola del Vagabundo llenó el tercio derecho de la pantalla visora.

—Veamos la transmisión del Rayo, a la izquierda —dijo Pakkpekatt.

La sección izquierda de la pantalla visora del puente adquirió una frontera de un color azul pálido, y un estallido de puntitos luminosos llenó esa parte y acabó convirtiéndose en una imagen de perfil del extraño navío.

—Quiero ver la distancia —solicitó Pakkpekatt.

Una hilera de números apareció en la parte superior de la pantalla visora. Al principio los números fueron disminuyendo rápidamente, y luego lo hicieron más despacio. Los dos círculos de la imagen se fundieron cuando la estimación de la distancia se detuvo en los números 12.001 durante un momento, para volver a incrementarse casi enseguida.

De repente los altavoces del puente empezaron a emitir un ensordecedor sonido tremendamente modulado. No se lo podía llamar musical, pero no había ninguna otra palabra que pudiera describir mejor la experiencia que suponía el oírlo. Tres hombres que llevaban auriculares se los arrancaron de un manotazo y los tiraron al suelo, pero eso sólo sirvió para que descubrieran que el sonido seguía atacando sus oídos, casi con la misma potencia, desde el sistema de comunicaciones de la nave.

Lando no pudo reprimir una mueca de sorpresa cuando descubrió que el sonido le resultaba familiar y nuevo al mismo tiempo: era el mismo de la grabación obtenida por la nave de Hrasskis, pero mucho más nítido. Por primera vez, Lando pudo notar que había dos líneas «melódicas», algo que sólo los analizadores de señales habían sido capaces de detectar anteriormente.

Una oleada de alivio general recorrió el puente cuando la señal del Vagabundo cesó de repente. Una vez hecho su trabajo, el D-89 prosiguió su trayectoria hasta salir de la zona de intercepción y desaparecer de la imagen del puente.

Y, prácticamente en ese mismo instante, el círculo que indicaba la posición del D-89 se esfumó y un cegador destello blanco llenó las tres secciones de la pantalla visora, ardiendo en ella con tal intensidad que quienes tenían la vista vuelta en esa dirección quedaron cegados durante unos momentos. Cuando el fogonazo se esfumó, el Vagabundo había desaparecido de la transmisión del Rayo y se había vuelto repentinamente bastante más pequeño en la imagen ampliada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pakkpekatt.

—El objetivo ha saltado..., pero el campo ha conseguido mantenerlo dentro del espacio real —dijo Harona—. El objetivo ha avanzado unos tres kilómetros. Ahora se ha quedado inmóvil, y no hay ninguna señal de que los motores sublumínicos estén funcionando.

—Mi corazón también ha estado a punto de saltar al hiperespacio —dijo Lando—. Por un momento pensé que el Vagabundo había estallado, o que nos había disparado.

Esperaron durante casi una hora antes de decidir que no iba a ocurrir nada más. Después Pakkpekatt transmitió la orden de avanzar a las naves localizadores, y el Glorioso volvió a su posición acostumbrada, quedando nuevamente a quince kilómetros de la popa del Vagabundo.

—Reunión en mi sala de conferencias dentro de quince minutos —anunció el coronel por el comunicador general del puente—. Quiero tener los datos de encuentro preliminares de todos los equipos disponibles encima de la mesa, y quiero que los comandantes de los equipos de abordaje estén presentes.

—¿Habéis recibido esa señal? —preguntó Lando, volviéndose hacia Lobot.

—No teníamos más remedio que recibirla —respondió Lobot—. La misma pauta fue emitida en múltiples frecuencias a lo largo del espectro de energía, y no sólo fue captada por los receptores que se hallaban activados, sino que también fue inducida dentro de los circuitos pasivos.

—¿Y es la misma señal del avistamiento de la nave de Hrasskis? A mí me pareció que era la misma.

Erredós emitió un corto y enfático trino de respuesta.

Cetrespeó se irguió envaradamente y adoptó su mejor postura de oratoria oficial antes de traducirlo.

—Erredós informa de que, excluyendo de sus cálculos las secciones no recibidas y las que quedaron distorsionadas en la grabación original, la probabilidad de que la nueva señal sea idéntica es superior al noventa y nueve por ciento.

—¿Me estáis diciendo que hemos llenado todos los huecos? Bueno, eso ya es algo. ¿Reconoces el lenguaje, Cetrespeó?

—No, amo Lando —dijo Cetrespeó con una muy convincente imitación del abatimiento—. Aunque domino con fluidez más de mil lenguajes y códigos que emplean vibraciones de una sola frecuencia como unidades de significado, la sintaxis de este lenguaje es distinta a la de todos esos métodos de comunicación.

—Maldición —dijo Lando—. Creo que Pakky está a punto de enviar a los equipos de abordaje, y seguimos sin saber qué está intentando decirnos esa nave. Quiero que todos continuéis trabajando en este asunto. Ya seguiremos hablando cuando haya regresado de la reunión.

La sala de conferencias de que disponía el capitán del Glorioso no había sido construida para acoger a todos los cuerpos que habían logrado introducirse en ella. Cuando Lando llegó, no quedaba ningún sitio libre en la mesa, y todos los asientos auxiliares colocados a lo largo de las paredes estaban ocupados salvo uno.

El asiento vacío quedaba directamente detrás de Pakkpekatt, que estaba sentado en el centro de uno de los lados de la gran mesa oblonga. Lando optó por permitir que siguiera vacío, y se conformó con estar de pie delante de uno de los paneles donde se narraba la historia del navío.

—Ya podemos empezar —dijo Pakkpekatt, reconociendo indirectamente la presencia de Lando con aquellas palabras—. En primer lugar, me gustaría oír el informe del equipo de seguimiento. Procure que no sea demasiado largo.

—Sí, señor —dijo un oficial bastante delgado sentado a la derecha de Lando—. La respuesta inicial del objetivo tuvo lugar cero coma ocho segundos después de que se completara la aproximación, y duró seis segundos. La respuesta secundaria del objetivo tuvo lugar seis segundos después...

—Parece que no tienen muchas reservas de paciencia —dijo Lando.

Dos oficiales rieron, y después enseguida lamentaron haberlo hecho y se pusieron serios al instante.

—... y tuvo como resultado un salto abortado de dos coma ocho kilómetros a lo largo del vector de vuelo.

—Yo tampoco tengo demasiada paciencia, general Calrissian. Si pudiera limitar sus comentarios a cuestiones relacionadas con el objeto de esta reunión...

—Me parece que la considerable rapidez a la hora de apretar el botón de que han dado muestra esos tipos está relacionada al ciento por ciento con el objeto de esta reunión —replicó Lando—. Sea cual sea el significado de esa señal que todos oímos, no esperaron mucho rato a recibir la respuesta correcta por nuestra parte. Cuando volvamos a cruzar esa línea, más valdrá que estemos muy seguros de nosotros mismos.

—Le agradecemos sus opiniones, general —dijo Pakkpekatt, empleando un tono decididamente desprovisto de gratitud—. ¿Alguna cosa más, agente Jiod?

El oficial delgado meneó la cabeza.

—Sólo que, aparentemente, la entrada y salida del objetivo en el hiperespacio fueron indistinguibles de las de una nave que estuviera equipada con nuestros motores de fusión y motivadores estándar de la Clase Dos.

—Excelente —dijo Pakkpekatt, lanzando una mirada muy significativa a Lando—. El informe del equipo de observación, por favor.

—El total de variaciones y acontecimientos claramente independientes detectado por nuestros sistemas sensores a lo largo de la duración del encuentro ascendió a veintiocho. Los seis que hemos podido identificar...

Lando apoyó sus anchas espaldas en la placa, y soportó en silencio seis informes más antes de que Pakkpekatt solicitara el que más le interesaba.

—Comandante de incursión, informe sobre el estado de preparación de su equipo.

El comandante de incursión, Bijo Hammax, era uno de los pocos oficiales a las órdenes de Pakkpekatt por los que Lando seguía teniendo un poco de respeto después de un mes de exposición a su presencia. Técnicamente muy astuto y de una gran solidez mental, Bijo había sido miembro de la resistencia clandestina de Narvath y había luchado al lado de las fuerzas regulares de la Alianza durante el último año de la Rebelión.

—El equipo está todo lo preparado que puede llegar a estar —dijo Bijo, incorporándose lentamente—. Hemos identificado lo que sospechamos son dos escotillas, así como un par de lugares que parecen bastante vulnerables a la penetración en el caso de que tengamos que abrirnos paso a través del casco. Naturalmente, llevaremos a cabo sondeos activos del casco tan pronto como hayamos instalado los sensores necesarios y estemos preparados para ajustados adecuadamente. Tengo un hombre de baja por resfriado que no está en condiciones de trabajar llevando el traje espacial, pero eso no debería afectar a nuestra capacidad de hacer lo que se espera de nosotros.

—¿Ha aislado a ese enfermo del resto de su equipo?

—Él se aisló a sí mismo en cuanto notó los primeros síntomas —respondió Bijo.

—En ese caso, ¿puedo suponer que no tendrá ningún problema si le doy la orden de estar preparado para entrar en acción a las quince horas de mañana?

—Ninguno en absoluto, coronel.

—Gracias. —Pakkpekatt se volvió hacia el otro extremo de la mesa mientras Bijo se sentaba—. General Calrissian, ¿qué puede decirnos sobre la señal que nos ha enviado el Vagabundo?

La invitación a hablar del coronel pilló totalmente desprevenido a Lando.

—Puedo decirle que es una señal portadora de frecuencia dual y que su modulación es de mil ciclos por segundo. Puedo decirle que la capacidad de datos es de treinta mil unidades como mínimo, y que podría ser hasta de diez veces esa cifra. Y también puedo decirle que todavía no sabemos si nos están diciendo «Alto, o dispararemos» o «Les

damos la bienvenida al Gran Bazar del Espacio Profundo, y les rogamos que nos transmitan inmediatamente toda la información disponible sobre su tarjeta de crédito». ¿Qué tal le ha ido a su gente? ¿Han tenido más suerte?

La mirada de Pakkpekatt buscó una respuesta en el extremo de la mesa.

—Eh... El equipo del protocolo de contacto cree que la señal recibida y grabada por la nave de Hrasskis y la señal del contacto de hoy son la misma y que no es más que una alarma de colisión automatizada —dijo un joven suboficial, tan visiblemente nervioso que le temblaba un poco la voz—. En nuestra opinión, no posee ninguna clase de información. Ha sido concebida para que se la oiga con toda claridad y con mucha potencia en todas las circunstancias y sean cuales sean los receptores de comunicación que pueda estar utilizando la nave que se aproxima al Vagabundo.

Lando fue hacia la mesa y se inclinó sobre ella para apoyar su peso en el tablero.

—¿Me está diciendo que el Vagabundo saltó para evitar una colisión que nunca iba a ocurrir?

—¿Tiene alguna otra explicación, general?

—¿Qué le parece la de que estaba intentando huir de nosotros?

—¿Piensa que el objetivo no sabía que estábamos aquí hasta que se produjo la intercepción?

—No, pero...

—¿Qué razón podría tener entonces el objetivo para esperar hasta ahora, en vez de haber tratado de escapar antes? ¿Por qué actuar como lo hizo?

—Le daré tres respuestas por el precio de una —dijo Lando—. Porque la primera reacción de algunos animales cuando notan que hay un depredador cerca es la de quedarse quietos. Porque hasta ahora no habíamos hecho nada que pudiera interpretarse como una agresión. Y porque no hemos conseguido superar la prueba de inteligencia, fuera cual fuese, que nos han enviado hoy.

—Señor Taisdan —dijo Pakkpekatt sin apartar la mirada de Lando—, ¿existe en su equipo aunque sólo sea una opinión minoritaria que crea que deberíamos esperar hasta haber descifrado lo que el general Calrissian ha llamado «la prueba de inteligencia»?

—No, coronel.

—General Calrissian, ¿dispone de alguna evidencia realmente clara sobre la información de la señal recibida y registrada durante la intercepción de hoy?

—No —admitió Lando de mala gana.

—Gracias —dijo Pakkpekatt—. Capitán Hammax, informe a su equipo de que iniciaremos las operaciones a las quince horas del día de mañana. El Equipo de Incursión Uno hará el primer intento con la Barcaza de Asalto Uno. Que todo el mundo se asegure de que sus secciones están preparadas. Gracias, eso es todo.

Lando esperó, con los brazos cruzados encima del pecho, mientras los oficiales y el resto del personal iban desfilando junto a él para salir de la sala de conferencias. Su inmovilidad hizo que pareciese una roca en el medio de un río.

—¿Alguna cosa más, general?

—Oh, sólo estoy intentando averiguar si usted y yo viajamos en la misma nave —dijo Lando—. Hemos esperado semanas antes de dar nuestro primer y tímido paso, ¿y ahora vamos a echar a correr y trataremos de abordarles? ¿No deberíamos concedernos un poco de tiempo para procesar lo que hemos averiguado?

—Ya les he dado tiempo para que lo hagan —replicó Pakkpekatt—. ¿Por qué cree que vamos a esperar hasta las quince horas del día de mañana?

—¡Eso no es darnos mucho tiempo, maldita sea! —exclamó Lando con irritación—. Ha aceptado esa teoría de la alarma de colisión porque es la que resulta más conveniente para sus propósitos. Si cree que ya hemos visto cómo actúan todas las defensas del Vagabundo, entonces le aconsejo que reflexione un poco antes de actuar. Está tratando a

esa nave como si fuera un yate espacial que sólo cuenta con una alarma contra ladrones, cuando debería estar tratándola como..., como a una nave de guerra.

—Las barcasas de asalto tienen un blindaje muy sólido, y además poseen escudos reforzados —dijo Pakkpekatt—. Los agentes también llevarán armadura de combate. ¿Cuánto tiempo quiere que espere mientras esos ciborgs y androides suyos de los que tanto presume no consiguen descifrar algo que mis expertos me dicen que, para empezar, no tiene ningún significado?

—Un poco más de veinte horas.

—No, general —dijo Pakkpekatt con firmeza—. Incluso veinte horas tal vez sean demasiado tiempo. No voy a tener ni un solo instante de tranquilidad hasta que sean las quince horas de mañana. Hoy hemos dado un paso hacia adelante. Ya no somos unos simples acompañantes curiosos que están haciendo el mismo trayecto que esa nave. Nuestro siguiente paso tiene que llegar rápidamente, antes de que quienquiera o lo que sea que controla esa nave decida actuar en vez de limitarse a reaccionar. En realidad, preferiría que el equipo de incursión estuviera subiendo a su lanzadera en este mismo instante, así que aproveche lo mejor posible el tiempo que le he dado..., y estoy seguro de que puede encontrar cosas mejores en que ocuparlo que la de discutir conmigo.

Lando frunció el ceño, y el fruncimiento se convirtió rápidamente en una mueca de amargura. Empezó a girar sobre sus talones para volverse hacia la puerta, y después se detuvo y se volvió nuevamente hacia el coronel, mirándole fijamente con la cabeza alta.

—¿Tiene algo más que decir, general? —preguntó Pakkpekatt.

—Me prometió que formaríamos parte del grupo de abordaje.

Pakkpekatt pareció sorprenderse.

—Pensé que dada su aparente desaprobación de mis planes, no querría arriesgarse o arriesgar a su personal. Pero... Muy bien. Hay un puesto libre en la Barcaza Uno. Elija a su representante y notifique su elección al capitán Hammax en el plazo máximo de una hora.

—¡Un representante! Eso no fue lo que acordamos... —empezó a decir Lando, dispuesto a acumular la ira suficiente para que su calor pudiera chamuscar la coriácea piel del coronel.

—Un representante o ninguno —replicó Pakkpekatt con firmeza—. Elija, y notifique su decisión a Bijo sea cual sea ésta.

Después Pakkpekatt salió de la sala de conferencias, moviéndose con ágil rapidez a pesar de su masa, antes de que Lando pudiera decir otra palabra.

—Ésta es la situación —dijo Lando, que estaba muy serio—. Mañana a las quince horas, el coronel Pakkpekatt enviará a sus vendedores de escobas a domicilio para que llamen a la puerta del Vagabundo. El coronel ha aceptado la opinión de que la señal no es más que una transmisión de advertencia. Yo pienso que si sólo se tratara de eso, entonces el Vagabundo no seguiría aquí para ofrecernos un enigma que resolver.

»Se nos está acabando el tiempo de que disponemos para ofrecerle alguna alternativa al coronel. En esta sala tenemos un ejemplar de cada clase de cerebro conocido —añadió con una sonrisa—. Bien, hagamos trabajar esos cerebros a ver qué se nos ocurre.

»Voy a resumir lo que sabemos hasta el momento: hemos obtenido una grabación completa y sin interferencias de la señal del Vagabundo. Parece ser idéntica a la señal registrada por la nave de Hrasskis. ¿Una transmisión de advertencia? Tal vez. ¿Qué otra cosa podría ser? Si conseguimos averiguar qué es, entonces tal vez seremos capaces de descifrarla y comprobar qué dice. Quiero oír todas las ideas que tengáis al respecto, y no me importa que ya hayan sido expuestas con anterioridad.

—Sigo inclinándome por la teoría de que es un código de reconocimiento —dijo Lobot—. Los teletransductores de nuestras naves responden enviando un perfil de

identificación cuando son interrogados. Esa transmisión pudo haber sido una interrogación de ese tipo.

—Tiene miles de modulaciones de longitud.

Lobot reflexionó en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Entonces tal vez nuestra proximidad cumplió las funciones de una interrogación, y ésa fue la respuesta. No sabemos qué información pueden considerar crucial.

—¿Y la forma en que la nave intentó huir hoy, después de haber enviado la señal?

—Fue un resultado de la falta de respuesta.

—Ellos nos han dicho «Hola», y nosotros no hemos respondido con otro hola —dijo Cetrespeó—. Es una clara violación de las normas de etiqueta.

Lando meditó en silencio durante unos instantes.

—Una nave se acerca al Vagabundo, y el Vagabundo emite su código de identificación y después espera que la nave haga lo mismo. Cuando esa respuesta no llega, el Vagabundo considera que la nave que se le está aproximando es una amenaza y echa a correr.

—Llamada y respuesta —dijo Lobot.

—Señal y contraseñal —dijo Lando—. El Vagabundo quiere oír la contraseña. Pero ¿por qué no ha hecho un nuevo intento de huir? Le habría bastado con virar y dirigir su proa hacia una nueva trayectoria. Las naves que generan el campo de interdicción nunca podrían haberse vuelto a colocar en la posición adecuada a tiempo de detenerlo.

—Existe una probabilidad bastante elevada de que esa nave fuera construida antes de que se inventaran los campos de interdicción —dijo Lobot—. Si estamos tratando con un sistema de defensa automatizada, lo que acaba de ocurrir tal vez se hallara fuera de los parámetros de las rutinas de identificación y seguridad.

—De acuerdo —aceptó Lando—. Cabe que su caja negra no eche un vistazo al exterior para asegurarse de que el salto realmente tuvo lugar: si los motivadores y el sistema de impulsión le informan de que todo ha ido tal como era de esperar, entonces la caja negra da por sentado que la nave ha saltado al hiperespacio. Y cuando todo ese proceso hubo terminado, el D-89 ya había desaparecido hacía un buen rato y no había ninguna amenaza visible dentro del horizonte de amenazas.

—Parece una explicación plausible.

—Ahora me dejaré guiar por mi intuición y afirmaré que es más que plausible —dijo Lando—. El Vagabundo quiere obtener una respuesta de cualquiera que llame a su puerta. Si no hay respuesta, no entras. Y no esperará durante mucho tiempo mientras tú vas haciendo intentos de dar con la respuesta, ¿de acuerdo? Quiere oír la respuesta correcta inmediatamente.

Cetrespeóladeó la cabeza.

—Sí, amo Lando, pero..., ¿cuál es la pregunta? —Eso es lo que tenemos que averiguar, Cetrespeó.

Tuvieron que transcurrir varias horas de frustrante e infructuoso vagabundeo verbal antes de que el grupo por fin encontrara un camino que parecía llevar a alguna parte.

—Pensad, chicos, pensad... Venga, volvamos al punto de partida y repasemos todo este asunto una vez más —dijo Lando con impaciencia—. Quieres dejar bien cerrada con llave una nave espacial que estás a punto de enviar al gran vacío del espacio. Quieres asegurarte de que ningún extraño podrá entrar en ella sin haber sido invitado, pero también quieres asegurarte de que tú y tu gente siempre tendréis acceso a ella...

—Pido disculpas por interrumpir —dijo Lobot—, pero no sabemos si los constructores del Vagabundo tenían intención de volver a entrar en él después de que fuera lanzado al espacio.

—Eso es verdad —admitió Lando—. Pero si cerraron la puerta y tiraron el código de acceso al cubo de la basura después de cerrarla, entonces quizá sería mejor que nos

volviéramos a casa antes de que alguien acabe muerto. Tenemos que dar por supuesto que existe una manera de entrar.

—Muy bien. Pero lo consideraré más como un axioma que como un hecho.

—Aquí tienes un hecho: si yo hubiera construido esa nave, entonces habría un mínimo de dos maneras de entrar en ella —siguió diciendo Lando—. El Vagabundo tendría una puerta principal, y además tendría una puerta trasera por si se da el caso de que hay algún problema con la puerta principal. Pero lo que estaba diciendo antes era que... Ah, sí: no quieres usar una llave física, porque no quieres permitir que nadie se te acerque tanto sin haberte asegurado antes de que no te va a dar problemas. Así pues, básicamente estamos hablando de una contraseña..., de una contraseña binaria realmente muy larga.

—Disculpe, amo Lando, pero mi experiencia me indica que ningún ser inteligente podría recordar una contraseña de tal longitud y complejidad —intervino Cetrespeó.

—La respuesta podría no ser tan larga como la pregunta, y entonces... —empezó a decir Lando.

—Podría ser más larga —le interrumpió Lobot.

—Sí, pero en realidad eso no tiene importancia —dijo Lando—. Puede que la pregunta nos parezca larga y complicada únicamente porque no la entendemos. Los seres humanos pueden recordar secuencias increíblemente largas si éstas tienen algún significado. Conocí a un contrabandista que se había aprendido de memoria las Cien Prescripciones de Alsidas cuando era pequeño y le estaban enseñando los preceptos de su religión, y todavía podía soltártelas una detrás de otra treinta años después. Mi madre se sabía de memoria centenares de canciones y poemas, y existen algunas especies inteligentes cuya memoria es muy superior a la de los seres humanos.

—No lo discuto —dijo Lobot—. Hay muchas hazañas memorísticas registradas en los bancos de datos de las bibliotecas. Aun así, las contraseñas y los códigos de acceso, tanto si son matemáticos como si son lingüísticos, carecen de tolerancia al error. Sea cual sea la longitud de la respuesta esperada, ésta no debe contener ningún error.

—Bueno, en realidad el problema siempre es el mismo, ¿verdad? —dijo Lando—. ¿Cómo se las arregla la gente para recordar todas las cosas que tiene que recordar? ¿Qué hacen cuando hay algo que no pueden permitirse el lujo de olvidar? Algunas personas tienen una memoria realmente increíble, y otras tienen problemas para recordar el cumpleaños de sus hijos, así que ya no hablemos de sus números de identificación y de los códigos de acceso para las cerraduras digitales que llevan años sin abrir. En consecuencia, la gente hace trampa.

—Trucos mnemónicos.

—Sí, pero también utilizan otras maneras de hacer trampa —dijo Lando—. Llevan los códigos de acceso encima, anotados en un papel o...

—Pero eso supone correr un serio riesgo de seguridad. Cualquier cosa que lleves encima puede ser robada.

—Cierto. Por eso algunos intentan disfrazar el código de acceso para que parezca otra cosa...

—Eso ya está un poco mejor, pero no mucho. Cualquier cosa que haya sido escondida puede ser encontrada.

—Cierto otra vez —asintió Lando—. En una ocasión un carterista de Pyjridj me dijo que cuatro de cada cinco carteras que acababan en sus manos contenían códigos de acceso, y que rara vez necesitaba ni siquiera un minuto para encontrarlos. A veces el código de acceso era la única muestra de escritura que había en la cartera.

—Siempre podría pedir a un androide que se encargara de recordar el código de acceso por usted —dijo Cetrespeó—. Un androide puede recibir instrucciones de no comunicar ese código a ninguna otra persona salvo usted, y además no comete errores y nunca olvidará el código.

—Pero los androides pueden ser robados, al igual que las carteras —replicó Lando—. Las memorias de los androides pueden ser leídas, o borradas. Un androide que sea sometido a tortura mediante sensores acabará revelando todos los datos contenidos en su memoria. Los androides también son conscientes de lo que saben, lo cual puede acabar produciendo una conducta errática. Los androides han revelado actos criminales cometidos por sus dueños, se han negado a obedecer órdenes de sus dueños, han borrado sus propias memorias, se han autodestruido...

Para el aparente alivio de Cetrespeó, Erredós interrumpió aquella letanía de defectos y fracasos mecánicos con un estridente trino electrónico.

—Erredós desea recordarnos que todos los androides astromecánicos de combate poseen segmentos de memoria protegidos que pueden ser utilizados para almacenar información de naturaleza delicada —dijo Cetrespeó—. Dice que en más de treinta años de utilización, ninguna unidad R2 capturada ha revelado jamás los contenidos de un segmento de memoria protegida.

—Eso es magnífico, Erredós —dijo Lando—. Puedes guardar algo en tu memoria, allí donde ni siquiera tú sabes que se encuentra en ese sitio, de tal manera que no se te puede obligar a revelarlo. Pero sigue siendo posible hacerte pedazos, o también pueden capturarte y llevarte a un sitio en el que yo no pueda acceder a tu memoria..., ¿y qué se supone que he de hacer entonces? Si el Imperio hubiera tenido un poco más de puntería, las especificaciones técnicas de la Estrella de la Muerte nunca habrían llegado a manos del general Dodonna en Yavin.

—La llave debe ser reproducible —dijo Lobot.

—Exactamente —asintió Lando—. De lo contrario, la misma llave será el punto débil. Sería como tener todas tus riquezas guardadas dentro de una bóveda acorazada de alta seguridad, y que sólo hubiera un tipo que sabe dónde está la única llave... Demasiado arriesgado. —Lando se levantó y empezó a ir y venir por el reducido espacio de la cocina del Dama Afortunada—. Vamos, vamos... Nos estamos acercando a algo, lo presiento. ¿Qué es lo que se nos ha pasado por alto hasta este momento? ¿Dónde está el fragmento que falta?

—¿Qué hay del hecho de que la transmisión contenga parejas de tonos? —sugirió Lobot.

—Excelente, excelente —dijo Lando, restregándose las palmas de las manos—. Pero ¿son auténticas parejas de tonos, o se trata de dos canales de información independientes? ¿Tienen realmente importancia las modulaciones individuales, o sólo la tienen sus emparejamientos? Transmitida mediante parejas de tonos, en secuencias largas, reproducible, que pueda esconderse sin que eso vaya a crear problemas de seguridad... ¿Qué clase de información encaja con esa descripción?

A Lobot le habría resultado tan imposible explicar cómo examinó el torrente de datos que atravesó su consciencia durante los segundos siguientes como a un ciego el describir unos fuegos artificiales, o a un androide el dar a luz. Durante las primeras fases de su adiestramiento, se había imaginado a sí mismo creando un cedazo que sólo recogería la información que buscaba y metiéndolo dentro del torrente de datos.

Pero esa tosca metáfora ya no bastaba. Lobot se sumergió en el flujo y, de una manera inexplicable e indefinible, permitió que su consciencia pudiera verlo todo, y no meramente los fragmentos de un cierto tamaño o una forma determinada que encajaban con sus ideas preconcebidas. El mismo flujo se hallaba bajo su control, y Lobot podía controlar la profundidad, la velocidad, la temperatura y los colores. Pero, en última instancia, todas las metáforas acababan fallando. Al final, lo único que podía decir era que enviaba sus pensamientos hacia el torrente de datos, y que sus pensamientos acababan volviendo a él con una respuesta.

—Casi todos los códigos genéticos contienen secuencias largas de naturaleza no aleatoria que son totalmente únicas y distintas a las demás —dijo Lobot—. El código de una sola molécula determinada bastaría para satisfacer todas esas condiciones.

—¿Un código genético? Pero ese código sólo tendría cuatro parejas distintas.

—Únicamente en el caso de que fuera un código genético humano. El número de parejas del código genético de las formas de vida de un planeta es considerablemente distinto a las de otro.

—¿Cuántas parejas de tonos hay en el fragmento?

—Dieciocho.

—¿Cuántas especies tienen dieciocho pares moleculares distintos en su código genético?

Lobot bajó la mirada hacia el suelo durante unos momentos mientras buscaba la respuesta.

—Existen seis especies conocidas con estructuras genéticas de dieciocho emparejamientos. Pero no disponemos de información genética sobre todas las especies conocidas, o sobre las especies desconocidas.

—¿Y alguna de esas seis especies tiene un lenguaje basado en ese tipo de sonidos?

—Sí, una: los qellas —dijo Lobot—. Estoy transmitiendo el indicador correspondiente de la biblioteca de muestras genéticas a Erredós para que proceda a su análisis.

La cúpula de Erredós giró hacia la derecha y hacia la izquierda mientras el androide alineaba sus procesadores para llevar a cabo esa tarea. Las luces de su panel de funciones se encendieron y apagaron. Unos segundos después el androide respondió con un solo y estridente pitido.

—Bueno, ¿qué has averiguado? —preguntó Lando—. ¿Qué ha dicho?

—Creo que la traducción más aproximada sería «¡Hurra!», amo Lando —dijo Cetrespeó.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Lando.

—¿Encaja? —Dio una entusiástica palmada en el hombro a Lobot—. Oh, condenado hijo de... ¡Lo has conseguido, viejo amigo!

Erredós emitió un burbujeo electrónico.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Lando.

—Erredós dice que el grado de certeza de que la señal procedente de la nave sea una representación de un segmento del código genético de los qellas asciende a un noventa y nueve con noventa y nueve por ciento —dijo Lobot—. Pero la secuencia termina de repente, aproximadamente hacia la mitad. No está completa.

—Por supuesto que no —dijo Lando—. Ésa es la respuesta que están esperando recibir..., el resto de la secuencia. ¿Es una vocalización, o ha sido sintetizada? ¿Puedes cantar el fragmento siguiente, Erredós?

Erredós respondió con un suave trino en el que casi parecía haber una sombra de melancolía.

—El vocalizador de una unidad R2 es muy sencillo, amo Lando —dijo Cetrespeó—. Pero si se me permite ofrecerles mi ayuda...

—Adelante, ofrécela.

—Señor, con vistas a permitirme cumplir mis funciones primarias como androide de protocolo, durante mi construcción se me equipó con la capacidad de la poliarmonía. Creo que yo sí puedo cantar la secuencia, con la ayuda de Erredós.

—Inténtalo.

Cetrespeó y Erredós se acercaron el uno al otro y conversaron en silencio durante varios segundos por el canal de transmisión entre androides, intercambiando información en binario mucho más deprisa de lo que habrían permitido el básico o el peculiar dialecto electrónico de Erredós. Después Cetrespeó se irguió, volvió la mirada hacia Lando y ladeó la cabeza.

Un instante después, un extraño y fantasmagórico eco de la señal enviada por el Vagabundo llenó el compartimiento: el sonido era claramente distinto, pero no cabía duda de que había sido creado por el mismo compositor.

—Muy bien —dijo Lando, lanzando un puñetazo al aire—. Ésa es la llave. Vamos a entrar por la puerta principal. Cetrespeó, Lobot: decidme todo lo que sepáis sobre los qellas. Quizá eso pueda proporcionarnos alguna ventaja suplementaria.

—Por alguna razón que no comprendo, amo Lando, no dispongo de ninguna información sobre el lenguaje o las costumbres de los qellas —dijo Cetrespeó—. Pero ahora que conocemos la identidad de los propietarios de esa nave, debemos ser corteses con ellos. Entrar en el Vagabundo sin haber recibido una invitación previa supondría una grave violación de la etiqueta.

—¿Me estás diciendo que te negarías a enviar la respuesta...?

—Un momento, Lando —dijo Lobot—. He estado accediendo a todos los registros y bancos de datos que puedo consultar y creo que conozco la razón, Cetrespeó. Al parecer, el hecho más claramente establecido sobre los qellas es que se extinguieron hace más de ciento cincuenta años.

—¿Se extinguieron? —exclamó Lando, muy sorprendido—. Bueno, supongo que por mucho que queramos culparle de todo, el Emperador no tuvo nada que ver con eso... ¿Qué les ocurrió?

—Según un informe del Servicio de Exploración Galáctico —dijo Lobot—, al parecer varios asteroides de gran tamaño chocaron con su planeta, y su ecosistema quedó destruido.

—Eso no tiene ningún sentido —murmuró Lando, frunciendo el ceño—. Cualquier mundo que fuera capaz de construir algo como el

Vagabundo también debería haber sido capaz de apartar de su trayectoria a unos cuantos asteroides. —Meneó la cabeza—. Un misterio nos ha llevado a otro.

—Puede que las respuestas a todos esos misterios nos estén esperando dentro de la nave de los qellas —dijo Lobot.

El rostro de Lando se ensombreció de repente.

—Has usado un plural verbal equivocado, Lobot —dijo—. El coronel sólo me va a dar una entrada para la barcaza, y tengo el presentimiento de que no corresponderá a un asiento de primera fila.

—Estoy seguro de que si comunica al coronel lo que hemos descubierto él encontrará espacio para acomodarnos a todos —dijo Cetrespeó—. Sería el curso de acción más razonable.

—Los horteks sólo se muestran razonables cuando están en desventaja —replicó Lando—, y ese hortek cree tener totalmente controlada la situación.

Después reanudó sus paseos por la cocina, y los demás esperaron en silencio.

—Bueno, sólo hay una forma de averiguar si ese código genético realmente es la llave que hemos estado buscando —dijo por fin—. De lo contrario, podríamos estar limitándonos a creer lo que queremos creer.

—Estoy de acuerdo —convino Lobot.

—Y Pakkpekatt va a querer pruebas. El coronel tiene muy claro que sólo somos un montón de equipaje con el que está obligado a cargar. No sé qué pensaréis vosotros, pero en mi opinión no se ha mostrado muy dispuesto a cooperar.

—No, es cierto —dijo Lobot.

Lando asintió con una lenta inclinación de la cabeza.

—Cetrespeó, Erredós... Hemos tenido un día muy largo —aunque supongo que a estas alturas ya es de noche—, y el de mañana puede ser todavía más largo. Quiero que los dos os desconectéis, y quiero que os recarguéis y utilicéis vuestros optimizadores de sistemas. Ajustad vuestros cronómetros de reactivación para las trece horas. Eso nos dará tiempo de sobra.

—¿No cree que antes deberíamos notificar lo que hemos averiguado al coronel Pakkpekatt, amo Lando?

—Yo me ocuparé de eso —dijo Lando, lanzando una rápida mirada de soslayo al rostro impasible de Lobot.

—Muy bien, señor. Iniciando la desconexión.

Los ojos del androide se oscurecieron al instante.

Un momento después Erredós rodó hacia la toma de energía, se conectó a ella y acusó recibo de las instrucciones con un breve pitido antes de que su panel de funciones también quedara totalmente a oscuras.

Lando se dejó caer en uno de los asientos que había junto a la mesa y estudió a Lobot con una ceja levantada en un enarcamiento de interrogación.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Es nuestra teoría —dijo Lobot—. Eso significa que somos nosotros los que debemos correr el riesgo.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Lando, recostándose en su asiento—. En ese caso, será mejor que tú y yo también descansemos un rato. Mañana va a ser un día muy interesante.

Lando y Lobot se sentaron en los sillones de pilotaje del Dama Afortunada cuando faltaban unos minutos para las trece horas.

—Creo que dispondremos de un mínimo de doce segundos antes de que intenten detenernos —dijo Lando—. Cuando eso ocurra, tengo intención de estar en plena tierra de nadie. Pakkpekatt se muere de miedo cada vez que se imagina lo que podría ocurrir si envía aunque sólo sea una partícula de energía contra el Vagabundo, así que todo el personal de ese puente se lo pensará dos veces antes de dirigir un haz de tracción en esa dirección.

—Eso exigirá una aceleración muy elevada.

Lando asintió. Sus labios estaban fruncidos en una tensa línea.

—Sí. Puede que le dejemos un poco chamuscada la pintura al viejo Glorioso. Bueno, qué se le va a hacer...

El Dama Afortunada llevaba más de un mes surcando el espacio con los motores apagados, viajando como un parásito sobre un flanco del crucero. Tomando en consideración ese hecho con el respeto que se merecía, Lando llevó a cabo una comprobación de sistemas desusadamente concienzuda durante los minutos que les quedaban, y fue activando lenta y cautelosamente los motores hasta dejarlos a una sola fase de la conexión final.

A las trece horas en punto, Lando dejó caer su pulgar sobre el botón del comunicador interno de la nave.

—¿Estás ahí, Cetrespeó?

—Sí, amo Lando.

—¿Y Erredós?

—Se reactivó en el momento previsto —dijo Cetrespeó—. ¿Qué dijo el coronel cuando le comunicó nuestras novedades, señor?

—Bueno, la verdad es que no parecía estar muy preparado para oírlas —dijo Lando—. ¿Todavía te acuerdas de la canción de anoche?

—Sí, señor, por supuesto.

—Pues entonces buscad algo a lo que agarraros, y en cuanto a ti, Cetrespeó..., prepárate para cantar.

Las alarmas empezaron a sonar en el puente del Glorioso apenas el Dama Afortunada se hubo separado del anillo de atraque. Unos instantes después, la nave ya se estaba alejando velozmente de su punto de amarre para dirigirse hacia el Vagabundo; los trazos

resplandecientes de las emisiones de sus motores eran claramente visibles desde los ventanales delanteros del puente.

—¡Por todas las llamas del espacio! —exclamó el teniente Harona—. Sargento, ¿dónde está el coronel?

—En el Hangar Tres, con Bijo y el equipo de incursión.

—Dígale que suba aquí enseguida —ordenó Harona, y respiró hondo—. Dama Afortunada, aquí el Glorioso. Le ordeno que vire inmediatamente y coloque su nave junto al punto de amarre del que ha salido. Si no obedece inmediatamente, ordenaré al jefe de armamento que incapacite su nave.

—Será mejor que se lo piense dos veces antes de dar esa orden, teniente —replicó Lando sin inmutarse—. ¿Fuego de cañones desintegradores tan cerca del Vagabundo? Acuérdesse de lo que le ocurrió a la Corazón Valiente.

Harona suspiró.

—General, ¿qué demonios cree que está haciendo ahí afuera?

—Trabajos de investigación —dijo Lando—. Si estuviera en su lugar, yo me aseguraría de que los sensores del Glorioso lo están registrando todo.

—Haga virar su nave, general. Es la última advertencia que recibirá.

Y en ese preciso instante, el coro gimoteante del Vagabundo inundó el puente con sus extraños sonidos.

—¡Localización! ¡Distancia! —ordenó Harona.

—Once kilómetros y aproximándose muy deprisa.

—Envuelvan a esa nave en un rayo de tracción, ¡y enseguida!

—Ve preparándote, Cetrespeó —dijo Lando, con el rostro fruncido en una mueca de tensa preocupación—. No me esperes, ¿de acuerdo? Utiliza todas las bandas de que dispongas. Yo emitiré a través de los canales estándar desde aquí.

—Muy bien, amo Lando. Me alegro muchísimo de que el coronel accediera a dejarnos comprobar si nuestra teoría se corresponde con los hechos.

—No me planteó ni la más mínima oposición, te lo aseguro —dijo Lando—. Preparados... Allá vamos.

Apenas hubo un instante de vacilación entre el fin de la transmisión del Vagabundo y la entrada en acción de Cetrespeó, que retomó la canción casi al momento. Lando redujo la velocidad, contuvo el aliento y esperó, viendo cómo los segundos iban transcurriendo rápidamente en el cronómetro del puente.

—Esto es muy emocionante —dijo Lobot—. Te agradezco que me invitaras a acompañarte.

—También he oído decir que morir es muy emocionante —dijo Lando, meneando la cabeza—. Siempre escoges los momentos más extraños para... ¿Cuál es la situación del campo de interdicción?

—Está activado.

Lando echó un vistazo a sus instrumentos.

—¿Dónde está ese rayo tractor? No pueden ser tan lentos. ¿Qué está ocurriendo?

—Hay un escudo secundario levantado —dijo Lobot, lanzando una mirada de soslayo a una de las pantallas—. El rayo tractor ha sido desviado.

—¿Qué? —exclamó Lando—. ¿El Vagabundo nos está protegiendo?

—Al parecer, sí —dijo Lobot—. Hemos sido reconocidos. Hemos dejado la flota del coronel y nos hemos unido a los qellas.

A altas horas de la madrugada del día en que la Quinta Flota debía zarpar de Coruscant, un aerodeslizador azul oscuro de la Flota descendió sobre la puerta de

entrada de la residencia del almirante Ackbar en el lago Victoria. El aerodeslizador apenas redujo la velocidad, y enseguida se le permitió entrar y enfilar el camino que llevaba a la casa.

Ya había un vehículo estacionado allí, un saltador orbital poranjiano de esbeltas alas: los saltadores orbitales eran los aparatos del tipo superficie-a-órbita más pequeños de uso legal en Coruscant, y los favoritos de los chicos que soñaban con las estrellas. Pero el adulto que salió del aerodeslizador no era inmune al atractivo de su reluciente fuselaje. A pesar de la hora y del peso invisible que le encorvaba los hombros, el general Etahn Ábaht se detuvo unos momentos para contemplar el saltador poranjiano antes de volverse hacia la puerta.

La luz inundó el césped durante unos momentos mientras el almirante Ackbar acogía al comandante de la Quinta Flota en su residencia. La luz también reveló el cansancio que había en los ojos de Ábaht y su expresión de disgusto.

—Ah, Etahn... Entre, entre —dijo Ackbar, haciéndose a un lado—. Le agradezco que haya venido. Sé que le necesitan en otros sitios, y no le entretendré mucho rato.

—No sé de qué se trata, pero sea lo que sea no entiendo por qué no podíamos haberlo resuelto mediante la red de holocomunicaciones —gruñó Ábaht—. De hecho, ya hace dos horas que tendría que estar en Puerto del Este.

—Estoy seguro de que la Quinta Flota no zarpará sin usted, general —dijo Ackbar, guiando a Ábaht por la casa—. Y me parece que cuando hayamos terminado, no lamentará haberme concedido un poco de su tiempo.

—No lo lamentaría si dispusiera de tiempo. Ya podría estar de camino al Intrépido. En realidad, debería estar de camino.

—Hay alguien a quien quiero que conozca antes de que se vaya —dijo Ackbar, precediendo al general hacia una sala interior de forma circular.

—Es una hora bastante extraña para una visita de cortesía —dijo Ábaht, siguiéndole.

—Cierto —admitió Ackbar mientras un tercer hombre se levantaba de un gran sillón e iba hacia ellos—. Etahn, quiero que conozca a Hiram Drayson.

—¿El almirante Hiram Drayson, de Chandrila? —preguntó Ábaht, pillado por sorpresa y no sabiendo muy bien si debía responder con un envarado saludo militar o aceptando la mano que Drayson le estaba ofreciendo.

—Ya hace mucho tiempo de eso —dijo Drayson, sonriendo.

—Prescindamos de los «señor» y de los saludos —dijo Ackbar—. Esta reunión es de naturaleza totalmente extraoficial, por lo que también podemos pasar por alto las formalidades.

—Muy bien —dijo Ábaht—. ¿A qué viene todo esto?

—Etahn, Hiram es el director de Alfa Azul. ¿Había oído ese nombre antes?

—No.

—Excelente. No debía haberlo oído, por supuesto —dijo Ackbar—. Hiram y Alfa Azul trabajan dentro de la Inteligencia de la Flota, y más allá de su alcance. Se rigen por una serie de normas que reconocen las ambigüedades de la guerra y la política, y efectúan los trabajos que requieren trabajar fuera de las reglas de la cortesía y la buena educación.

—Lo ha explicado de una manera muy diplomática —dijo Drayson, sonriendo con afabilidad.

—Hiram tiene que comunicarle cierta información —siguió diciendo Ackbar—. Si estuviera en su lugar, yo le escucharía con mucha atención. Puedo asegurarle que he tenido muchas ocasiones de comprobar lo valioso que podía llegar a ser para mí el hacerlo..., así como lo valiosos que son sus consejos. —Dirigió una inclinación de cabeza a Drayson—. Y ahora, buenas noches.

—Espere un momento... ¿Adonde va? —preguntó Ábaht.

—Es preferible que lo que se diga en esta conversación no llegue a mis oídos —dijo Ackbar—. Me voy a la columna de agua, a dormir. Ya es muy tarde, ¿sabe?

Ábaht siguió al calamariano con la mirada mientras salía de la sala, y después se volvió hacia Drayson.

—Tengo la curiosa sensación de que el privilegio de serle presentado tiene menos de honor que de mal presagio.

Drayson sonrió.

—Eso significa que Ackbar confía plenamente en usted, y le aseguro que se trata de un gran elogio. Pero no voy a negar lo que acaba de decir: el conocerme siempre parece producir el curioso efecto de robar a la gente la bendición que supone poder disfrutar de un sueño tranquilo.

—Me lo imaginaba. Bien... ¿De qué quería hablar conmigo?

—De sus planes de viaje —dijo Drayson—. Y ahora, vayamos a sentarnos.

—Llevo meses intentando establecer alguna clase de red de recogida de información en el Cúmulo de Koornacht —siguió diciendo Drayson en cuanto estuvieron sentados—. No ha sido nada fácil, ni siquiera para mí. Los mercaderes llegan hasta la periferia del Cúmulo, pero los mundos de las profundidades de esa zona que forman parte de la Liga... Bueno, eso ya es otra historia. Al parecer, los yevethanos emplean un método muy directo para tratar a los intrusos: los ejecutan sumariamente apenas se tropiezan con ellos. Y, francamente, por sí sola ésa ya es una buena razón para preocuparse.

—Defienden celosamente su intimidad, ¿eh?

—Sí, y con un celo quizá incluso un poco excesivo —dijo Drayson—. Lo cual encaja con la conducta del virrey durante su visita, claro... Los yevethanos se han quedado a bordo de su nave, y el virrey mantiene estrictamente limitados sus contactos con el exterior a unas cuantas horas diarias con Leia. No sé si dentro de esa nave hay diez yevethanos, o un millar...

—Usted tampoco confía en ellos.

—No, no confío en ellos —dijo Drayson—. Estoy seguro de que Nil Spaar le ha estado mintiendo a Leia. El virrey es un jugador. Todavía no he conseguido averiguar a qué está jugando, y no sé hasta qué punto ha dejado atrás los meros fingimientos diplomáticos para pasar a emplear las mentiras puras y simples. Pero hay una cosa de la que sí estoy totalmente seguro, y es que los yevethanos han estado averiguando cosas sobre nosotros mucho más deprisa de lo que nosotros hemos estado averiguándolas sobre ellos. Ésa es otra razón para estar preocupado.

—Piensa que nos han estado estudiando.

—De no haberlo hecho serían unos idiotas, y no creo que lo sean —dijo Drayson—. Esa nave espacial yevethana ha tenido acceso a la red de hipercomunicaciones de la Nueva República y a todos los canales de noticias e información planetarios desde el segundo día de su estancia aquí, y el virrey ha podido disfrutar de un acceso completo y absolutamente libre de toda restricción a la jefe de Estado de la Nueva República. Mientras tanto, yo ni siquiera he podido confirmar cuántos mundos forman la Liga, o cuáles son sus nombres y situaciones. He visto cómo se me excluía de todo este asunto, y no estoy acostumbrado a que eso ocurra.

—¿Es ésa la razón por la que está manteniendo esta conversación conmigo en vez de con la princesa?

—Es una de las razones —dijo Drayson—. La otra es que usted va a ir allí con treinta navíos de guerra, y ella no.

—¿Puede decirme algo acerca de con qué es probable que me encuentre una vez esté allí?

—Puedo decirle algunas cosas. En la periferia del Cúmulo hay varios mundos que están habitados por otras especies y donde no encontrará a ningún yevethano —dijo Drayson—. Junto a la frontera hay una colonia bastante grande de kubazianos, dos pequeñas instalaciones mineras controladas por los morathianos, y una comuna religiosa h'king que al parecer se marchó de Rishii después de que se produjera un conflicto

doctrinal. Un poco más lejos hay un nido de corasghianos que fue establecido por el Imperio y abandonado poco tiempo después, y una granja-factoría imperial dirigida por androides, también abandonada, que representaría un excelente almuerzo gratuito para cualquier transportista que esté dispuesto a correr el riesgo de ir hasta allí.

—¿Y los androides continúan atendiendo las cosechas y recogiendo las?

—Sí. Coloque una nave en los muelles de carga, y los androides llenarán sus bodegas sin necesidad de que llegue a pedírselo —le explicó Drayson—. Todo eso son novedades producidas desde la última exploración general de ese sector, y podría haber más. Basándonos en esa exploración, podemos afirmar que existe un mínimo de cinco especies inteligentes en el Cúmulo, ninguna de las cuales ha conseguido alcanzar el nivel tecnológico necesario para poder llegar a viajar por el hiperespacio. Algunas ni siquiera han despegado del suelo.

—No parece el sitio más probable para que el Imperio instalara un astillero de tanta importancia.

—No, y menos teniendo en cuenta que los mundos yevethanos se encuentran tan cerca de allí.

—¿Piensa que las naves están en poder de los yevethanos?

—Permitir que eso llegara a ocurrir habría supuesto un grado de descuido desusadamente elevado por parte del Imperio —dijo Drayson—, pero no descarto esa posibilidad.

—Sería agradable saberlo con seguridad.

—¿Verdad que sí? Pero no puedo estar seguro. Es más probable que sea usted quien acabe descubriendo la respuesta a esa pregunta y me saque de dudas, que el que sea yo quien la descubra y se la comunique. —Drayson se frotó los ojos, y después deslizó los dedos de una mano por entre su corta cabellera negra—. Pero hay algo en lo que no paro de pensar. Cuando tuvo lugar la exploración de esa zona del espacio, los yevethanos acababan de descubrir los secretos del vuelo espacial interplanetario. Eran una especie realmente brillante, dotada de una gran capacidad técnica y con una considerable tendencia a sentirse bastante orgullosos de sí mismos, pero no suponían una amenaza para nadie.

—Y entonces aparece el Imperio.

—Y obliga a los yevethanos a pasar varios años trabajando en los astilleros imperiales, construyendo y reparando naves que representan un considerable progreso sobre todo lo que los yevethanos hubieran estado haciendo por su cuenta. Tanto si los yevethanos consiguieron obtener alguna nave o astillero del Imperio como si no, podemos estar casi seguros de que adquirieron los conocimientos necesarios para construir esas naves y esos astilleros.

—Podrían haber creado su propia Flota Negra.

—Así es —murmuró Drayson—. ¿Qué tal anda de memoria, general?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque voy a enseñarle un código —replicó Drayson—. Si inicia un mensaje con él, ese mensaje llegará a mis manos sin ser visto en los Cuarteles Generales de la Flota. Y si yo le envío un mensaje, ese mismo código servirá para descifrarlo.

—Todo esto no me gusta nada —dijo Ábaht, frunciendo el ceño—. Y creo que usted tampoco me gusta demasiado, almirante. Si no fuese porque el almirante Ackbar me ha hablado tan bien de usted, creo que ahora estaría dudando de su lealtad. Y aun así, el caso es que estoy empezando a dudar de que haya sabido enjuiciar correctamente esta situación... ¿Realmente es necesario todo esto?

¿Qué razón puedo tener para querer colaborar con usted en una conspiración que tiene como objeto ocultar información a nuestra presidenta o al Alto Mando de la Flota?

—Permítame responder a su pregunta con otra pregunta: ¿cree que la princesa Leia es capaz de tomar decisiones realmente acertadas sobre asuntos concernientes al virrey y los yevethanos?

Ábaht desvió la mirada y guardó silencio.

—Ésa es la razón —dijo Drayson—. Este código no tiene como propósito ocultar nada, sino precisamente todo lo contrario: ha sido concebido para asegurar que usted obtendrá la información que necesita, y que a su vez usted podrá proporcionarnos la información que nosotros necesitamos..., una información que, de otra manera, podría perderse por el camino debido a los prejuicios de aquellos que controlan los canales de comunicación.

Ábaht respiró hondo y suspiró.

—Y ésa es la verdadera razón de esta reunión, ¿verdad?

—Sólo es una de entre varias razones —replicó Drayson—. Quiero que disponga de cuanto pueda llegar a necesitar para hacer su trabajo mientras esté ahí fuera, general. Quiero que usted y su gente mantengan un nivel de alerta lo más elevado posible durante todo el despliegue de la Quinta Flota. Quiero que vea llegar el puñetazo, si es que se produce. Quiero que regrese aquí sin haber tenido que abrir ni una sola vez las escotillas de sus cañones. Pero si tiene que abrirlas, entonces quiero que sepa a quién está intentando matar, y por qué.

—¿Es eso todo? Tengo a varias personas esperándome.

—No —dijo Drayson—. Hay una cosa más. Tengo entendido que conoce a Kiles L'toth, el subdirector del Instituto de Exploración Astrográfica.

—Servimos juntos en la armada dorneana.

—Y además de servir juntos, se hicieron amigos. Hasta es posible que L'toth le deba un favor.

—Ahora sí que ya tengo muy claro que no me cae usted bien. Sabe demasiado.

—No es el primero que lo piensa, o que lo dice en voz alta —replicó Drayson.

—No me conformo con esa respuesta, almirante. ¿Qué tiene que ver Kiles con todo esto?

—Todavía nada —dijo Drayson—. Es sólo que me parece que ha transcurrido demasiado tiempo desde la última vez en que usted y Kiles hablaron. Es una pena que haya tan poco contacto entre la

Flota y la administración civil... A veces pienso que son dos mundos totalmente desconectados.

La sequedad del tono de Ábaht, que casi convirtió su voz en un ladrido, reveló la creciente ira que sentía.

—¡Hable con claridad! ¿Adonde quiere ir a parar?

—El Instituto se encuentra bastante lejos del Departamento de la Flota o de Palacio —dijo Drayson—. De hecho, difícilmente podría estar más alejado del Senado, la presidencia y el círculo interno del poder... No tener a todo el mundo echándote continuamente el aliento en el cogote debe de ser muy agradable, ¿verdad? Sí, poder limitarte a hacer tu trabajo sin que nadie cuestione todos tus movimientos tiene que ser realmente maravilloso. Y además les han proporcionado todo cuanto necesitan: disponen de una flota entera de naves astrográficas y de exploración.

Ábaht le miró fijamente sin decir nada. Estaba tan sorprendido que se había quedado sin habla.

—Tal vez podría llamarle antes de irse —sugirió Drayson en voz baja y suave.

Un nuevo fruncimiento de ceño endureció todavía más la mirada de Ábaht mientras sopesaba todas las implicaciones de lo que acababa de oír.

—No, almirante, no me cae usted nada bien —gruñó por fin.

—No tengo por qué caerle bien.

—No, supongo que no —dijo Ábaht, y titubeó durante unos momentos antes de seguir hablando—. Pero... Bien, me imagino que será mejor que me enseñe ese maldito código después de todo.

—¿Kiles?

—¿Etahn? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—Quiero cobrar una deuda pendiente —dijo Ábaht.

—Será un placer pagarla —dijo Kiles, frotándose el muñón de su pierna derecha sin darse cuenta de lo que hacía—. Ya iba siendo hora de que decidieras cobrarla, ¿no? ¿Qué necesitas?

—Esas naves tuyas... ¿Cuántas puedes reunir discretamente, sin atraer demasiada atención?

—¿Con qué rapidez?

—Con la máxima rapidez posible.

—Bueno... Seis, quizá. Posiblemente siete u ocho, dependiendo de adonde necesites que vayan.

—Tienen que ir al Sector de Farlax.

—Ah. Bueno, en estos momentos no tenemos gran cosa por ahí... Seis es el número máximo de naves que puedo reunir sin sacar a algunas personas de la cama, y eso no es algo que pueda hacerse con discreción.

—Pues entonces tendrá que bastar con seis —dijo Ábaht—. Kiles, necesito una puesta al día de los datos cartográficos del Cúmulo de Koornacht y sus alrededores inmediatos. Los registros de la última exploración no me sirven. No puedo decirte por qué...

—No te lo he preguntado.

—Ni siquiera puedo pedirte de manera oficial.

—Ya me había imaginado que esto no era un asunto oficial —dijo L'toth—. Verás, Etahn, en realidad las cosas nunca cambian tan deprisa.

—Las cosas que realmente me preocupan siempre cambian demasiado deprisa —dijo Ábaht.

—Y lo que te preocupa no tiene nada que ver con la navegación espacial, ¿eh?

—No. Son todas esas banderitas: el quién, el qué y el cuándo.

—Si mando a mi gente allí, ¿correrán peligro?

—No lo sé, Kiles —dijo Ábaht—. Lo único que sé es que si acaban teniendo problemas, será el trabajo más importante que hayan hecho en toda su vida.

—De acuerdo —dijo Kiles—. Me basta con eso.

—Si pudiera enviaría a mi gente. Ya lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Te conozco lo suficientemente bien como para saberlo. No te gusta pedir ayuda a nadie. Estaba empezando a pensar que tendría que cargar con esta deuda hasta el día de mi muerte.

—Ahora necesito tu ayuda, Kiles.

—La tendrás. Empezaré a organizar el desplazamiento de las naves ahora mismo.

—Gracias, viejo amigo.

—Buena suerte, Etahn —dijo L'toth—. Ten mucho cuidado mientras estés ahí..., y procura cubrirte las espaldas mejor de lo que lo hice yo en su momento.

La Quinta Flota se había reunido en un área de estacionamiento orbital conocida como Zona 90 Este. Se encontraba justo allí donde terminaba el escudo planetario de Coruscant, pero era visible desde la gigantesca estación militar espacial que supervisaba y aprovisionaba el estacionamiento, y a través de la que fluían los suministros y las tripulaciones de la Quinta Flota.

A medida que se iba aproximando el momento de la partida, había muy pocas señales de sentimentalismo o ceremonia tanto a bordo de la estación como en las naves de la Flota. Todas las despedidas lacrimosas y llenas de buenos deseos ya habían sido dichas

en las entradas de Puerto Este, Puerto Oeste o Nuevo puerto, la mayoría de ellas hacía varios días. La inmensa mayoría de los tripulantes, pilotos y soldados y todo lo relacionado en los manifiestos de carga ya se hallaba a bordo.

Sólo los rezagados del último turno, por fin reclamado a bordo después de que hubiera terminado su período de licencia, ocupaban los asientos de las lanzaderas posadas sobre su cola que iban despegando regularmente de la superficie de Coruscant para poner rumbo hacia la estación. Sólo los suministros más urgentes se unían a los rezagados a bordo de los transportes, barcasas y remolcadores que iban y venían entre la estación y la Flota como enjambres de insectos sobrecargados de trabajo.

—Tendrías que haberte ido sin mí —dijo Skids, con los ojos impacientemente clavados en el visor de la lanzadera de transporte Imperiosa.

Los largos miembros de Tuketu estaban despreocupadamente estirados a lo largo de tres de los diminutos asientos de la lanzadera.

—Oh, ni lo sueñes —dijo alegremente—. Nunca voy a ningún sitio sin mi artillero.

—Estoy seguro de que nos darán una buena reprimenda, y además lo anotarán en nuestros historiales. Tendremos muchísima suerte si se limitan a dejarnos aparcados en el hangar durante una buena temporada.

—Bueno... Hasta el momento, el estar juntos siempre nos ha dado suerte, ¿no?

Skids, que apenas si le escuchaba, meneó la cabeza.

—Lo tenía todo calculado al minuto... Sabía en qué segundo exacto tenía que salir de Noria para ir a Nuevo puerto. ¿Cómo se suponía que iba a saber que unos atracadores durakanos habían elegido esa terminal para dar el gran golpe de su vida?

—No podías saberlo, Skids, así que deja de darle vueltas a lo que ha pasado.

—La policía mantuvo en el suelo durante once horas a todo lo que era mayor que un pájaro, y no dejaron que nadie saliera de allí hasta que los hubieron capturado. Y después me pararon encima de Surtsey por ir demasiado deprisa cuando estaba intentando recuperar una parte del tiempo perdido..., encima de Surtsey, nada menos. Si tienen suficientes vehículos aéreos para patrullar un sitio como Surtsey, parecería lógico suponer que no iban a tardar tanto tiempo en atrapar a un par de ladrones de joyas que miden más de dos metros de altura, ¿no?

—Allí está —dijo Tuketu, señalando la esquina superior derecha del visor.

—¿Qué? ¿Dónde? Oh... Sí, muy bien. Ya no tardaremos mucho en llegar —dijo Skids, dejándose caer en un asiento vacío—. ¿Crees que ascenderán a Hodo a comandante de escuadrón? Si quieres saber mi opinión, prefiero que sea Hodo antes que Miranda. No sé qué pensarás tú, pero...

—Skids...

—¿Qué pasa?

—Hablas demasiado.

—¿De veras? Oh, sí. Tienes razón, estoy hablando demasiado. Me callaré —dijo Skids, repentinamente cariacontecido—. Lo que pasa es que... Bueno, todo esto es realmente horrible. No puedo creer que haya ocurrido. —Echó un vistazo a su cronómetro—. Casi doce horas de retraso... El capitán nos meterá en un blanco robotizado y nos usará para hacer prácticas de tiro. La próxima vez no me esperes, ¿de acuerdo? Déjame allí y olvídate de mí, y...

El general Han Solo estaba inmóvil delante de la escotilla de la lanzadera de cuatro plazas que había utilizado para llegar hasta el Glorioso y fruncía el ceño mientras tiraba de la rígida tela de su uniforme, intentando hacer que resultara un poco más cómodo sin conseguirlo. Había engordado un poco a lo largo de dos meses de comer y cenar regularmente con su familia, y eso sólo empeoraba las cosas. «Estás impresionantemente guapo, querido —le oyó decir una vez más a la voz de Leia dentro de su mente—. Es tu cabeza la que se siente incómoda con el uniforme, no tu cuerpo.» Han suspiró, se dio por vencido y presionó el botón de apertura de la compuerta.

La dotación de la cubierta de vuelo ya había colocado una escalerilla para que pudiera bajar de la lanzadera, y el oficial de cubierta estaba esperando al final de ella.

—Solicito permiso para subir a bordo, teniente —dijo Han.

—¡General Solo! Permiso concedido... Bienvenido a bordo, señor. No sabía que fuera a venir a despedirnos, señor.

—No he venido a ver cómo zarpaban —dijo Han, bajando rápidamente por la escalerilla—. Voy a ir con ustedes. Haga que saquen mi equipo de la lanzadera, y después asegúrese de que uno de sus pilotos de transporte devuelve este vehículo a la estación antes de que inicien el cierre de escotillas.

—Sí, señor, inmediatamente. —La sorpresa inicial del teniente enseguida fue sustituida por el entusiasmo ligeramente teñido de adoración que Han había aprendido a esperar, pero que nunca aprendería a aceptar—. Siento que no haya venido en el Halcón, señor. Me habría gustado verlo.

—La verdad es que a mí también me gustaría estar viéndolo en estos momentos —dijo Han—. ¿Dónde está el general Ábaht?

—El general no está a bordo, señor. Esperamos que llegue en cualquier momento. El capitán Morano está en el puente. Si lo desea, será un placer enseñarle el camino.

Han estiró el cuello para ver más allá del teniente, y después recorrió el hangar con la mirada e hizo un rápido inventario de su contenido.

—Parece que están un poco apretados, ¿eh? —dijo con una inclinación de cabeza.

—Sí, señor. Hemos tenido que usar todo nuestro espacio de almacenamiento, y esta mañana hemos recibido media docena más de alas-E. Pero todavía podemos cambiar de sitio algunas cosas cuando necesitamos hacerlo, así que supongo que no tendremos demasiados problemas.

—Asegúrese de que puede lanzarlos al espacio en el mínimo de tiempo posible —dijo Han—. Si nos metemos en algún lío, la rapidez a la hora de despegar siempre es lo más importante.

—Sí, señor. ¿Desea que le escolte hasta el puente?

—Si pudiera averiguar dónde he de alojarme, por el momento me conformaría con eso —dijo Han, tirando del cuello de su camisa en un vano intento de conseguir que dejara de apretarle—. Oh, y avíseme cuando el general Ábaht suba a bordo.

Han, con el torso desnudo, yacía acostado sobre la espalda en la litera de lo que hasta hacía un rato había sido el camarote del cirujano de la nave. Su camisa colgaba de una percha en la pared junto a él, y había dejado caer los zapatos al pie de la litera.

Había sido un día muy largo, y el cuerpo de Han quería dormir.

Pero el navío, al igual que la estación, se regía por el Tiempo Estándar, y eso significaba que a bordo había ocho horas de diferencia con la Ciudad Imperial. Han sabía por experiencias anteriores que la mejor manera de adaptarse al nuevo horario era alargar todavía un poco más su día y acostarse con el primer turno de la noche. Había dejado encendidas las luces del techo como una especie de póliza de seguros contra el quedarse dormido.

Pero su cuerpo enseguida agradeció aquel silencio, y sus ojos necesitaban un poco de penumbra después de tantas horas de luz, y su mente quería librarse de los pensamientos que no paraban de agitarse dentro de ella. Todo contribuía a hacer que se sintiera a disgusto y fuera de lugar: estar lejos de Leia y de los niños, emprender aquella misión en solitario sin Luke o Chewbacca, estar enfadado con Leia por haberle pedido que le hiciera aquel favor cuando sabía que Han no podía responderle con una negativa, odiar su propia incapacidad para decir que no... Han no tenía ni idea de dónde había ocurrido, pero en algún punto del trayecto había perdido esa independencia que, en tiempos pasados, había considerado como su posesión más preciada, y lo peor de todo

era que sabía que había renunciado a ella libremente y sin que nadie le obligara a hacerlo.

No. Lo peor de todo era el hecho de que estaba allí, solo y abandonado a sus propios recursos, y que se sentía incapaz de recordar qué había que hacer para disfrutar de esa situación. Han no habría sabido explicar por qué, pero el estar solo le resultaba tan repentinamente nuevo como desagradable.

Se tapó la cara con un brazo e intentó hacer desaparecer todo aquello. Pasado un rato, lo consiguió.

El general Ábaht salió del saltador poranjiano moviéndose con una agilidad muy respetable para alguien de su edad.

—General... —dijo el oficial de cubierta, saludando marcialmente—. Me alegro de verle, señor. El capitán Morano está reunido con los distintos capitanes de la flota, y el oficial de día está en el puente.

—Gracias —dijo Ábaht, saltando a la cubierta y señalando el vehículo con el pulgar—. Encuentre algún sitio donde guardar este trasto, Marty. Me lo han prestado, pero confieso que me estoy encaprichando de él.

—Sí, señor. Me ocuparé de ello.

Había algo en el comportamiento del oficial de cubierta —algo en su voz, o en la tensión casi imperceptible que fruncía sus labios— que parecía un poco fuera de lugar. Pero Ábaht no obtuvo su primera pista de qué podía ser hasta que giró sobre sus talones para dirigirse hacia la salida. Entonces fue cuando vio que la mitad de la dotación de la cubierta había dejado de trabajar para volver la mirada en su dirección. Los rostros de algunos técnicos parecían mostrar expresiones de una pena tan intensa que rozaba lo fúnebre, o de indignada preocupación.

—¿Qué está ocurriendo, Marty?

El oficial de cubierta tragó saliva con un visible esfuerzo.

—Señor, el general Han Solo llegó hace un par de horas y...

—Ah, ¿sí? —murmuró Ábaht con expresión pensativa.

—Sí, señor. Pensé que había venido para vernos zarpar, pero el capitán Morano ha instalado al general Solo en el camarote del doctor Archimar.

—¿De veras?

—Sí, señor. Yo... General, se rumorea que Solo ha venido a asumir el mando de la Quinta Flota.

—En ese caso, entonces el capitán Morano le ha asignado el camarote equivocado —dijo Ábaht sin inmutarse—. ¿Dónde está el general Solo ahora, Marty?

—Lo averiguaré enseguida. Pidió que le avisaran en cuanto usted subiera a bordo, señor.

—Pues averígüelo e infórmeme —dijo Ábaht, inclinando la cabeza—. Pero deje que sea yo quien le transmita el mensaje, ¿de acuerdo?

Una sonrisa se abrió paso a través de la máscara de preocupación en que se había convertido el rostro del oficial.

—Sí, señor.

Han no supo que se había quedado dormido hasta que fue despertado de repente por un ruido. Se incorporó en la litera con los ojos muy abiertos, y vio a un dorneano muy alto que llevaba un uniforme del Alto Mando de la Flota inclinándose sobre él. Las arrugas del rostro del dorneano indicaban que tenía más de cien años de edad. Los galones de la guerrera de su uniforme indicaban que era el general Ábaht.

—General Solo, ha empezado a circular por toda la nave el rumor de que he sido despedido y de que usted va a ocupar mi puesto —dijo Ábaht—. ¿Querría explicarme a qué viene todo eso y qué está ocurriendo en realidad?

—No sé de dónde puede haber salido ese ridículo rumor —dijo Han, sacando los pies de la litera y empezando a manotear a ciegas en busca de su camisa. Todavía medio aturdido por su siesta, necesitó hacer tres intentos antes de que consiguiera descolgarla de su percha—. Usted es el comandante de la Quinta Flota. Nada ha cambiado.

—Su presencia a bordo supone un cambio —dijo Ábaht, apoyándose en la cómoda.

Han se puso la camisa y empezó a luchar con los botones.

—Dígamelo a mí —murmuró—. Oiga, general, ya sé que usted no quiere tenerme aquí y, si he de serle sincero, la verdad es que yo tampoco querría estar aquí. Si nos basamos en ese entendimiento mutuo y nos damos un poco de espacio para respirar el uno al otro, quizá esto no vaya a ser demasiado terrible para ninguno de los dos.

—Veo que he cometido el error de confiar excesivamente en su reputación —dijo Ábaht.

—¿De qué me está hablando?

—Entre los dorneanos, se espera que el macho sabrá darse cuenta de cuándo ha llegado el momento de dejar a sus bebés y empuñar las armas. Pero que su hembra tenga que obligarle a cumplir con su deber recurriendo a la vergüenza...

—Sí, bueno... Dígale todo eso a alguien a quien le importe, ¿de acuerdo? —replicó Han con irritación—. He hecho mi parte, y un poco más de lo que me correspondía..., y si esta respuesta no basta para satisfacerle, pregúnteme si eso va a quitarme el sueño. Y en cuanto a usted, esta misión no tiene mucho que ver con lanzarse sobre la Estrella de la Muerte a los mandos de un caza.

Ábaht se rió.

—Por lo menos todavía le quedan dientes suficientes para morder —dijo—. ¿Puedo ver sus órdenes?

—No ha habido tiempo para formalidades —dijo Han, deslizando los faldones de su camisa por debajo de la cinturilla del pantalón—. Oiga, no entiendo mucho de diplomacia... Pregúntele a cualquiera y se lo confirmará. Intentemos hablar claro, y veamos adonde nos lleva eso. No estoy aquí para sustituirle. Le aseguro que no tengo ni idea de cómo hay que dirigir una fuerza espacial de estas características, y no tengo ninguna intención de seguir un curso acelerado de estrategia.

—Muy bien. ¿Por qué está aquí, si no es para sustituirme?

—Ahora he sido yo quien ha confiado demasiado en su reputación. Me imaginaba que podría descubrir la respuesta a esa pregunta sin ayuda.

—No gozo de la plena confianza de la princesa.

—Claro. Pero yo sí. Así que si yo le digo que todo va bien, entonces ella se lo creerá.

—No, tiene que haber algo más —dijo Ábaht—. No gozo de la plena confianza de la princesa..., pero no ha podido encontrar una razón que justificara el sustituirme. Si usted no está aquí para sustituirme, ¿ha venido para proporcionarle esa razón?

—Estoy aquí para ayudarle a no cometer ninguna estupidez —dijo Han—. Si después resulta que usted no necesita ninguna ayuda para evitar cometer estupideces, entonces por mí estupendo. Me dedicaré a mejorar mis algo oxidadas habilidades con las cartas del barláz en su sala de descanso, averiguaré dónde guarda el zumo de dragón medicinal su contraamaestre y recuperaré los montones de sueño atrasado que he ido acumulando.

—La princesa sigue temiendo que nuestra presencia allí cause algún incidente con los yevethanos.

—Supongo que se podría decir que sí.

—Quizá debería tener más miedo de los yevethanos que de la posibilidad de que surja algún incidente diplomático —dijo Ábaht—. Me gustaría oír sus opiniones sobre la Flota Negra, general Solo.

—Ese tema queda fuera de mi jurisdicción —dijo Han.

—Y acaba de decirme que no entiende mucho de diplomacia, ¿eh?

Los labios de Han se curvaron en una sarcástica sonrisa torcida.

—Bueno, Leia siempre ha sido una mala influencia para mí, y quizá ha acabado afectándome un poco más de lo que creía...

—¿Todavía queda dentro de usted lo suficiente de soldado para que...?

—Oiga, general, yo nunca he sido un soldado. No lo fui ni cuando llevaba uno de estos uniformes —dijo Han, dando un tirón a la pechera de su camisa—. Soy demasiado independiente y me gusta demasiado pensar por mi cuenta, y el aceptar órdenes es algo que nunca se me ha dado muy bien. Era un rebelde.

—¿Y qué es ahora?

—Ahora... Ahora supongo que soy un patriota. Si es así como se llama a alguien que piensa que la Nueva República es infinitamente mejor que el viejo Imperio, claro.

—Muy bien —dijo Ábaht—. Entonces le pido al patriota que hay en Han Solo que me permita compartir con él la opinión de un soldado sobre el porqué vamos a llevar esta nave a Hatawa y Farlax.

—De acuerdo, siempre que eso pueda esperar hasta que todos estemos un poquito más despiertos —replicó Han.

—Puede esperar, pero no demasiado tiempo —dijo Ábaht—. ¿Ha comido?

—No he comido nada desde que mis pies dejaron de estar en contacto con el suelo.

—Entonces le sugiero que me acompañe al comedor de oficiales, y una vez allí podremos comer algo mientras el capitán Morano nos lanza a la primera parrilla de salto. A menos que a su estómago no le siente bien combinar la comida con el hiperespacio, por supuesto...

—En absoluto —dijo Han—. Es muy amable por su parte. Permítame encontrar mis zapatos y enseguida podremos irnos.

—Oh, no crea que sólo se trata de amabilidad por mi parte. Me temo que tengo otros motivos menos loables —dijo Ábaht.

—Ah, ¿sí? ¿Qué ocurre? ¿Es que el cocinero del comedor de oficiales aún no ha conseguido dominar los sistemas de su cocina?

Ábaht sonrió.

—Dado que es usted mi superior, y especialmente dado que es usted Han Solo, su presencia en esta nave supone un problema para mí en lo que concierne a mi tripulación —dijo—. Si me lo permite, me gustaría utilizar su presencia a bordo para subrayar la importancia que tiene esta misión, y para convertir un factor negativo en uno positivo. Y que le vean como invitado mío a bordo de la nave pondrá fin a los rumores que ha provocado su llegada mucho más deprisa que cualquier anuncio público que yo pudiera hacer.

Han asintió.

—Pues entonces, adelante. No he venido aquí para hacerle más difícil el trabajo.

A las cero cuarenta horas exactamente, entre los rollos para y el coñac dorneano, la Quinta Flota saltó al hiperespacio con rumbo al Sector de Hatawa. La busca de la Flota Negra de Ayddar Nylykerka había empezado.

Cuando el coronel Pakkpekatt llegó al comunicador más próximo, el Dama Afortunada ya estaba a sólo dos kilómetros del Vagabundo y continuaba acercándose a una velocidad moderada que, aun así, colocaría al yate espacial en posición de ataque dentro de unos minutos. El espectáculo hizo que las crestas de amenaza de la espalda de Pakkpekatt se irguieran en todo su esplendor, y su garganta se volvió de color carmesí en una exhibición de furia que ninguno de los miembros de la dotación de su puente de mando había presenciado con anterioridad.

—Está usted completamente loco, Calrissian —dijo Pakkpekatt con gélida calma—. Le prometo que esto va a costarle algo más que su rango.

—Coronel, creo que me tomaré sus palabras como una promesa de que hará cuanto pueda para ayudarme a seguir con vida el tiempo suficiente para satisfacer esa delicadísima sensibilidad que le permite ofenderse con tanta facilidad. Tengo entendido que la Flota no permite formar consejo de guerra a un cadáver.

—Existen otros usos para los cadáveres —dijo Pakkpekatt con una sonrisa helada—. Bien, aprovechando que por el momento siguen vivos, tal vez le gustaría incluir sus justificaciones en el registro oficial.

—Será un placer —dijo Lando—. Su decisión de excluirnos del equipo de incursión puso en peligro no sólo las vidas de Bijo y sus hombres, sino también toda la misión. Y la actitud que mantuvo durante la reunión de ayer me convenció de que nunca dedicaría ni un solo minuto de su tiempo a nada de cuanto pudiéramos poner encima de la mesa, así que...

—¿Acaso pretende hacerme responsable de su temeridad? —le interrumpió Pakkpekatt, dejándose dominar por un estallido de rabia que vaporizó su helada calma anterior en cuestión de segundos—. Ustedes no han puesto nada encima de la mesa. Está claro que cuando llegó aquí ya poseía información secreta sobre esta nave, y que después negó poseer dicha información y que no nos ha permitido acceder a ella.

—¿Información secreta? ¿Qué demonios está diciendo, coronel?

—¡Oh, vamos, pero si usted mismo acaba de admitirlo! Usted es el único que sabía que el equipo de incursión correría peligro. Y ya sabía que el objetivo estaba esperando una señal de respuesta, señal que usted ya poseía.

—Coronel, no sé de qué me está hablando. Tenía una corazonada sobre lo que habían venido a hacer aquí los constructores de esa nave, y ésta era la única manera de averiguar si mi corazonada se basaba en algo mínimamente sólido.

—¿Espera que crea que ha arriesgado sus vidas y su nave fiándose de una corazonada?

Lando dejó escapar una suave risita.

—Nunca ha jugado una partida de sabacc conmigo, ¿verdad, coronel? Si aspira a poder ganar mucho dinero, antes tiene que estar dispuesto a perder mucho dinero. Nadie ha llegado a rico haciendo apuestas de un crédito.

—Espero que haya disfrutado de su pequeño juego, general. Pero siempre había tenido entendido que esconder cartas en la manga estaba considerado como un acto de deshonestidad.

—No disponíamos de ninguna información secreta, coronel. Dio la casualidad de que buscamos en el sitio correcto de los archivos imperiales..., y justo a tiempo. Ahora por fin hemos conseguido saltar la valla, y vamos a hacer lo que podamos mientras estemos aquí. Confío en que a estas alturas ya habrá ordenado que activaran todos los sistemas de grabación, ¿no?

Pakkpekatt cortó el canal de audio de la unidad comunicadora y volvió la mirada hacia su oficial de operaciones.

—¿Hemos registrado la señal-llave que el Dama Afortunada utilizó para entrar en la zona de acceso restringido?

—Sí, señor.

—¿Qué potencia tiene el haz de tracción del D-891 ¿Es lo bastante potente para inmovilizar al Dama Afortunada?

—Desde luego, señor, y sin ninguna dificultad —dijo el oficial de operaciones con una sombra de desprecio en la voz—. El Dama Afortunada sólo es un yate de recreo civil.

—¿Y el campo de interdicción? ¿Sigue funcionando?

—Sí, señor. El campo de interdicción está conectado y en funcionamiento.

—Entonces prepare una secuencia de emisión de esa llave, y esté preparado para enviar a una patrullera para que los saque de allí por la fuerza. —Pakkpekatt se volvió hacia el comunicador y volvió a conectar el canal de audio—. Estamos haciendo cuanto podemos —le dijo a Lando—. Pero algunos sistemas estaban siendo sometidos a un diagnóstico de calibración con vistas a dejarlos preparados para el intento que planeábamos llevar a cabo dentro de un rato, y todavía no están en condiciones de ser utilizados. ¿Puede permanecer en su posición actual y darnos un poco de tiempo? Unos cuantos minutos deberían bastarnos.

—Bueno, supongo que es una petición bastante razonable. Pero espero que no esté pensando en tratar de enviar al equipo de incursión —le advirtió Lando—. Hemos estado discutiendo esa posibilidad, y por aquí tenemos nuestras dudas de que la llave vaya a funcionar una segunda vez.

—No, no planeamos enviar al equipo de incursión —respondió Pakkpekatt—. Limítese a permanecer a la espera en su posición actual. —Cortó la conexión—. ¿Preparado?

—Sí, señor.

—Pues entonces, adelante.

Desde su veloz travesía por la zona de acceso restringido del Vagabundo el día anterior, el D-89 había estado volando en formación con el Glorioso, aguardando su próxima misión como segunda plataforma de detección para las grabaciones estereofónicas de larga distancia del contacto a intentar por el equipo de incursión que deberían obtener. Cuando su sistema de propulsión por el espacio real cobró vida de repente con un rugido, el D-89 sólo tuvo que recorrer unos cuantos kilómetros antes de llegar a la frontera invisible de la esfera de seguridad del Vagabundo.

El D-89 aún seguía acelerando cuando fue interpelado por el Vagabundo mediante una señal que se oyó claramente tanto a bordo del Dama Afortunada como del Glorioso. Lobot fue el primero en comprender la causa a bordo del Dama Afortunada.

—Otra nave se está aproximando al Vagabundo —dijo.

—No es la misma secuencia de antes, amo Lando —dijo Cetrespeó casi en el mismo instante.

—Lo sé —respondió Lando con expresión sombría—. Me ha bastado con oírla durante unos momentos para darme cuenta. Ah, ya me temía que iba a intentar precisamente ese truco...

La señal del Vagabundo terminó bruscamente y la respuesta, transmitida desde el Glorioso a través de los emisores del D-89, llegó de inmediato. Pero antes de que la respuesta se hubiera completado, una cegadora luz azulada ya había empezado a bailotear sobre el tercio de popa del casco del Vagabundo.

—¡Agarraos todos! —gritó Lando nada más verlo.

Después se lanzó sobre la consola y alargó la mano hacia el control que alimentaría los escudos de combate del Dama Afortunada con toda la energía que eran capaces de producir los motores.

Pero su mano todavía no había llegado al interruptor cuando la cabina quedó repentinamente inundada de luz, una luz tan intensa que incluso Cetrespeó se encogió bajo ella y tan fría que hizo estremecerse a Lando. Media docena de alarmas empezaron a sonar en ese instante, como si el mismo yate estuviera emitiendo un estridente chillido de sorpresa. Y atravesando la cacofonía se oyó el gemido quejumbroso de un Erredós repentinamente enloquecido por el terror.

Desde el privilegiado punto de observación de quienes contemplaron el espectáculo en el puente del Glorioso, todo pareció durar sólo un momento, un abrir y cerrar de ojos. Quienes bajaron la mirada hacia sus consolas en ese instante se lo perdieron por completo. Cuando sus cabezas se alzaron de golpe al oír el jadeo colectivo, lo único que

quedaba por ver era la nube de fragmentos que se expandía rápidamente por el espacio entre el crucero y el Vagabundo.

El resplandor azulado había hecho que el Vagabundo pareciera relucir con una repentina brillantez en las pantallas del crucero. Después tres haces de energía habían salido disparados de la cola de la nave, acuchillando el espacio como reflectores y avanzando velozmente hacia el mismo blanco. Los haces se intersectaron y se confundieron unos con otros y, en ese momento y en ese punto del espacio, hubo una explosión pequeña pero espectacularmente intensa.

En ese mismo instante, toda la emisión telemétrica del D-89 desapareció de las consolas del puente del Glorioso.

Después las lanzas de energía destructiva se esfumaron tan deprisa como habían aparecido, y el silencio se adueñó nuevamente del espacio. El Vagabundo volvió a sumirse en su estado de cuasi invisibilidad anterior mientras pequeñas explosiones secundarias iluminaban los restos atomizados desde el interior, ardiendo como novae diminutas perdidas en las profundidades de una nebulosa recalentada.

—¿Qué ha sido del Dama Afortunada? —preguntó Pakkpekatt, volviéndose hacia un técnico de sensores que aún no se había recuperado del todo.

—En... El índice de ionización es tremendamente elevado, así que no podremos ver a través de la nube hasta que se haya dispersado. Pero el Merodeador sigue teniendo visible al Dama Afortunada en sus pantallas.

—Qué interesante —dijo Pakkpekatt, irguiéndose cuan alto era.

—Coronel, el capitán Hannser solicita instrucciones desde el Merodeador.

—Dígale que espere —dijo Pakkpekatt, volviéndose hacia los ventanales del puente—. Sistema de captación de imágenes, vuelva a mostrar el ataque pasando la grabación a la mitad de la velocidad normal. Que todo el mundo esté atento a sus monitores. Vamos a ver qué podemos averiguar sobre los amigos del general.

Lando fue silenciando las alarmas una por una: alarma de radiación, alarma de proximidad, alarma de contacto, alarma de sistemas, alarma de anomalía... La nave parecía no haber sufrido ningún daño y, de hecho, parecía estar totalmente intacta.

—¿Qué ha sido eso?

—Estoy mostrando una explosión producida a ocho kilómetros de nuestra popa —dijo Lobot—. Creo que acabamos de presenciar una demostración del poder de la tecnología armamentística de los gellas.

—Santa reina de los marineros... Dime que lo que estalló no era la lanzadera del equipo de incursión, Lobot.

Lobot abrió una conexión con uno de los procesadores no protegidos del Glorioso.

—Era el hurón D-89. No había nadie a bordo.

—Demos gracias a las estrellas por eso. —Lando rozó la consola que tenía delante y abrió un canal de comunicación con el crucero—. Coronel, espero que uno de estos días aprenderá a hacer caso de lo que le digo.

—General, le aseguro que en cuanto decida empezar a decirme la verdad, entonces escucharé con sumo gusto todo lo que tenga que contarme.

—¿La verdad?

—Sí, la verdad —replicó secamente Pakkpekatt—. Podría empezar explicándome para quién está trabajando, qué hay dentro del objetivo y por qué ha decidido traicionar a la Nueva República. El Vagabundo le permitió aproximarse, y ahora le está protegiendo.

—General, ya le advertí de que la llave quizá sólo funcionaría una vez. El desafío al que tuvo que enfrentarse el hurón era distinto del desafío al que nos enfrentamos nosotros..., probablemente para impedir que alguien hiciera exactamente lo que usted intentó hacer que, puestos a ser sinceros, consistía en meter las narices donde no debía y

robar la llave. Si el Vagabundo nos está protegiendo, eso se debe única y exclusivamente a que cree que tenemos derecho a estar donde estamos.

—¿Sigue afirmando que todo esto no es más que el resultado de una corazonada de jugador al que le ha sonreído la suerte?

—Coronel, vamos a entrar en el objetivo de una forma bastante irregular. No habíamos concertado ninguna cita previa.

—En ese caso, ¿qué razón puede tener el Vagabundo para no haberse marchado?

Lando alzó la mirada y echó un vistazo por el visor delantero del Dama Afortunada. El arma que había sido utilizada contra el hurón resultaría igualmente efectiva contra las naves que proyectaban el campo de interdicción. Y con una de esas naves destruida o incapacitada, no habría nada que pudiera impedir la huida del Vagabundo.

—No lo sé, coronel —dijo Lando—. Quizá nos está esperando. Voy a iniciar una nueva trayectoria de aproximación y veremos qué ocurre. —Lando puso la mano sobre los controles del sistema de impulsión y desplazó la palanca principal hacia adelante en un movimiento casi imperceptible—. Mientras tanto, y si deja de tratar de enviar a la caballería durante el tiempo suficiente para escucharnos, compartiremos con usted todo lo que sabemos, o creemos saber.

Erredós y Cetrespeó habían estado manteniendo su propia conversación privada en la parte de atrás de la cubierta de vuelo del yate, y un instante después Cetrespeó fue hacia los asientos en que se habían instalado Lando y Lobot.

—Señor.

—Espera un momento, Cetrespeó.

—Lamento tener que interrumpirle, señor, pero Erredós dice que la nueva secuencia transmitida por la nave de los qellas no figura en la información acumulada en los archivos exploratorios.

—¿Qué?

—Erredós dice que es totalmente incapaz de determinar la respuesta correcta.

Lando meneó la cabeza.

—Me siento como si estuviera tomando parte en un concurso de deletrear palabras y el chico que está sentado delante de mí acabara de fallar una palabra que yo tampoco conozco —dijo—. ¿Está siguiendo todo esto, coronel?

—Lo sigo, pero no lo entiendo.

—Hemos identificado la señal original del Vagabundo y sabemos que corresponde a un fragmento del código genético de una especie conocida con el nombre de qellas —le explicó Lando—. La respuesta correcta era la siguiente porción del código. Pero el Vagabundo ha interrogado al hurón utilizando una secuencia distinta, y al parecer ahora no sabemos qué viene a continuación de dicha secuencia. Quizá Lobot tenga una explicación, ya que fue él quien descubrió que la primera secuencia era una parte del código genético de esa especie.

—Dispongo de una explicación —dijo Lobot—, pero no nos será de ninguna ayuda a la hora de resolver nuestro problema.

—Me gustaría oírla de todas maneras —dijo Pakkpekatt.

Lando inclinó la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con el coronel.

—He repasado la historia de los registros concernientes a los qellas —siguió diciendo Lobot—. Los qellas fueron descubiertos por la Tercera Exploración General, que supuso el primer examen completo y a gran escala de los mundos habitables de los brazos galácticos llevado a cabo por la Antigua República. Pero el único informe disponible es el del navío de exploración. Cuando el navío de contacto llegó ocho años más tarde, todos los qellas habían muerto, y más de una tercera parte del planeta estaba recubierta por una capa de hielo que tenía hasta cien metros de grosor en algunos puntos.

—¿Todos habían muerto? ¿Qué ocurrió?

—Los equipos de inspección adelantaron la hipótesis de que un asteroide había chocado con el planeta—dijo Lobot—. El navío de contacto recogió muestras genéticas y artefactos tecnológicos de dos lugares distintos, pero no estaba equipado para llevar a cabo trabajos arqueológicos, y había muchos mundos con poblaciones vivas esperando la llegada de un navío de contacto. Qella fue inscrita en los registros como mundo a investigar por un equipo arqueológico, y el navío de contacto prosiguió su ruta. Pero el planeta no volvió a ser visitado por ninguna nave.

—¿Por qué no? —preguntó Lando.

—La Tercera Exploración General nunca llegó a terminarse —dijo Pakkpekatt—. Fue interrumpida por el estallido de las Guerras Clónicas.

—El coronel tiene razón —dijo Lobot—. Todos los navíos de exploración y contacto fueron requisados por la Armada Imperial cuando la Tercera Exploración General sólo había abarcado un sesenta y uno por ciento de los objetivos fijados.

—Y eso significa que no vamos a disponer de más información sobre los qellas y que hemos de conformarnos con lo que sabemos, ¿verdad? —preguntó Lando—. Tiene que haber más datos en algún sitio. Está claro que los qellas ya habían conseguido desarrollar la tecnología del viaje interestelar. Debían de tener vecinos, socios comerciales...

—El personal del coronel tal vez pueda localizar ese tipo de información —dijo Lobot—. Yo no he podido encontrar ninguna otra referencia a ese planeta o a sus habitantes.

—Tengo gente trabajando en ello —dijo secamente Pakkpekatt—. Si se me hubiera comunicado esta información en cuanto lograron acceder a ella, ahora tal vez ya podría tener algunos resultados que transmitirles.

El Vagabundo ya casi llenaba por completo la pantalla visora de proa del Dama Afortunada.

—Coronel, dos jugadores pueden recibir exactamente la misma mano de cartas y uno de ellos ganará con esas cartas, y el otro perderá con ellas. Si le hubiéramos dado la posibilidad de averiguar si nuestra corazonada tenía alguna base sólida, ¿qué habría hecho con ella? ¿Dónde estaría Bijo Hammax en estos momentos?

Hubo una larga pausa antes de que el oficial de inteligencia respondiera a la pregunta de Lando.

—Comprendo lo que quiere decir, general.

—Gracias, coronel —dijo Lando—. Nos encontramos muy cerca, como supongo que podrá ver por sus pantallas. Tal como yo veo las cosas, será mejor que empiece a concentrarme en la partida que esta teniendo lugar aquí. Nos mantendremos en contacto con ustedes, pero ésa no va a ser la primera de mis preocupaciones.

—Si dejara abierto un canal de audio...

—Probablemente querrá recibir todos los datos que vayan captando los sensores de nuestra cabina, ¿no? Lobot puede transmitirse los.

—Haremos cuanto podamos para ayudarles —dijo Pakkpekatt.

Lando sabía que al hortek tenía que haberle costado un gran esfuerzo llegar a pronunciar aquellas palabras.

—Ya nos oírás gritar —dijo—. Pero si realmente desea ayudarnos, entonces quizá quiera averiguar qué puede hacer para que envíen una nave al mundo de los qellas..., y deprisa. Quizá allí siga habiendo algunas respuestas que nos van a hacer mucha falta antes de que esto termine.

Con el Dama Afortunada avanzando lentamente a lo largo del casco del Vagabundo a una distancia de sólo cien metros, Lando tuvo la sensación de que estaba viendo la nave con claridad por primera vez.

Visto desde lejos, el casco tenía un aspecto irregular y salpicado de bultos. Visto de cerca, recordaba a un amasijo de enormes troncos de árbol, envuelto por gruesas lianas que se entrecruzaban en todas direcciones, que hubieran ido creciendo lentamente sobre

la corteza metálica hasta introducirse en ella. Pero la escala no encajaba en lo más mínimo con aquella comparación: las «lianas» eran lo bastante gruesas para que se hubiera podido estacionar el yate dentro de una de ellas, y los «truncos» habrían engullido la colosal masa de un crucero sin ninguna dificultad.

—Me recuerda un poquito a un Foss —dijo Lando—. ¿Qué opinas de esas protuberancias?

—No tengo forma alguna de saber si son meramente simbólicas o funcionales —dijo Lobot—. No existe ninguna pauta repetitiva que pueda percibir.

—Quizá sean alguna clase de sistema transmisor de energía para sus armas —dijo Lando—. No veo ninguna otra cosa que tenga aspecto de ser un arma.

—Es posible que su armamento utilice la capacitación de carga superficial —dijo Lobot—. La CCS está considerada como no muy segura para las operaciones militares espaciales, pero un navío que no forme parte de una flota puede llegar a acumular cargas superficiales muy grandes sin que eso afecte a sus sistemas internos. El espacio profundo es un buen aislante.

—¿Y entonces toda la superficie de la nave podría ser un acumulador para esa arma que vimos?

—Sí. Las protuberancias, para utilizar la misma palabra que has empleado tú, incrementan considerablemente el área total de la superficie. Las aberturas de las armas propiamente dichas podrían ser muy pequeñas.

—Quizá deberíamos enviarles un mensaje de salutación —dijo Cetrespeó—. Me encantaría ofrecerles mis servicios para ello.

—Todavía no, Cetrespeó —dijo Lando—. Mira, ahí está el punto de ataque primario que Bijo planeaba utilizar... Justo delante de nosotros, un poco arriba y a la derecha.

—Eso no es una escotilla —dijo Lobot después de unos momentos de inspección—. Es una mera marca superficial. No hay ninguna línea que indique que puede abrirse.

—El punto de ataque secundario queda un poco más lejos. Vamos a echarle un buen vistazo.

—General Calrissian... —dijo Pakkpekatt.

—¿Sí, coronel?

—He pensado que tal vez le gustaría saber que el IX-26 ha abandonado su ruta de patrulla en Nouane para recoger a un equipo arqueológico del Instituto Obroano —dijo Pakkpekatt—. Ya van hacia Qella.

—Gracias, coronel.

—Mi jefe de adquisición de datos me ha pedido que les transmita una petición de su parte —siguió diciendo Pakkpekatt—. Querría que adhiriesen una lapa de seguimiento y registro al objetivo a la primera oportunidad de hacerlo que se les presente. En el plan de acción del equipo de incursión, eso estaba considerado como una forma de aumentar las probabilidades de éxito de la misión.

—Coronel, tengo intención de adherir todo este yate al Vagabundo tan pronto como consiga averiguar en qué sitio puedo hacerlo. Si todo sigue tranquilo, entonces cogeremos una lapa de seguimiento y registro y la colocaremos manualmente. Si puedo evitarlo, no voy a disparar nada contra esta nave.

—Lando —dijo Lobot de repente—. Mira.

La superficie del Vagabundo había adquirido una súbita vida y se había llenado de pequeñas manchas luminosas. Las tenues lucecitas aparecían y desaparecían siguiendo pautas regulares a lo largo de la parte superior de las protuberancias que cubrían el casco, formando secuencias que atraían a la mirada hacia adelante primero y hacia el límite de la curvatura del casco después, donde desaparecían.

—¡Oh, no! ¡Ten cuidado, Erredós! ¡Se está preparando para atacar! —exclamó Cetrespeó.

—Eso no es lo que ocurrió la última vez que dispararon —dijo Lando.

—La última vez que dispararon nos encontrábamos a dos kilómetros de distancia del Vagabundo —le recordó Lobot—. No podíamos ver esta fase desde allí.

—Algunos de nuestros técnicos opinan que eso indica una nueva actividad de los motores, y que el objetivo se está preparando para saltar al hiperespacio —dijo Pakkpekatt por el comunicador—. Les sugiero que retrocedan y lancen esa lapa ahora mismo. Tal vez no tengan otra oportunidad de hacerlo.

—También existe otra posibilidad —dijo Lobot—. Ésta podría ser la segunda pregunta a la que debemos responder. Si se trata de eso, entonces es una pregunta a la que no estamos preparados para contestar.

—General, debo insistir en sugerirle que lance la lapa y que saque de ahí a su gente —dijo Pakkpekatt, subiendo un poco la voz.

—¡No! —rechazó Lando—. Quiero saber qué está ocurriendo en el resto del casco, en la parte que no podemos ver... ¿Adonde van las luces? ¿Hay un comienzo, un final? ¿Dónde están las imágenes de los otros registros de vídeo, Lobot?

—Los estoy examinando —dijo Lobot—. Las corrientes de luz se originan en un punto situado a popa de nuestra posición y divergen de repente, formando dos líneas que después van avanzando a lo largo del casco y que siguen los contornos de la superficie. Las dos líneas terminan en puntos separados que se encuentran al otro lado de la nave.

—¿Puedes sacar alguna clase de conclusión de todo esto, Cetrespeó? Volvemos a tener dos corrientes independientes. ¿Es otro dúo Para dos voces?

—Estas luces no tienen nada que ver con ninguna de las distintas formas de lenguaje que conozco, amo Lando. Pero quizá no se trate de una comunicación lingüística, sino simbólica.

—¿De qué estás hablando?

—Quizá sean indicadores en vez de corrientes, señor.

—Indicadores... ¿Y a cuál seguimos?

—Amo Lando, ¿me permite sugerir que siga a las dos hasta llegar al punto de divergencia?

—¡Pero entonces iríamos en sentido contrario al que indica la señal!

—Las convenciones de la comunicación simbólica no son universales, señor. Las costumbres de su cultura le han condicionado a extrapolar en la dirección del movimiento, en vez de a buscar su punto de origen.

—Cetrespeó tiene razón —dijo Lobot—. Puedes seguir una corriente hasta su origen o hasta su destino. Quizá hemos tardado tanto en actuar desde el momento de nuestra primera transmisión que han decidido que no hemos logrado ver la entrada, o que no sabemos cómo encontrarla.

Lando alzó las manos en un gesto de rendición.

—De acuerdo, iremos hacia atrás —dijo, y alargó la mano hacia los controles de impulsión.

Mientras contemplaba el parpadeo de las luces que desfilaban por debajo de ellos y desaparecían en la dirección de la popa, Lando no pudo evitar tener la sensación de que estaban yendo por el camino equivocado. Pero cuando llegaron al punto del que parecía surgir la luz, el agujero oscuro de un acceso en forma de iris se abrió de repente ante ellos, y las dos corrientes de luces desaparecieron al instante.

—Nos están invitando a entrar —dijo Lobot.

—Que me cuelguen en el centro de una tormenta de iones si no es justamente eso lo que están haciendo... —jadeó Lando con una mezcla de asombro y deleite—. Sí, Lobot, nos están invitando a entrar. ¿Con qué clase de atmósfera se encontró la nave de exploración cuando fue a Qella?

—Setenta y cinco por ciento de nitrógeno, trece por ciento de dióxido de carbono, nueve por ciento de oxígeno, uno por ciento de vapor de agua, uno por ciento de argón, rastros de helio, neón...

—Es suficiente —dijo Lando, conectando el piloto automático que mantendría la posición actual del Dama Afortunada—. A los androides no les molestará, pero me parece que es un poquito demasiado espesa para mis pulmones. Tendremos que usar los trajes, compañero. Vamos a prepararnos.

La escotilla exterior del yate y la abertura en el casco del Vagabundo diferían tanto en la forma como en el tamaño. La solución a ese problema la ofrecía un viejo invento, muy elegante en su simplicidad, que Lando había convertido en equipamiento estándar de todas sus naves espaciales: un pasillo extensible. Flexible pero capaz de aprisionar los gases sin que escaparan al espacio, el pasillo telescópico podía extenderse gradualmente desde el casco del Dama Afortunada hasta adherirse a la otra nave, formando un túnel hermético entre las dos escotillas.

Lando aseguró el casco de su traje con una última vuelta que lo dejó encajado en los cierres y se volvió hacia Lobot, que estaba inmóvil al otro extremo del compartimiento.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Sin darse cuenta, Lando empleó un tono de voz un poco más alto de lo que habría sido necesario. Siempre había procurado pasar el menor tiempo posible dentro de un traje espacial, y todavía conservaba el reflejo del neófito que le impulsaba a tratar de gritar para hacerse oír a través de la placa visora.

—Todo va perfectamente —dijo Lobot—. Tengo presión y temperatura nominales, y la interferencia es mínima.

—Muy bien. Empiezo a extender el pasillo.

Lando movió el interruptor y activó un piloto automático especializado que no sólo controlaría el movimiento del túnel de anillos, sino que también se encargaría de asumir el control de los impulsores del Dama Afortunada. El piloto automático fue informando de sus progresos con una implacable atención a los detalles, que Lando ignoró hasta un instante antes de que se produjera el contacto.

«Iniciando secuencia de colocación final y aseguramiento del pasillo. Fase de conexión magnética —anunció el piloto automático—. Probando. La conexión magnética no ha dado resultado. Fase de conexión mediante presión negativa. Probando. La conexión de presión negativa no ha dado resultado. Fase de Conexión Química Número Uno. Probando. La Conexión Química Número Uno no ha dado...»

—¿De qué cuernos está hecho ese casco? —preguntó Lando.

—Quizá tengamos que ir hasta allí en vuelo libre por el espacio —dijo Lobot.

—Casi parece como si tuvieras ganas de hacerlo.

—He oído comentar que muchas personas prueban ese pasatiempo durante sus vacaciones.

«... de Conexión Química Número Tres. Probando. La Conexión Química Número Tres no ha dado resultado. Fase de Conexión Mecánica Número Uno. Probando. La Conexión Mecánica Número Uno ha establecido contacto y se mantiene en posición.»

La Conexión Mecánica Número Uno consistía en miles de diminutos espinos compuestos unidos a hebras monomoleculares. Los espinos eran introducidos en el casco como si fueran otras tantas anclas, y después el pasillo iba siendo tensado muy suavemente hasta dejarlo completamente recto, con lo que el sello del último anillo quedaba pegado a la superficie.

—¿Algún cambio, coronel?

—Ninguno, general.

—Bueno, el Vagabundo no parece haberlo notado —le dijo Lando a sus compañeros—. Presurizando el pasillo. —No pudieron oír el silbido, pero las bombas de transferencia hicieron que la cubierta vibrara debajo de sus pies—. Creo que ha quedado bastante hermético. La presión se mantiene.

—Buena suerte, general —dijo Pakkpekatt, reducido al papel de espectador—. Le envidio.

Lando respiró hondo y permitió que sus labios se curvaran en una sonrisa burlona.

—Si pudiera hacerlo, coronel, quizá le ofrecería que cambiáramos de sitio —dijo—. Lobot, si pierdes contacto conmigo, saca la nave de aquí. No vayas a buscarme.

Lobot respondió con un enarcamiento de ceja claramente interrogativo.

—¿Realmente esperas que obedezca esa orden?

—Bueno... —dijo Lando, y la sonrisa volvió a sus labios—. Por lo menos espera hasta que me hayas oído chillar dos veces.

—Buena suerte, Lando —dijo Lobot, y abrió los sellos de la compuerta interior.

—¡Tenga mucho cuidado, amo Lando! —le gritó Cetrespeó mientras Lando entraba en el pasillo.

Los anillos rígidos del pasillo disponían de asideros colocados a intervalos regulares que Lando fue utilizando para avanzar por los cinco metros de túnel que unía las dos naves. Después se detuvo delante de la entrada del Vagabundo para conectar los sistemas de su traje y los reflectores del casco, ya que el compartimiento que tenía delante sólo estaba iluminado por la claridad residual de las lámparas de la escotilla del Dama Afortunada.

En cuanto hubo encendido sus focos, la sombra de Lando dejó de abrirle paso. Pero las luces revelaron muy pocos detalles del interior de la nave de los qellas, y sólo le mostraron un espacio vacío delimitado por muros desnudos que tenían el mismo color oscuro salpicado de manchitas del casco.

Agarrándose al borde superior de la abertura, Lando levantó los pies y, dejando que su cuerpo flotara en el vacío, se metió por ella mientras se retorció para poder mirar en todas direcciones. Casi esperaba ver encenderse luces cuando entrara, pero eso no ocurrió. Aun así, los focos de su traje bastaron para asegurarle que se encontraba solo.

—Bueno, ya estoy dentro —dijo Lando—. Este compartimiento tiene aproximadamente dos veces mi altura en todas las dimensiones, y hay sitio más que suficiente para los cuatro. Todavía no ha habido ninguna respuesta a mi presencia. No hay luz, y no parece haber ninguna otra entrada. Pero después de todo tampoco puedo ver ningún mecanismo que sirva para controlar la apertura y el cierre de la escotilla por la que he entrado, así que quizá lo que ocurre es sencillamente que no consigo identificar la salida.

—Procure no dar por supuestas demasiadas cosas —dijo una nueva voz, que pertenecía a Bijo Hammax—. El mero hecho de que haya pasado por una escotilla doble no quiere decir que la utilicen tanto para entrar como para salir.

—¡En, Bijo! Pensaba que estaría enfadado conmigo por haberme adelantado a su cita y robarle la chica.

—He decidido esperar y ver qué ocurre —dijo Hammax—. Si la chica le mata, planeo perdonarle.

—Gracias, amigo —dijo Lando, girando lentamente sobre sus talones—. Un momento. Aquí hay algo que... Qué raro...

Lando volvió la mirada hacia el casco exterior y creyó poder ver el anillo de conexión a través del muro del compartimiento, rodeando la abertura como una tenue sombra grisácea. Apagó los focos de su traje, y el anillo adquirió más nitidez.

—¿Por qué ha apagado sus luces, general?

—¿Pueden ver esto? —preguntó Lando—. No sé cómo o por qué, pero puedo ver el anillo de conexión a través del mamparo. Hay un anillo gris, una sombra, exactamente del tamaño del anillo, visible desde el interior.

—No es visible en la transmisión. ¿Me estás diciendo que el casco es traslúcido, Lando? —preguntó Lobot.

—Bueno... Pues sí, eso es lo que te estoy diciendo. ¿Hacia dónde están apuntando los focos de la nave? ¿Puedes deslizar los haces por encima del casco?

—Ahora mismo.

Con los potentes haces luminosos de los reflectores del Dama Afortunada dirigidos hacia el casco, Lando ya no pudo tener ninguna clase de dudas sobre lo que estaba contemplando: todo el mamparo empezó a relucir con una débil claridad, y el anillo se oscureció hasta convertirse en una sombra nítidamente marcada. Cuando Lando deslizó las puntas de los dedos de su guante sobre la superficie, pudo sentir la casi imperceptible protuberancia de la sombra.

—Casi parece un morado —dijo—. Es como si el casco se estuviera hinchando allí donde esos millares de diminutos garfios se han aferrado a él. Ven aquí, Erredós. Quiero que registres todo esto y que examines la zona.

—Eso que está viendo podría ser una función auto reparadora en acción —dijo Hammax—. La Conexión Mecánica Número Uno causa ciertos daños microscópicos en el punto de unión. En cuanto al casco traslúcido... General, tal vez haya descubierto el porqué la superficie de la nave tiene tan pocos rasgos distintivos. No estamos viendo el verdadero casco, sino meramente una membrana exterior que probablemente posee un índice de transparencia a la radiación distinto. Todos los sensores están escondidos debajo.

Erredós apareció en la entrada en el mismo instante en que Hammax concluía sus especulaciones. Saludó a Lando con un trino electrónico, y después entró en cuanto Lando le llamó con un gesto de la mano. Para el androide, la falta de asideros dentro de la cámara no suponía el problema que planteaba al general. Gracias al conjunto de pequeñas toberas de gas que poseían todos los androides astro-mecánicos, los movimientos de Erredós eran mucho más controlados que los de Lando..., quien se encontraba continuamente flotando a la deriva hacia un mamparo u otro, volviéndose lentamente de un lado a otro y girando en una suave rotación que intentaba dejarlo cabeza abajo.

—¿Recibís mejor la imagen ahora? —preguntó.

—Es mucho más clara que antes —dijo Lobot—. ¿Estás preparado para darnos la bienvenida?

—Aquí no hay nada más que ver —dijo Lando, volviendo a encender los focos de su traje espacial—. Todos estos mamparos no son más que planchas lisas.

—¿Parecen ser del mismo material que el casco exterior? —preguntó Hammax—. En ese caso, podría haber todos los sensores o armas que quiera escondidos debajo de ellos. Los qellas podrían usar ese material de la misma manera en que nosotros utilizamos los espejos de un solo sentido. Por lo que sabemos, podrían estar observándole y escuchándole desde detrás de un mamparo.

—Una idea muy reconfortante, y le agradezco muchísimo que me la haya comunicado —dijo Lando—. Pero si esto es una nave de los qellas, se trata de una nave muerta. Lleva demasiado tiempo en el espacio. Y por cierto, coronel, esto está empezando a adquirir el aspecto de un callejón sin salida... Quizá tengamos que fabricarnos nuestra propia entrada.

—Lando, ¿te acuerdas de lo que estuvimos comentando ayer? —preguntó Lobot—. Cualquier camino realmente obvio, cualquier pasaje por el que se pueda transitar, puede ser una trampa. Si hubiera un enorme botón rojo en el centro de una de estas paredes, yo no querría que lo pulsaras. El acceso debe requerir algo más que información: requiere conocimiento. La cerradura perfecta es invisible para ti, y en cambio salta a la vista para los qellas.

—Quizá tenga algo que ver con las manchas de estas paredes —dijo Lando, estirando el cuello para contemplarlas—. Es lo único susceptible de contener información que puedo ver aquí. Lobot, Cetrespeó, ¿por qué no os reunís conmigo y les echáis un vistazo? Quizá consigáis sacar algo en claro de ellas. Ah, y traed el trineo del equipo cuando vengáis. Erredós se las arregla tan bien como un pez en el agua, pero a los demás no nos iría nada mal tener algo a lo que poder agarrarnos.

Lando suspiró y presionó un control de su traje que esparció un chorro de aire fresco sobre su cara.

—Me rindo —dijo por fin—. ¿Coronel? ¿Alguien de ahí tiene idea de cómo podemos seguir adelante?

Fue Bijo Hammax quien se encargó de contestar a su llamada.

—No, Lando. Estamos atascados.

—Quedar atascado era mi mejor estrategia —dijo Lando con voz quejumbrosa—. Esperaba que si volvíamos a demostrarles lo mucho que nos cuesta aprender las cosas, nos darían otra pista.

Bijo se rió.

—Puede que si tocamos la pauta de luces correcta... —sugirió Lobot.

—Ya he tocado unos treinta puntos antes de que entraras aquí, y he usado mi cabeza, mis codos, mi trasero, mis rodillas...

—Estaba pensando en tocar la pauta correcta, no en una pauta elegida al azar.

—Pues entonces dime cuál es —replicó Lando en un tono bastante seco—. ¿Clara u oscura? ¿Rápida o lenta? ¿De izquierda a derecha o de arriba abajo?

—No lo sé —dijo Lobot—. Lo siento.

—Oh, vamos, no es culpa tuya... Lo que necesitamos ahora es un cerebro de qella, y se nos han acabado. Ya sabía que se me olvidaba algo cuando hice las maletas.

—Lando...

—¿Qué?

—¿Has visto alguna vez las pinturas de manchas de los donadis?

—¿Qué demonios...? Oye, Lobot, has escogido un momento bastante extraño para hacer prácticas de conversación cortés.

—Responde a mi pregunta —se limitó a decir Lobot.

—De acuerdo: no, nunca. ¿Qué tienen que ver esas pinturas con todo esto?

—Para la percepción humana, la pintura de manchas consiste en enormes lienzos recubiertos por manchones de color esparcidos al azar. Los donadis se sientan delante de uno de esos cuadros y pasan diez o más minutos mirándolo fijamente. Si lo contemplan durante el tiempo suficiente, y practicas lo que ellos llaman «mirar más allá», entonces dentro de su cerebro ocurre algo que convierte los manchones en una imagen tridimensional.

—Yo les he visto hacerlo —intervino Hammax—. Es realmente increíble, de veras... Los donadis se sumen en una especie de meditación y acaban alcanzando un estado de éxtasis intensísimo motivado por algo que muy bien podría ser una alucinación.

—Pero no es una alucinación —dijo Lobot—. Los cuadros de los donadis no son imágenes, sino estímulos que provocan la percepción de una imagen. La imagen no es real, pero aun así se encuentra contenida en el cuadro. Es un truco perceptual, y sólo funciona con su especie.

—¿Y crees que si un qella entrara aquí tal vez vería la respuesta inmediatamente?

—Lo que estoy diciendo es que estas manchas pueden haber sido concebidas pensando no sólo en los ojos de los qellas, sino también en sus mentes.

Lando frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Aun suponiendo que tengas razón, eso no nos ayuda en nada.

—Erredós es el único capaz de ver todo este recinto al mismo tiempo. Puedo enviarle los conjuntos alternativos de parámetros perceptuales que estoy obteniendo en estos mismos instantes del Instituto de Estudios sobre la Consciencia de Baraboo. Sus bancos de datos contienen la colección de modelos neurocognitivos más extensa que existe. Erredós puede reprocesar la imagen según los parámetros que yo le proporciono, y proyectarla después para que podamos verla.

—Si quieres que te diga la verdad, eso me recuerda demasiado a tratar de conseguir un sabacc a la primera sacando cuatro cartas de la baraja.

—La suerte es el azar informado por el conocimiento aplicado —replicó Lobot—. Tú mismo lo has dicho.

—¿Eso dije?

—Sí, lo dijiste. Espera un momento.

En Gaios se suele decir que una semilla no sabe absolutamente nada sobre la flor que la ha producido. Lo que es cierto en el caso de las semillas y las flores, también lo es en el caso de las civilizaciones y los mundos. Durante la larga historia de la galaxia, son muchos los árboles genealógicos que han llegado a volverse demasiado frondosos y complicados para que el antepasado o el descendiente pudieran recordarlos con claridad.

En mil millares de mundos, la vida surgió del crisol creativo del espacio y el tiempo..., y desapareció en la nada de la extinción en un abrir y cerrar de ojos.

En cien millares de mundos, la vida surgió de ese crisol con la violencia de una erupción volcánica y se negó a ser expulsada, blandiendo la astucia y la fecundidad como sus armas contra la entropía y el cambio.

En diez millares de mundos, la vida surgió de ese crisol con la violencia de una erupción volcánica y después lo trascendió, aprendiendo a salvar las distancias insalvables, aventurándose por el espacio como exploradora, y colonizadora, y conquistadora de mundos muy alejados de aquel que la había engendrado.

Y algunos de los mundos que habían sido rozados por el don de la vida lo fueron transmitiendo a sus propios hijos con el paso del tiempo, hasta que el don hubo sido transmitido a un millón de mundos a través de los eones, flor engendrando semilla engendrando flor hasta que toda la galaxia resonó con su cántico. Pero en toda la historia de todo lo que existe, ninguna especie ha llegado a conocer jamás toda su herencia, pues la memoria es más corta que la eternidad, y sólo la Fuerza ha sido testigo de esos difíciles primeros partos.

Los seres que habían elegido llamarse qellas no habían tenido hijos. No había ninguna colonia que les debiera lealtad. No había ningún mundo libre que hubiera contraído el deber de honrarlos. Los qellas habían poseído las herramientas necesarias para abandonar su mundo natal, pero nunca llegaron a tener una razón lo suficientemente poderosa para hacerlo.

Pero los qellas tenían padres, padres de los que apenas si se acordaban, pero hasta los que era posible remontarse para seguir la pista de una gran parte de cuanto eran y sabían. Los padres de los qellas se habían llamado a sí mismos qonets, y habían tenido una numerosa descendencia, al igual que la habían tenido sus padres, que se habían llamado a sí mismos ahranaffis. Así pues, y aunque los qellas no habían tenido hijos, sí tenían un cierto número de parientes, y primos cercanos y lejanos en cantidades incontables.

Y fue la esperanza de dar con los parientes que hubieran podido tener los qellas la que impulsó a Lobot a examinar los archivos del Instituto de Estudios sobre la Consciencia. Lobot sabía tan poco sobre la historia familiar de los qellas como los mismos qellas, pero conocía los principios y las pautas aplicables a esa cuestión. Su esperanza no dependía de la suerte, sino de una búsqueda algorítmica sabiamente calculada, de la meticulosidad de los archivistas y de la resistencia y capacidad para dar fruto del linaje de los ahranaffis.

O, por lo menos, eso era lo que diría Lobot en el caso de que se le interrogara al respecto. La suerte era el juego de Lando, y Lobot prefería mantenerse lo más alejado posible de cualquier cosa que fuese tan efímera e impredecible. Era una rivalidad silenciosa, y Lobot extraía un considerable placer —que se guardaba para sí mismo y nunca pregonaba en voz alta— de las ocasiones en las que el sistema de Lando le fallaba y el suyo tenía éxito. Lobot se enorgullecía de emplear unos métodos mucho más

precisos y controlados, en los que la competencia contaba más que la casualidad y la diligencia era recompensada con mas frecuencia que la osadía. Y esta vez la recompensa adquirió la forma de los registros mentales de los khottas de Kho Nai.

La imagen que estaba proyectando Erredós sólo cubría parte de una pared, pero incorporaba las pautas de toda la cámara tal como habrían sido percibidas por un khotta. Una vez comprimidas, procesadas y traducidas, las pautas no precisaban ninguna explicación. Toda aquella imagen tenía un solo punto focal y un solo significado posible.

—Ahí —dijo Lando—. En esa esquina. Ahí está tu gran botón rojo, Lobot.

—No veo nada —declaró Cetrespeó—. Tienes que estar cometiendo algún error, Erredós.

—No se supone que debas verlo —dijo Lando—. No a menos que poseas los ojos adecuados, ¿entiendes? Pero está ahí.

Se apartó del trineo del equipo con un suave empujón y fue flotando hacia la esquina.

—¿General Calrissian? Aquí Hammax. Le sugiero que haga que su unidad R2 establezca el contacto inicial con su brazo-garra.

—¿Dónde está el coronel?

—El coronel Pakkpekatt está examinando las transmisiones.

—Dígale que me gustaría que estuviera aquí —dijo Lando—. De acuerdo, Erredós. ¿Has localizado el punto?

Erredós respondió con un pitido lleno de entusiasmo.

—Muy bien... Llamemos al timbre.

Erredós subió lentamente por encima del trineo del equipo, al que se había estado sujetando hasta aquel momento, y usó sus toberas para impulsarse a través del vacío. La compuerta izquierda de equipo del androide se abrió con un suave chasquido, y el brazo-garra telescópico se extendió hacia un punto situado junto a la esquina curva en la que se unían dos mamparos.

La garra se fue abriendo hasta alcanzar su extensión máxima y un instante después entró en contacto con el mamparo.

No ocurrió nada.

—Ejerce más presión, Erredós —dijo Lando.

Las toberas del androide escupieron pequeños chorros de vapor que se esparcieron por la cámara, hasta que llegó un momento en el que todo su cuerpo plateado vibró visiblemente.

—Es suficiente, Erredós —dijo Lando—. Déjame probar.

—¿Qué está pensando, general? —preguntó Hammax.

—Estoy pensando que tal vez esta nave sepa que no fue construida por androides —respondió Lando, extendiendo su mano enguantada para tocar el mismo punto sobre el que había estado ejerciendo presión la garra de Erredós.

Y, una vez más, no hubo ninguna respuesta, ni siquiera cuando las toberas del traje espacial de Lando ejercieron toda su capacidad de empuje.

—Debemos de haber cometido algún error al interpretar las instrucciones —dijo Cetrespeó—. Erredós, ¿es posible que lo hayas vuelto todo del revés al proyectar la imagen?

La respuesta del pequeño androide fue tan breve como indignada.

—Por mucho que empujo, no consigo hacer ninguna auténtica presión sobre él —dijo Lando, que estaba empezando a enfurecerse—. Quizá esos qellas eran más fuertes que nosotros, por lo menos cuando se hallaban bajo estas condiciones.

—La fuerza todavía no ha abierto ninguna puerta de los qellas —dijo Lobot.

Lando giró en el aire para encararse con Lobot.

—No, ¿verdad?

Después cerró los dedos de su mano izquierda sobre el sello de la muñeca derecha del traje, soltó el seguro de cierre e hizo girar el guante.

—¿Qué está haciendo? —protestó Hammax.

—Un traje espacial y un androide probablemente producirán el mismo tipo de lectura en un sistema de sensores oculto, ¿no le parece? —murmuró Lando, sacándose el guante de la mano derecha con un enérgico tirón.

La atmósfera de la cámara estaba muy fría, y la mano le empezó a doler casi de inmediato. Lando se metió el guante debajo del codo izquierdo, volvió a girar hasta quedar de cara a la esquina y alargó el brazo hacia el mamparo.

Y el mamparo se retiró debajo de sus dedos al sentir su roce, con la superficie doblándose sobre sí misma por todos sus lados hasta que en la esquina hubo aparecido un agujero casi tan grande como un casco espacial del tipo burbuja y lo suficientemente profundo para que Lando no estuviera muy seguro de si podría llegar hasta el fondo de él.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Cetrespeó con voz exultante.

—Aquí atrás hay una especie de asa —dijo Lando, metiendo la cabeza dentro de la abertura para echar un vistazo—. Por lo menos, eso me parece que es. Erredós, ven aquí y graba algunas imágenes para los chicos que nos están viendo desde casa.

—General, le sugiero que vuelva a ponerse el guante —dijo Hammax mientras Erredós obedecía las instrucciones de Lando—. El asa podría estar controlada por algún tipo de código de sincronización basado en la biología de los qellas.

—Supongo que no tardaremos mucho en averiguarlo, ¿verdad? —replicó Lando—. Ya es suficiente, Erredós. ¿Alguien quiere volver al Dama Afortunada antes de que llame a la puerta? Empiezo a contar. Uno, dos, tres...

—Estamos preparados, Lando —dijo Lobot.

—De acuerdo. Pues entonces..., vamos allá.

Lando respiró hondo y extendió la mano desnuda hacia el asa oculta en las profundidades del agujero. Su hombro quedó pegado a la abertura antes de que las yemas de sus dedos rozaran el asa. Lando tuvo que deslizar el hombro dentro del agujero y pegar el casco al mamparo para conseguir que sus dedos pudieran cerrarse alrededor del asa.

—Ya la tengo —dijo—. ¿Qué opinas, Lobot? Empujar, tirar, levantar, hacer girar...

Pero Lobot nunca llegó a tener ocasión de responder. Un fogonazo de intensa claridad azulada iluminó el exterior de la entrada, y cuando se hubo esfumado, el túnel que conducía hasta la escotilla del Dama Afortunada había desaparecido junto con él. Un instante después la atmósfera de la cámara empezó a salir despedida al espacio, arrastrando consigo a todo y a todos en su frenética carrera hacia la entrada abierta.

Lando se aferró desesperadamente al asa oculta en el interior del agujero, aunque no consiguió seguir sujetando el guante y vio como éste se le escapaba y se alejaba a la deriva, quedando rápidamente fuera de su alcance. Pero tanto Erredós como Lobot estaban siendo arrastrados hacia la abertura después de que sus toberas hubieran demostrado ser incapaces de competir con el repentino vendaval. El trineo del equipo, con Cetrespeó acurrucado encima de él, también giraba locamente sobre sí mismo y se estaba dirigiendo hacia la abertura.

El guante, que era mucho menos pesado y se movía más deprisa que ninguno de los miembros del grupo, chocó con el mamparo exterior, rebotó y salió al espacio. Pero unos instantes antes de que

Erredós llegase a la abertura, de repente ya no había ninguna abertura. Con la misma limpieza con que el agujero de menores dimensiones se había abierto bajo el roce de los dedos de Lando, la entrada se cerró a sí misma en una veloz ondulación que empezó en los bordes y siguió hasta el centro.

Erredós, Cetrespeó, Lobot y el trineo chocaron con un muro de la cámara..., y después empezaron a resbalar sobre él en un veloz deslizamiento hacia la popa.

—¡La nave se está moviendo! —gritó Lando, sintiendo cómo la aceleración le incrustaba con creciente firmeza contra el mamparo de popa—. ¡Hammax! ¡Coronell! ¿Qué está pasando? —No hubo ninguna respuesta..., ni siquiera estática—. ¡Si alguien del Glorioso puede oírme, que responda de inmediato!

—¡Lando! —gritó Lobot—. Todas mis conexiones han quedado cortadas de repente. No sólo nos estamos moviendo, sino que esta nave acaba de saltar al hiperespacio.

Todo ocurrió tan deprisa que ningún testigo pudo estar muy seguro de los detalles.

Sin ningún aviso previo, una de las armas de rayos de los qellas entró en acción y separó al Dama Afortunada del Vagabundo. Otra atravesó el casco del Kauri, una de las naves que estaban generando el campo de interdicción, y lo dejó envuelto en llamas.

Mientras el campo de interdicción se colapsaba, el Vagabundo giró sobre sí mismo con una sorprendente celeridad y empezó a acelerar vertiginosamente, alejándose de la trayectoria que había estado siguiendo hasta aquel momento.

El capitán del Merodeador pidió a gritos permiso para abrir fuego..., en el mismo instante en que la nave de los qellas parecía estirarse de repente hasta el doble de su verdadera longitud y, una fracción de segundo después, desaparecía en un cegador pellizco blanco de espacio tiempo.

El Dama Afortunada quedó flotando a la deriva en el espacio, con los restos del pasillo de abordaje sobresaliendo de su escotilla.

—¿Hemos conseguido detectar la trayectoria que están siguiendo? —preguntó Pakkpekatt.

—Sí, señor.

—Bien, por lo menos tenemos algo con lo que trabajar —dijo Pakkpekatt.

—Ha saltado hacia el Núcleo, señor.

La expresión de Pakkpekatt no sufrió el más mínimo cambio.

—Envíen un equipo de abordaje para que se encargue de recuperar el yate —ordenó—. Que el Rayo dirija su proa hacia el último vector seguido por el objetivo y que dé un salto de índice diez. Nosotros daremos un salto de índice veinte y el Merodeador dará uno de treinta, y después seguiremos avanzando a intervalos de un año luz hasta que hayamos llegado a la frontera. El Vagabundo tiene que estar en algún lugar de esa zona.

—Sí, señor, pero... ¿A qué distancia de nosotros? Por lo que sabemos, podría haber saltado hasta Byss.

La mera mención del antiguo mundo-trono del Emperador, perdido en las profundidades del Núcleo, bastó para ensombrecer todavía más el estado de ánimo colectivo del puente.

—Esperemos que no hayan ido tan lejos, marinero —dijo Pakkpekatt—. Sí, esperemos que no hayan ido tan lejos...

12

Mucho antes de que llegaran a Lucazec, Luke Skywalker decidió bautizar a la hasta entonces anónima Aventurera Verpine de Akanah con el nombre de Babosa del Fango.

Luke era consciente de que largos años de utilizar naves militares de la tecnología más avanzada disponible y de volar bajo condiciones bélicas o en una misión militar habían hecho que adquiriese ciertas malas costumbres como piloto. Pero ser consciente de ello no hacía que le resultara más fácil adaptarse a las reglas de la navegación civil. La Babosa del Fango no sólo se desplazaba por el espacio real a unas velocidades muy reducidas, sino que además su motivador hiperespacial se negaba a entrar o salir del hiperespacio dentro de una Zona de Control de Vuelo planetaria.

En principio, Luke no tenía nada que objetar a los reglamentos de las ZCV. Ayudaban a asegurar que los pilotos menos experimentados que viajaban en naves menos capaces fueran despacio cuando se aproximaban a los mundos muy poblados y a las rutas espaciales de mayor tráfico. Pero nunca había tenido que soportar un lento arrastrarse de cuatro días a través del espacio real sólo para salir de Coruscant. Luke estaba acostumbrado a alargar las manos hacia los controles del sistema de hiperimpulsión unos instantes después de que su nave hubiera salido de la atmósfera, mientras que la Babosa del Fango insistió en esperar hasta que hubieran salido del sistema estelar.

Pero no se podía hacer nada al respecto. La Aventurera no aceptaría sus autorizaciones militares, y los circuitos de su cabina ni siquiera poseían una opción de Configuración de Sistemas. Aquella nave había sido diseñada para evitar ese tipo de manipulaciones.

Espoleado por la impaciencia, Luke hasta llegó a pensar en desconectar las tomas del hiperimpulsor y abrir el panel de acceso para ver qué podía hacer con los sistemas. Pero no tardó en convencerse a sí mismo de que no debía hacerlo, pues enseguida comprendió que reprogramar un motivador quedaba mucho más allá de sus limitadas capacidades de mecánico aficionado. Incluso una nave estelar tan sencilla como la Aventurera era mucho más complicada que los Incom T-16 y los deslizadores de superficie en los que había invertido tantos de sus días de juventud en Tatooine, cuando siempre estaba viajando en ellos y reconstruyéndolos.

No: cuando tenías que tratar con el hiperespacio, siempre resultaba demasiado fácil que un pequeño descuido se acabara convirtiendo en un último error definitivo. Cualquier piloto que llevara algún tiempo volando había oído las historias y respetaba el peligro. De todos los riesgos inherentes a recorrer distancias inimaginables a velocidades incalculables, el más presente en las pesadillas de los pilotos era el salto en un solo sentido que nunca llegaba a salir del hiperespacio. Incluso Han y Chewie confiaban la delicada labor de recalibrar un motivador a los profesionales, y nunca les habían discutido los elevados honorarios que cobraban.

Pero eso había dejado atrapado a Luke con Akanah en un espacio muy reducido por más de once días durante el viaje a Lucazec..., y Luke no se hallaba preparado para eso. Después de meses viviendo aislado, no se hallaba preparado para establecer un contacto tan estrecho con ninguna persona. Luke se preguntó cómo se las hubiese arreglado para soportarlo si Akanah no hubiera estado tan dispuesta a facilitarle las cosas al máximo.

No le obligó a mantener conversaciones de ningún tipo, ni las que meramente servían para pasar el rato ni las realmente serias. Tampoco le hizo tener la sensación de que estuviera siendo vigilado o de que ella estuviera esperando que Luke hiciera algo. Sin que él jamás llegara a pedírselo, Akanah le concedió la única clase de intimidad de la que podía disponer en aquellas circunstancias: la intimidad de la mente y del corazón. Akanah nunca se permitía la más mínima intromisión si no contaba con la invitación previa de Luke, y ocultaba sus necesidades y su curiosidad de una manera tan perfecta que más parecían dos viejos amigos que un par de desconocidos.

A sugerencia de Akanah, adoptaron un programa de turnos que hacía que durmieran en extremos opuestos del día, con sus períodos de sueño separados de tal manera que ninguno de ellos tenía que acostarse en una litera caliente. Akanah parecía agradecer la reconfortante seguridad que le daba el saber que alguien estaba despierto mientras ella descansaba, y no parecía importarle que aquel horario redujera el tiempo que pasaban juntos a unas cuantas horas al día.

Luke pensó que Akanah debía de estar acostumbrada a la soledad, pues parecía haber dominado el arte de conseguir que el tiempo avanzara sin necesidad de recurrir a removerse inquietamente. La joven se dedicó a leer un viejo y maltrecho cuaderno de datos, meditó en el asiento del copiloto y estudió con gran atención los controles de pilotaje y los sistemas de ayuda de la Aventurera.

De vez en cuando incluso buscaba un poco de intimidad. Akanah practicaba en silencio los ejercicios de los fallanassis detrás de la cortina corrida de la litera, y se quitaba la ropa hasta quedar cubierta únicamente por una monopiél ceñida a su cuerpo para hacer un poco de gimnasia únicamente cuando le tocaba el turno a Luke de dormir en la bolsa de reposo que se cerraba mediante una cremallera. Akanah llegó al extremo de ignorar cortésmente a Luke cuando éste hizo ambos descubrimientos, haciendo innecesario que Luke le pidiera disculpas o que ella tuviera que darle explicaciones al respecto.

Comían juntos, recurriendo dos veces al día al modesto almacén de provisiones estabilizadas de Akanah: una gran parte de las provisiones consistían en paquetes de expedición imperial caducados hacía ya mucho tiempo, lo cual constituía una señal delatora de una situación financiera desesperadamente apurada. Pero ni siquiera esas comidas se convirtieron en una ocasión de mantener conversaciones realmente serias hasta que faltaba muy poco para que llegaran a su meta, cuando Lucazec ya era visible delante de ellos y la razón de su viaje se hallaba demasiado presente en sus pensamientos para que pudiera seguir siendo ignorada.

—Dieciséis horas más —dijo Luke, rompiendo el cierre de una bolsa de carne panificada noryathana—. No aguanto la espera. Ahora lo único que me apetece es volver a la litera y dormir hasta que el piloto automático empiece a preguntarnos si queremos ponernos en órbita o descender.

—Si creyera que esto era el final de nuestro viaje, en vez de meramente el final del principio, tal vez sentiría lo mismo que tú —replicó Akanah, y tomó un sorbo de su recipiente de ácido zumo pawei.

—¿Piensas que hay alguna posibilidad de que los fallanassis volvieran a su antiguo hogar después de la guerra?

—No —dijo Akanah—. Verás, Luke, el Imperio no sólo codiciaba nuestro poder, sino que también nos temía. No bajaron con las armas desenfundadas para reunir a nuestra gente igual que si fuéramos un rebaño inofensivo, tal como hicieron con otras tantas poblaciones a las que esclavizaron...

—Sí, ya conozco sus métodos. Pero ¿cómo llegaron a saber que existíais? Creía que erais una secta secreta. ¿O acaso soy el único que nunca había oído hablar de los fallanassis?

—Tienes razón —dijo Akanah—. Hay una contradicción, ¿verdad? La explicación es simple, pero también es un motivo de vergüenza para nosotros. Estábamos divididos en cuanto a qué había que hacer respecto a la guerra que se avecinaba y cuál era nuestro deber moral ante ella. Una mujer de nuestra comunidad que no estaba de acuerdo con las razones expuestas por los demás fue a ver al gobernador imperial y le reveló nuestra existencia.

—Fuisteis traicionados.

—No... No, «traición» es una palabra demasiado terrible. Aunque su nombre ya no es pronunciado, aquella mujer obró impulsada por un propósito muy noble y elevado. Creía que, aliándonos con el Imperio, podríamos llegar a ser el agua que extinguiría la llama. —Una inmensa tristeza nubló los ojos de Akanah—. Pero estaba equivocada. Ya era demasiado tarde para eso... El incendio ya era totalmente incontrolable.

—Bueno, no sé por qué has dicho que era algo de lo que debierais avergonzaros —murmuró Luke—. Las únicas comunidades que piensan con una sola mente son aquellas en las que sólo hay una mente, y todavía no he conocido a nadie que no se haya equivocado por completo respecto a algo en alguna ocasión.

—Eres generoso —dijo Akanah—. Sí, eres más generoso de lo que fue capaz de serlo el círculo...

—A mí me resulta más fácil ser generoso —replicó Luke—. No fui traicionado.

Akanah inclinó la cabeza, admitiendo su razonamiento.

—El Imperio envió a Wialu al general Tagge, quien por aquel entonces tenía derecho a empuñar el bastón del privilegio, para que nos ofreciese la protección del Emperador. Dijo que era muy importante para nosotros que demostráramos nuestra lealtad, y que ésa era la única forma en que podríamos escapar al destino sufrido por los Jedi. Sabíamos lo que quería decir. Los Jedi estaban siendo perseguidos implacablemente como traidores y hechiceros, y nadie se atrevía a hablar abiertamente en su favor o a ponerse de su lado.

—Te pido disculpas por lo que voy a decir, Akanah. No quiero parecer suspicaz, pero..., ¿cómo sabes todo esto? —preguntó Luke—. Dijiste que sólo eras una niña, y que estabas fuera del planeta por aquel entonces.

—No, Luke. Cuando el general Tagge llegó a Lucazec, yo todavía estaba ahí —dijo Akanah—. Mi madre (se llamaba Isela) fue una de las mujeres que se reunieron con Wialu en la ceremonia del círculo para decidir qué había que hacer después de su llegada. Y en nuestra comunidad los niños no estábamos protegidos de las preocupaciones de los adultos, a diferencia de lo que ocurre en muchos sitios. Isela me habló de la invitación del Imperio, y de lo que podía significar el rechazarla.

—Bueno, entonces supongo que no te he entendido bien —dijo Luke, intentando recordar dónde había oído el nombre de aquel general anteriormente—. ¿Cómo acabaste separada de tu pueblo? Supongo que los fallanassis prefirieron irse de Lucazec antes que aceptar o rechazar la invitación del Imperio, ¿no?

—No, eso ocurrió meses después —le explicó Akanah—. Wialu rechazó la oferta del general Tagge. Le dijo que los fallanassis eran leales a la Luz, y que no permitiríamos que se nos utilizara en beneficio de la ambición de los generales, reyes o emperadores.

—Tagge... Ahora me acuerdo —dijo Luke—. Se encontraba a bordo de la primera Estrella de la Muerte cuando los imperiales capturaron a Leia. —Después hizo una pausa antes de seguir hablando—. Probablemente seguía a bordo cuando mi torpedo protónico la hizo pedazos.

Luke no sabía qué extraño impulso había hecho que se atribuyera aquella hazaña delante de Akanah, y su reacción hizo que se sintiera todavía más avergonzado y comprendiera que acababa de hacer el ridículo. La joven se fue envarando mientras hablaba y Luke pudo sentir cómo se distanciaba de él, a pesar de que apenas hubo ningún movimiento físico por su parte.

—¿Pretendes que te honre por ello? —repuso Akanah—. Con el tiempo llegarás a comprender que los fallanassis no honran a los héroes por haber matado enemigos, ni siquiera en el caso de que ese enemigo fuera nuestro torturador.

—Lo siento —dijo Luke

Un instante después de haber pronunciado esas palabras, Luke se preguntó si realmente hablaba en serio. Todo parecía haberse vuelto del revés en cuestión de segundos. Que la acción por la que había sido tan respetado y admirado quedara repentinamente oscurecida por la pena resultaba extraño e inquietante, sobre todo porque lo que provocaba esa pena era la destrucción de un enemigo que había torturado a su propia hermana. Aquel momento había decidido tanto el futuro de Luke como el de la galaxia, y durante todos los años transcurridos desde entonces, Luke nunca había dudado ni un solo instante de que hubiese obrado correctamente.

Akanah asintió, y la expresión de su rostro pareció suavizarse un poco.

—No volveré a hablar de ello.

Luke se alegró de que pudieran dejar atrás aquellas palabras tan irreflexivas que quizá nunca hubieran debido salir de sus labios, y el caos de pensamientos y sensaciones inquietantes que habían hecho surgir dentro de él.

—¿Y cómo reaccionó el Imperio ante la negativa de Wialu? —preguntó—. ¿Fue entonces cuando te marchaste de Lucazec?

—No, eso todavía tardó un poco en ocurrir —dijo Akanah—. Tagge intentó obligarnos a colaborar con él destruyendo nuestra relación con nuestros vecinos. Por aquel entonces

Lucazec era un mundo abierto a la inmigración, y muy tolerante..., o eso pensábamos nosotros. Comprábamos en las aldeas de los alrededores, y contratábamos a trabajadores de aquellas aldeas. Tagge introdujo agentes en esas aldeas para que mataran a los animales, provocaran incendios y envenenaran las aguas, y para que hicieran que ocurriesen otras cosas extrañas.

—Y después hizo que culparan a los fallanassis de todo aquello —murmuró Luke.

—Sí. Los agentes del Imperio empezaron a esparcir rumores horribles sobre nosotros, hasta que llegó un momento en el que quienes habían sido nuestros amigos acabaron temiéndonos. Los trabajadores dejaron de acudir a nuestra aldea, y tres miembros de nuestro círculo fueron atacados cuando habían ido a Jisasu para obtener comida y para vender nuestras medicinas.

»Fue entonces cuando mi madre decidió enviarme lejos de allí..., no para protegerme, pues ella y los otros podían proteger a los niños sin ninguna dificultad. Pero no quería que estuviera expuesta al odio que nos rodeaba por aquel entonces. Fui una de los cinco niños que fueron enviados lejos, a escuelas de Teyr y Carratos o a casas de amigos en Paig.

—¿Cuántos de vosotros fuisteis a Carratos?

—Sólo yo —dijo Akanah. Sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica, y el brillo de las lágrimas iluminó sus ojos—. Tenían que hacernos volver cuando Lucazec volviera a ser el mundo tranquilo y pacífico que había sido siempre, o venir a buscarnos cuando se dirigieran hacia un nuevo hogar.

—Pero nunca lo hicieron.

—No. Nunca volví a saber nada de ninguno de los integrantes del cuerpo. —Akanah meneó la cabeza—. No sé por qué.

—¿Y sigues sin saber qué ocurrió?

—Lo único que pude averiguar fue que se marcharon de Lucazec, y que nuestra aldea quedó abandonada y en ruinas. Ni siquiera pude encontrar a los otros niños de Teyr y Paig. Creo que el círculo fue a recogerlos. Me parece que fui la única que no volvió a reunirse con el cuerpo.

Akanah intentó hablar en un tono firme y despreocupado, pero no pudo evitar que el dolor de aquel viejo recuerdo fuera claramente visible en su rostro.

—O quizá eres la única a la que el Imperio no consiguió encontrar. ¿Has pensado en esa posibilidad?

—He intentado no pensar en eso —dijo Akanah, y su mirada fue más allá de Luke para posarse en el disco marrón claro de Lucazec—. Preferiría ser la única que quedó abandonada a ser la única que sobrevivió.

La región de Lucazec que Akanah llamaba la Meseta del Norte carecía de un verdadero espaciopuerto. Luke recibió instrucciones de dirigir la Babosa del Fango hacia un pequeño aeródromo identificado únicamente mediante su latitud y su longitud. Una vez allí, Luke y Akanah fueron recibidos por tres hombres que llevaban prendas de color marrón oscuro tan similares entre sí que muy bien podrían haber sido alguna clase de uniforme.

Los tres hombres se identificaron como el alguacil del aeródromo, el censor del distrito y el magistrado del puerto. El censor había traído consigo una pequeña grabadora, que usó para registrar tanto sus preguntas como las respuestas que le fueron dando.

—Punto de origen.

—Coruscant —dijo Luke.

—¿En qué planeta está registrada su nave?

—En Carrales —dijo Akanah.

—¿Afirma que ambos son ciudadanos de la Nueva República?

—Lo somos —dijo Luke.

—Motivo de su visita.

—Investigación —dijo Akanah—. Investigación arqueológica.

—No está permitido hacer ninguna excavación sin haber obtenido permiso previo del guardián de la historia —les advirtió el magistrado—. Todos los artefactos deben ser examinados por el Departamento del Guardián para poder determinar las tasas adecuadas. La evasión de las tasas que pesan sobre las antigüedades es un crimen estatal que puede ser castigado con...

Luke movió la mano en un gesto casi imperceptible, hendiendo el aire con las puntas de los dedos.

—Somos conscientes de que existen ciertas reglas, magistrado.

—¿Cómo? Sí, por supuesto —dijo el magistrado, y se calló.

Luke se volvió hacia el más bajo de los tres hombres.

—Alguacil, ¿puede hacer que guarden mi nave en un hangar? No quiero que ningún niño curioso tenga algún accidente y se haga daño.

—Me temo que no hay...

—Estoy dispuesto a pagar las tarifas razonables y acostumbradas, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo cree que se quedarán en Lucazec?

—No puedo decírselo —respondió Luke—. ¿Supone eso algún problema?

—No, no. Creo que hace poco quedó disponible algún espacio en el Hangar Kaa, que es el más nuevo y mejor protegido de todos nuestros hangares. Haré que remolquen su nave hasta allí. Es una Aventurera Verpine, ¿verdad? He oído comentar que es una nave excelente. Creo que nunca habíamos visto una Aventurera Verpine por aquí antes...

—Gracias —dijo Luke, y sus ojos se clavaron en el censor—. ¿Hay algún asunto más del que debemos ocuparnos?

—Debo ver sus tarjetas de identidad, naturalmente —dijo el censor, abombando el pecho.

—Ya se las hemos enseñado —dijo Luke, mirándole todavía más fijamente que antes y aumentando su concentración.

—Claro —dijo el censor, y sus ojos se volvieron repentinamente opacos e inexpresivos—. Su destino era...

—Jisasu —dijo Akanah.

—Sí, por supuesto. Bien, entonces querrán alquilar una carreta. Vayan por el Sendero del Distrito Este: el puente del Camino del Paso de la Corona se derrumbó debido a las últimas lluvias, y el río no puede ser vadeado a causa de los restos acumulados en el cauce.

Luke asintió.

—Son ustedes muy amables —dijo, sonriendo con afabilidad—. Me aseguraré de mencionar la gran ayuda que nos han prestado en mi informe. —Después cogió las dos bolsas de viaje y se las echó al hombro—. Venid, dama Anna. Me gustaría llegar allí antes de que haya oscurecido.

—¡Dama Anna! —exclamó Akanah en cuanto estuvieron disfrutando de la soledad del camino y mientras se bamboleaban en uno de los toscos vehículos de transporte de dos asientos y grandes ruedas comunes en Lucazec—. Me gusta... ¿Y cómo he de llamarte? ¿Quieres ser el duque de Skye?

—Preferiría no dar ningún nombre —dijo Luke—. De hecho, lo que quiero es que ninguna de las personas con las que lleguemos a encontrarnos sea capaz de recordar con exactitud mi rostro, o mi nombre, como si estuvieran demasiado distraídos por tu presencia para prestarme atención.

—A mí también me gustaría eso —replicó Akanah, y sonrió.

En los alrededores del aeródromo había unas cuantas estructuras que podían haber sido casas, pero el Camino del Distrito Este se había convertido rápidamente en una carretera que avanzaba a través de una nada marrón y montañosa.

—¿Todavía no has visto nada que te resulte familiar? ¿Conoces esta parte del distrito?

—Todo me resulta familiar, en cierta manera. Conocía mejor el Camino del Paso de la Corona, ya que era la ruta más corta entre Jisasu y Colina Grande. Pero el aeródromo está tan edificado que apenas si lo he reconocido.

Luke le lanzó una mirada llena de sorpresa.

—¿Edificado?

—Oh, sí. Cuando me fui de aquí, el aeródromo no era más que una pequeña llanura que todo el mundo había acordado no cultivar o vallar, y unas cuantas señales en el suelo para guiar a los pilotos durante el descenso. No había ningún hangar, porque nunca había ningún vehículo aéreo estacionado allí.

—O quizá fuera al revés —dijo Luke—. Me alegro de que no necesitáramos una pista de atraque en esta parada, porque entonces habríamos tenido que bajar a quinientos kilómetros de aquí.

—Sí, en Las Torres. Es un viaje muy largo. Pero... Bueno, recuerdo que este viaje también se te hacía muy largo y... Mira, el río está allí, justo delante de nosotros. Se puede distinguir su curso gracias a los árboles. ¿Ves ese sitio en el que el terreno se vuelve más montañoso? Eso es la Cuenca del Hastings. Toda esa calina se debe a los fuegos que usan para cocinar: hay pequeños pueblos esparcidos por todo el Hastings, y encontrarás uno en cualquier sitio donde haya un suministro permanente de agua.

—¿Qué impresión te ha producido nuestro comité de bienvenida?

—La de que la bienvenida ha sido bastante fría —dijo Akanah—. Por aquel entonces nadie llevaba encima una tarjeta de identidad o pedía verla. La gente no te miraba con sospecha automáticamente.

—Esos hombres eran unos burócratas —le recordó Luke.

—Cuando vivía aquí, no había ningún funcionario cuyo trabajo consistiera en sospechar de los demás.

—Bueno, no hay que olvidar que el Imperio ocupó todo este territorio. Por muy dócil y afable que sea un animal, si lo golpeas con la frecuencia suficiente... Ooops, agárrate.

La carreta se inclinó bruscamente hacia adelante y se detuvo cuando la rueda delantera se introdujo en un surco bastante profundo. Tanto Luke como Akanah se vieron arrojados hacia adelante, y faltó poco para que fueran catapultados de sus asientos. Akanah se agarró al tablero lateral y al respaldo del asiento, mientras que Luke se aferraba a la palanca de control con una mano y apoyaba un pie en el pescante.

Los motores de velocidad constante que hacían girar las ruedas traseras emitieron un chirrido de protesta durante un instante que pareció interminable, y después la rueda delantera salió del surco y la carreta reanudó su avance con una violenta sacudida.

—Oh, hay algo más —dijo Akanah—. Ahora las carreteras tienen muchos menos baches.

—Bromeas.

—No. Solíamos tener que sujetarnos con las dos manos durante todo el trayecto hasta Jisasu. —El recuerdo la hizo sonreír—. Los niños lo convirtieron en un juego: te ponías de pie en el compartimiento de la carga, y te agarrabas al respaldo de los asientos, o no, y tratabas de evitar caerte al suelo o salir despedido del vehículo. A mí me ocurrieron las dos cosas. —Una roca pasó por debajo de la rueda izquierda en ese mismo instante y produjo una violenta sacudida que subió por las columnas vertebrales de Luke y Akanah—. Pero ya hace mucho tiempo de eso. Supongo que no hay ni que soñar en usar un poquito de levitación, ¿verdad?

—¿Es una oferta, o es una petición?

—Cualquiera de las dos cosas. Ambas.

Otra carreta apareció por encima de la cuesta que había delante de ellos, y se les fue aproximando.

—Creo que será mejor que mantengamos las ruedas en el suelo —dijo Luke—. Ya es un poco tarde para empezar a disfrazarnos de torbellino de polvo.

Akanah asintió, levantando las manos unidas y llevándoselas a la boca para saludar al anciano y nervudo granjero y a la mujer, bastante más joven y de aspecto adustamente respetable, que viajaban en la carreta que se estaba aproximando a la suya.

—Y sigo pensando que ocultarnos sería un error —dijo después—. Puede que todavía tengamos que hablar con los vecinos para reunir la información que necesitamos. —Akanah guardó silencio mientras la otra carreta pasaba muy cerca de ellos sin que ninguno de sus ocupantes respondiera a su saludo o les ofreciera más que una rápida e impasible mirada de soslayo—. Si es que alguien quiere hablar con nosotros, claro está...

No lograron encontrar el desvío que llevaba a laltra por la sencilla razón de que ya no existía.

El mercado comunal que había ocupado el cruce del Camino del Paso de la Corona y el Sendero de laltra había desaparecido, y lo único que quedaba para indicar su antigua situación era el muñón de su poste central.

Y ya no había ningún camino que llevara a la aldea de los fallanassis, ni siquiera según los modestos patrones de Lucazec; que, o ésa era la conclusión a la que había llegado Luke, necesitaban únicamente un caminito formado por tres roderas del que se hubieran quitado las rocas más grandes. Las viejas roderas aún podían ser vistas, pero parecía como si el camino hubiera sido sembrado deliberadamente con rocas de gran tamaño, especialmente allí donde en el pasado se había unido a la carretera principal.

—¿Estás segura de que es aquí?

—Sí —dijo Akanah—. Estoy totalmente segura.

—Esto me huele mal —dijo Luke, meneando la cabeza.

—A mí también, Luke —dijo Akanah con voz atemorizada, buscando su mano—. A mí también...

En su momento de máximo esplendor, laltra había contado con más de treinta edificios y, salvo unos pocos, todos habían ido bastante más allá de la sencilla arquitectura pragmática de la región.

La casa del círculo había tenido tres pisos de altura, con una gran arcada abierta que dividía los pisos inferiores por la mitad, y baldosas que formaban complejos dibujos abstractos en las paredes. Los jardines de su tejado, alimentados mediante cañerías y bombas solares, ofrecían no sólo una hierba magnífica y una gran profusión de flores, sino un espléndido panorama de las colinas que rodeaban la estructura.

Las cosechas de alimentos y plantas medicinales habían crecido debajo de tres cúpulas traslúcidas que se alzaban entre parejas de pequeños cobertizos. Las moradas en forma de anillo estaban dispersas por todas partes, y cada una contaba con media docena de casitas de tejados puntiagudos usadas para dormir que rodeaban las habitaciones comunes. laltra había disfrutado de dos pozos y un estanque amurallado, y de un largo sendero de meditación con más de una docena de refugios abiertos en la ladera de la colina. Una pendiente que daba al norte había sido excavada hasta dejarla convertida en un anfiteatro al aire libre lo bastante grande para poder contener a toda la comunidad, con un foco que podía servir tanto de escenario para representaciones teatrales como de plataforma para acoger un fuego ceremonial.

Nada de todo aquello estaba intacto, y a Luke y Akanah enseguida les resultó obvio que, por sí solas, las inclemencias del tiempo y el paso de los años no habrían bastado para producir todos aquellos daños.

La casa del círculo había quedado convertida en un montón de escombros, y los muros que sostenían la estructura habían sido derribados. Las cúpulas de las cosechas habían sido destruidas por explosiones internas y los fragmentos del material cristalino con que habían sido construidas, que estaban esparcidos por toda aquella parte del suelo, crujían bajo los pies de los visitantes mientras éstos caminaban lentamente por entre las ruinas. El anfiteatro había quedado enterrado bajo un deslizamiento de tierra.

El muro del estanque había sido agujereado en un par de sitios, y toda el agua había desaparecido. El más grande de los dos pozos había sido rellenado de tierra y había quedado oculto debajo del montón de ladrillos sacados de una morada derruida. El pozo pequeño parecía haber sido envenenado mediante todos los disolventes y sustancias reactivas disponibles en la otra, con un pequeño montículo de recipientes vacíos y recubiertos de polvo de distintas formas y tamaños amontonados junto a él dando mudo testimonio de lo ocurrido.

Algunas de las moradas del anillo seguían estando casi intactas, pero tampoco habían escapado a la mutilación. Las baldosas habían sido rotas a martillazos, y un símbolo — dos líneas que atravesaban un círculo— había sido toscamente dibujado sobre las paredes mediante un haz desintegrador. Akanah se plantó delante de uno de ellos y se mordió el labio inferior sin decir nada. La angustia y la tristeza irradiaban de ella con tal intensidad que Luke no tuvo más remedio que alzar sus escudos mentales para protegerse de aquellas emociones.

—Éste era nuestro hogar —dijo Akanah por fin—. Isela y yo vivíamos aquí... Toma, Ji y Norika vivían justo al lado, ahí. Nori era mi mejor amiga.

Akanah cerró los ojos e inclinó la cabeza durante un momento, como si estuviera intentando hacer acopio de valor. Después se agachó para pasar por debajo de un arco, y dejó atrás la puerta que había servido para cerrar aquella entrada en el pasado.

La puerta no había tenido cerradura, pero eso no había impedido que sus bisagras también acabaran siendo derretidas por el haz de un desintegrador, que las había convertido en una masa de metal ennegrecido.

Luke esperó fuera, permitiendo que Akanah pudiera estar sola entre las ruinas de sus recuerdos. La joven volvió a reunirse con él unos minutos después, manteniéndose más erguida y pareciendo haber encontrado una nueva fortaleza.

—No estaban aquí cuando esto ocurrió —dijo—. No sé si fueron capturados o si escaparon, pero ninguno de ellos murió aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que siento al estar aquí —replicó Akanah—. No sé cómo describirlo, y lo único que puedo decirte es que aunque uno solo de nosotros hubiera sido asesinado en este lugar, yo lo sabría. Esto fue... un gesto carente de significado. No produjo ningún efecto sobre la Corriente.

—Sí, yo también capto las mismas sensaciones —dijo Luke—. Y votaría por lo de que escaparon. Mientras contemplaba este lugar, he estado pensando que quienes hicieron todo esto obraron impulsados por la frustración. Profanaron vuestro hogar porque era lo único que podían hacer. Y hay algo más... No utilizaron ningún arma más potente que un desintegrador personal. No usaron ningún tipo de armamento militar. Esto no es obra del Imperio.

—Fueron nuestros amigos de Jisasu y Colina Grande —dijo Akanah con voz sombría.

—Les contaron un montón de mentiras —dijo Luke—. Nadie es inmune al miedo.

—Oh, por favor, no intentes impedir que me sienta llena de ira cada vez que pienso en lo que hicieron —dijo Akanah—. No fingimos haber alcanzado la pureza emocional. Este sitio era mi hogar. Tengo derecho a ello.

—Por supuesto —dijo Luke—. Akanah... ¿Cuál era la casa de mi madre?

Akanah cerró los ojos y reflexionó durante unos momentos.

—Ahred —dijo, abriendo los ojos y señalando el otro extremo del recinto—. La Número Cuatro. —Sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible—. Lo entiendo. Anda, ve... Estoy bien.

Luke le agradeció su consideración con una leve inclinación de cabeza, y después giró sobre sus talones y atravesó la explanada, dirigiéndose hacia los restos del anillo de moradas que se alzaban a los pies de la más alta de las colinas que rodeaban aquel lugar. Pero aún no había llegado al centro de la explanada cuando un grito le dejó paralizado. Luke giró en redondo en un movimiento tan brusco que envolvió su cuerpo en un revoloteo de pliegues de su capa y un haz desintegrador surcó el aire junto a él, pasando tan cerca que Luke pudo oler el calor que emitía.

Rodó sobre sí mismo para alejarse del calor, terminando los giros con un salto hacia adelante que lo llevó a cinco metros de distancia del sitio en el que había estado antes de lanzarse al suelo, y después terminó el salto con una rápida búsqueda de su atacante mientras su mano derecha ya empuñaba la espada de luz. Había dos hombres muy cerca de Akanah, que estaba de rodillas en el suelo con un bra-70 levantado, como si acabara de tratar de protegerse de un golpe.

—¡Akanah! —gritó Luke, y echó a correr hacia ellos.

El siguiente haz desintegrador había sido impecablemente dirigido, pero Luke lo desvió limpiamente hacia el cielo con su espada de luz. Después sólo necesitó una fracción de segundo para recurrir a la Fuerza y aplastar el desintegrador con un pensamiento tan poderoso como unas tenazas. Un segundo pensamiento brotó de su mente y arrancó el arma destrozada de la mano del hombre, lanzándola a gran distancia de él.

Akanah había levantado la cabeza cuando Luke gritó su nombre.

—¡No, Luke, no lo hagas...! —exclamó.

Pero Luke ya había concentrado toda su atención en el segundo hombre, que también tenía un arma en la mano..., y estaba apuntando a Akanah con ella.

—¡No te acerques! —gritó el hombre, mirando a Luke y sin que pareciese tenerle ningún miedo.

La respuesta de Luke consistió en un golpe mental que arrancó el desintegrador de la mano del hombre y lo arrojó contra la pared del edificio que había detrás de él. El arma estalló entre un diluvio de chispas y quedó convertida en una docena de fragmentos.

Y un instante después Luke ya estaba lanzándose sobre ellos con la espada de luz empuñada en una posición de ataque, no de defensa. El hombre al que había desarmado en primer lugar proyectó un escudo personal que consiguió detener el golpe inicial de Luke, pero aun así no pudo evitar que la violencia del impacto le hiciera caer de rodillas. El siguiente golpe, asestado con toda la potencia de la espada de luz unida a la voluntad de un Maestro Jedi, se abrió paso a través del escudo y se hundió en el pecho del atacante. El hombre emitió un jadeo ahogado cuando la sangre brotó a borbotones de su pecho, y después se derrumbó hacia atrás y quedó inmóvil sobre el duro suelo pedregoso.

Luke giró sobre sus talones y vio que el segundo atacante iba nuevamente hacia Akanah y que alargaba el brazo hacia ella, como si pretendiera utilizarla a manera de escudo. Luke reaccionó al instante y lanzó su espada de luz, haciendo que el arma girara vertiginosamente sobre sí misma con un brusco giro de su muñeca. La espada de luz hendió el aire y cercenó el brazo izquierdo del atacante por encima del codo. El hombre aulló y se derrumbó mientras Luke hacía que la espada de luz volviera a su mano.

—¿Quién eres? —preguntó Luke, alzándose sobre el atacante caído.

El muñón de su brazo apenas sangraba.

—Comandante Paffen informando..., Skywalker —dijo el hombre. Después cerró los ojos, y una violenta convulsión recorrió todo su cuerpo. Un instante después, sus ojos volvieron a abrirse—. Skywalker está aquí.

Luke destruyó el comunicador del cinturón de equipo del hombre con un veloz movimiento de la punta de su espada de luz.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar—. ¿Por qué estáis aquí?

—No es justo... Esperamos tanto tiempo —dijo el hombre, y gimió—. Sólo esperábamos a la bruja.

—¿Por qué estabais esperando aquí? ¿Qué queráis?

El hombre torció el gesto.

—Dijeron que el veneno no dolería —murmuró, y murió, los ojos todavía clavados en el cielo.

Con el rostro convertido en una máscara de preocupación, Luke se acucilló junto a Akanah, que seguía encogida en el suelo, estremeciéndose desde la cabeza hasta los pies y sollozando.

—Akanah... ¿Estás herida? —preguntó, rozándole el brazo.

Akanah retrocedió violentamente para apartarse de su contacto, y le dio la espalda.

—Lo siento... Debo de haberme distraído —dijo Luke, cambiando de posición para poder verle la cara—. Tendría que haber sabido que estaban ahí. Pero ya se ha terminado. Ahora ya no pueden hacerte ningún daño.

Akanah, que aún estaba temblando, volvió a darle la espalda.

—Nunca hubieran podido hacerme daño.

—¿De qué estás hablando? Gritaste... Estabas en el suelo...

—No había sufrido ningún daño. No corría ningún peligro. No había ninguna razón para lo que hiciste...

—¿Lo que hice...?

Akanah logró incorporarse mediante un terrible esfuerzo de voluntad y se alejó de Luke con paso tambaleante, rodeándose el cuerpo con los brazos como si quisiera aplastarlo. Luke la siguió, empezando a ser vagamente consciente de que el terrible dolor y desesperación de que estaba dando muestras la joven tenían su origen en el segundo ataque, no en el primero, y que lo que había afectado a Akanah de una manera tan violenta eran sus actos, y no los de los muertos.

—Creí que tenías problemas —dijo.

—¿No podrías habernos protegido sin hacerles daño? —preguntó Akanah, girando sobre sus talones para encararse con él—. Me asusté al verles, nada más...

Luke desplegó sus pensamientos y examinó las ruinas y las colinas.

—Tendremos que hablar de todo esto más tarde —dijo—. Esos hombres eran agentes imperiales. No podemos saber a qué distancia de aquí estarán sus amigos. Tenemos que irnos. Hemos de volver a la nave, y ahora mismo.

—No... No, todavía no...

—Akanah, da igual lo que pienses, porque no somos invulnerables. Pueden hacernos daño, y...

—¿Acaso le hace daño al río la roca que un niño arroja a sus aguas?

—Ahora no tenemos tiempo para discutir este asunto —dijo Luke, empezando a impacientarse—. La Babosa del Fango quizá no sea ninguna maravilla, pero no quiero perderla. Este planeta no es exactamente mi idea del sitio ideal en el que instalarme cuando me jubile, y preferiría no tener que jugar al escondite con una cañonera imperial para poder salir de aquí.

—¿Y adonde sugieres que vayamos? —preguntó Akanah.

—No importa. Lejos de Lucazec, y tan deprisa como podamos. No vamos a encontrar a los fallanassis en este mundo: la única explicación lógica para todo lo que ha ocurrido es que tu gente consiguió escapar tanto del Imperio como de la turba. El Imperio no sabe dónde están, y no queremos ser los que les guiamos hasta ellos. Debemos irnos ahora mismo.

Akanah movió la cabeza en una lenta negativa.

—Antes he de enseñarte algo —dijo—. Ven.

La joven retrocedió un par de pasos, y después precedió a Luke por el arco y entró en lo que había sido su hogar. Chorros de luz entraban por las ventanas y el tejado lleno de agujeros de la sala comunal, pero los recintos usados para dormir estaban sumidos en una fría penumbra más allá de la trampa de luz.

—Éste era el espacio de mi madre —dijo Akanah—. Ahí... ¿Puedes verlo?

El arco que trazó con la mano abarcó todo el muro del fondo.

—¿Ver qué?

—Escucha e intenta percibir el sonido —dijo Akanah—. Es como agua, como agua escurriéndose a través de la arena... Baja todos tus escudos.

Luke intentó concentrarse en la pared, pero la confusión era la peor enemiga de la concentración.

—¿Qué es lo que...? ¿Hay algo escrito ahí? ¿Se supone que he de verlo, o he de oírlo?

—Sí —dijo Akanah, contestando a todas sus preguntas con una sola respuesta.

—No me estás ayudando mucho, ¿sabes? —murmuró Luke, entrecerrando los ojos.

—Olvídate de la Fuerza —dijo Akanah—. Esto es algo en lo que la Fuerza no puede ayudarte, Luke. Has estudiado y te has ejercitado hasta que aprendiste a ver las sombras. Ahora debes permitirte ver la luz.

Luke respiró hondo e intentó concentrarse en la pared, tratando de abrir su consciencia a todos los aspectos de su existencia como objeto material que viajaba a través del tiempo, y se esforzó por captar todas las cualidades inmanentes perceptibles en cualquier plano: color y textura, masa y temperatura, el débil tirón de la gravedad, el suave destello de la radiación, cómo su solidez desviaba las corrientes de aire, cómo su opacidad impedía el paso de la luz, su contribución al sabor y el olor del aire, y cien sutiles medidas más que definían su realidad.

—Deja que te ayude —dijo Akanah, cogiéndole la mano—. ¿Percibes la pared?

—Sí...

—Tienes que ir más allá de esa mera percepción de la pared. Deja de percibir la sustancia. Haz que desaparezca de tus pensamientos, y mira dentro de ella. Mantente abierto... Deja que guíe tus ojos.

Y entonces lo vio, no escrito sobre la pared sino dentro de ella, y Luke por fin pudo distinguir el tenue resplandor de los símbolos blancos dibujados no con materia, sino con alguna esencia elemental que hervía y giraba dentro de ella.

—¿Es eso? —preguntó, como si, además de guiar sus ojos, Akanah también pudiera ver a través de ellos.

Akanah sonrió y le apretó la mano un poquito más fuerte.

—El camino al hogar siempre está indicado. Es la promesa que se nos hizo.

—¿Puedes leerlo? ¿Qué dice?

—Sé adonde tenemos que ir —replicó Akanah, y le soltó la mano—. ¿Puedes verlo ahora, sin mi ayuda?

Los símbolos se habían estado volviendo más luminosos, pero se desvanecieron de repente en cuanto el contacto quedó roto.

—No... Ha desaparecido por completo. Puedo recordar las formas, pero ahora ya no puedo verlas.

—No importa —dijo Akanah, asintiendo—. Si puedes ver la escritura de la Corriente mientras alguien te guía, entonces puedo enseñarte a verla por ti solo. Así es como aprenden los niños.

—¿Hay más..., en las otras viviendas, o fuera, en los otros edificios?

—No, sólo aquí. Es un mensaje que dejaron para mí.

—El ataque... se produjo después de que hubieras estado dentro de la casa —dijo Luke, comprendiendo de repente lo que había ocurrido—. Sabían que había algo aquí. Ésa es la razón por la que el Imperio todavía tenía algunos agentes aquí. Estaban esperando la llegada de alguien que pudiera leer el mensaje para salir de sus escondites.

—Pero ¿crees que el Imperio correría el riesgo de enviar una nave a un mundo que se encuentra tan cerca del centro de la Nueva República?

—Eso depende de hasta qué punto alguien siga queriendo utilizar el poder de los fallanassis —dijo Luke—. No creo que debamos quedarnos aquí para averiguarlo.

Akanah frunció el ceño.

—No.

—Y no podemos permitir que nos sigan.

—No —convino ella—. ¿Puedes ocultarnos?

—Puedo disfrazar nuestra apariencia. Pero tenemos que hacer algo más que eso —dijo Luke—. Tienes que borrar el mensaje.

Incluso sin mirarla, Luke percibió su resistencia y lo poco que le gustaba la idea.

—Es la única manera de estar seguros de que esta trampa ha quedado desactivada —siguió diciendo—. ¿Puedes borrarlo? ¿Puede hacerse?

—La escritura de la Corriente abre una diminuta brecha entre lo real y lo irreal —acabó diciendo Akanah mientras asentía lentamente—. Destruirla siempre resulta más fácil que crearla. —Titubeó durante unos momentos, y después suspiró—. Espérame fuera.

Akanah no le hizo esperar durante mucho rato.

—Ya está —dijo, cogiéndole del brazo mientras se reunía con él—. Pero, y sólo para estar segura de que nadie puede rehacer lo que he borrado, te ruego que destruyas la casa.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí —dijo Akanah—. Nunca volveré aquí. Destruyelo todo.

Luke hizo lo que le pedía sin moverse de donde estaban. Un empujón en el centro de una pared y un tirón aplicado sobre una esquina hasta hacerla girar abrieron una telaraña de grietas. Las grietas se fueron volviendo más y más anchas, y finalmente los muros se derrumbaron y el techo cayó sobre ellos, levantando una nube de polvo amarillo.

—Y ahora será mejor que nos demos prisa —dijo Luke.

—Hay una cosa más —dijo Akanah—. Tienes que entrar en la casa de tu madre.

Luke meneó la cabeza en una lenta negativa cargada de tristeza.

—No hay tiempo.

—Tómate todo el tiempo que necesites —replicó Akanah—. Yo me encargaré de ocultarnos a los dos, y así podrás mantenerte abierto mientras estés ahí dentro.

—Akanah...

—Unos cuantos minutos más no cambiarán nada —dijo—. Si los hombres a los que mataste tenían algún amigo cerca de aquí... Bueno, o estará a punto de llegar o todavía se encontrará muy lejos, ¿no? Pero esos minutos pueden significar mucho para ti. Ve.

Luke se sentó en el centro de lo que había sido el suelo de la morada semiderruida y susurró el nombre de su madre, como si estuviera preguntando a las piedras si se acordaban de ella.

—Nashira... —dijo.

Pero el sonido huyó hacia los rincones llenos de oscuridad y se desvaneció en ellos.

—¡Nashira! —gritó.

Pero los ecos escaparon por las grietas y fisuras de las paredes.

Luke apartó el polvo y los gujarros a un lado y colocó las palmas de las manos sobre el suelo, y después introdujo aquel aire polvoriento en sus fosas nasales, lo saboreó con su lengua y sondeó lentamente todo lo que le rodeaba, buscando cualquier cosa que pudiera haber pertenecido a la última persona que había convertido aquel espacio en su hogar.

—Madre... —dijo.

La realidad de aquel momento fue creciendo poco a poco dentro de él. Era un punto de contacto, después de tantos años sin haber tenido ninguno. Su madre había estado allí, en el mismo sitio en el que se hallaba Luke en aquel momento.

Que no pudiera encontrar ningún vestigio de su presencia atrapado en la tosca sustancia de la que se hallaba rodeado era algo que carecía de importancia, porque le bastaba con saber que su madre había estado allí. El imaginar por fin se había vuelto posible allí donde antes sólo era posible fingir, y la imaginación cruzó de un gran salto el abismo de tiempo que los separaba.

Su madre había dormido y reído allí, se había retirado a aquel lugar en busca de un santuario, había llorado y tratado de encontrar la paz allí, quizá había amado y sufrido allí, y se había movido por aquel espacio siendo tan real como la vida y tan humana como el torrente de anhelo y nostalgia que Luke estaba sintiendo en aquellos momentos.

Luke no podía ver su rostro ni oír su voz pero, aun así, en ese momento su madre se había vuelto más real para él de lo que jamás lo había sido antes.

No era suficiente, desde luego, pero por lo menos era un comienzo.

La aldea ya había quedado envuelta en sombras cuando Luke salió de la morada de Nashira y se reunió con Akanah. El sol se había ocultado detrás de las colinas, y la brisa ya no soplabla con tanta fuerza como antes.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí dentro?

—No importa —dijo Akanah—. ¿Estás preparado?

Luke asintió.

—Tenías razón —dijo—. Gracias, Akanah.

—Sabía que era importante que entraras ahí, pero ahora será mejor que nos demos prisa. Oscurecerá antes de que lleguemos al aeródromo.

Ninguno de los dos tuvo nada más que decir mientras volvían a la carreta y subían al pescante para el viaje de regreso. Luke inspeccionó minuciosamente el vehículo en busca de alguna señal indicadora de manipulaciones o de que habían ocultado algún sensor en él, y después usó sus poderes levitatorios para elevarlo y dejarlo flotando en el aire a un metro del suelo.

—Nada de baches en este viaje —dijo con una leve sonrisa—. De todas maneras, si estuviera en tu lugar yo procuraría buscar algo sólido a lo que agarrarme. ¿Cómo llaman a esas aves carroñeras que están revoloteando por ahí?

—Nackhawns.

—Pues entonces eso es lo que somos. Sí, somos un enorme y feísimo nackhawn...

Luke hizo que la carreta girase en un gran círculo sobre las colinas que rodeaban laltra y examinó los alrededores en busca de otros vehículos. No encontró ninguno, y se preguntó cómo se las habían arreglado los agentes imperiales para seguirles hasta allí.

Pero Luke expulsó aquellos pensamientos de su cabeza y, con un poderoso empujón mental, hizo que la carreta saliera disparada como una flecha hacia el suroeste y el aeródromo. Se alejaron en silencio, salvo por el sonido del aire que chocaba con los contornos de un vehículo que jamás había sido diseñado para volar.

Poco después de que se hubieran ido, los cuerpos de los dos agentes imperiales muertos se confundieron con las sombras que los habían ido envolviendo entre las ruinas de la aldea de laltra, y se esfumaron como si nunca hubieran existido.

El navío de exploración astrográfica de la Nueva República Astrolabio surgió del hiperespacio en las proximidades de una enana marrón situada en la periferia del Cúmulo de Koornacht.

Toda la ancha quilla del pequeño navío desprovisto de armamento estaba erizada de sensores. Cuatro plataformas de detección contenían todas las clases de equipo imaginables, desde grabadores de imagen estereofónica hasta sondas de neutrones, pasando por detectores de quarks y sistemas fotométricos de banda ancha. Muchos de los instrumentos estaban duplicados como precaución contra las averías. La combinación del casco aplanado y la configuración de los sensores había hecho que los navíos de exploración de la clase Astrogador se ganaran el mote de «lenguados», que a su vez había dado origen a un logotipo extraoficial muy popular entre sus tripulaciones.

—Su agencia de viajes, el Instituto de Exploración Astrográfica, les da la bienvenida a Doornik-1142 —le dijo el piloto a su equipo de inspección—. Procuren aprovechar al máximo todas las maravillosas ocasiones de diversión que ofrece esta joya todavía no descubierta del Sector de Fairfax, así que... ¡miren por los ventanales! Después de haberlo hecho, ¡podrán volver a mirar por los ventanales! Y hagan lo que hagan durante sus diecinueve horas de estancia aquí, ¡asegúrense de que dedican un poco de tiempo a mirar por los ventanales!

Era un chiste muy viejo conocido por todos, y sólo consiguió arrancar risitas rituales al equipo de exploración. Los navíos del IEA eran los eternos e incansables viajeros de las estrellas, unos turistas profesionales que siempre estaban embarcados en expediciones por los más soberbios panoramas de toda la galaxia. Capaces de alcanzar velocidades excepcionalmente altas en el espacio real, un lenguado rara vez necesitaba más de un día para completar su travesía cartográfica y de exploración por todo un sistema estelar.

La inmensa mayoría de los planetas eran sobrevolados a velocidad máxima. La nave de exploración sólo reduciría la velocidad hasta un cuarto si los datos obtenidos durante la aproximación indicaban que había señales de vida. Sólo las más extraordinarias anomalías podían hacer que el piloto de un lenguado diera la vuelta y llevara a cabo una segunda pasada, y los descensos eran tan raros como para poder ser considerados prácticamente inexistentes.

El Astrolabio había recibido la orden de interrumpir sus trabajos de exploración en el Sector de Torranix para llenar un hueco en las cartas estelares. Ese hueco había sido originado por el obsesivo amor al secreto del Imperio, que trataba los datos astrográficos ordinarios referentes al territorio que controlaba como si fuesen datos militares de alto secreto.

El piloto, un veterano con dieciocho años de experiencia conocido por su tripulación como Gabby, había sobrevolado más de mil planetas a lo largo de su carrera..., pero sólo había puesto los pies en tres. Su inspectora de mundos, Tanea, había acumulado casi tres mil vuelos planetarios en su historial, pero sólo guardaba recuerdos de la superficie de media docena. Rulffe, el inspector de segunda categoría, esperaba superar la marca de los quinientos planetas en aquel viaje, pero nunca había respirado la atmósfera de ningún mundo salvo el suyo.

Aquella misión había empezado como todas las otras. La primera hora fue la más ajetreada: mientras Tanea y Rulffe comprobaban los sensores, Gabby calibró el sistema de navegación automática para que eligiera la pasada cartográfica más corta por encima del cuarteto de gélidos planetas gaseosos del sistema. No tenían ninguna razón para pensar que su visita a Doornik-1142 fuera a ser otra cosa que mera rutina, y todos pensaban que sería corta y sin nada de particular, y que terminaría con un envío de datos comprimidos a Coruscant seguido por un salto al siguiente pozo gravitatorio.

Pero la visita terminaría más pronto de lo previsto, y de una manera bastante brusca.

Gabby y Tanea estaban jugando a un juego de palabras por el comunicador de la nave mientras el Astrolabio se aproximaba al segundo planeta.

—Hemostático —dijo Gabby.

—Oh, ésa es muy fácil. Estadístico.

—Eh... Experiencia.

Tanea se echó a reír.

—No es una propuesta válida, pero te la admito de todas maneras porque soy una santa. Encefalitis.

—Tejido.

Tanea frunció el ceño.

—No tendría que haber sido tan buena contigo. Me parece que ahora me has pillado...

Entonces, y sin ningún aviso previo, la nave empezó a temblar violentamente. Un rugido que parecía un viento animal, una especie de gruñido ahogado acompañado por un chisporroteo como el del fuego, llenó la cabina.

—¿Qué demonios ocurre? —exclamó Rulffe.

—¡Tenemos algún problema con los motores! —gritó Gabby mientras el rugido se convertía en un silbido ensordecedor.

Un instante después, el aire fue arrancado de sus pulmones bajo la forma de un chorro de vapor helado, y el silencio se adueñó de todo.

La temperatura cayó en picado, y las luces de la cabina se apagaron. El tablero de problemas, que se había convertido en una masa de cuadrados rojos y amarillos que se encendían y se apagaban, pasó a ser la única fuente de iluminación.

Durante los últimos y agónicos segundos de consciencia, con los gases hirviendo en sus vasos sanguíneos, el piloto intentó alargar los brazos hacia los interruptores para disparar manualmente la boya de emergencia y transmitir el diario de a bordo. Pero sus miembros, encadenados por el dolor, se negaron a obedecerle. Ya estaba muerto, y la consciencia no tardó en seguir a la voluntad hacia las profundidades del abismo con un último suspiro de alivio.

Vol Noorr, primado del crucero de combate Pureza, contempló con expresión aprobadora cómo una terrible salva de rayos láser de alta energía caía sobre el intruso.

Se sentía muy complacido ante la precisión y disciplina de sus dotaciones artilleras, e hizo una anotación mental para acordarse de que debía felicitar al jefe de sistemas de armamento. Cuando los cañones dejaron de disparar, el navío había quedado lleno de agujeros, pero no estaba destruido. Una nube de fuego blanco y polvo metálico no les habría revelado gran cosa. Pero de esa manera tendrían restos más que suficientes para examinar, y el informe de Vol Noorr sería lo más completo y útil posible.

—Envíen a los equipos de recuperación —ordenó—. Asegúrense de que observan los protocolos de higiene con todo el material recuperado.

Después Vol Noorr se encerró en la cabina de comunicaciones. Unos minutos después se preparó para transmitir la que iba a ser la única alerta concerniente a la destrucción del Astrolabio enviada desde Doornik-1142 y que consistiría en una lacónica emisión codificada cuyo destinatario no sería el Instituto de Exploración Astrográfica de Coruscant, sino el Aramadia, el navío insignia del virrey, que estaba atracado en el Puerto del Este de la Ciudad Imperial.

—Con éste ya son tres días seguidos —dijo Leia, mirando a los ocupantes de la sala de conferencias—. ¿Alguien tiene alguna idea de por qué Nil Spaar ha estado cancelando nuestras reuniones? ¿Sabemos algo sobre lo que ha estado haciendo?

—Sólo ha salido de la nave en una ocasión —dijo el general Carlist Rieekan—. Fue al albergue diplomático y permaneció allí durante dos horas y trece minutos...

—Esos detalles carecen de importancia —dijo Ackbar—. ¿A quién fue a ver allí?

—No hemos podido obtener esa información —admitió Rieekan—. Ya saben cómo es el albergue: utilizan todas las formas posibles de proteger la intimidad. Es lo que esperan

las misiones diplomáticas, naturalmente... Puedo decirles que la dirección del albergue ha mantenido reservado un chalet para los yevethanos desde antes de que llegaran, y que ésta es la primera vez en que cualquiera de ellos ha ido a ese chalet.

—Lo cual significa que podría haberse reunido con cualquiera de los legatarios que se alojan en el albergue, o incluso con todos ellos —dijo Leia.

—Exacto.

—Quiero una lista con todos sus nombres —exigió Ackbar.

—Hemos preparado una, y la hemos transmitido a todos los que figuraban en la hoja de autorizaciones para esta reunión —dijo Rieekan—. Dispongo de cierta información adicional, que me ha sido entregada cuando salía de mi despacho para venir aquí. Esta mañana el virrey ha recibido a unos visitantes a bordo del Aramadia—

—¿Qué? —exclamó Nanaod Engh—. Desde que llegó la nave, los yevethanos nunca han permitido que nadie entrara en ella. ¿Quiénes eran?

—El senador Peramis, el senador Hodidiji y el senador Marook —dijo Rieekan—. Llegaron juntos, y pasaron más de dos horas dentro de la nave. El senador Marook se fue antes que los demás.

—¿Sabemos si realmente fueron invitados? ¿Es posible que se limitaran a invitarse a sí mismos? —preguntó Leia

—He hecho algunas averiguaciones lo más discretas posible y he hablado con los secretarios del senador Marook. Parece ser que fueron invitados.

—¿Y han estado en contacto con los yevethanos durante todo este tiempo?

—No puedo responder a esa pregunta, princesa Organa.

—Traigámoslos a todos aquí y así obtendremos algunas respuestas —dijo el almirante Ackbar, visiblemente enfurecido—. Que el senador Peramis responda a nuestras preguntas.

—Calma, amigo mío, calma... Intentemos ver todo este asunto desde la perspectiva adecuada —dijo Leia—. El virrey tiene todo el derecho del mundo a reunirse con quien quiera. No necesita nuestro permiso para invitar a alguien a tomar el té.

—Princesa, discúlpeme, pero... Si en realidad no quiere oír las respuestas, ¿por qué ha formulado la pregunta?

Leia se volvió hacia Rieekan y frunció el ceño.

—¿De qué me está hablando?

—Ha preguntado si alguien tenía alguna idea de por qué el virrey estaba cancelando sus reuniones con usted. Ahora acaba de enterarse de que el virrey se ha reunido en privado con algunas de las delegaciones diplomáticas de los mundos que acaban de presentar una solicitud de ingreso en la Nueva República, y en público con algunos de los miembros del Senado que defienden opiniones más radicales. Nil Spaar no sólo ha roto todos los precedentes, sino que además ha llegado al extremo de observar con otras personas ciertas cortesías que nunca le ha ofrecido durante sus reuniones..., y usted se niega a extraer la conclusión obvia.

—Que es...

—Que algo fundamental ha cambiado. Que sus negociaciones con Nil Spaar han terminado.

—Pero ¿qué puede haber causado el cambio? —protestó Leia—. Durante nuestra última reunión no hubo ningún problema. No puedo creer que Nil Spaar esté dispuesto a arrojar todos nuestros esfuerzos por la ventana sin ni siquiera una palabra...

El almirante Ackbar, que estaba de pie, fue el primero en darse cuenta de que los ventanales de la sala de conferencias estaban empezando a vibrar. Las enormes láminas de transpariacero habían sido oscurecidas contra el sol de la mañana y las miradas de observadores indiscretos, por lo que cuando se volvió hacia ellos no pudo ver de inmediato cuál era la causa de aquel temblor.

—Princesa... Un momento...

—¿Qué ocurre?

—Conozco ese sonido... —estaba diciendo Engh.

—Alguna nave de gran tamaño está usando sus motores en Puerto del Este —dijo Rieekan—. ¿Es que no lo oye?

Ackbar ya había llegado a los controles de los ventanales, y la sala quedó repentinamente inundada de luz. Todos los rostros se volvieron al unísono hacia ella y entrecerraron los ojos, intentando ver algo entre aquel resplandor.

Y vieron cómo la reluciente silueta esférica del Aramadia se elevaba lentamente sobre el espaciopuerto, con sus tres diminutos escoltas trazando círculos a su alrededor como planetas en torno de una estrella. Ondulaciones de distorsión atmosférica brotaban de las depresiones esparcidas sobre su casco.

—Supongo que ahora tendremos que creerlo —dijo Engh.

—Tengo al comandante del puerto al otro extremo del canal de comunicaciones —dijo Rieekan.

—Conecte el sistema de altavoces para que todos podamos oírlo —dijo Leia.

—Sí, princesa. Adelante, comandante... ¿Qué está pasando ahí?

El rugido de los haces de elevación del navío yevethano era claramente más audible en el canal de comunicaciones que en la sala de conferencias.

—Todavía estamos intentando averiguar qué ha sucedido. Puedo decirles que el Aramadia no ha solicitado ninguna ventana de lanzamiento a la torre. Nuestra primera advertencia de que iba a despegar fue cuando empezó a lanzar esos escoltas, pero no bastó para que todo el mundo pudiera alejarse lo suficiente de las emisiones de sus toberas. Seis centinelas del puerto y un mínimo de tres técnicos del personal de tierra están heridos, y la nave que ocupaba la pista más cercana, la Madre de la Valkiria, parece haber sufrido daños realmente serios. Esos impulsores de onda tienen una potencia terrible: hemos recibido informes de naves que salieron despedidas tan lejos que acabaron en los muelles de tráfico interno.

—Gracias, comandante. Volveremos a hablar dentro de un rato —dijo Rieekan, y cortó la comunicación—. Princesa, recomiendo que pongamos en estado de alerta máxima a la Flota Central sin perder ni un solo instante.

—Debemos hacer algo más que eso —dijo Ackbar—. He ordenado que el Brillante se coloque en posición para abrir fuego sobre el Aramadia si llegara a ser necesario.

—¿Qué está diciendo? ¿Por qué puede llegar a ser necesario hacer eso?

—Princesa, el Aramadia se encuentra dentro de nuestro escudo planetario —dijo Rieekan—. Una nave de ese tamaño podría transportar municiones suficientes para causar daños terribles aquí abajo y su potencia de fuego ha de ser equivalente, como mínimo, a la de un par de fragatas de asalto imperiales. No podemos retrasar nuestra respuesta hasta que sepamos qué tiene intención de hacer.

—Esto es una locura —protestó Leia—. El Aramadia es un navío diplomático. Ni siquiera tenemos pruebas de que esté armado. ¿Qué razón podría tener Nil Spaar para hacer algo semejante? —Volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada por encima del hombro a Alóle—. ¿Alguna respuesta?

Su secretario meneó la cabeza.

—No, excelencia. Ni sus mensajes anteriores ni mi transmisión por la línea de código rojo han obtenido ninguna respuesta.

—Princesa —dijo Ackbar—, con todo el respeto debido, la pregunta a la que debemos dar una respuesta inmediata no es la del porqué podríamos tener que seguir ese curso de acción, sino qué podemos hacer para evitar una catástrofe. No podemos permitirnos el lujo de pensar que contamos con amigos a bordo de esa nave.

—Estoy de acuerdo —dijo Rieekan—. Las bajas producidas en Puerto del Este demuestran cuáles son las prioridades de Nil Spaar. Tenían que saber cuáles serían las consecuencias de un despegue a plena potencia sin ninguna advertencia previa. Han

demostrado que sus conveniencias del momento eran más importantes para ellos que las vidas de quienes se hallaban en las pistas.

—No creo que se trate de eso —dijo Ackbar—. Esto no ha sido ninguna coincidencia. Lo habían calculado minuciosamente. Nil Spaar tenía que saber que íbamos a reunimos. Ese despegue por sorpresa, al igual que la invitación a los senadores, tenía como único objetivo colocar a la princesa en una situación lo más incómoda posible.

—No... No puedo creer eso —dijo Leia. Pero la expresión de su rostro indicaba que ya se había dado por vencida—. Aun así... —Suspiró—. Alerten a la flota y a las defensas de superficie. Que el capitán del Brillante se coloque en posición y espere nuevas órdenes. Pero no seremos los primeros en abrir fuego, y quiero que todo el mundo lo tenga bien claro. Esto ha de ser un malentendido. No hagamos nada que empeore todavía más la situación.

El Aramadia se colocó en órbita a cuarenta kilómetros por debajo del límite inferior del escudo planetario de Coruscant, con el Brillante siguiéndole a popa.

El navío yevethano permaneció allí durante las dos horas siguientes, tan mudo e inescrutable como siempre y, para emplear las palabras del general Rieekan, se dedicó a «correr por el patio como un perro que sabe con toda exactitud dónde está la valla». Ackbar y Leia contemplaban las trayectorias orbitales de las dos naves en un monitor de su despacho, con Leia impacientándose un poco más a cada momento que transcurría.

—¿A qué está esperando? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular mientras se paseaba nerviosamente por el despacho—. Tenía muchísima prisa para despegar, y ahora está perdiendo el tiempo en esa órbita sin hacer nada... Esto no tiene ningún sentido. Si piensa irse, tendrá que pedir permiso para atravesar el escudo, ¿no?

—Que nosotros sepamos, ninguna nave puede atravesar nuestro escudo planetario o saltar por encima de él —respondió Ackbar.

—Eso es lo que pensaba. Pero si tiene otros planes, ha desperdiciado su momento de sorpresa, y unos cuantos más. Así pues, ¿qué puede estar tramando?

—Tal vez nos está dando una oportunidad de pedir disculpas.

—¿Pedir disculpas? ¿De qué hemos de disculparnos? ¿Se supone que he de adivinarlo? Tratar con todos los que se niegan a decir qué quieren o con los que sólo te dicen lo que piensan que quieres oír ya resulta bastante difícil. ¿Qué se supone que he de hacer cuando se niegan a abrir la boca? Vienen aquí y esperan que baile en su gran gala del protocolo sin ni siquiera enseñarme los pasos...

Mientras la oía hablar, Ackbar quedó tan impresionado por la amargura de sus palabras y la aspereza de su tono que no pudo evitar encogerse levemente sobre sí mismo. Leia tardó un poco en darse cuenta de su reacción, pero acabó percibiéndola.

—Lo siento —dijo, y dejó escapar un prolongado suspiro—. Usted no tiene la culpa de nada. Es sólo que... Bueno, no entiendo lo que está ocurriendo, y me temo que el no entenderlo está empezando a afectarme un poco.

—Princesa, es muy posible que ésa sea la razón oculta detrás de todo lo que está ocurriendo.

Behn-kihl-nahm, inmóvil en el estrado de la inmensa cámara del Senado, golpeó el pequeño círculo de madera con su martillo para imponer el orden en la cámara. Estaba un poco sorprendido ante el número desusadamente elevado de senadores que habían acudido a aquella sesión: si sus ojos no le engañaban, más de la mitad de los asientos estaban ocupados.

La repentina marcha de los yevethanos había provocado muchas conversaciones en los pasillos y los vestuarios del Senado durante aquella mañana, pero eso no podía explicar la presencia de tantos senadores. La primera hora de cada sesión, y a veces incluso todavía más tiempo, normalmente siempre era malgastada en discursos de

propaganda personal más destinados a los mundos natales de los senadores que los pronunciaban que a los oídos de los otros representantes. Era bastante habitual encontrar la cámara vacía, sin más presentes que aquellos que esperaban su momento de hablar. Behn-kihl-nahm recorrió la lista con la mirada, y no consiguió descubrir ningún nombre que pudiera explicar tal asistencia o la velocidad con que los senadores estaban yendo hacia sus asientos.

«Alguien está tramando algo», pensó con preocupación.

—La presidencia da la palabra al senador Hodidiji.

—Me pongo en pie para hablar sobre una cuestión de privilegio.

—Se permite hablar al senador Hodidiji sobre una cuestión de privilegio personal.

Hodidiji se puso en pie y se dirigió al Senado sin dignarse utilizar el micrófono que tenía a su disposición, y su voz retumbó a través de las hileras de representantes planetarios.

—Presidente, después de que solicitara mi turno de palabra ha surgido una cuestión de importancia sustancial. Debido a la seriedad del asunto, he decidido ceder mi turno de palabra al senador Peramis de Walalla, y pido a esta cámara que escuche con gran atención lo que el senador Peramis tiene que decir.

Hubo una cierta agitación en la cámara, pero no fue tan intensa como hubiese esperado Behn-kihl-nahm. Al parecer, Peramis era la razón de todas aquellas maniobras tan tortuosas; y, también al parecer, Behn-kihl-nahm no se había enterado de todos los cotilleos y rumores de aquella mañana, una perspectiva que ensombreció su rostro con un fruncimiento de ceño.

—Senador Peramis... —dijo con una leve inclinación de la cabeza, y después se apartó del estrado.

—Gracias, presidente. Y agradezco su indulgencia al senador Hodidiji —dijo Peramis—. A estas alturas, casi todos ustedes saben que el navío consular yevethano Aramadia despegó esta mañana de Puerto del Este sin haber obtenido la autorización previa para hacerlo. Se me ha informado de que tres empleados del puerto han muerto, y que hay más de una veintena de heridos...

Esta vez la agitación de la cámara contuvo una inconfundible ondulación de ira.

Behn-kihl-nahm estiró el brazo y atrajo hacia sí a un secretario mediante el expeditivo recurso de agarrarlo por la chaqueta.

—Llame a la princesa —susurró con voz enronquecida—. Dígale que será mejor que venga aquí ahora mismo..., y que no olvide ponerse el traje contra incendios.

—...y además, tres naves sufrieron serios daños, un navío consular del territorio autónomo de Paqwepori entre ellas.

»Sin embargo, no es el fracaso de las negociaciones con los yevethanos, o los daños materiales, o ni siquiera la pérdida de vidas, lo que convierte todo lo ocurrido en un asunto de gran importancia para nosotros —dijo Peramis—. No, lo que realmente debe preocuparnos es la razón por la que han ocurrido todas estas cosas.

»Hasta el momento, la presidencia de la Nueva República no nos ha proporcionado ninguna información sobre estos acontecimientos: no ha habido ni una sola palabra de explicación, o de condolencia, o de indignación. La princesa se ha mantenido inaccesible, y sus portavoces no han abierto la boca.

»Eso no me sorprende. Cuando hayan oído lo que debo decirles, esa inexplicable reacción dejará de parecerles sorprendente. No pueden decir nada sin recurrir a la mentira, porque la verdad les cubriría de vergüenza.

El senador Tolik Yar se levantó de un salto.

—¡El privilegio personal no es una licencia para difamar y calumniar, señor!

—Presidente, pido que haya orden en la cámara —dijo Peramis, sin ni siquiera volver la mirada hacia el senador Yar.

—La cámara mantendrá el orden —dijo Behn-kihl-nahm sin ningún entusiasmo.

—¡Se lo advierto! Retire sus palabras antes de que llegue a encontrarse coqueteando con la traición...

Peramis se volvió hacia el redondo cuerpo del oolidano y le lanzó una mirada llena de desprecio.

—Siéntese y escuche, senador, y aprenderá unas cuantas cosas sobre la traición, y sobre esta mujer a la que llama amiga. Presidente, pido que el registrador del Senado conecte las pantallas de la cámara y las sintonice con el Canal Ochenta y uno, ajustándolas en la frecuencia diplomática.

—¿Con qué propósito, senador?

—Con el propósito de permitir que el virrey Nil Spaar de Yevetha pueda dirigirse a esta cámara desde el Aramadia, que en estos momentos se encuentra en órbita alrededor de Coruscant.

Behn-kihl-nahm dio la espalda al estrado el tiempo suficiente para enviar a un segundo secretario en una apresurada misión.

—Esto es altamente irregular, senador Peramis.

—También lo son los acontecimientos que estamos examinando, presidente. Y considero que la información que el virrey puede proporcionar a esta cámara es no meramente relevante, sino esencial para la comprensión de dichos acontecimientos.

—¿Debo entender que ya está al corriente de lo que nos va a decir el virrey?

—El virrey se puso en contacto conmigo y me preguntó si le ayudaría a sacar a la luz la verdad. Cuando me enteré de en qué consistía esa verdad de la que hablaba, me pareció muy improbable que pudiera llegar a conocerse por cualquier otra fuente, y accedí a prestarle mi ayuda.

Una creciente agitación se estaba adueñando de la cámara.

—¡Oigamos lo que tiene que decir el virrey! —gritó una voz desde las filas de asientos de arriba.

—Es una cuestión de privilegio... ¡Puede hablar de lo que quiera! —gritó otra voz.

—¡Si no quiere oír lo que tiene que decir, entonces váyase!

—El senador Noimm nos obligó a ver las grabaciones del nacimiento de su última carnada, y usted permitió esa irregularidad.

Aquel recordatorio produjo una oleada de carcajadas que el senador Noimm soportó con visible incomodidad.

—¡Que conecten las pantallas! —gritó alguien, y el grito no tardó en ser coreado—. ¡Que conecten las pantallas! Oigamos lo que tiene que decir el virrey.

Behn-kihl-nahm golpeó el estrado con su martillo de presidente.

—La cámara mantendrá el orden. Sargento, deberá expulsar a cualquier miembro del Senado al que yo identifique mientras está hablando sin tener derecho al turno de palabra. Habrá orden en la sala, o suspenderé esta sesión.

El sargento de orden, un enorme gamorreano, abandonó su posición habitual en el centro del pozo y fulminó con la mirada a las hileras de asientos delanteros. Behn-kihl-nahm alternó los golpes de martillo con el alzarlo para señalar a quienes más gritaban, y poco a poco fue consiguiendo que la atmósfera de la cámara se fuese volviendo más parlamentaria.

—Eso está mejor —dijo Behn-kihl-nahm, usando un seco tono de reprimenda—. ¡Procuren no olvidar quiénes son! Esto es el Senado de la Nueva República. No somos una turba histérica. —Bajó la mirada hacia su izquierda—. Senador Peramis...

—¿Sí, presidente?

—Sí.

—¿Acepta hacerse responsable de las observaciones de su orador como si fueran las suyas propias, incluyendo en esa responsabilidad la aplicación de cualquier sanción que pueda imponerse a un miembro de esta cámara como castigo a las transgresiones del código de conducta del Senado?

—Entonces puede iniciar su presentación.

Cuando la primera advertencia de Behn-kihl-nahm llegó a la princesa Leia, que se hallaba en su despacho, su reacción no consistió en ir hacia la puerta sino que se volvió hacia la pantalla, apagada en aquellos momentos, que le permitiría seguir la emisión de hipercomunicaciones del Senado por el Canal 11.

—No voy a ir corriendo allí abajo para apagar un fuego hasta que sepa qué es lo que está ardiendo —le dijo a Ackbar.

El Primer Administrador Engh, que había estado siguiendo la sesión del Senado por su cuenta tal como hacía habitualmente y había venido a toda prisa para alertar a Leia, se reunió con ellos unos instantes después.

—¿Le ha oído? —preguntó Engh, que estaba hecho una furia—. ¡Dice que no se ha dado ninguna información! La situación todavía se está desarrollando... ¿Qué podemos decir? El Aramadia sigue inmóvil ahí arriba, ignorándonos. Bendito sea Tolik Yar, de todas maneras. Peramis ni siquiera se ha puesto en contacto con nosotros... No ha intentado obtener nuestra versión del asunto.

—Shhh —dijo Leia—. No puedo oír lo que está diciendo.

Unos momentos de contemplar la transmisión bastaron para que Leia llegara a la conclusión de que ir a la cámara del Senado no serviría de mucho.

—Los senadores me conocen —dijo—, y también conocen a Peramis. Que lance todas las acusaciones que le apetezcan. El Senado se tomará su tiempo antes de formarse una opinión. Ya tendré ocasión de hacer que me escuchen..., pero no hoy, en un concurso de gritos con Peramis. Que disfrute del uso de la palabra durante toda esta mañana.

Pero cuando Peramis anunció su intención de hacer que Nil Spaar se dirigiera al Senado, Ackbar se puso lívido.

—Esto es absurdo. Benny no puede permitir que Peramis haga eso.

—No puede impedirlo —dijo Leia—. Tiene que permitirselo.

—La Liga de Duskhan no es miembro de la Nueva República —dijo Ackbar—. Nil Spaar no tiene ningún derecho a utilizar los canales diplomáticos.

—Eso es un mero tecnicismo —dijo Leia—. La presidencia del Senado no puede alzar un junco tan delgado contra el vendaval que está soplando allí.

—Si el virrey se dirige al Senado por el Canal Ochenta y uno, los repetidores transmitirán lo que diga a todos los mundos de la Nueva República —dijo Engh—. Permítame llamar a un conocido mío que trabaja en Operaciones de la Red. Creo que, si se lo pido, estará dispuesto a impedir que lo que diga Nil Spaar sea difundido fuera del planeta.

—No —dijo Leia—. No temo lo que pueda decir. Además, a estas alturas las redes de noticias ya se habrán enterado de todo y estarán preparadas para transmitir. No: si el virrey no quiere hablar conmigo, dejemos que hable con quien quiera. Por lo menos así averiguaremos qué está ocurriendo.

—Entonces puede iniciar su presentación —estaba diciendo Behn-kihl-nahm.

—Ya les dije que tendría que permitirlo —dijo Leia—. Y ahora, guarden silencio los dos hasta que haya terminado. No quiero perderme nada de todo esto.

Tanto la Red de Noticias Global de Coruscant como la Red de Noticias Principal de la Nueva República, avisadas por los secretarios de los senadores Hodidiji y Peramis, habían estado siguiendo todos los incidentes ocurridos en el Senado desde que Peramis había hecho uso de su derecho a hablar.

Las autoridades del puerto no habían difundido ninguna de las imágenes registradas por los sensores oficiales, pero la Global disponía de una grabación de aficionado del despegue del Aramadia obtenida por un enviado beloviano que había ido a despedir a unos familiares a la terminal de Puerto del Este.

Que existiera una grabación de esas características era algo casi inevitable, teniendo en cuenta el número de objetivos que habían permanecido dirigidos hacia el navío consular yevethano desde su llegada. Pero que los primeros momentos de la grabación incluyeran un borroso vislumbre de cómo uno de los centinelas era derribado por la emisión de las toberas y rodaba por el suelo igual que si fuese un muñeco de trapo era pura casualidad.

La grabación del despegue emitida por la Principal había sido obtenida desde mucho más lejos por un aficionado a todo lo que tuviera relación con el espacio que había instalado una hilera de grabadoras automatizadas en el balcón de su dormitorio, y no incluía ningún detalle tan gráfico. Pero la Principal se las había arreglado para obtener primeros planos de los daños causados por el despegue, con imágenes de los cadáveres tapados por sábanas yaciendo en el suelo a la espera de ser introducidos en los vehículos del servicio de emergencias.

Nil Spaar estudió con gran atención las emisiones de la Global y la Principal mientras aguardaba el desenlace del forcejeo entre las dos alimañas. Tal como había ocurrido desde el comienzo de la misión yevethana, lo que veía en las pantallas era altamente instructivo. Nil Spaar se había visto obligado a aprender a pensar como las alimañas para poder utilizar sus debilidades en beneficio propio, y las redes de noticias le habían proporcionado todas las lecciones y oportunidades que pudiera desear.

Pero aun así, el virrey apenas podía creer que los locos absurdos que había presenciado fuesen reales, y la escena que se estaba desarrollando ante él era una de las más increíbles de todas.

La idea de que a las alimañas se les permitiera hablar en contra de su líder supremo, sin que debieran temer ser aniquiladas al instante por ello y que su sangre fuera utilizada para ahogar a sus hijos; la mera idea de que un cuerpo de ancianos fuera capaz de escuchar a un extraño llegado de fuera, por no hablar ya de que pudiera llegar a creerse los insultos de un extraño... Todo aquello eran nociones que le resultaban muy difíciles de aceptar a un yevethano.

Si Nil Spaar no hubiera visto con sus propios ojos hasta dónde llegaba la debilidad de la mano que gobernaba a las alimañas, nunca habría podido dar crédito a esos informes.

El cuerpo y el espíritu de las alimañas estaban fatalmente contaminados por impurezas de la sangre y el honor. Sus millares de especies estaban tan poco unidas como un puñado de guijarros: seguían estando separadas unas de otras, y su identidad individual impedía que se fundieran en un todo más grande. Las alimañas se hallaban divididas por una larga serie de enfrentamientos y de disputas, y eran egoístamente depredadoras, estúpidamente confiadas, implacablemente faltas de racionalidad y lamentablemente idealistas. Ni una sola de ellas se había ganado su respeto. Y de todas ellas, ninguna le había parecido más despreciable que Tig Peramis, el traidor cuyo rostro llenaba ambas pantallas en aquellos momentos.

—Sí —estaba diciendo Peramis.

«Cuando se enteren de lo que has hecho, te matarán muy despacio —pensó Nil Spaar—, y te lo tendrás bien merecido.»

—Entonces puede iniciar su presentación —dijo Behn-kihl-nahm.

Una lucecita se encendió delante de Nil Spaar, y el virrey desconectó el canal de sonido de las pantallas.

—Sí, senador —dijo—. Estoy aquí.

Hiram Drayson unió con delicada precisión las yemas de sus largos dedos para formar un puente, se recostó en su sillón y mantuvo los ojos clavados en la pantalla mientras el rostro de Tig Peramis era sustituido por el de Nil Spaar.

Drayson había albergado la esperanza —aunque en realidad no contaba con ello— de que podría ver algo del interior del Aramadia, pero los yevethanos no habían cometido

ese pequeño descuido. Fuera cual fuese el sitio desde el que estaba transmitiendo Nil Spaar, el espacio que había detrás de él se hallaba tan vacío y enigmáticamente falto de información como lo habría estado un mamparo. Dada la propensión a llenar cualquier clase de espacio disponible común a todos los diseñadores de naves espaciales, Drayson sospechó que estaban usando una pantalla, que tanto podía ser física como electrónica.

—Antes de empezar, quiero decirles que lamento profundamente las infortunadas bajas que ha causado nuestro repentino despegue de Puerto del Este —dijo el virrey—. Cuando me enteré de que nuestras advertencias habían sido desoídas y supe que el radio de acción de los impulsores del Aramadia no había sido despejado, sentí una inmensa consternación. Nunca hemos tenido intención de hacer daño a nadie, y no hay nada que esté más lejos de nuestra intención. Despegamos de Puerto del Este para evitar una confrontación, no para causarla.

—Bravo, bravo —murmuró Drayson para sí mismo mientras asentía con la cabeza—. Lo estás haciendo muy bien.

—Lamento las bajas producidas —siguió diciendo Nil Spaar—, pero no puedo asumir ninguna responsabilidad por esas muertes. Estuvimos solicitando el permiso para despegar de Coruscant durante más de tres días. Tres miembros de su Senado presenciaron dichos intentos, y pueden atestiguar que la única respuesta que recibimos fue el silencio.

»Advertimos a la torre de control de Puerto del Este y a la presidenta de que si no nos dejaban otra elección, entonces despegaríamos sin haber obtenido el permiso previo. Su única respuesta consistió en rodear nuestra nave con más soldados y sustituir a las dotaciones de superficie por agentes del Servicio de Inteligencia.

«¡Ah! —pensó Drayson—. Muy interesante... Veamos, ¿piensas que se creerán cualquier acusación lanzada contra el Servicio o realmente dispones de una carta oculta, de un poquito de verdad que te ayudará a conseguir que se traguen todo ese montón de mentiras?»

Drayson permitió que sus dedos se entrelazaran y empezó a mecerse lentamente en su sillón mientras esperaba oír la respuesta a su pregunta.

—Oh, por todas las llamas estelares... —jadeó Engh—. ¿Es posible que haya algo de verdad en todo esto? ¿Es posible que realmente se haya producido alguna clase de malentendido, y que no oyéramos cómo pedían permiso para despegar? —Cállese —dijo Leia.

En el Senado apenas quedaban asientos libres. Aquellos que no habían sido ocupados por sus titulares habían sido requisados por los intrusos llenos de curiosidad. Docenas de ayudantes y secretarios se alineaban a lo largo de los pasillos y junto a la pared del fondo, y se apelotonaban en las zonas abiertas situadas junto a las puertas. La imagen de seis metros de altura de Nil Spaar que llenaba las pantallas atraía su atención de una manera mucho más poderosa de lo que estaban acostumbrados a ver ninguno de los ocupantes del estrado o el pozo.

—Acabó resultando obvio que el gobierno de Leia Organa pretendía retenernos aquí en contra de nuestra voluntad —dijo Nil Spaar—. Comprendí que no podíamos esperar ni un segundo más. Corríamos el riesgo de perder no sólo el derecho a la libertad de navegación que se nos había prometido, sino también la capacidad de ejercitarlo. El Aramadia es un navío consular, y no cuenta con el equipo necesario para repeler una agresión armada.

»Estoy seguro de que aquellos de ustedes que creen conocer a la princesa Leia Organa tal vez dudarán de que sea capaz de ordenar que unos soldados ataquen a unos diplomáticos. Después de haber pasado tantas horas con ella, yo creía conocerla, y a mí también me costaría mucho creerlo..., si no fuese porque existen otras pruebas de su mala fe.

La imagen de la pantalla parpadeó, y el rostro de Nil Spaar fue sustituido por planos de trozos de metal quemado y retorcido esparcidos sobre las planchas color bronce de una cubierta.

—Están viendo los restos de una nave espía de la Nueva República que violó la hegemonía territorial de la Liga de Duskhan hace cuatro días. La nave se autodestruyó cuando su presencia fue detectada por una patrulla de la zona, pero conseguimos recuperar una parte lo bastante grande de ella para poder identificar su propósito y origen.

En ese momento, quienes estaban oyendo a Nil Spaar en el Senado, en los despachos esparcidos por toda la Ciudad Imperial y en todos los mundos de la Nueva República, vieron cómo manos yevethanas daban la vuelta a un fragmento de gran tamaño para revelar una porción reconocible del sello de la Nueva República: el blasón azul, el anillo de estrellas, y el círculo dorado.

Drayson se inclinó hacia adelante, mantuvo los ojos clavados en la pantalla durante unos instantes y después se incorporó, moviéndose muy despacio.

—Oh, maldita sea... Eso no es ningún navío de espionaje. Eso es un lenguado, o lo había sido. —Dejó caer un dedo sobre su ordenador de comunicaciones—. Verificación.

—Verificado: Drayson, Hiram.

—Llama a Kiles L'toth y codifica la transmisión.

—Llamando a Kiles L'toth. A la espera. Verificando. Conexión establecida.

—Kiles, aquí Drayson. Esa nave que el embajador yevethano está exhibiendo por todas las redes de noticias es una de las tuyas, ¿verdad?

—Nosotros... Eh... Sí, creemos que sí—respondió el director asociado con voz un poco temblorosa—. Podría ser el Astrolabio. Ya hace cuatro horas que debería habernos enviado la información que hubiera recogido en Doornik-1142.

—Cuatro horas... El virrey ha dicho que esto ocurrió hace cuatro días. ¿Cómo es posible que no supieras que habíais perdido a uno de vuestros pájaros?

—Ya sabes que mientras están dentro de un sistema apenas nos comunicamos con ellos. Oye, lo que está diciendo Nil Spaar..., bueno, es mentira. El Astrolabio no estaba llevando a cabo ninguna misión de espionaje. Era un mero trabajo cartográfico de rutina y...

—No te he hecho ninguna pregunta al respecto —dijo Drayson—, pero otros sí las harán. Será mejor que vayas preparando tus respuestas.

El rostro de la princesa Leia palideció cuando las tres bolsas rojas para cadáveres aparecieron en la pantalla durante unos momentos.

—Lamento informar que no hubo supervivientes —estaba diciendo Nil Spaar—. Pudimos recuperar estos tres cuerpos, y estamos dispuestos a llegar a un acuerdo que permita adoptar las medidas necesarias para que sean entregados a la Nueva República.

El rostro del virrey volvió a aparecer en el monitor.

—Pero no podemos negociar ni éste ni ningún otro asunto con la princesa Leia Organa Solo, presidenta de la Nueva República, y en el futuro no mantendremos ninguna clase de negociación con ella. Sus acciones han revelado que todo cuanto nos ha dicho era mentira. Leia Organa Solo afirma negociar guiándose por la buena fe mientras que envía espías a nuestros mundos. Afirma respetar nuestra independencia, y sin embargo envía una flota de la Nueva República a nuestro territorio. Afirma querer un tratado entre iguales, y sin embargo pretende debilitar nuestra posición mediante el espionaje y las amenazas.

»La creo capaz de hacer cualquier cosa, si piensa que con ello conseguirá reforzar su poder. Me he llevado una terrible decepción, porque he descubierto que la princesa Leia no siente ningún respeto por los ideales a los que aspira la Nueva República.

»En este mismo instante, yo, mi séquito y mi tripulación nos hallamos prisioneros dentro del escudo planetario de Coruscant. Estamos siendo vigilados por un crucero de combate de la flota de Coruscant. Lo único que deseamos es volver a nuestro mundo natal..., pero la princesa Leia se interpone en nuestro camino, negándonos esas libertades de las que tanto habla y que tan falsamente afirma defender.

»Pido a los miembros del Senado y a cada uno de los mundos representados en él que utilicen cualquier influencia de la que puedan disponer para persuadir a la princesa de que abandone el curso de acción, tan agresivo como temerariamente innecesario, que ha adoptado. Abran el escudo. Permítannos volver a casa.

El rostro de Nil Spaar desapareció de las pantallas, y el Senado estalló en una erupción de voces enfurecidas y ásperos gritos.

—Apáguenlo —dijo Leia, y se dejó caer en un asiento—. ¡Apáguenlo! —repitió secamente al ver que Engh y Ackbar no se apresuraban a hacer lo que les había pedido.

Engh acabó obedeciendo, y el monitor volvió a recuperar el color y la débil luminosidad de la pared sobre la que estaba instalado. El silencio más absoluto reinó en la sala durante unos momentos.

Ackbar se volvió hacia el ventanal, no queriendo ver la expresión de dolor y confusión que ensombrecía el rostro de su amiga.

—Esto es una catástrofe —se limitó a decir.

—Es como si Nil Spaar no hubiera entendido absolutamente nada de cuanto he llegado a decirle —dijo Leia con incredulidad—.

¿Cómo ha podido ocurrir? Hemos hecho que sus peores temores se convirtieran en una horrible realidad. ¿Cómo es posible que todo haya acabado saliendo tan mal?

—Leia... Debemos hacer algo... —dijo Engh, dirigiéndole una mirada suplicante.

Leia asintió, y el gesto pareció costarle un gran esfuerzo.

—Póngase en contacto con el general Baintorf, y haga que abra el escudo. Dígale al Brillante que se aleje de allí lo más deprisa posible. Que se vayan, si eso es lo que desean... Pregúntele a Benny si querrá nombrar a un representante del Senado para que se ocupe de negociar la devolución de los cadáveres.

—Sí, princesa. De inmediato —dijo Engh, y pareció alegrarse enormemente de poder salir de allí.

—Impecable, realmente impecable... —dijo Hiram Drayson.

El almirante estaba inmóvil delante del monitor con los brazos cruzados encima del pecho y contemplaba cómo el senador Peramis y el senador Hodidiji presentaban Solicitudes de Abandono de la Nueva República en nombre de sus respectivos mundos. Tres pequeños planetas más, todos ellos representados en el Senado por sus gobernantes hereditarios, imitaron su ejemplo antes de que Behn-kihl-nahm consiguiera suspender la sesión.

Las redes de noticias concluyeron su transmisión en directo para iniciar los análisis de lo ocurrido, y Drayson pulsó una tecla del monitor para volver a ver la grabación del discurso de Nil Spaar.

—Impecable, realmente impecable —volvió a decir cuando hubo acabado de verlo por segunda vez, confirmando su primera opinión. Había algo más que una sombra de admiración en su voz—. Pero falta una pieza, virrey —añadió, acariciándose la cara con una robusta mano mientras sus penetrantes ojos negros adoptaban una expresión pensativa—. ¿Qué has sacado tú de todo esto? ¿En qué te beneficia el debilitar la posición de Leia y crear toda esa agitación en el Senado? Hay algo que no hemos visto...

Drayson se volvió hacia su escritorio e hizo girar su ordenador hasta dejarlo frente a él.

—Verificación.

—Verificado: Drayson, Hiram.

—Llama a Etahn Ábaht. Codifica la llamada y utiliza el canal de máxima seguridad.

—Llamando a Etahn Ábaht. Cumpliendo instrucciones. A la espera. Verificando...

—Almirante Ackbar...

El corpulento calamariano dio la espalda al ventanal y vio que la princesa estaba inmóvil junto a la puerta.

—¿Qué hacía una nuestras naves tan cerca de Koornacht? ¿Sabía usted algo sobre esto?

—No tengo ninguna respuesta que dar a esas preguntas —dijo Ackbar, sintiéndose visiblemente incómodo.

—Pues entonces intente encontrar algunas —dijo Leia, y giró sobre sus talones.

—¿Adonde va?

Leia le lanzó una rápida mirada por encima del hombro.

—A casa, a pensar en mi dimisión.

—Leia...

—No intente discutir conmigo —le interrumpió Leia—. Ahora no. Tal vez mañana.

El Centro de Operaciones de Combate del transporte de personal Intrépido estaba desierto, con la salvedad de dos generales que llevaban sobre sus hombros una carga muy desagradable. El general Etahn Ábaht cargaba con el peso de saber lo que había hecho, mientras que el general Han Solo cargaba con el peso de saber qué iba a ocurrir.

Ábaht llevaba más de dos horas en contacto con Coruscant, intentando hablar directamente con la princesa Leia. Hasta el momento todos sus intentos, en los que había utilizado hasta la última ruta directa e indirecta que tenía a su disposición, habían fracasado.

Se había puesto en contacto con Operaciones de la Flota, el centro de mensajes administrativos, un Primer Administrador que no paró de pedirle disculpas, un almirante Ackbar desusadamente taciturno, el androide de comunicaciones y protocolo de la presidenta, y las cajas de mensajes de media docena de despachos y los altos cargos que los ocupaban. Pero Leia parecía haberse esfumado de la estructura de mando y comunicaciones de la Ciudad Imperial, y ninguna de las personas con las que había hablado Ábaht parecía sentir muchos deseos de dar con ella.

Finalmente Ackbar había accedido a llevar un mensaje de Ábaht a la residencia presidencial y a pedir a Leia que se pusiera en contacto con él a bordo del Intrépido. Ése fue el momento en el que empezó la espera, que pronto se convirtió en un ejercicio agotadoramente tedioso de contemplación del cronómetro y silencios incómodos. El espacioso Centro de Operaciones de Combate, que podía acoger sin ningún problema a docenas de oficiales y suboficiales cuando estaba ocupado por su dotación, parecía tan claustrofóbico como una celda en el bloque de arresto del Intrépido.

Cuando la luz indicadora del hipercomunicador se encendió por fin y el altavoz graznó una alerta de Línea Roja, los dos hombres se sobresaltaron. Cuando la holopantalla se iluminó para mostrar la imagen de Leia, tomada desde los hombros para arriba, Han quedó atónito y consternado al ver lo pálido que estaba su rostro y lo oscuros y carentes de vida que parecían sus ojos.

—General Ábaht —dijo Leia con una leve inclinación de cabeza.

Su voz sonaba más ronca de lo habitual, y carraspeó para aclararse la garganta después de haber hablado.

—Princesa Leia —dijo Ábaht—. Le agradezco que haya accedido a mi solicitud de que habláramos.

—El almirante Ackbar me ha dado a entender que dispone de cierta información que comunicarme.

—Sí, princesa. —Ábaht se irguió en su asiento—. Soy el responsable de que las sondas astrográficas fueran enviadas a Farlax. Antes de que la Quinta Flota zarpara, solicité una puesta al día inmediata de los datos cartográficos de ese sector, el Cúmulo de

Koornacht incluido. Era plenamente consciente de que con ello violaba sus órdenes. No puedo ofrecerle ninguna excusa, y acepto toda la responsabilidad de mis actos.

El rostro de Leia apenas mostró un destello de reacción.

—Gracias, general. Queda relevado del mando con efectividad inmediata. La próxima persona que se siente en este sillón decidirá qué más hay que hacer. —Sus ojos buscaron a Han—. General Solo...

—Sí, Leia —dijo Han, dando un paso hacia adelante.

—Le pongo al mando en sustitución del general Ábaht. Sus órdenes consisten en hacer que la Quinta Flota regrese a Coruscant lo más pronto posible.

—Eh... Leia...

El dolor que sentía Leia logró abrirse paso durante una fracción de segundo a través de su máscara de impasibilidad.

—Vuelve a casa, Han..., por favor.

La holopantalla se oscureció.

Ábaht dio la espalda al hipercomunicador.

—Lo siento —dijo—. Tendrá que hacer volver a las patrullas antes de invertir la trayectoria de la formación.

—¿Qué? Oh, sí, claro. Y ahora, olvídense de las excusas y dígame por qué lo hizo. Es una orden —añadió, al ver que Ábaht titubeaba.

—Muy bien —dijo Ábaht—. Creía que me habían negado la información de que necesitaba disponer para hacer mi trabajo correctamente, y me refiero a las dos partes de mi trabajo: proteger las fuerzas a mi mando y proteger los intereses de la Nueva República. La princesa Leia tomó una decisión militar por razones políticas, y eso me dejó en una situación insostenible. Intenté salvar el obstáculo que suponían sus objeciones buscando ayuda fuera de la Flota, y acudí al Instituto de Exploración Astrográfica. Ya conoce los resultados.

—Sí, creo que sí. ¿Y usted?

—¿Qué quiere decir?

—Ese lenguado no era ninguna nave espía.

—No.

—Y no se autodestruyó, ¿verdad?

—No.

—Entonces tal vez encontró justo lo que usted quería que encontrara..., lo que teme pueda estar acechando ahí fuera.

—Tal vez —dijo Ábaht—. Pero eso ya no importa. El navío cartográfico no transmitió ningún informe, y no enviarán más naves a esa zona. Sean cuales sean los secretos que están ocultando los yevethanos, seguirán siendo secretos. —Saludó marcialmente—. Solicito permiso para volver a mi camarote, señor.

—Permiso concedido —dijo, con el ceño fruncido, y Ábaht fue hacia la escotilla—. General...

Ábaht se detuvo y se volvió hacia Han.

—¿Con cuántos navíos de exploración cuenta la Quinta Flota?

—Tenemos un escuadrón, con un total de ocho naves. También disponemos de dos escuadrones de naves de reconocimiento robotizadas.

Han movió la mano en un amplio barrido que abarcó toda la hilera de consolas de control vacías.

—¿Tendría la bondad de decirme cuál de estos botones hará venir a su personal táctico?

—¿Qué está diciendo? —replicó Ábaht, mirándole como si no estuviera muy seguro de qué podía significar todo aquello.

—Bueno... Sabemos que ahí afuera hay algo o alguien que quiere crear serios problemas a la Nueva República —dijo Han en un tono bastante seco—. Es así, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—Pues me parece que sería mejor que hiciéramos algo al respecto y que intentáramos cubrirnos las espaldas mientras nos retiramos. ¿Le parece una idea razonable?

—Es usted quien está al mando de la flota, general Solo.

—Cierto —dijo Han—. Y nunca le doy la espalda a un rincón oscuro cuando sé que alguien anda detrás de mí. ¿Qué botón he de pulsar?

Ábaht señaló con un dedo.

—Ése.

14

«Cúmulo de Koornacht» siempre había sido un nombre llegado del exterior: era un nombre de astrónomo, con centenares de años de antigüedad, pero casi tan poco significativo como las letras y números de un catálogo.

Aitro Koornacht había hecho un gran favor relacionado con una mujer y una carroza imperial al Primer Observador de la Corte del Emperador Preedu III, en Tamban. La noche siguiente, el astrónomo detectó un nuevo disco de borrosa claridad en el ocular del más nuevo de sus telescopios. El Primer Observador, lleno de gratitud, había devuelto el favor a su benefactor bautizando el cúmulo estelar recién descubierto con el nombre del comandante del turno de noche de la guardia palaciega.

Pero esa misma agrupación de estrellas tenía otros nombres. Para los fias de Galantes, en cuyos cielos aparecía como un gran óvalo de luz, era conocida como La Multitud. Los wehttams, otros vecinos galácticos, la reverenciaban como el Templo de Dios. Los ka'aas, una especie nómada que era lo bastante vieja para haber presenciado el primer parpadeo de las estrellas más jóvenes del Cúmulo, la recordaban como no'aatpadu'll, el Pequeño Jardín de Infancia.

Los yevethanos se referían a ella con una palabra que significaba Hogar.

Dos mil soles y veinte mil mundos, todos nacidos de la misma gran nube de polvo y gases que todavía llenaba el vacío existente entre ellos. Eran soles jóvenes y mundos inhóspitos, y había muy pocos ojos disponibles para conocer a unos o a otros. Los colores de la vida sólo habían iluminado la superficie de menos de un centenar de planetas, y sólo una de las especies engendradas en el Cúmulo había logrado dar el gran salto desde su suelo natal hasta las estrellas.

Dos mil soles que se hacían compañía unos a otros en el espacio, ardiendo con tanta brillantez en los cielos por encima de N'zoth y sus hijos planetarios que impedían que el ojo pudiera ver las luces más tenues, la mucho más gigantesca galaxia que se extendía más allá de ella. Los yevethanos no se enteraron de que no estaban solos hasta que vieron aparecer a visitantes llegados de más allá del Cúmulo que querían explotar sus riquezas minerales.

La lección resultó difícil de asimilar. Los yevethanos, una especie joven con una ética dura e inflexible, estaban acostumbrados a su lugar como centro del universo. La implacable «otredad» de los extraños supuso un profundo desafío para la concepción de sí mismos que habían llegado a formarse los yevethanos. La respuesta que acabaron dando a ese desafío consistió en una nueva visión basada en la pureza del linaje, lo sagrado del territorio, y el odio.

La ocupación imperial había sido altamente educativa para los yevethanos..., y en más de un aspecto.

Cuando el Imperio llegó a Koornacht, los yevethanos eran sus únicos dueños y señores. Viajando a través del espacio real en sus inmaculadas naves esféricas, los

yevethanos habían ido extendiendo sus dominios desde N'zoth, su mundo de origen, hasta once mundos más.

En toda la historia conocida de la galaxia, ninguna especie había establecido más colonias interestelares sin disponer de la tecnología hiperespacial. Para los yevethanos, las estrellas del brillante cielo nocturno de N'zoth parecían estar suspendidas justo encima de sus cabezas y llamarles con sus insinuantes parpadeos. La voluntad de los yevethanos era lo bastante fuerte para permitirles saltar las distancias que se interponían entre las estrellas.

Después de que el Imperio se retirara de Koornacht, esa voluntad quedó unida a una tecnología que podía saltar a través de las distancias interestelares. Naves inmensamente más veloces hicieron que los otros mundos yevethanos parecieran no estar más lejos de N'zoth que si se hubieran hallado al otro lado del globo, y las unidades de comunicación imperiales podían difundir la voz del virrey por todo el Cúmulo en cuestión de minutos.

N'zoth y sus hijos planetarios quedaron unidos de una manera que nunca había sido posible con anterioridad, y así se inició el Segundo Nacimiento. Los yevethanos visitaron y colonizaron una docena de mundos primarios más en un espasmo de expansión que satisfizo las ambiciones frustradas durante los años de la ocupación.

Pero el gran designio que guiaba a los yevethanos exigía un período de preparación y reflexión más prolongado. Durante ese tiempo, los ingenieros yevethanos trabajaron incansablemente para adaptar los diseños de sus naves de espacio real a las tecnologías imperiales, mientras que los artesanos del metal hacían cuanto podían para terminar y reparar los navíos de guerra capturados.

Reclamar y proteger todo lo que pertenecía a los yevethanos por derecho de nacimiento exigiría eso y mucho más, y obligaría a llevar a cabo un esfuerzo sin precedentes: harían falta no sólo naves y tripulaciones, sino comunidades enteras y, de hecho, toda una generación que estuviera dispuesta a abandonar su mundo natal para sustituirlo por un hogar en el cielo lleno de estrellas.

Y eso también exigiría que alguien se adelantara para ir preparando el camino.

Pues durante el tiempo que el Imperio tuvo el control del Cúmulo de Koornacht en sus manos, permitió que se fundaran algunas colonias de inmigrantes, alentó el desarrollo de otras y, finalmente, creó unas cuantas más para sus propios propósitos. Cuando el Imperio se fue de Koornacht, los yevethanos ya no estaban solos.

La transferencia entre el Aramadia y la mole de ocho kilómetros de longitud del Destructor Estelar Orgullo de Yevetha tuvo lugar en un punto de cita situado en las profundidades del corazón del Cúmulo de Koornacht, muy lejos de cualquier posible mirada indiscreta.

El trasbordador tuvo que hacer tres viajes para completar la transferencia del virrey. Durante el primer viaje transportó a su dorna y sus compañeros de reproducción. El segundo sirvió para transportar a los integrantes de su séquito personal, con su primer secretario Eri Palle entre ellos. El último viaje transportó a la guardia de honor, a Nil Spaar y a Vor Duull, el guardián de información científica del Aramadia. La inclusión de Vor Duull era una manera de recompensar su trabajo durante la misión de Coruscant, que se había visto coronada por el éxito.

Fueron recibidos por Dar Bule, quien había sido el leal lugarteniente de Nil Spaar desde mucho antes del día de la retribución. Después de convertirse en primado del Orgullo de Yevetha, Dar Bille había dirigido el adiestramiento de los otros primados a medida que cada antiguo navío de guerra imperial se iba uniendo al creciente poderío de la Flota Negra.

—Etaias —dijo Dar Bule, añadiendo el saludo de obediencia al honorífico.

Era más de lo que exigía la diferencia existente entre sus respectivas posiciones, y su gesto impulsó a los oficiales de segundo rango a cometer un exceso similar: todos doblaron una rodilla e inclinaron la cabeza.

—Noreti —dijo afablemente Nil Spaar—. Esto era innecesario, pero me complace. Eri, ocúpate de que todo el mundo llegue a sus camarotes sin problemas. Dar, condúceme al puente. ¿Está preparada la flota?

—Por aquí, virrey. La flota está preparada. Pero el Gloria no pudo despegar a tiempo de reunirse con nosotros —dijo Dar Bille, sabiendo que la noticia no sorprendería demasiado a Nil Spaar.

El Gloria era el navío que los imperiales habían conocido con el nombre de EX-F, y su curioso sistema de propulsión, distinto al de cualquier otra nave estelar, les había dado considerables problemas desde el principio.

Mientras seguía a Dar Bille por el pasillo, Nil Spaar permitió que las yemas de sus dedos se deslizaran sobre los cuellos desnudos de los oficiales arrodillados cuando pasaba por delante de ellos. El roce simbolizaba su aceptación del ofrecimiento de sus vidas que le estaban haciendo, y les dejaba en libertad de incorporarse.

—¿Y los demás? —preguntó.

—Después de la última prueba de combate, llegué a la conclusión de que la tripulación del Bendiciones no estaba adecuadamente preparada. Pero eso no nos creará ninguna dificultad adicional en esta misión.

—Supongo que el primado se ganó la recompensa esperada por su fracaso.

—La obtuvo de mi propia mano, al igual que su lugarteniente.

—Excelente —dijo Nil Spaar—. Quienes ocupan los puestos inferiores nunca deben llegar a pensar que el cuchillo sólo cortará la garganta de la autoridad.

—Al nuevo primado del Bendiciones le aguarda otra prueba de combate cuando regresemos. Quizá os gustaría presenciarla.

—Quizá —dijo Nil Spaar mientras llegaban al puente—. Por el momento, ya tengo la cabeza lo bastante llena con todo lo que hemos de hacer..., y con muchos recuerdos. Me parece que hoy deberías ser el primado de mi nave. ¿Te acuerdas de la Belleza, y del día en que descubrimos el primer nido de las alimañas?

La Belleza, una antigua corbeta de combate imperial, había transportado a Nil Spaar hasta los límites del Cúmulo y más allá de ellos. Aquella prolongada misión de exploración le había abierto los ojos, permitiéndole comprender las verdaderas dimensiones del desafío al que se enfrentaban y dando un propósito a todo cuanto Nil Spaar había hecho desde entonces. Nil Spaar había podido medir la grandeza del Todo y comprender su significado. También había evaluado a sus enemigos y comprendido la amenaza que representaban, y después había vuelto a N'zoth para convertirse en virrey.

—Por supuesto, etaias —respondió Dar Bule—. Y aquí estamos de nuevo, juntos en el puente de una nave magnífica. Pronto volveremos a poder contemplar desde las alturas los nidos de las alimañas sin ser detectados..., pero esta vez no tardarán en saber que estamos ahí. —Su mirada fue más allá de Nil Spaar y se posó en el guardián de información—. Lifath... ¿Qué noticias tienes sobre la Quinta Flota de la Nueva República?

—Primado, nuestra sombra informa de que la flota ha desaparecido de Hatawa. Nuestros contactos en Coruscant nos han dicho que ha recibido órdenes de volver allí.

Nil Spaar inclinó la cabeza y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces todo se hará como es debido —murmuró—. El curso de los acontecimientos ha acabado dándome la razón.

Dar Bule volvió un rostro lleno de orgullo y alegría hacia Nil Spaar.

—A vuestras órdenes, virrey.

—Deseo dirigirme a todas nuestras naves.

Dar Bule, volviéndose rápidamente hacia el guardián de comunicaciones, hizo que se llevaran a cabo las conexiones necesarias y anunció la presencia del virrey a las

tripulaciones de los veinticinco navíos de guerra que habían permanecido escondidos en parejas y tríos por todo el Cúmulo.

—Recordad que somos los benditos, nacidos de la luz del Todo —les dijo Nil Spaar—. Toda la belleza nos pertenece. Todo aquello que vemos en nuestros cielos fue creado para nuestros hijos. No fue creado para las criaturas que llegan arrastrándose desde la oscuridad que se extiende más allá de sus confines. Su mera presencia ensucia la luz y profana la belleza del Todo.

»Hoy las eliminaremos, de la misma manera en que el encargado de un granero debe eliminar a las alimañas para mantener la pureza de las cosechas. Y cuando vuestros pies vuelvan a pisar el suelo de N'zoth y alcéis la mirada hacia el cielo, sabréis que por encima de vosotros sólo hay hijos de N'zoth.

Después Nil Spaar se apartó del hipercomunicador y volvió la vista hacia Dar Bule.

—Puedes dar la orden —dijo generosamente.

Las crestas de Dar Bule se hincharon de puro orgullo y gratitud.

—A todos los navíos de la Flota Negra: os habla el primado del navío insignia Orgullo de Yevetha —dijo con voz fuerte y límpida—. Obedeciendo las palabras del virrey, os ordeno que iniciéis vuestros ataques. Que cada uno de nosotros pueda honrar el nombre de Yevetha en este día.

Con una expresión aprobadora en su rostro no muy limpio y lleno de profundas arrugas, Negus Nigekus cerró la escotilla de inspección y volvió a correr el pasador. Los cobertizos de almacenamiento del mineral estaban llenos en más de dos terceras partes de su capacidad, y todavía faltaba un mes para que el carguero independiente volviera a Nueva Brigia. Quizá esta vez el beneficio neto que les quedara después de haber pagado el coste de sus suministros por fin bastaría para acabar de liquidar la deuda de su viaje.

Nigekus jamás hubiese podido imaginar que, después de dieciocho años de trabajar en las excavaciones de cromita de las colinas que se alzaban sobre la aldea, la pequeña colonia aún estaría en deuda con el capitán del carguero que la había traído hasta allí. Al principio la tierra había sido generosa. Y con el Cúmulo bajo la protección del Imperio y su solicitud de reclamación de Nueva Brigia aceptada por Coruscant, había compradores más que suficientes para que el metal blanco azulado alcanzara buenos precios en el mercado. La guerra —mientras se mantuviera lo suficientemente lejos de allí— era muy beneficiosa para los negocios.

Durante los primeros cuatro años, no hubo ni un solo trimestre en el que la comunidad no consiguiera reducir un poco su deuda. Incluso con los costes extra que fueron surgiendo cuando las familias abandonaron las moradas comunales para vivir en pequeñas casitas; incluso teniendo que alimentar nuevas bocas que eran demasiado jóvenes para poder contribuir al esfuerzo común, con las madres teniendo que aportar su cuota de trabajo en el jardín de infancia en vez de en las minas; incluso aquel verano en el que las cosechas se marchitaron y aquel Winter en el que la cúpula procesadora se incendió, siempre pudieron ofrecer algo con lo que satisfacer sus obligaciones.

Pero llegó un momento en el que la tierra se secó y dejó de dar frutos y, poco después, el Imperio se marchó. Los caminos espaciales que iban de Koornacht a Galantos y Wehttam ya no eran seguros, y los mejores compradores de la colonia fueron bajando sus ofertas o dejaron de pujar por completo, indicando el riesgo que suponía la piratería.

Con el tiempo, sólo el capitán Stanz y el Pájaro Libre siguieron viniendo a la colonia, y su precio era el más bajo de todos: de hecho, suponía un insulto al sudor y los esfuerzos de los doscientos mineros que cada mañana salían de la aldea para ir a las excavaciones y volvían cada anochecer inclinados por el peso invisible de su denodado trabajo. Pero Stanz era un verdadero pirata, de corazón ya que no de hecho, y le daba igual lo que pudiera ser de ellos.

—Recoger rocas del suelo es un trabajo de androides —dijo—. No podéis esperar un salario que os permita vivir a cambio de hacer un trabajo de androides. Incluso a estos precios, apenas me sale a cuenta tomarme la molestia de venir aquí.

Nigekus dudaba de que eso fuera verdad, pero el discutir no habría servido de nada. No tuvo más elección que permanecer inmóvil y escuchar cómo Stanz mascullaba y maldecía mientras evaluaba el cargamento y calculaba la cuantía del beneficio neto, usando los precios dictados por los caprichos del viejo bothano. Y el beneficio neto ya llevaba años rondando las cifras del interés de un trimestre, a veces un poquito más, con más frecuencia un poquito menos, y lo que faltaba para poder pagar el interés iba siendo añadido a su deuda.

Si la comunidad hubiera dispuesto de su propio transporte, aunque sólo fuese un viejo carguero corelliano o una maltrecha barcaza espacial..., pero eso era un sueño que estaba más allá de los límites de la razón.

Aun así, la tierra había vuelto a mostrarse bondadosa de repente, con dos nuevas excavaciones produciendo un mineral muy rico que recordó a los ancianos que aún seguían con vida la promesa que los había atraído hasta allí desde Brigia. Aunque aquel cargamento no fuese valorado por encima del precio que Stanz había pagado en su última visita, el beneficio neto debería cubrir no sólo el interés sino también lo que quedaba de su deuda.

Para garantizar que así fuera, Nigekus había decidido que esta vez retendría un tercio del mineral hasta que Stanz hubiera fijado el precio. La táctica no carecía de riesgos, pues de lo contrario podría haber sido probada hacía ya mucho tiempo. Si el bothano se ofendía, la comunidad perdería su única fuente de suministros..., y quien hubiera ofendido al bothano muy bien podía perder la vida.

Pero Nigekus estaba decidido a ver cómo Nueva Brigia quedaba libre del yugo del capitán Stanz antes de que la tos del polvo, que ya había empezado a torturarlo por las noches, lo convirtiese en un cadáver que sólo podría servir para abonar la tierra de los jardines. Si Stanz se enfurecía al ver descubiertas sus mentiras, Nigekus perdería muy poco por ello.

—Sólo me ahorrará las últimas semanas de la muerte que llega con los accesos de tos —les había dicho a los otros ancianos para conseguir su aprobación—. Y entonces podréis matarle sin tener que avergonzaros por ello, y podréis reclamar su nave como pago de honor para mi familia.

Negus Nigekus cruzó la explanada, moviéndose despacio pero con paso decidido y lleno de orgullo, y fue hacia la cúpula procesadora, con su delgado cuerpo reconfortado por la convicción de que las cosas no tardarían en cambiar.

Admitir que ya no podía subir la larga cuesta que llevaba hasta las excavaciones y que era incapaz de hacer algo más que ocupar un espacio en el pozo le había resultado muy difícil. Los mil pequeños dolores con que aquel trabajo tan duro castigaba al cuerpo eran mucho más fáciles de soportar que el profundo dolor de sentirse inútil, de verse obligado a quedarse con los niños teniendo la sensación de que se había convertido en uno de ellos, una boca que no podía ganarse lo que le ponían en el plato. Nigekus daba gracias a los cielos por haber encontrado una forma de escapar a aquella sensación.

Antes de que Nigekus llegara a la cúpula, una sombra se deslizó velozmente sobre la explanada. Pero cuando alzó la mirada hacia el cielo, no había nada que ver. El estridente zumbido y el retumbar de la maquinaria habían impedido oír el sonido de las lanzaderas que se estaban aproximando hasta que ya faltaba muy poco para que completaran su descenso, y las pistas se encontraban al otro lado de la gran curva del río, donde quedaban protegidas de cualquier posible observador. Meneando la cabeza, Nigekus entró en la cúpula, ignorante de la amenaza que ya estaba avanzando hacia la aldea por el valle.

Cuando salió de la cúpula tan sólo unos minutos después, habiendo completado su inspección, todo había cambiado. Una larga hilera de criaturas altas y esbeltas que llevaban armaduras corporales verdes y marrones estaba avanzando a través de la aldea, y sus armas iban convirtiendo las casas en ruinas calcinadas. El alarido de un niño logró abrirse paso a través del estruendo de la maquinaria que se alzaba detrás de él, y después se interrumpió con ominosa brusquedad.

Nigekus fue ignorado o pasó desapercibido el tiempo suficiente para que pudiera dar media docena de pasos titubeantes por la explanada; el tiempo suficiente para que pudiera comprender, horrorizado, que algunos de los bultos ennegrecidos que yacían esparcidos sobre el suelo eran cadáveres abrasados; el tiempo suficiente para que pudiera sentir una abrumadora oleada de indignación al darse cuenta de que ni siquiera sabía a qué especie pertenecían los invasores...

Y entonces recuperó la voz que había perdido y pregonó su rabia con un grito enronquecido, y alzó los dos puños y empezó a atravesar la explanada para ir hacia el más cercano de los soldados. Un arma de cañón plateado se volvió hacia él y Nigekus se hundió en el abismo de la agonía, con su último aliento lleno de fuego.

Dos de los mineros del Pozo 4 habían visto las naves, y eso hizo que aquella cuadrilla fuese la primera en volver a la aldea. La nube de humo negro que se alzaba sobre los riscos hizo que las otras cuadrillas abandonaran su trabajo y echaran a correr por aquellos senderos que habían recorrido tantas veces en el pasado. Algunos se habían echado al hombro sus herramientas para emplearlas como armas, pero la mayoría iban armados únicamente con el temor a lo que pudiera ser de sus familias. Nunca habían tenido enemigos en Nueva Brigia, y las armas de energía eran un lujo que la colonia no podía permitirse.

Las tropas yevethanas, protegidas del humo y de la pestilencia de las alimañas por máscaras, aguardaron pacientemente en la aldea el regreso de los mineros. No hubo ninguna necesidad de hacer nada más. Tal como había pronosticado Nil Spaar, la visión de la aldea devastada bastó para que los mineros iniciaran una temeraria carga.

Fue una carnicería totalmente metódica. Los soldados retrocedieron para formar un círculo en la explanada, permitieron que los mineros llegaran al suelo del valle y acabaron con ellos.

Las últimas muertes fueron suicidios en todo salvo en el nombre. Con el espectáculo de la carnicería y la futilidad desplegándose ante ellos, los brigianos que todavía no habían muerto dejaron caer sus míseras armas, abandonaron sus refugios y bajaron lentamente por las pendientes que llevaban hasta la aldea, ofreciéndose como blancos porque no querían seguir con vida para recordar.

Cuando todo hubo terminado y la brisa que soplaba a través del valle hubo disipado la humareda, dejando únicamente algunos zarcillos de vapores negros, sólo las tropas yevethanas, los cobertizos del mineral y la cúpula procesadora quedaban en pie.

Que aquellos edificios hubieran sobrevivido no era ningún accidente. Mientras las tropas iniciaban un rápido descenso río abajo para volver a sus lanzaderas, un rechoncho transporte de carga descendió sobre la explanada. Una hora bastó para que su vientre vacío engullera sin ninguna dificultad el contenido de los depósitos de mineral y la maquinaria de la cúpula procesadora.

En cuanto el transporte de carga estuvo lo suficientemente lejos del objetivo para no correr ningún peligro, el crucero Sueño Estelar completó su esterilización del valle con una prolongada salva de sus baterías de gran calibre.

Los cuerpos se convirtieron en vapor y desaparecieron, y el calor eliminó la sangre de las rocas. El suelo se convirtió en cristal negro, y el río estalló en una enorme erupción de vapores. Cuando el crucero dejó de disparar, lo único que quedaba de las alimañas eran

los agujeros que habían abierto en el suelo con sus manos y los rastros de pisadas que habían dejado en las colinas.

El Sueño Estelar volvió a N'zoth triunfante después de haber obtenido su gloriosa victoria, transportando el precio de un viaje espacial en cromita dentro de su compartimiento de carga.

En una ciudad jardín de J'tp'tan, un mundo cuidado y protegido por manos llenas de paciencia, una mujer despertó de un sueño que se había convertido en pesadilla. Una estrella fugaz se transformó en una nave espacial, la nave espacial se transformó en un navío de combate, y el navío de combate se transformó en un manantial de muerte que derramaba un diluvio de destrucción sobre el rostro del mundo. En el sueño, o la pesadilla, la Corriente se agitaba locamente con las frenéticas convulsiones de las almas asesinadas, y se oscurecía con la mancha de la sangre.

—Despierta a todo el mundo lo más deprisa posible —dijo Wialu, sacudiendo a su hija—. Vamos, vamos... Algo horrible acaba de empezar.

Nueva Brigia era la más pequeña de las trece comunidades alienígenas que fueron visitadas por las naves de la Flota Negra durante la primera hora de la Gran Purga.

La más grande era Polneye, y fue la única que opuso resistencia.

Polneye, que orbitaba una estrella situada en el lado del Cúmulo más alejado de Coruscant, era un mundo huérfano del Imperio. Había sido creado para servir como puerto militar secreto de recepción y manipulación de provisiones para el Sector de Farlax. Envuelto en capas de nubes que flotaban a gran altura sobre la superficie y cuyas lluvias rara vez llegaban al suelo, el árido planeta no tardó en acoger un enorme complejo formado por un arsenal al aire libre y un depósito de suministros.

Las zonas de descenso y almacenamiento de mercancías formadas por un cubo central y grandes radios se fueron extendiendo rápidamente a través de las polvorientas llanuras marrones, que se llenaron de una incesante actividad. Con el paso del tiempo, incluso los navíos de mayores dimensiones capaces de posarse en una superficie planetaria pudieron ser acogidos por aquellas instalaciones en las que pequeños ejércitos de androides descargaban, organizaban y transferían los cargamentos.

A medida que el tráfico que pasaba por Polneye iba creciendo, también lo hizo la población. Al principio Polneye fue un núcleo puramente militar ocupado por el personal imperial al que el Mando de Suministros iba sometiendo al proceso de rotación normal de los relevos. El planeta había sido elegido para satisfacer ciertos criterios estratégicos, y no por su mayor o menor habitabilidad. Pero con el paso del tiempo, y a medida que se iban creando más y más trabajos para civiles, el centro de cada zona de descenso fue creciendo hasta convertirse en una pequeña ciudad formada básicamente por residentes semipermanentes.

Cuando los maltrechos restos de la Flota Imperial abandonaron Farlax y se retiraron al Núcleo, el personal militar huyó a bordo de cualquier nave que estuviera disponible en el suelo. Pero la población civil, que por aquel entonces ascendía a casi un cuarto de millón de personas dispersadas en cincuenta pequeñas ciudades e instalaciones industriales, quedó abandonada en ellas para que se las arreglara como pudiese.

Y aunque, de repente, los transportes ya no descendían a través de las nubes con sus toberas rugiendo para posarse sobre Polneye, los androides y cargamentos que habían estado esperando su llegada demostraron ser un tesoro lo suficientemente rico para suavizar la conmoción del abandono. Prácticamente todo lo que un gran ejército y una flota de naves estelares necesitaban para funcionar podía ser encontrado en algún lugar de los contenedores de carga que habían quedado esparcidos sobre las pistas de espera dispersas por toda la superficie de Polneye.

Hubo muy pocos errores, y fue escaso lo que se desperdició o quedó descartado. Polneye contó con la bendición de un liderazgo fuerte desde el primer momento, y los cargamentos se convirtieron en la materia prima para la transformación que hizo pasar el planeta de la condición de cliente a la de pequeño núcleo humano capaz de sostenerse a sí mismo primero y de estado unificado formado por ocho ciudades consolidadas después.

Y, debido a todo ese proceso, cuando los navíos de guerra yevethanos Honor, Libertad y Devoción llegaron allí, se encontraron con un planeta que podía presumir de una robusta población formada por casi trescientos mil seres inteligentes, setenta mil androides..., y seis interceptores TIE en condiciones de volar.

—¡Jefe de armamento! ¡Préstame atención! ¿Por qué no ha empezado todavía el ataque?

El jefe de armamento del Destructor Estelar Devoción se inclinó ante Jip Toorr antes de hablar.

—Primado, hay una inversión de ionización sobre las nubes de este planeta. La combinación de la inversión y las nubes está interfiriendo el funcionamiento de los ordenadores de puntería de todas nuestras naves. No confío en que la precisión de nuestros disparos satisfaga vuestras expectativas.

—El virrey también tiene ciertas expectativas, y ambos debemos asegurar que se conviertan en realidad —dijo Jip Toorr—. ¿Cómo propones que lo consigamos?

—Señor... Tenemos cazas de exploración esperando despegar de sus hangares para confirmar el éxito de nuestro ataque. Solicito que tres de ellos sean lanzados ahora mismo y que desciendan por debajo de las nubes para dirigir el fuego de nuestras baterías.

—¿Y eso proporcionará la precisión necesaria para asegurar el éxito de nuestra misión?

—Sin duda alguna, primado.

—Entonces ordeno que se proceda de esa manera. Jefe de tácticas, lanza tres cazas de exploración. El jefe de armamento se encargará de dirigirlos.

Si el último de los satélites de navegación de los que dependía el sistema de control de tráfico de Polneye no hubiera dejado de funcionar hacía ya casi un año, la llegada de la fuerza de ataque yevethana habría sido detectada en cuanto las naves salieron del hiperespacio.

Pero los componentes de superficie del sistema de control de tráfico seguían funcionando. Las alarmas empezaron a sonar en el mismo instante en que los cazas de exploración yevethanos atravesaron los límites de la zona de ionización, y enviaron a los técnicos a puestos de control y consolas que rara vez tenían que visitar. Muchos otros polneyos salieron corriendo de donde estuvieran para alzar la mirada hacia el cielo y averiguar qué clase de visitantes habían venido a verles.

Aquellos cuyos ojos eran lo suficientemente agudos vieron tres diminutas naves negras que trazaban círculos justo por debajo de las nubes. Una se encontraba sobre la ciudad llamada Nueve Sur, otra segunda encima de Once Norte, y la tercera sobre la ciudad fantasma de Catorce Norte, que aún estaba siendo utilizada como fuente de estructuras y equipo.

Un instante después un diluvio de fuego cayó del cielo. Haces turboláser de una potencia tremenda abrieron agujeros en las nubes y hendieron el aire, y las tres ciudades desaparecieron bajo acres nubes en forma de hongo que contenían enormes masas de polvo dorado y humo negro. El trueno siguió rugiendo sobre las llanuras de Polneye como un fúnebre redoblar de tambores aun después de que el ataque hubiera terminado.

Los que habían salido a lo que había sido una de las grandes pistas de descenso de Diez Sur para ver a los visitantes quedaron divididos entre los que aullaban y los que

estaban paralizados por el estupor. Un hombre cayó de rodillas cerca de Fíat Mallar y empezó a vomitar. Al volver la cabeza para no presenciar aquel horrible espectáculo, Mallar se encontró con que una mujer estaba arañando desesperadamente su mono con tal fuerza que lo que quedaba de sus uñas sangraba profusamente. La visión galvanizó a Mallar, logrando sacarle de su parálisis, y empezó a abrirse paso por entre la confusión para dirigirse hacia el borde este de la pista.

Y entonces un grito se alzó hacia el cielo cuando alguien de la multitud vio que la diminuta nave que había estado trazando círculos sobre Nueve Sur se desplazaba hacia una nueva posición sobre Nueve Norte. La multitud se dispersó y echó a correr en cuestión de momentos, algunos en busca del precario pero aun así reconfortante cobijo de los edificios de la terminal, algunos hacia los espacios abiertos que se extendían más allá de la ciudad, alejándose de ella todo lo que pudieran permitirles sus piernas. Mallar se debatió hasta que hubo podido salir de la repentina estampida, y después giró sobre sus talones y también echó a correr.

Doce estudiantes de su clase de segundo de ingeniería habían sido recompensados con el privilegio de aprender a efectuar los trabajos de mantenimiento y pilotar el interceptor TIE atracado en el hangar y garaje de equipo del Instituto Técnico IOS. El hangar se encontraba hacia la mitad del círculo de la terminal en relación al lugar en el que Mallar había permanecido inmóvil con la multitud, y aunque corrió tan deprisa como pudo, no esperaba ser el primero de los doce en llegar allí.

Pero lo fue. Las puertas del hangar estaban abiertas de par en par, y varios miembros del equipo de aprendices se apresuraban a quitar de enmedio a los androides y vehículos que obstruían la entrada, pero la cabina del interceptor aún no había sido ocupada.

Mallar no titubeó. Cogió un casco y un respirador de los armarios del equipo, subió por la escalerilla del lado derecho del interceptor y desconectó el seguro de apertura de la carlinga.

—¡Tú! —gritó, señalando al estudiante más cercano con un dedo—. ¡Necesito un androide suministrador de energía aquí, y lo necesito ahora mismo!

Cuando Mallar acabó de instalarse en la cabina y hubo iniciado la secuencia de activación de los sistemas, ya habían llegado otros dos aspirantes a pilotos. Moviéndose con una gélida y decidida eficiencia que no tenía nada que envidiar a la de la tripulación de una nave militar, los dos estudiantes ayudaron a colocar la masa de color gris metálico del androide suministrador de energía en la posición correcta junto al caza.

Mallar puso al máximo los capacitadores de los dos motores iónicos gemelos apenas la conexión de energía hubo entrado en la portilla de arranque con un suave chasquido, y después redujo la entrada de energía hasta el punto muerto. Completar el resto de comprobaciones de los sistemas no le habría servido de nada. No había tiempo para hacer reparaciones, y la perspectiva de estrellarse no era más temible que la de enfrentarse al siguiente ataque llegado desde más allá de las nubes.

—¡Todo listo! —gritó Mallar por el micrófono—. Desconectad el androide y despejad el hangar: voy a salir de aquí usando los motores.

En circunstancias normales el TIE se hubiese deslizado lentamente sobre sus patines de descenso, siendo remolcado por un androide de carga que lo habría sacado del hangar y lo habría llevado hasta la pista de descenso. Pero eso habría consumido un tiempo precioso, y Mallar ya temía haber llegado demasiado tarde. En cuanto el último estudiante hubo salido corriendo por la puerta del hangar, Mallar empujó la palanca de control.

El interceptor salió disparado hacia adelante mientras la emisión de las toberas levantaba del suelo un diluvio de restos y objetos no asegurados y lo derramaba sobre los paneles solares endurecidos para el combate del caza. Adquiriendo velocidad rápidamente, la nave empezó a elevarse en el mismo instante en que cruzaba la puerta del hangar, y el borde superior del panel izquierdo rozó el marco de duracero con un

chirrido que hizo estremecer a cuantos estaban lo bastante cerca para oírlo, Mallar incluido.

Después, con un bamboleo y una sacudida, la nave salió del hangar para emerger a la intensa y difusa luz de un mediodía de Polneye. Mallar dirigió las protuberancias gemelas del cañón montado en el ala hacia el cielo, y obligó al interceptor a iniciar una vertiginosa ascensión a plena potencia.

Las diminutas naves negras continuaban describiendo círculos en las alturas como si fueran aves de carroña. Mallar conectó su sistema de seguimiento de blancos y se alegró al ver que tres de los otros interceptores TIE con que contaba la colonia habían despegado. Seleccionó el blanco más cercano y fue hacia él, y después Mallar hizo algo que ningún instructor había autorizado jamás: abrió las cuatro entradas de energía del cañón láser Seinar.

El sistema de puntería usó un insistente pitido para informar a Mallar de que había identificado el blanco primario como un TIE/cr, un caza de reconocimiento. Pero, y eso sorprendió bastante a Mallar, no había ningún sistema de bloqueo interno que le impidiera disparar sobre lo que el interceptor consideraba era un blanco amigo. El ordenador de ataque centró sus miras en el blanco unos instantes después de que éste hubiera sido identificado.

BLANCO AL ALCANCE, dijo la pantalla de la cabina mientras los indicadores pasaban del rojo al verde.

Mallar presionó los dos gatillos, y la nave se estremeció a su alrededor mientras el cañón cuádruple dejaba oír su voz.

Nadie quedó más sorprendido que el mismo Mallar cuando el blanco siguió inmóvil en sus miras durante un momento para estallar en una bola de llamas blancoamarillentas una fracción de segundo después. Ya fuese debido a la velocidad superior del interceptor, a la nada sofisticada maniobra de ascenso a plena potencia desde la superficie que había empleado Mallar, o a la pura y simple sorpresa, lo cierto era que el TIE/cr nunca había llegado a responder a la presencia de la nave que se le aproximaba.

Mientras dejaba atrás los restos que empezaban a caer hacia la superficie, Mallar oyó voces exultantes por el comunicador de combate del interceptor. Pero no sintió ni alegría ni alivio. Estaba temblando y se hallaba cubierto de sudor pegajoso, y la inercia temeraria se había disipado y la horrible realidad estaba empezando a ser asimilada por fin.

El interceptor entró en las nubes, y un instante después Mallar quedó repentinamente cegado por la oleada de luz que atravesó sus visores. El interceptor fue bruscamente empujado hacia un lado como por una gran mano invisible, y se estremeció violentamente al chocar con la onda expansiva. Durante un momento interminable Mallar estuvo seguro de que le habían dado y de que estaba a punto de morir.

Pero el momento se fue prolongando, y Mallar no murió. Los destellos residuales del fogonazo empezaron a desaparecer de sus ojos y su nave, que seguía ascendiendo, emergió intacta al vacío que se extendía entre las nubes y las estrellas.

El sistema de localización de blancos entró en acción un instante después y volvió a dirigirle sus insistentes pitidos, y Mallar entrecerró los ojos, primero para leer el mensaje de la pantalla y después para mirar por el visor. Lo que acabó viendo muy cerca de él le dejó tan aterrado que faltó muy poco para que perdiera el control de sí mismo. Flotando en una órbita de gran altura por encima de él había la nave más gigantesca que Mallar había visto en toda su vida, una inmensa silueta triangular erizada de portillas artilleras que estaba lanzando al espacio cazas por los hangares de sus dos flancos.

—Identifica el blanco.

OBJETIVO PRIMARIO: DESTRUCTOR ESTELAR DE LA CLASE VICTORIA, le informó el ordenador.

Y Mallar seguía subiendo hacia él.

OBJETIVOS SECUNDARIOS:

—No quiero saberlo —dijo Mallar, sintiéndose cada vez más nervioso.

Hizo virar el interceptor y se alejó de la nave estelar siguiendo un vector angular de gran apertura a la máxima velocidad posible, buscando el cobijo de las nubes.

El jefe de armamento del Devoción estaba encogido sobre la pasarela del puente. El primado de la nave, cuyo golpe asestado con el dorso de la mano había derribado al jefe de armamento hacía unos instantes, se alzaba sobre él.

—¡Tu incompetencia ha sacrificado la vida de un piloto yevethano! —aulló el primado—. ¿Cómo compensarás a su familia por ese deshonor?

—¡Señor! No se me dijo que esta plaga era capaz de ofrecer resistencia...

—El caza de exploración obedecía tus instrucciones. No le diste permiso para iniciar la persecución o emprender una acción evasiva cuando el caza de las alimañas apareció. Ése es el crimen que has cometido.

—Nos estábamos preparando para abrir fuego...

—Quedas relevado de tu cargo, y te prometo que habrá un precio de sangre que pagar. Sal de aquí, y preséntate en el recinto de arresto. —El primado se volvió hacia el jefe de tácticas—. Lanza tus cazas. Quiero que los cielos de Polneye queden limpios de alimañas.

La batalla de Polneye no duró mucho tiempo. Uno de los tres interceptores que habían seguido a Mallar cuando despegó estaba pilotado por un estudiante de primer curso que nunca había volado. Que lograra despegar sin perder el control de la nave decía mucho en favor de la sencillez del diseño de la cabina imperial. Pero el objetivo del estudiante se confundió con las nubes mientras él todavía estaba pidiendo que le explicaran qué debía hacer para poder desactivar los seguros del cañón láser. Poco después, un escuadrón de cazas yevethanos siguió la señal de su comunicador y cayó sobre él desde las nubes. El vuelo del estudiante terminó con un veloz giro envuelto en llamas y una explosión en las llanuras al este de Doce Norte.

El interceptor lanzado desde Once Sur estaba pilotado por el instructor de ingeniería. Al igual que Mallar, el instructor ascendió a través de la capa de nubes hasta llegar al comienzo del espacio y se encontró con el crucero Libertad en órbita por encima de él. A diferencia de Mallar, el instructor no logró escapar después de su descubrimiento. Una batería turboláser anticazas del crucero siguió la trayectoria del interceptor y lo convirtió en un millar de fragmentos, que volvieron a la superficie bajo la forma de una lluvia de metal.

El interceptor de Nueve Norte estaba pilotado por un veterano piloto de combate, pero a duras penas si consiguió escapar de la destrucción de la ciudad, y uno de los motores del caza quedó dañado por el impacto de un trozo de metal. El motor falló del todo después de que el interceptor hubiera empezado a librar un encarnizado combate con tres cazas yevethanos, y el piloto y su nave desaparecieron en una cegadora bola de llamas.

El cuarto interceptor fue destruido en el suelo por el fuego de una escuadrilla de cazas TIE mientras una desesperada tripulación de voluntarios intentaba prepararlo para el despegue.

El quinto se perdió en los primeros momentos del ataque, cuando Once Norte se encontró sometida al salvaje cañoneo del Libertad.

El éxito obtenido por Plat Mallar contra el TIE/cr fue la única victoria de la jornada, y nadie era más consciente de lo poco que significaba que el mismo Mallar. Porque temía morir, Mallar huyó hacia el otro lado del planeta y se escondió en las nubes, ocultándose debajo del escudo de ionización que el Imperio había creado para Polneye. Porque no se atrevía a enfrentarse con esa voz interior que le acusaba de no haber muerto, Mallar permaneció escondido allí y fue trazando círculos en el cielo.

Pero antes de que transcurriera mucho tiempo, esos dos temores palidecieron ante la todavía más temible idea de que nadie llegaría a saber jamás qué había sido de sus

padres, amantes y amigos. Después de haber repasado las imágenes registradas por su grabadora de combate, Mallar comprendió que necesitaba más pruebas, y volvió por donde había venido.

Cuando estuvo cerca de las ciudades de Polneye, Mallar situó el interceptor sobre las nubes el tiempo suficiente para grabar imágenes de las tres naves incursoras, que se habían reunido en una órbita conjunta. Suponiendo que su pequeño caza llegara a aparecer en sus pantallas defensivas, lo hizo únicamente bajo la forma de un puntito diminuto perdido entre la estática causada por la inversión.

Después descendió por debajo de las nubes y descubrió que el cielo estaba libre de cazas. El objetivo de su holocámara se deslizó sobre las ruinas de siete ciudades y registró siete delgadas columnas de humo esparcidas por las llanuras..., pero sólo siete, porque Diez Sur seguía en pie, y un transporte gigantesco se había posado junto a ella.

La visión del transporte hizo que Mallar se atreviera a permitirse sentir una tenue esperanza, algo que le había resultado totalmente imposible desde el momento en que Nueve Sur había desaparecido bajo los haces desintegradores. Había una posibilidad de que se hiciera algo más que mera justicia: había una posibilidad de que pudiera obtener ayuda a tiempo de que fuese de alguna utilidad. Mallar volvió a escurrirse por entre los velos, pidió el máximo esfuerzo posible tanto a su interceptor como a su capacidad de controlarlo y se alejó a toda velocidad hacia el horizonte que parecía huir ante él.

Media hora después, al otro lado de Polneye, un diminuto caza de un solo asiento con un joven estudiante lleno de decisión sentado delante de sus controles surgió de las nubes y se lanzó hacia las estrellas.

El virrey Nil Spaar supervisó personalmente el exterminio de la colonia de Kubaz desde su navío insignia, el Orgullo de Yevetha, y mientras contemplaba las operaciones pensó que se trataba de una variedad de alimañas particularmente repulsivas, con rostros tan horrendamente mutados que extrajo un activo placer de su destrucción.

Después, mientras el Orgullo proseguía su conquista de la granja-factoría imperial de Pirol-5, el virrey se retiró a sus aposentos para recibir la atención de su dama y los informes de los otros elementos de la flota.

Todas las noticias eran uniformemente buenas. En Polneye se había producido un infortunado accidente que había dado como resultado la muerte de un piloto y el suicidio del jefe de armamento, pero eso no tenía ninguna importancia. Allí donde apareciesen las naves de los yevethanos, las alimañas eran barridas rápidamente de los mundos que habían contaminado.

Tranquila, implacable, eficientemente, la Flota Negra fue desplegando un telón de muerte a través del Cúmulo. Las instalaciones y núcleos urbanos de las alimañas fueron cayendo uno detrás de otro debajo de él en Kubaz, Polneye, Morath, Corasgh, H'kig... Los objetivos incluían colonias y especies cuyos nombres e historias eran desconocidos para quienes habían tramado su erradicación.

Los dos mundos que iban a ser reclamados por los yevethanos fueron sometidos a una esterilización completa. Los colonos que debían poblar aquellos planetas ya iban hacia allí desde Los Doce a bordo de las nuevas naves de impulsión iónica, que eran más veloces que la misma luz. Otros no tardarían en seguirles.

Era la realización de un gran destino. Al final de un largo día de gloria, el Todo volvía a pertenecer única y exclusivamente a Yevetha.

Cuando el último informe hubo llegado a sus manos, Nil Spaar llamó a sus compañeros de carnada y a su dama para que se reunieran con él en una gran celebración.

Después, el virrey durmió profundamente y disfrutó de un delicioso y prolongado sueño.

Leia Organa Solo, impaciente y esperanzada, aguardaba detrás de la puerta a que la lanzadera de la Flota descendiera en la terminal 18 de Puerto del Este. En cuanto los

motores de la lanzadera dejaron de funcionar, Leia hizo caso omiso del supervisor de la puerta y sus nerviosas advertencias de que tuviera cuidado y salió corriendo a la pista. Cuando la escotilla se abrió con un siseo y la escalera de descenso surgió del casco y se desplegó, Leia ya estaba esperando al final del tramo de escalones.

Han fue el primero en aparecer en el peldaño superior, con su sonrisa torcida en los labios y la bolsa de viaje al hombro. Bajó por la escalera en tres largas zancadas, arrojó la bolsa de viaje al suelo y envolvió a Leia en un abrazo tan reconfortante y lleno de amor que casi consiguió empezar a disipar el frío helado que había ido impregnando su espíritu después de la inesperada catástrofe que había puesto fin a sus negociaciones con los yevethanos y la humillación que le habían infligido Peramis y Nil Spaar. Leia pegó el rostro al pecho de Han para ocultar sus lágrimas.

—Todo irá bien —murmuró Han, con los labios pegados a sus cabellos—. Si yo te hablara de algunos de mis días realmente malos...

Leia no pudo reprimir la risa, y estrechó apasionadamente a su esposo entre sus brazos.

—Vamos a casa.

—No se me ocurre ninguna buena razón para no hacerlo —dijo Han, inclinándose para coger su bolsa de viaje del suelo—. Y..., bueno, cariño, procura que no se te suba a la cabeza, pero la verdad es que te he echado de menos.

A veintitrés horas de viaje de Polneye, Plat Mallar conectó el grabador de la cabina de su interceptor TIE. Su rostro estaba muy pálido y se hallaba cubierto por una reluciente capa de transpiración. Sólo le quedaba un hilo de voz, y sus ojos giraron de un lado a otro mientras intentaba eliminar la niebla que había invadido su campo visual.

El interceptor, que carecía de hiperimpulsores, nunca había sido concebido para la clase de viaje que Mallar había intentado llevar a cabo, y que consistía en ir de una estrella a otra a través del espacio real. Mallar había huido de Polneye, logrando no ser detectado por los yevethanos y dejando atrás el Cúmulo de Koornacht, pero no podía escapar a las despiadadas ecuaciones del tiempo, la energía y la distancia.

Mallar había mantenido el caza a plena potencia durante tanto tiempo como se lo permitieron los paneles solares y los capacitadores, obligando a la pequeña nave a acelerar continuamente en un vector de alta velocidad que se encontraba muy por encima de la velocidad máxima que ningún piloto podría usar durante un combate. Incluso había conseguido persuadir al piloto automático, diseñado para resolver los poco complicados problemas de navegación que podían presentarse en el interior de un sistema estelar, de que aceptara Galantes como destino.

Pero ya hacía horas que los motores se habían enfriado, y sólo el vacío rodeaba a su nave locamente lanzada por el espacio. El morro del caza estaba enfilado directamente hacia Galantos, pero —según había calculado— no llegaría a ese sistema hasta dentro de casi tres años. Y Mallar no esperaba vivir ni tres horas más.

La pequeña reserva de oxígeno de la nave se había consumido. Su respirador ya no podía limpiar el aire que Mallar introducía en sus pulmones lo suficientemente bien para poner fin a los horribles dolores de cabeza que estaba padeciendo. Los recirculadores mantenían seco el aire, pero Mallar estaba siendo asfixiado lentamente por sus propios gases residuales.

La memoria le había engañado. Las imágenes de su infancia, en las que Polneye era un puerto lleno de actividad que había cumplido la función de centro de los caminos espaciales de la región, eran demasiado nítidas para poder ser desmentidas por los hechos. Aquellas imágenes ofrecían lo que había demostrado ser una falsa promesa..., la de que Mallar conseguiría encontrar otra nave que le ofrecería ayuda o transporte.

Mallar, que no había abandonado la superficie de su planeta en toda su vida, descubrió que era incapaz de imaginarse lo vacío que estaba el espacio, o de creer en lo desierta

que había llegado a volverse aquella región de él. El sistema de seguimiento del interceptor llevaba veintitrés horas sin detectar ninguna nave ni grande ni pequeña. Mallar sabía que iba a morir, y sabía que iba a morir solo.

Carraspeó para aclararse la garganta, produciendo un sonido todavía más horrible que el de su entrecortado jadear anterior.

—Me llamo Plat Mallar —dijo—. Nací en la ciudad de Tres Norte, en el planeta Polneye. Mi madre se llamaba Fal Topas. Era bióloga en una fábrica, y muy hermosa. Mi padre se llamaba Plat Hovath, y era mecánico de androides. Yo fui el único hijo que tuvieron. Vivíamos en Diez Sur, en el nivel azul, cerca de los estanques de algas.

»Ayer era el cuadragésimo día de Mofat. Ayer varios navíos de guerra atacaron Polneye sin ningún aviso previo..., sin ninguna causa. Eran naves no identificadas, de diseño imperial... Destruyeron la mayor parte de Polneye, mataron a mis padres y a casi toda la población del planeta. Creo que ahora los supervivientes se han convertido en rehenes... Había un transporte...

Hizo una pausa, con el corazón latiéndole a toda velocidad, para tratar de recuperar el aliento. Su voz se había debilitado tanto que apenas era un susurro sibilante.

—Las grabadoras de combate de mi nave contienen pruebas de este ataque..., de la destrucción de mi hogar —siguió diciendo Mallar en cuanto pudo continuar—. Asesinaron a mi gente, a millares y millares y millares de personas. Ayudadnos, por favor. Por favor... Si alguien sigue vivo..., tratad de salvarle. Quienquiera que vea estas imágenes... Debéis encontrar a esos monstruos y castigarlos. Esto nunca..., nunca hubiera tenido que ocurrir. Suplico... Suplico justicia para los muertos. Para mis padres. Para mis amigos. Para mí.

Mallar se dejó caer sobre el respaldo de su asiento, agotado por el esfuerzo que le había exigido hablar. Pero la grabadora siguió funcionando, porque no consiguió levantar un brazo para pararla. La grabadora siguió conectada y registró fielmente la imagen de Mallar, y continuó haciéndolo durante todo el rato en que Mallar hizo algún movimiento o emitió algún sonido ocasional.

Pero se desconectó por fin cuando Mallar se sumió en la inconsciencia.

Mallar seguía inconsciente y se hallaba a las puertas de la muerte cuando el azar quiso que la tripulación del navío de exploración 5P8 de la Quinta Flota detectara la vertiginosa deriva de su caza en sus pantallas.

15

Los primeros rayos matinales del sol de Coruscant estaban proyectando largas sombras sobre las calles que iban del este al oeste de la Ciudad Imperial cuando el almirante Ackbar se detuvo delante del acceso familiar a la residencia presidencial.

—Buenos días —dijo el androide de seguridad—. Esta entrada se encuentra cerrada. La familia no recibe visitantes en estos instantes. Tenga la bondad de volver en otro momento, o llame al centro de programación de visitas para obtener más información.

Ackbar ladeó la cabeza y parpadeó, muy sorprendido.

—Soy el almirante Ackbar.

—Buenos días, almirante Ackbar. Esta entrada se encuentra cerrada. Tenga la bondad de volver a la acera.

—De acuerdo, no importa —dijo Ackbar—. Dispongo de un código de acceso. —Cerró los ojos mientras se concentraba—. Alef..., lamed..., zayin..., shin. Sí, creo que es eso.

—Buenos días, almirante Ackbar —dijo el androide—. Puede entrar.

El recinto estaba silencioso y desierto, salvo por los diminutos capucheros que pastaban en el césped. Cuando Ackbar pasó demasiado cerca de uno, el animal le gruñó con una ferocidad totalmente desproporcionada a su tamaño.

—Bueno, bueno... Puedes seguir desayunando —le dijo Ackbar, divertido—. No he venido a molestarte.

Ninguno de los rayos de sol de primera hora de la mañana llegaba a la casa, que estaba envuelta en sombras, y no había luces encendidas dentro de ella, salvo en la cocina, donde un androide mayordomo estaba terminando sus tareas de mantenimiento nocturno. No había ningún sonido procedente del cuarto de los niños, lo cual era muy de agradecer porque el almirante no se sentía en condiciones de vérselas con su entusiástica y nerviosa energía. Ackbar supuso que el regreso de Han había hecho que toda la familia se acostara bastante tarde.

«Dormid todo el tiempo que os apetezca, niños —pensó con melancólica ternura—. Dormid mientras podáis hacerlo...»

Ackbar fue siguiendo las indicaciones de su memoria y el tenue brillo de las tiras luminosas del suelo a través de los pasillos sumidos en la penumbra que llevaban al dormitorio de Leia y Han. En consideración a los niños, la puerta estaba cerrada pero sin el bloqueo electrónico conectado. Ackbar esperó que sus amigos no estuvieran ocupados apareándose.

—Abre la puerta y enciende las luces —le dijo al comunicador de la casa.

Cuando el dormitorio quedó repentinamente inundado de claridad, Han reaccionó instintivamente rodando sobre sí mismo hasta quedar boca arriba en la cama y se incorporó de golpe. Entrecerró los ojos y, reconociendo a Ackbar, permitió que un suspiro fuese disipando el torrente de adrenalina que había saturado su organismo.

—Ah, es usted —gruñó—. Tiene suerte de que ya haya perdido la costumbre de dormir con un desintegrador debajo de la almohada.

—No es una cuestión de suerte —replicó el calamariano—. Usted mismo me dijo que había dejado de hacerlo después de aquella ocasión en que Jaina y su padre se dieron un susto de muerte el uno al otro.

Los repentinos movimientos de Han habían hecho que la cama se sacudiera lo suficiente para sacar a Leia de su profundo sueño.

—Almirante Ackbar... —dijo, incorporándose sobre los codos con una expresión interrogativa en el rostro—. Cuando le invité a que viniera para tratar de convencerme de que no presentara mi dimisión, pensé que por lo menos esperaría hasta que estuviera despierta.

—Buenos días, princesa.

—No intente desarmarme con la cortesía —dijo Leia—. ¿Qué está haciendo aquí a estas horas?

—Sacarles de la cama —respondió Ackbar—. Esperaré fuera mientras se visten.

—Oh, ¿de veras? ¿Y luego qué?

—Luego hemos de ir a cierto sitio. Tengo un deslizador esperando fuera.

—Eh, un momento, un momento. No estoy disponible —dijo Leia—. No para asuntos estatales, y especialmente no a esta hora... Y, de todas maneras, ¿qué hora es? —Lanzó una rápida mirada de soslayo al cronómetro de la mesilla de noche—. Oh, cielos... Tendría que haber resistido la tentación de averiguarlo.

—Comprendo cómo se siente —dijo Ackbar—. Yo también hubiese preferido no tener que salir del agua tan pronto. Aun así, hay algo que debemos hacer.

—¿Por qué no me cuenta algo más sobre este asunto tan misterioso y deja que sea yo quien tome esa decisión?

—Me temo que no puedo hacerlo —replicó Ackbar, alargándole su bata—. Todavía no tiene la cabeza lo suficientemente despejada. Tendrá que confiar en mí..., si es que puede confiar en mí, naturalmente.

Leia frunció el ceño mientras le contemplaba en silencio durante unos momentos, pero acabó irguiéndose y aceptó la bata que le estaba ofreciendo Ackbar.

—Gracias, princesa. —Los enormes ojos del calamariano se volvieron hacia Han—. General Solo, me parece que usted también debería venir.

—¿Qué es esto, la táctica del divide y vencerás?

—Por favor... Este asunto también le afecta a usted.

—Deje que encuentre mis pantalones —dijo Han, poniendo cara de resignación—. Leia, vuelve a explicarme por qué demonios le dimos el código de la puerta principal al cara de pez...

Leia se acercó al ventanal de la Unidad de Cuidados Intensivos Número 5 de la enfermería de la Flota y contempló al joven de rostro muy pálido que acababa de ser transferido de un capullo médico al tanque bacta. Un médico de la Flota y dos androides médicos AM-7 permanecían inclinados sobre los biomonitores.

—¿Quién es?

—Por raza es grananno, y por nacimiento es de Polneye —dijo Ackbar—. Se llama Plat Mallar. Sufre de una grave alteración metabólica provocada por haber estado respirando sus propios gases residuales. Tal vez no sobreviva. Pensé que debía verle ahora, sólo por si acaso.

—¿Por qué? —preguntó Leia—. Siento lo que le ha ocurrido, naturalmente, pero...

No llegó a concluir la frase.

—¿Polneye? Nunca había oído hablar de ese mundo —dijo Han—. ¿Qué le ha ocurrido a ese chico?

—Según la tripulación del navío de exploración que lo encontró, estaba intentando hacer una travesía interestelar a bordo de un interceptor TIE...

—¿Y qué razón puede tener nadie para cometer semejante estupidez? —le interrumpió Han en un tono bastante despectivo—. Eso es un suicidio.

—O un acto de auto sacrificio —dijo Ackbar—. A veces resultan bastante difíciles de distinguir.

—¿De qué está hablando?

—Parece ser que Plat Mallar estaba intentando difundir un mensaje fuera del Cúmulo de Koornacht..., aparentemente de la única manera en que podía hacerlo.

Un destello de interés iluminó los ojos de Leia.

—¿Qué mensaje?

—Se lo enseñaré —dijo Ackbar—. Pero antes quedémonos aquí un rato más. No sé a qué puede deberse, pero el oficial de bajas de la Flota me ha dicho que los pacientes que cuentan con una familia y amistades que desean que se recuperen parecen obtener nuevas fuerzas de su presencia. Y me temo que ahora este joven piloto necesita toda la ayuda que pueda encontrar...

En la intimidad celosamente protegida del despacho del almirante Ackbar en los Cuarteles Generales de la Flota, y sumidos en un sombrío silencio, Han y Leia vieron las holograbaciones obtenidas por el interceptor TIE de Plat Mallar.

Volver a ver las familiares e impresionantes siluetas de los navíos de guerra nuevamente enfrascados en su labor de sembrar la destrucción era un espectáculo inquietante, y contemplar cómo las ciudades de Polneye quedaban reducidas a quemaduras humeantes sobre las llanuras desérticas del planeta era una visión horripilante. Pero la palidez cadavérica del rostro de Mallar quizá fuese lo más impresionante de todo, y era lo que hacía que nadie pudiera permanecer impassible ante lo que estaba diciendo.

—Ayudadnos, por favor. Por favor... Si alguien sigue vivo..., tratad de salvarle. Quienquiera que vea estas imágenes... Debéis encontrar a esos monstruos y castigarlos. Esto nunca..., nunca hubiera tenido que ocurrir. Suplico... Suplico justicia para los muertos. Para mis padres. Para mis amigos. Para mí.

Cuando la grabación hubo terminado, Leia apartó su asiento de la mesa sin decir ni una sola palabra y le dio la espalda a Han y al almirante. Después se rodeó el cuerpo con los brazos y permaneció inmóvil delante del holomapa galáctico que cubría casi toda una pared del despacho de Ackbar, y alzó la mirada hacia él para contemplarlo con ojos llenos de horrorizada incredulidad.

—¿Ha preparado todo esto para humillarme, Ackbar? —preguntó por fin, todavía de cara al mapa.

—No, Leia —protestó Ackbar, muy sorprendido—. No entiendo por qué dice eso.

—Pues ya somos dos —dijo Han, poniéndose en pie—. ¿De qué catas hablando, cariño? Esto no tiene nada que ver contigo.

Leia giró sobre sus talones para encararse con ellos.

—¿No? Mírale... Está sentado ahí y espera a que llegue a la misma conclusión a la que ha llegado él. Si quiere convencerme de que dimita, almirante, no podría haber escogido mejor manera de conseguirlo.

—Eh, aquí hay algo que se me escapa —dijo Han, volviendo la mirada hacia Ackbar en busca de ayuda.

—Se equivoca, princesa —dijo Ackbar—. No puede estar más equivocada... Usted es la jefa de Estado de la Nueva República. No quiero ver a ninguna otra persona sentada en ese sillón. Necesitamos su fuerza y su dedicación a la causa de la Nueva República..., y ahora las necesitamos todavía más de lo que las necesitábamos ayer, porque debemos responder a este desafío.

Los elogios de Ackbar parecieron rebotar en la súbita actitud defensiva que había adoptado Leia, y no produjeron ninguna reacción en ella.

—¿De quién son esas naves? —preguntó, señalando el monitor.

—Usted lo sabe tan bien como yo, princesa.

—Diseño imperial. Cazas imperiales. ¿Qué demuestra eso?

—Plat Mallar se acercó lo suficiente a la primera nave como para poder interrogarla con su sistema de seguimiento de blancos. La nave respondió diciendo que era el Destructor Estelar de la clase Imperial Valeroso.

—¿Está discutiendo conmigo, almirante?

—El Valeroso era una de las naves del Mando Espada Negra que figuraban en la lista de Nylykerka.

—Ya lo sé —dijo Leia—. Y si estaba en Polneye y tomaba parte en una operación militar yevethana, entonces tiene delante a la mayor imbécil de toda la Nueva República. Pero no podemos estar seguros de ello, ¿verdad?

—¿Acaso importa?

—¿No es ésa la razón por la que me ha traído aquí? ¿No es su manera de decirme, con mucha sutileza, que estaba equivocada?

Ackbar meneó la cabeza en una lenta negativa.

—Pensé que antes de tomar la decisión de si debía renunciar a la labor que ha estado haciendo necesitaba saber que aún nos queda mucho trabajo por delante. Quienquiera que haya enviado esas naves a Polneye es el enemigo de la paz que usted tanto se ha esforzado por imponer.

—¿No hay un pasaje de los apócrifos en el que se dice que conocer tus limitaciones es el primer paso en el camino que lleva a la sabiduría? —replicó Leia—. La paz era una meta, no una garantía. Y además... He sido una ingenua. Sí, decir que he sido una ingenua sería una excelente manera de resumir mi breve carrera —añadió con amargura.

—El almirante Ackbar tiene razón —dijo Han, meneando la cabeza—. Todo lo demás... Bueno, el saber quién quemó la tostada, quién tomó prestada la camisa de quién y quién se dejó las luces encendidas carece de importancia. Lo que importa es qué vamos a hacer ahora.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Leia con voz quejumbrosa—. Nada. Polneye ni siquiera era miembro de la Nueva República. Ni siquiera habían presentado una solicitud de ingreso.

—Tú estás hablando de obligaciones —replicó Han—. Yo estoy hablando de lo que es correcto y de lo que se debe hacer.

—Pero es precisamente ahí donde está el problema, ¿no? Es imposible conseguir que tres personas se pongan de acuerdo sobre qué es lo correcto —dijo Leia—. La paz es imposible. Por mucho que intentes impedirlo, parece que siempre hay alguien que está intentando matar a otra persona. No puedes proporcionarles razones suficientes para que no lo hagan. Por lo menos, yo no puedo.

—Leia...

—Lamento muchísimo lo que ha ocurrido en Polneye. De veras, Han... Pero ya es demasiado tarde para ayudarles. Además, si enviara fuerzas a cualquier punto de los alrededores de Koornacht, entonces ya no tendría que dimitir..., porque el Senado me colgaría primero y me juzgaría después. —Leia meneó la cabeza—. Espero que Mallar viva..., aunque no estoy segura de que eso no sea una muestra de crueldad, si luego acaba resultando que es el único superviviente. ¿Quién más sabe que está aquí? ¿Quien más ha visto la grabación?

—La lista es muy corta —dijo Ackbar.

—Asegúrese de que no se vaya alargando en el futuro —dijo Leia, y fue hacia la puerta—. Me voy a casa, Han. ¿Vienes conmigo?

Han estaba mirándola como si su esposa fuera una desconocida.

—Creo que me quedaré un rato —dijo por fin.

Leia se encogió de hombros.

—Como quieras.

En cuanto la puerta se hubo cerrado detrás de Leia, Han ladeó la cabeza y le lanzó una mirada interrogativa a Ackbar.

—Sólo tengo una pregunta que hacer: ¿quién era esa persona, y qué le ha hecho usted a Leia?

—Está sufriendo mucho —dijo Ackbar—. Está dudando de sí misma, y de sus ideales.

—Dígame algo que no sepa —murmuró Han—. ¿Qué demonios ha ocurrido mientras yo estaba fuera?

—Le contaré todo lo que sé —dijo Ackbar—. Pero me temo que algunas de las respuestas tendrán que venir de ella.

Un desconocido estaba sentado en la calle delante del acceso familiar, con el rostro vuelto hacia la casa, cuando Leia llegó a la residencia en un deslizador que había tomado prestado de los hangares de la Flota. El desconocido vestía una túnica de color azafrán cuyos pliegues se extendían a su alrededor para formar un círculo sobre el pavimento. Leia no reconoció ni su perfil ni su especie, y redujo la velocidad sólo lo suficiente para pasar por encima de la verja sin que el deslizador fuese tan deprisa como para alarmar a las defensas de la casa.

Pero cuando hubo desembarcado y acabó de programar el piloto automático para que el deslizador volviera al hangar por sí solo, la curiosidad pudo más que ella. Leia fue hasta la verja y, con el androide de seguridad manteniéndose protectoramente cerca de ella, interpelló al desconocido.

—¿Quién es usted?

—Soy Jobath, el consejero de los fias, de Galantes —dijo el desconocido, y después su rostro se iluminó—. Pero yo la conozco. Usted es la princesa Leia, la reina guerrera que unió a los oprimidos para que se alzaran contra el Emperador. Usted salvó a mi pueblo de la esclavitud.

—Bueno... Muchas gracias, pero ya hace algún tiempo de eso —dijo Leia—. Y de todas maneras, no sé qué versión de la historia habrá estado escuchando. No recuerdo haber sido jamás reina ni una guerrera.

—Oh, sí, conozco todas las historias. Usted es una gran mujer. Es un honor conocerla.

—¿Qué está haciendo aquí?

—La estaba esperando —dijo el fia—. Su sirviente de metal dijo que usted no recibía visitantes, pero mi necesidad es urgente. Y ahora veo que usted ha regresado. ¿Puedo alzarle y aproximarme sin alarmar a su leal protector?

—¿Qué? Oh, el androide... Sí, no le gusta nada que haya gente rondando por las entradas. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

—Jobath, de los fias.

—¿Teníamos una cita, Jobath de los fias?

—No, princesa.

—Muy bien. Por un momento temía haberlo olvidado —dijo Leia—. Voy a explicarle cómo están las cosas, Jobath de los fias: tengo intención de entrar en casa y dormir durante unos tres días. Si continúo siendo presidenta de la Nueva República cuando me levante de la cama, entonces podrá concertar una cita con el centro de programación, en el departamento de protocolo.

Leia le dio la espalda a la verja y echó a andar hacia la casa.

—¡Princesa! ¡Espere, por favor! He venido por lo que está ocurriendo en La Multitud. ¡Debe hablar conmigo ahora!

—¿Debo? —preguntó Leia, volviendo la cabeza para mirarle—. La Multitud... ¿Qué es eso?

—La Gran Multitud del Círculo de los Cielos —se apresuró a decir Jobath—. Existe otro nombre, un nombre muy feo...

—¿Me está hablando de Koornacht?

—¡Sí! —exclamó Jobath con visible alegría—. Hablo de Koornacht.

Leia frunció el ceño.

—Esto ya es demasiado. Dígame a Ackbar que estoy harta de que me manipulen.

—¿El almirante Ackbar?

—Exacto. Dígame que si tanto lo desea, puede quedarse con este puesto en cualquier momento. Bastará con que me lo diga y será suyo.

—Oh, sí, Ackbar. También conozco su nombre. Él también fue un gran guerrero en la Rebelión. Pero se equivoca. No he tenido el honor de recibir los consejos de Ackbar —dijo Jobath.

—¿No?

—He venido aquí directamente desde su Puerto del Este, y antes de eso vine de Galantes, para hablar con usted sobre un asunto de gran urgencia. Un mal terrible merodea por La Multitud. Muchos han muerto ya. Mi pueblo teme por su futuro.

Mientras le oía hablar, Leia se fue sintiendo lentamente atraída hacia la verja. Curvó los dedos alrededor del delicado trabajo de los barrotes y acabó tensándolos hasta convertirlos en puños.

—¿Cómo se ha enterado de todo esto?

—Hubo una advertencia enviada a nosotros desde una nave que salió de La Multitud —respondió Jobath—. Un carguero que iba hacia Woqua interceptó el haz de esa señal, o de lo contrario no habríamos oído la advertencia hasta dentro de mucho tiempo..., suponiendo que hubiéramos llegado a oírla jamás. Enviamos uno de nuestros navíos en busca de esa nave. También encontró la señal, pero la nave se ha esfumado.

Leia comprendió que Plat Mallar, al enfrentarse a la perspectiva de la inconsciencia, debía de haber utilizado el comunicador de combate del interceptor para transmitir sus grabaciones a su destino. Obrar de tal manera haría que su desaparición, e incluso la de

su nave, careciesen de importancia, dado que en la galaxia no existía ninguna fuerza que pudiera capturar o destruir su señal de comunicaciones.

—Tenemos la nave —dijo, apoyando la frente en la verja—. Y al piloto.

—Me alegra saber esto. Me gustaría ofrecerle refugio en Galantos y, si lo desea, la ciudadanía entre los fias.

—Me temo que eso tendrá que esperar —dijo Leia—. ¿Qué quiere de mí?

—He venido a solicitar la protección de la Nueva República y de la gran princesa Leia para mi planeta y mi gente —dijo Jobath, agarrándose a la verja con sus manos de largos dedos justo por debajo de donde Leia se aferraba a ella—. Le suplico que acepte una petición para convertimos en miembros de la Nueva República, y que nos fortifique contra esos asesinos.

Leia retiró las manos como si temiera el contacto con Jobath.

—Reflexionaré sobre su petición —dijo, sintiéndose muy incómoda, y empezó a retroceder.

—Dése prisa, por favor —dijo Jobath—. Hay poco tiempo. Si quienes cayeron sobre Polneye deciden salir de La Multitud, podríamos ser los siguientes en sufrir sus depredaciones. Toda nuestra armada consiste en dos corbetas de patrulla, y el bergantín que me ha traído hasta aquí. Medio millón de vidas corren peligro sólo en Galantos.

—Lo comprendo —dijo Leia—. Vaya al albergue diplomático. Ellos le proporcionarán alojamiento, y haré que le comuniquen mi decisión allí.

Después giró sobre sus talones y huyó hacia la casa. Pero las paredes ya no le ofrecían el mismo santuario que le habían prometido hasta hacía tan sólo un rato, y el sueño ya no era posible.

Durante la hora siguiente al momento en que Jobath llegó al albergue diplomático, tres mundos más con delegaciones alojadas allí presentaron solicitudes de emergencia para convertirse en miembros de la Nueva República. Dos de esos tres mundos se hallaban en sectores muy alejados de Koornacht y el tercero se encontraba en Hatawa, pero aun así seguía estando a muchos años luz de los problemas.

Los tres, junto con los fias, recibieron el silencio como única respuesta.

El silencio, al menos de momento, también reinaba en las redes de noticias. La tragedia de Polneye les había pasado desapercibida, por lo menos hasta aquellos instantes. La Red Global de Coruscant seguía diseccionando las reacciones a la explosiva sesión del Senado de comienzos de la semana.

Pero durante su resumen del mediodía, la Global añadió un nuevo tema a su repaso de las grandes noticias mediante un informe especulativo en el que se decía que la princesa Leia ya había dimitido del cargo presidencial. Según el rumor (que era tratado como un hecho), se haría un anuncio público tan pronto como los líderes militares y el Senado hubieran conseguido ponerse de acuerdo sobre quién la sustituiría.

Sentado en su despacho de la Flota, el almirante Ackbar contempló aquella noticia con una mezcla de desprecio y perplejidad. Incluso suponiendo que Leia hubiera dimitido, la idea de que la Flota jugaría algún papel en la selección de un nuevo jefe de Estado era absurda. La idea de que cualquier negociación de ese tipo pudiera desarrollarse sin la presencia de Ackbar era igualmente absurda.

Pero después Ackbar dedicó un buen rato a reflexionar sobre si debía conectar su comunicador y hacer circular sus propios rumores o si era preferible que no hiciese nada.

—Esta vez deberíamos hacerlo público todo —se dijo en voz alta—. El rostro y la historia de Plat Mallar deberían aparecer en todos los noticiarios. Enseñemos a todo el mundo lo que ocurrió en Polneye..., y hagamos que se pongan de parte de Leia. Eso es lo que yo haría. Si Leia consiguiera admitir que el virrey nunca ha sido un amigo...

Acabó meneando la cabeza. Todavía no era el momento adecuado. Continuaría siguiendo las noticias de Farlax, donde los navíos de exploración de la Quinta Flota

estaban desplegados por los alrededores del Cúmulo de Koornacht, barriendo el hiperespacio con sus filtros ondulatorios de alta sensibilidad, y las novedades que se produjeran en el Senado y el complejo administrativo, donde todos los analistas y comentaristas de la Ciudad Imperial estaban haciendo horas extras, utilizando frenéticamente sus hipersensibles antenas para las noticias como un cedazo con el que filtrar los cotilleos de los pasillos. Y esperaba hasta ver qué situación cambiaba primero.

Absurdo o no, el informe sobre la dimisión de Leia emitido por la Global se extendió por el albergue diplomático con la vertiginosa celeridad de una virulenta infección. Dejó perplejos a muchos, y preocupó considerablemente a Jobath, quien empezó a temer haber elegido a la persona equivocada para presentar su súplica. Ese miedo acabó impulsándole a presentarse en el despacho de Behn-kihl-nahm, el presidente del Senado, en compañía del senescal de los marais.

Media hora más tarde salieron del despacho después de que se les hubiera asegurado enérgicamente que Leia seguía estando al frente del poder ejecutivo de la Nueva República, y que sus peticiones estaban siendo examinadas y serían atendidas con la máxima celeridad posible. Apenas se hubieron marchado, Behn-kihl-nahm hizo un nuevo intento de ponerse en contacto con la princesa Leia. Pero su llamada tuvo tan poco éxito como lo habían tenido sus numerosas tentativas anteriores de aquella mañana.

Behn-kihl-nahm estaba empezando a hartarse de aquella situación y, en concreto, del comportamiento de Leia. La princesa se había aislado de todos precisamente en el peor momento posible, justo cuando deberían estar reunidos para planear su estrategia y su respuesta. A Behn-kihl-nahm nunca le había gustado tener que adoptar decisiones tácticas de una manera unilateral.

¿Aprobaría Leia el que hubiera enredado las solicitudes de abandono de la Nueva República presentadas por los walallas y las otras especies en una complicada red de nudos administrativos, tal como había conseguido hacer aquella mañana? ¿O habría preferido que se cruzara de brazos y permitiera que abandonasen la Nueva República? ¿Debía ofrecer una cita a Peramis y Hodidiji para negociar la devolución de los cadáveres? Behn-kihl-nahm pensaba que eso podía proporcionarles una oportunidad de cambiar su postura, pero ¿se comportarían con dignidad, o se limitarían a convertirse en una nueva molestia?

Si había algo que Behn-kihl-nahm odiara todavía más que el verse obligado a tomar decisiones, era el carecer de la información necesaria para tomarlas. Todo aquel asunto de Polneye, el piloto ingresado en el hospital... ¿Por qué había tenido que enterarse de eso a través de un par de embajadores todavía no acreditados? ¿Cómo era posible que uno de ellos hubiera podido hablar con Leia mientras que las suplicantes llamadas de Behn-kihl-nahm todavía no habían sido atendidas? ¿Y qué haría Leia? ¿Iba a dimitir? Si no iba a dimitir, ¿qué pensaba hacer acerca de aquellas peticiones de protección?

Cuando sus fuentes habituales fueron incapaces de satisfacer su curiosidad, Behn-kihl-nahm llamó a Hiram Drayson. La maquinaria del gobierno se había atascado, y había quedado totalmente paralizada precisamente cuando tenía que enfrentarse con una serie de crisis que la falta de atención sólo conseguiría empeorar. ¿Sabía Drayson qué misteriosa obstrucción se había introducido entre sus engranajes?

—No puedo responder a esa pregunta, presidente —manifestó Drayson.

—¿No puede responder a ella, o no lo sabe?

—Presidente, yo le sugeriría que hiciera cuanto pudiese para tratar de fingir que todo está controlado. Y eso incluye permitir que cualquier persona que quiera desahogar su furia gritando en el pozo del Senado pueda hacerlo hasta que se haya quedado sin voz.

—Almirante, ese consejo me preocupa más que cualquiera de las cosas que han ocurrido durante la última semana —respondió Behn-kihl-nahm en un tono tan solemne como sombrío.

—Almirante Ackbar...

El hombre inmóvil en el umbral llevaba ropas civiles y vestía de manera más bien informal, pero aun así mantenía la postura de un soldado uniformado.

—Señor Drayson... Adelante.

—Esta vez no he venido de visita. Me estaba preguntando si usted podría conseguir que la princesa Leia accediera a verme.

—Me temo que no —dijo Ackbar—. Mi código fue anulado esta mañana.

—He de hablar con ella —se limitó a decir Drayson—. ¿Tiene alguna sugerencia que hacerme?

Ackbar soltó un suave gruñido.

—Me sorprende un poco enterarme de que el Viejo Fantasma de Coruscant no dispone de ningún pasadizo o contraseña secreta que pueda utilizar.

—El problema no consiste en entrar, sino en conseguir que me escuche —replicó Drayson—. Me temo que ninguno de los medios a mi disposición son de una naturaleza que pueda permitirme esperar que se me escuche sin perder la calma.

—Hay muchas personas que quieren hablar con ella —dijo Ackbar—. Leia no parece querer hablar con nosotros.

—Me temo que no puedo permitirle que nos rechace —dijo Drayson.

—Está harta de que la presionen —dijo Ackbar—. Si le damos un poco de tiempo...

Drayson meneó la cabeza en una negativa tan leve que resultó casi imperceptible.

—Se nos ha acabado el tiempo —dijo.

Ackbar parpadeó lentamente y se recostó en su asiento.

—¿Conoce a su esposo?

—No profesionalmente —replicó Drayson—. Pero su lealtad a la princesa es ampliamente conocida.

Ackbar asintió con expresión pensativa.

—Hoy ha estado hablando conmigo durante tres horas —dijo—. Fue él quien dio la orden de desplegar los navíos de exploración por la periferia de Koornacht..., no el general Ábaht.

—Interesante.

—Hay más. Hizo regresar a la Quinta Flota, tal como había ordenado Leia... pero sólo hasta el comienzo del perímetro defensivo, y la ha mantenido en situación de combate, con todas las tripulaciones a bordo de las naves. El general Solo es muy consciente de todo lo que hay en juego. Tal vez se muestre más dispuesto a escucharle de lo que usted se imagina. Pero no puedo prometerle que la princesa Leia esté dispuesta a hacer caso de lo que le diga su esposo.

—Gracias, almirante —dijo Drayson—. Eso puede serme muy útil. Si me disculpa...

—Almirante...

—¿Sí?

—Me estaba preguntando si... —murmuró Ackbar—. ¿Cree que el virrey puede haberle hecho algo a Leia? Todas esas horas que pasó a solas con ella..., y sabemos tan poco sobre los yevethanos... ¿Es posible que ocurriera algo en esa sala? ¿Es posible que Nil Spaar haya ejercido alguna clase de influencia sobre su mente?

—No —dijo Drayson—. No, puedo asegurarle que en esa sala no ocurrió absolutamente nada.

La respuesta no pareció dejar demasiado complacido a Ackbar.

—Gracias —dijo de todas maneras.

Los ruidos de chapoteo y las alegres carcajadas infantiles hacían imposible oír cualquier ruido de pasos en el camino. Pero Leia, con la agudeza natural de sus sentidos todavía más reforzada por la tremenda sensación de aislamiento que estaba

experimentando últimamente, fue consciente de la aproximación del almirante Drayson incluso antes de que éste hubiera salido de entre los árboles.

Jaina enseguida percibió el ensombrecimiento del estado de ánimo de su madre.

—¿Quién es, mamá? ¿Quieres que haga que se vaya?

—No, no... —dijo Leia, apresurándose a sonreír y revolviendo los mojados cabellos de su hija—. Jacen, Jaina, llevaos a Anakin y entrad en casa. Quiero que todos estéis secos y vestidos cuando yo vaya.

Por una vez, los niños obedecieron sin rechistar. Leia pensó que eso indicaba que la tensión y el caos de las últimas semanas, de los últimos días, también estaban empezando a afectar a sus hijos.

Drayson se detuvo a una distancia cortés y mantuvo las manos entrelazadas a su espalda.

—Princesa...

—Si se supone que un servicio de seguridad sirve para mantener alejadas de ti a las personas a las que no quieres ver, entonces el servicio de seguridad de la residencia presidencial deja mucho que desear.

—Su esposo me ha permitido entrar, princesa Leia.

—¿De veras? —replicó ella—. Bueno, últimamente el comportamiento de mi esposo también deja bastante que desear... ¿Qué quiere, almirante?

—Cinco minutos de su tiempo —dijo Drayson. Extendió la mano derecha hacia ella y le mostró la tarjeta de datos que había estado manteniendo oculta en su palma—. Creo que esto puede serle útil con respecto a la decisión que ha de adoptar.

—¿A qué decisión se refiere?

—A la única que importa.

—¿Cinco minutos?

—Y después me iré.

—De acuerdo —dijo Leia, y suspiró—. Cinco minutos.

La tarjeta de datos contenía una grabación bastante corta cuyo sello de fechado indicaba que había sido registrada hacía menos de dos horas. La grabación mostraba un par de naves de impulsión iónica yevethanas que estaban vaciando sus compartimentos de carga en un paisaje montañoso y cubierto de maleza. La clase de material que estaba siendo descargado y su volumen, así como la forma y las dimensiones del claro que estaba siendo creado para acogerlo, sólo permitían llegar a una conclusión: se trataba de la primera fase de un desembarco de colonización.

—¿Dónde está ese sitio?

—El departamento astrográfico lo conoce como Doornik-319 —dijo Drayson—. Forma parte de un sistema que se encuentra dentro del Cúmulo de Koornacht. Los kubazianos, la especie que vivía allí hasta ayer, lo llamaban la Campana de la Mañana.

—¿Qué ocurrió ayer?

—Lo mismo que le ocurrió a Polneye —dijo Drayson—. Y no se ha acabado ahí. Las pruebas que he podido examinar sugieren que todos los asentamientos no yevethanos de Koornacht recibieron la misma clase de tratamiento.

—¿De qué pruebas me está hablando? ¿De dónde ha sacado esta grabación?

—Prefiero que no me haga esa pregunta, princesa.

—Se la estoy haciendo.

Drayson asintió.

—Princesa, ¿es absolutamente necesario que conozca la fuente para que dé crédito a estas pruebas? En ese caso, responderé a su pregunta. Pero si no necesita ese conocimiento para aceptar lo que significa esta grabación, entonces preferiría no agravar todavía más el peligro que ya estoy haciendo correr a esos informadores al haber revelado lo que han descubierto. La información es lo que realmente importa.

Leia le miró fijamente sin decir nada.

—Creo que mis cinco minutos han terminado —dijo Drayson, con una pequeña reverencia—. Gracias por haber accedido a recibirme.

—¡Espere! —dijo secamente Leia—. ¿Quién es usted en realidad?

Drayson se volvió hacia ella y la miró.

—Actúo bajo la autoridad de una orden ejecutiva emitida por Mon Mothma —dijo—. Podrá encontrarla en los bancos de datos de su biblioteca personal bajo el encabezamiento D9020616.

—¡Mon Mothma! Nunca dijo una sola palabra acerca de esto...

—Mon Mothma descubrió que había ciertas facetas del arte de dirigir un estado en las que la maquinaria de la Nueva República resultaba casi totalmente inútil: conducir la información hasta las manos adecuadas, trazar un curso político en situaciones ambiguas... Ese tipo de cosas, ¿comprende? Bien, pues yo intento llenar todos esos huecos.

—¿Ante quién responde?

—Ante la misma autoridad que usted, princesa..., la misma ante la que responde cualquier persona que debe actuar dentro del nivel en el que lo hacemos nosotros —dijo Drayson—. Respondo ante mi conciencia y ante mi sentido del deber. Y sí, si nuestra conciencia o nuestro sentido del deber llegan a fallarnos, podemos hacer muchísimo daño..., y probablemente también podremos ocultar una gran parte del daño que hagamos. Pero es lo único que existe, ¿verdad? ¿De quién proceden las ordenes que usted obedece? —Señaló la tarjeta de datos—. ¿Quién le dirá qué ha de hacer respecto a ese asunto? ¿Lo entiende? Su conciencia y el sentido del deber. —Volvió a inclinarse ante ella—. Buenas noches, princesa.

Leia dejó que se fuera.

Después volvió a inclinarse sobre su cuaderno de datos, y vio la grabación una segunda vez y a continuación una tercera. Las imágenes eran muy nítidas, y no contenían la más mínima ambigüedad. El diseño de las naves era inconfundible, y constituía una acusación irrefutable. Colonos yevethanos se estaban instalando en un mundo que sólo un día antes había pertenecido a los kubazianos.

Leia sacó su comunicador del cajón dentro del que lo había arrojado la noche anterior y seleccionó un canal que utilizaba con mucha frecuencia.

—Han —dijo—. Ya puedes dejar de esconderte de mí. ¿Dónde estás? Por favor, Han... Ven y hablaremos.

—Asesinos —mascullo Han mientras contemplaba la grabación de lo ocurrido en Doornik-319 y meneaba la cabeza con incredulidad—. Llevo en circulación el tiempo suficiente para haber visto cosas bastante horribles, pero el matar a una familia un día y mudarse a su casa al día siguiente no tiene nada que envidiar a las peores barbaridades que llegaron a surgir de la mente de nuestro viejo amigo Palpatine.

Leia asintió.

—Estoy empezando a preguntarme si la mayor indignidad que el Imperio infligió a los yevethanos no sería quizá la de haberles demostrado que existían unos patrones de conducta superiores a los suyos —dijo.

—Bueno, eso sí que sería un espectáculo realmente inolvidable, ¿verdad? —dijo Han—. Los soldados de las tropas de asalto del Emperador dando un ejemplo de buenos modales... Sería como armar a los androides de protocolo con desintegradores.

Han estaba intentando arrancarle una sonrisa, pero Leia ya había vuelto la mirada hacia el mapa del Cúmulo de Koornacht que estaba mostrando la pantalla principal, y Han también concentró su atención en él.

—Mira lo que han hecho... No tiene ningún sentido —dijo—.

Después de todo, no se puede decir que esos asentamientos estuvieran dejando sin espacio vital a los mundos de la Liga, o que haya escasez de propiedades inmobiliarias por esa zona.

—Me temo que todo encaja con una lógica impecable —dijo Leia, apoyando el mentón en las manos—. Ahora una gran parte de lo que me dijo Nil Spaar ha adquirido un sentido totalmente distinto al que yo le atribuí entonces... Casi parece como si me hubiera mentido empleando la verdad. «Lo que queremos por encima de todo es que nos dejen en paz.» Lo recuerdo con claridad, y recuerdo que pronunció exactamente esas mismas palabras durante nuestra primera reunión. También me explicó lo extraño que le resultaba ver tantas especies. Me dijo que los yevethanos no necesitaban nuestra protección.

—No —dijo Han—. Eran los kubazianos los que necesitaban protección.

—Sí, la verdad es que me lo dio a entender bastante claramente aunque no lo dijese de una manera abierta —murmuró Leia—. Dijo que tenía la misión de proteger a su pueblo..., y lo ha hecho. Los mantuvo dentro de esa nave para que estuvieran a salvo de nosotros. En cuanto a Nil Spaar, redujo al máximo su exposición a nuestra presencia..., como si temiera contaminarse. Por eso fueron destruidos esos asentamientos, Han. Esto no ha sido una guerra de fronteras, o un asunto de reclamaciones territoriales enfrentadas: ha sido un acto motivado por la repugnancia.

Han no parecía muy convencido.

—Tal vez. Pero hay otro problema. Fíjate en los resultados. Doornik-319 se encuentra prácticamente entre Coruscant y Nzoth, justo donde tú querrías tener una base avanzada. En cuanto a esos otros objetivos... Es como si hubieran creado un cortafuegos entre ellos y todos nosotros.

Leia extendió el brazo y rozó el punto de luz que era Doornik-319.

—O como si hubieran cavado un foso. Con puerta y puente levadizo incluidos, quizá.

—Sí —dijo Han—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Leia apartó el dedo de la imagen y movió la cabeza en una lenta sacudida.

—Parece como si todo hubiera terminado ya. Lo único que se me ocurre que podemos hacer es tratar de asegurarnos de que Nil Spaar se queda en su lado del foso. Proteger los asentamientos que aún no han sido destruidos: Calatos, Wehttam, los mundos de los marais... —Alzó la mirada hacia Han—. Tendré que volver a enviar la Quinta Flota a Farlax.

—Pensé que tal vez hubiera que hacerlo —dijo Han—. Dejé a la Flota en condiciones de operar y lo mejor preparada posible: nada de permisos, y con los trabajos de mantenimiento reducidos al mínimo imprescindible... Deberían poder zarpar media hora después de haber recibido la orden.

Leia le rozó la mano.

—Lo siento. Ya sé que no quieres tener que cargar con este peso, pero...

—Eh, espera un momento —dijo Han, apartando la mano y retrocediendo un poco—. No voy a ir a ningún sitio.

—No puedo imponerles otro cambio de comandante..., no dos veces en una semana, no bajo estas circunstancias. Has pasado casi dos meses navegando por el espacio con ellos. Por lo menos, eso les proporcionará una cierta continuidad.

—Buena idea, pero te equivocas de hombre —dijo Han—. Si yo estuviera en tu lugar, lo primero que haría sería volver a poner la Quinta Flota en manos del general Ábaht.

—¿Cómo puedo hacer eso? Su deslealtad hacia mí...

—¿Hablas en serio? Ábaht desobedeció tus órdenes, pero ¿realmente consideras que eso es lo mismo que ser desleal? ¿Acaso hizo lo que hizo por motivos personales o en beneficio propio? ¿Obró de esa manera para hacer carrera, o para ayudar al enemigo? No. Estaba intentando proteger a toda esa gente que había ido a Koornacht con él, y a toda la gente de aquí. Y Leia, qué demonios... Tenía razón. Deberíamos reconocerlo, ¿verdad?

—Tú mismo lo has dicho —replicó Leia en un tono bastante seco—. Desobedeció mis órdenes.

—Desobedeció una orden que nunca deberías haber dado —dijo Han—. Y si ésa es tu razón, entonces ya puedes ir olvidando esa idea tuya de ponerme al frente de la Quinta Flota, porque... Bueno, hablemos de ese navío de exploración que recogió a Plat Mallar. ¿Qué crees que estaba haciendo aquel navío en ese rincón perdido del espacio?

Leia cayó en la cuenta de que nunca se había formulado esa pregunta.

—Supongo que me limité a dar por sentado que era cosa de Drayson.

—Pues tendrías que haber prestado un poco más de atención a los hechos —dijo Han—. Era un navío de exploración de la Quinta Flota, y yo lo envié allí.

—¿Tú? —exclamó Leia, y un destello de ira iluminó sus ojos—. No lo entiendo. ¿Es porque soy una mujer? ¿Es ésa la razón por la que últimamente todo el mundo parece considerar que mis órdenes son simples sugerencias?

—Oh, vamos... No, Leia, demonios, no. No paro de repetirte que el uniforme no me sienta nada bien —dijo Han—. Soy un desastre obedeciendo órdenes, y tanto da que vengan de mujeres como de hombres. Siempre lo he sido... Ya lo sabes, ¿no? Oye, yo estaba allí y tú no. Tuve una corazonada y me dejé llevar por ella.

—¿Y cómo se lo vas a explicar al general Ábaht?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —sugirió Han—. Pero recuerda una cosa: antes de venir a Coruscant, el general Ábaht era el primer comandante militar de los dorneanos. Estaba acostumbrado a disfrutar de un grado de autonomía bastante mayor del que nosotros concedemos a los comandantes de nuestra Flota. Actuó siguiendo los dictados de su conciencia. Verás, en realidad pienso que Ábaht ha sido tremendamente leal a ti..., y especialmente por la manera en que aceptó que lo destituyeras. Podrías cometer errores mucho peores que pedirle que volviera a mandar la Quinta Flota.

—¿Cómo puedo hacer eso? Le humillé delante de su tripulación, delante de sus oficiales...

—Si piensas que lo que hiciste cambió sus sentimientos hacia él, entonces es que has olvidado las reglas del juego —dijo Han—. Lo que hiciste cambió lo que sienten hacia ti, no hacia Ábaht. Devuélveles a su comandante. Lo peor que dirán de ti será justo lo que ya están diciendo ahora. Incluso es posible que eso sirva para que te aprecien un poco más en el futuro.

—¿Qué debería decir?

—No tienes que decir nada..., no a ellos, por lo menos —replicó Han—. Vuelve a enviar la Quinta Flota a Farlax al mando del general Ábaht, y ya captarán el mensaje. Leia, sólo los líderes débiles se niegan a admitir sus errores. Los líderes realmente fuertes no necesitan fingir que son infalibles. Limitate a arreglar este lío, ¿de acuerdo? Ahora tenemos problemas mucho más grandes a los que enfrentarnos.

Leia alzó la mirada hacia el mapa de Koornacht, y después clavó los ojos en el dorso de sus manos.

—He heredado el tozudo orgullo de Bail Organa —dijo en voz baja y suave—. Me resulta muy difícil admitir que otra persona tenía razón cuando yo estaba equivocada.

—Si no fueras tan tozuda, no serías mi Leia —dijo Han con una sonrisa torcida que estaba llena de afecto—. ¿Seguirás en el cargo, entonces? ¿Nada de dimisiones?

—No puedo dar la espalda a todo este desastre y dejar que otro se encargue de arreglarlo, ¿verdad? —dijo Leia—. Tendré que asumir la responsabilidad de lo ocurrido. Nil Spaar nunca habría hecho lo que hizo si no hubiera estado seguro de que le permitiríamos salirse con la suya... O, mejor dicho, si no hubiera estado seguro de que yo le permitiría salirse con la suya.

—No eres responsable de sus errores de cálculo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no vamos a permitir que se salga con la suya.

—Oh —dijo Leia—. ¿Sabes dónde está el general Ábaht?

—Volvió conmigo en la lanzadera. Probablemente estará en los dormitorios de la Flota, esperando ser sometido a un consejo de guerra. El Departamento de la Flota lo sabrá.

—Será mejor que vaya a verle —dijo Leia, poniéndose en pie—. Te llamaré por el camino.

—Estás haciendo lo correcto —dijo Han—. Yo me ocuparé de los chicos hasta que hayas vuelto.

—Gracias. —Leia le dio un rápido beso y se dispuso a marcharse, pero después se detuvo y se volvió hacia él—. Han...

—¿Qué?

—¿Cómo puedo haber estado tan equivocada acerca de Nil Spaar? ¿Cómo he podido permanecer sentada en esa sala durante tanto tiempo mientras me soltaban un montón de mentiras acompañadas de sonrisas, y no haberme dado cuenta en ningún momento de lo que estaba ocurriendo? Soy una Jedi... Se supone que somos un poco más perceptivos, ¿no?

—Lo que ocurre es que tú no confías demasiado en ese talento —dijo Han—. Por lo que he podido ver, en realidad no quieres confiar en él.

—Sí, me imagino que hay algo de verdad en eso —admitió Leia—. Aun así, no puedo dejar de pensar que debería haberme dado cuenta de cómo era realmente Nil Spaar.

—Me parece que quizá viste lo que querías ver —le dijo Han con dulzura—. Sigues creyendo que todas las personas con las que te vas encontrando en la vida son básicamente buenas y racionales. No todo el mundo tiene que cargar con esa desventaja inicial.

Aunque probablemente le habría bastado con pedirlo para obtener una de las suites reservadas para los altos oficiales y sus invitados, el general Ábaht estaba alojado en una habitación doble de uno de los dormitorios corrientes. Y aunque estaba sobradamente en su derecho de mantenerla cerrada, la puerta de su habitación se hallaba abierta, respetando una tradición que había redibujado las fronteras de la intimidad desde el primer día del adiestramiento militar.

Ábaht estaba acostado de bruces en el suelo, medio dando la espalda a la puerta y llevando a cabo una enérgica serie de flexiones de brazos sin que ese considerable esfuerzo le obligara a emitir ni siquiera un gruñido.

—¿Puedo entrar, general? —preguntó Leia.

El oficial dorneano se incorporó con un movimiento tan rápido como fluido y la saludó marcialmente.

—Princesa —dijo—. Me... Me sorprende verla.

Leia cerró la puerta detrás de ella.

—Me parece que debemos hablar. He recibido sus disculpas y su oferta de presentar su dimisión mientras venía hacia aquí, y...

—Princesa, espero que entienda que no estoy intentando hacer ninguna clase de trato para escapar a las consecuencias de mis acciones —dijo Ábaht—. Estoy dispuesto a ser juzgado en un consejo de guerra, o a dimitir, o a aceptar el ser degradado hasta el rango que usted considere conveniente... En resumen, que estoy dispuesto a aceptar el curso de acción que considere será más beneficioso para la Flota y la Nueva República. No quiero ser la causa de nuevas situaciones embarazosas para usted, la Flota o Chandrila.

Leia cogió una silla de respaldo recto de delante del pequeño escritorio y se sentó en ella.

—¿Sabe una cosa, general? Yo también he estado pensando en dimitir. Últimamente he cometido varios... errores que me ha costado bastante aceptar.

—Comprendo, princesa. Si me permite preguntárselo... ¿Han elegido ya la fecha en que me juzgarán?

—¿Juzgarle? —Leia meneó la cabeza—. No dispone de tiempo para un juicio, general. Usted y yo todavía tenemos mucho trabajo que hacer.

—¿Qué quiere decir, princesa?

Leia suspiró.

—General... Estaba equivocada. No puedo decirlo con más claridad, ¿no le parece? ¿Aceptaré mis disculpas, y volveré al Intrépido como comandante de la Quinta Flota?

La sorpresa era una expresión que parecía estar totalmente fuera de lugar en los rasgos del dorneano.

—Princesa, ¿cómo puedo contar con su confianza después de lo que ha ocurrido?

—Lo que ha ocurrido no hubiese debido ocurrir. Pero la culpa es mía, no suya —dijo Leia—. Tanto su conducta como sus decisiones han sido totalmente impecables. Le aseguro que mientras sea capaz de seguir sirviendo a la Nueva República de una manera tan eficiente y concienzuda, contará con toda mi confianza.

Ábaht se sentía visiblemente incómodo.

—En ese caso... Princesa, le agradezco sus disculpas, que no tenía ninguna obligación de presentarme. Y estoy a su disposición, para ponerme a su servicio de cualquier manera en la que le parezca que puedo resultarle útil.

—Excelente —dijo Leia, poniéndose en pie y abarcando cuanto les rodeaba con un gesto de la mano—. Porque, realmente, éste no es sitio para usted. ¿Puedo llevarle hasta Puerto del Este, general?

La ayuda de los hombres insignificantes puede ser comprada a un precio muy bajo, porque la codicia carece de orgullo.

Unos minutos después de que el general Etahn Ábaht hubiera vuelto a la Quinta Flota, la armada saltó al hiperespacio con rumbo hacia Farlax y el Cúmulo de Koornacht. Unos minutos después de que ese acontecimiento tuviera lugar, Belezaboth Ourn, cónsul extraordinario de los paqwepori, se puso en contacto con el virrey Nil Spaar a través del comunicador hiperespacial para informarle.

—No sé qué órdenes habrá recibido el general, naturalmente —dijo Ourn—. Pero vieron cómo la princesa acompañaba a Ábaht hasta su lanzadera y toda la flota se ha ido tan deprisa como había vuelto, y con tan pocas explicaciones como cuando regresó.

—Gracias, cónsul —dijo solemnemente Nil Spaar—. Yevetha no olvidará su ayuda. Y ahora, le pido que se mantenga en guardia para no dejarse engañar por nuevas mentiras de la princesa y de aquellos que la sirven.

—Oh, la mantendremos bien vigilada, desde luego —dijo Ourn—. Virrey... Querría hacerle una pregunta. Es un asunto sin importancia, claro, pero...

—Por supuesto.

—¿Cuándo podemos esperar recibir la nave que nos prometió como compensación a que consintiéramos que su despegue causara todos esos daños en el Madre de la Valkiria? En el caso de que decidiera marcharme de Coruscant, mis únicas opciones son alquilar una nave, incurriendo en gastos muy considerables, o viajar en un vuelo comercial, lo cual me causaría notables molestias.

Nil Spaar sonrió afablemente.

—Muy pronto, cónsul, muy pronto. La última nave salida de nuestro mejor astillero está siendo alterada para adaptarla a sus requerimientos mientras hablamos. Tenga paciencia. No quedará desilusionado.

En una habitación vacía de una cabana desocupada dentro del recinto del albergue diplomático de la Ciudad Imperial, un repetidor de hipercomunicaciones respondió a una llamada en código que había recorrido varios años luz para llegar hasta él.

El repetidor, a su vez, activó un delicado y elegante transmisor, el cual envió una curiosa señal al corazón de un edificio de austera fachada gris que contenía toda la maquinaria de la red de información oficial del gobierno de la Nueva República.

Unos instantes después Turat II Feen, el supervisor del segundo turno, se quedaba boquiabierto de asombro ante su puesto de control primario al ver cómo el sistema de notificación planetario del Canal Uno se activaba de repente como si tuviera voluntad propia.

Los nada frecuentes comunicados del Canal Uno sólo podían emanar del Consejo de Gobierno, la Presidencia y el Alto Mando de la Flota, los tres únicos centros gubernamentales autorizados a emitirlos. Pero el fondo de pantalla azul que llenó la imagen del Canal 1 no mostraba ninguna de sus insignias de identificación. Lo único que apareció fueron las palabras COMIENZO DE LA TRANSMISIÓN, seguidas por los minutos y segundos de una cuenta atrás.

Aun así, el Canal Uno se había activado. La señal de activación inicial alertó a toda la red de que estaba a punto de recibir un mensaje de alta prioridad. Casi inmediatamente, los receptores de hipercomunicaciones instalados en todos los planetas y en cada centro administrativo empezaron a responder, indicando que estaban preparados para cumplir sus funciones.

—¡Alguien ha logrado introducirse en nuestra red! —les dijo Turat a sus técnicos, intentando dominar su ira—. Averigüen por dónde está entrando la señal. Si no conseguimos bloquearla, quiero que desconecten todo el sistema.

Pero había muy poco que pudieran hacer.

—No lo conseguiremos... No hay tiempo suficiente —murmuró un técnico—. Se supone que los C-Uno tienen que ser emitidos ocurra lo que ocurra. Así es como diseñamos y construimos el sistema.

En el puesto de control de Turat, el índice del indicador de confirmaciones ya había subido al noventa y cinco por ciento.

—Hagan algo —dijo Turat con voz suplicante—. Si permitimos que un pirata emita un C-Uno, podremos considerarnos muy afortunados si conseguimos que luego alguien nos dé un empleo como instaladores de terminales de la red.

Pero se les había acabado el tiempo. La cuenta atrás llegó a los cero minutos y cero segundos y se detuvo. El fondo azul empezó a desvanecerse.

Turat echó un vistazo al indicador de confirmaciones y pensó en la audiencia que representaba, formada no sólo por incontables millares de receptores y grabadoras sino también por los funcionarios a los que se les había encomendado la misión de atenderlos. Ministros del gabinete y agregados diplomáticos, consejeros, asesores y gobernantes planetarios... Todos habían sido levantados de la cama, apartados bruscamente de otros deberes y alejados de sus asuntos particulares para reunirse delante de los monitores de todos los planetas desde Bepin hasta Byss.

Turat II Feen no podía permanecer sentado en silencio junto con esa audiencia y ver terminar su carrera. Cuando empezó la transmisión, se levantó de su puesto de control, giró sobre sus talones y salió de la sala.

—Ciudadanos de la Nueva República...

La puerta se deslizó silenciosamente sobre sus guías hasta cerrarse detrás de él. No oyó nada más. Esa decisión hizo que Turat II Feen fuera una de las poquísimas personas que no oyeron el mensaje.

En el momento en que empezó la transmisión, una reunión que había empezado a una hora bastante tardía estaba teniendo lugar en el ala de la residencia presidencial que contenía los despachos y la sala de conferencias. Behn-kihl-nahm, el almirante Ackbar, el almirante Drayson, Leia y Han estaban redactando un comunicado sobre las masacres

llevadas a cabo por los yevethanos, e intentaban diseñar una estrategia que guiara sus acciones después de que el mensaje fuera difundido por la mañana.

Acababan de conseguir ponerse de acuerdo sobre qué enfoque debían dar al papel que Plat Mallar había jugado en todo lo ocurrido —Leia estaba decidida a guardar silencio sobre el joven piloto a pesar de que revelar su existencia hubiera podido ayudarles bastante, y había salido vencedora de la discusión— cuando los cuatro cuadernos de datos que había encima de la mesa empezaron a emitir estridentes señales de advertencia.

—Es el Canal Uno —dijo Leia, desconectando su alarma—. ¿Alguno de ustedes ha...?

—No —dijo Ackbar.

—Desde luego que no —dijo Behn-kihl-nahm.

—¿Y entonces quién ha sido? —preguntó Drayson.

—Esto me huele mal —dijo Han con expresión sombría.

El holomonitor de la pared del fondo se iluminó por sí solo para mostrar un comunicado del Canal Uno.

—Ciudadanos de la Nueva República —dijo la imagen de Nil Spaar—. Les ruego que me perdonen por esta intrusión, y les pido disculpas por las tristes noticias que debo poner en su conocimiento.

El rubor de la ira tino de rojo el rostro de Behn-kihl-nahm.

—Si algún miembro del Senado ha tomado parte en esto...

—Soy el virrey de la Liga de Duskhan, una confederación libre de mundos yevethanos que se encuentra en lo que la Nueva República llama el Cúmulo de Koornacht —siguió diciendo Nil Spaar—. Comparezco ante ustedes por segunda vez para hablarles de acontecimientos que han tenido lugar muy lejos de sus mundos natales, y para advertirles de un peligro que está muy cerca de ustedes.

»Hace dos días, las fuerzas del Protectorado yevethano consiguieron frustrar una mortífera conspiración contra nuestro pueblo y nuestra forma de vida. En la conspiración estaban involucrados ciudadanos de tres planetas...

—¿Tres? —exclamó Behn-kihl-nahm—. O no saben contar, o son incapaces de decir la verdad ni siquiera cuando quieren hacerlo.

—... situados cerca de los límites de nuestro territorio. Estos forasteros, a quienes habíamos permitido generosamente que se instalaran en suelo yevethano, traicionaron nuestra confianza y nuestra hospitalidad. Se descubrió que todos estaban ayudando en secreto a nuestros enemigos en los preparativos de una invasión.

»Estamos a salvo del peligro inmediato. Actuamos rápida y enérgicamente para defendernos, y no ofrecemos disculpas por haber obrado de esa manera. Todos los responsables han sido ejecutados como castigo a sus crímenes...

—¡Oh, por todas las estrellas! —dijo Ackbar—. Es como si estuviera alardeando de haber cometido esas masacres.

—...pero ustedes y sus mundos natales siguen corriendo peligro, porque la conspiración que nos amenazaba se originó en Coruscant y ha sido urdida por una nueva generación de señores de la guerra. Ellos son nuestros enemigos..., no porque nosotros lo deseemos, sino porque ellos han elegido convertirse en tales.

»También son enemigos de todos ustedes. Esconden sus rostros y sus maldades detrás del falso telón de un gobierno legítimo que no tiene nada que ocultar. No subestimen su perfidia. Está naciendo el Nuevo Imperio, dirigido por una hija del antiguo Imperio. El sueño de los ciudadanos de la Nueva República ha sido traicionado. Han depositado su confianza en líderes carentes de moral que sólo pretenden engañarles.

»Acuso a la presidenta Leia Organa Solo de haber cometido crímenes gravísimos contra su cargo, y contra mi gente.

»E incluso ahora, después de que su conspiración haya quedado revelada, Leia Organa Solo sigue amenazándonos. Naves de guerra del Nuevo Imperio se encuentran

en Farlax en este mismo instante, y pretenden imponerme el silencio y la sumisión. Leia Organa Solo codicia nuestra riqueza, y teme nuestra independencia.

»Pero hay una cosa que todos ustedes deben saber: los yevethanos nunca inclinaremos la cabeza ante esta mujer y sus asesinos a sueldo. Resistiremos sus depredaciones empleando todos los medios que tengamos a nuestro alcance. Ahora sus espías y conspiradores ya lo saben. Sus generales no tardarán en saberlo. Resistiremos, y acabaremos venciendo.

«Lamentamos las muertes que ya se han producido. Pero son las manos de Leia Organa Solo las que están manchadas con la sangre de esas muertes, así como las manos de aquellos que la sirven con ciega obediencia. Tenemos derecho a protegernos. Nunca aceptaremos que los señores de la guerra de Coruscant tengan autoridad sobre nuestros dominios, y no consentiremos que la hija de Vader se entrometa en nuestros asuntos.

»Si no renuncian a ella, y no la detienen, entonces prepárense para la guerra.

FIN